
JENNIFER EVE
Los Lazos Rotos Del Alfa
SAGA CORAZONES SALVAJES

Los Lazos Rotos del Alfa

Una novela de fantasía y romance de enemigos a amantes con hombres lobo, diferencia de edad y amor prohibido

(Saga Corazones Salvajes)

Jennifer Eve

Copyright © 2024 by Jennifer Eve

All rights reserved.

No portion of this book may be reproduced in any form without written permission from the publisher or author, except as permitted by U.S. copyright law

Contents

Prólogo
Capítulo Uno
Capítulo Dos
Capítulo Tres
Capítulo Cuatro
Capítulo Cinco
Capítulo Seis
Capítulo Siete
Capítulo Ocho
Capítulo Nueve
Capítulo Diez
Capítulo Once
Capítulo Doce
Capítulo Trece
Capítulo Catorce
Capítulo Quince
Capítulo Dieciséis
Capítulo Diecisiete
Capítulo Dieciocho
Capítulo Diecinueve
Capítulo Veinte
Capítulo Veintiuno
Capítulo Veintidós
Capítulo Veintitrés
Capítulo Veinticuatro

Prólogo

Seraphina

La inquietud me invadía mientras yacía en la oscuridad, atrapada entre la difusa frontera entre el sueño y la consciencia. El calor irradiaba a través de las sábanas, adhiriéndose a mi piel húmeda a pesar del frío de la noche.

En un estado de aturdimiento, vi una figura a mi lado, atractiva sin esfuerzo con su camisa a cuadros y vaqueros: el Alfa Tyler. Su presencia era una mezcla de confort y emoción. Ahora estábamos en la cocina, la risa se mezclaba con el zumbido de un calor invisible.

—Déjame un poco —sonreí juguetonamente mientras él sumergía su dedo en el tazón de mezcla, probando el chocolate.

Tyler arqueó una ceja, con un desafío bailando en sus brillantes ojos azules.

—Pelea conmigo por él, Seffy.

En un momento de valentía temeraria que no sabía que poseía, capturé su dedo con mis labios, saboreando la dulzura del chocolate y el trasfondo de cedro, el aroma de Tyler. Sabía aún más delicioso de lo que había imaginado. Probarlo era algo que había anhelado explorar durante mucho tiempo, un acto de coraje que envió un escalofrío por todo mi ser.

Pero el rostro de Tyler de repente se difuminó. Mi corazón se aceleró mientras un hambre insaciable se encendía dentro de mí; quería tocarlo más, besarlo. Me incliné más cerca, a un suspiro de rendirme al momento, embriagada por la emoción de nuestra conexión.

Justo cuando reunía el coraje para actuar sobre mi deseo, me desperté de golpe, sin aliento y desorientada.

Mi corazón retumbaba contra mi caja torácica, amplificando el secreto urgente que ya no podía ignorar. Hoy era mi decimonoveno cumpleaños y los deseos que había mantenido ocultos

parecían decididos a salir a la superficie. El anhelo contra el que había luchado se derrumbó como una avalancha; Tyler era mi guardián, mi alfa, pero su presencia encendía sentimientos que nunca me había *atrevido* a manifestar.

El denso aroma a cedro persistía en el aire, intensificando mi anhelo. Parpadeé contra la luz de la luna que se filtraba por la ventana, iluminando mi santuario: mi habitación en la casa del Alfa Tyler. Es cierto, había vuelto a casa de la Universidad Silver Moon para las vacaciones de verano.

Al sentarme, me abracé a mí misma y accidentalmente rocé mi pezón, enviando una descarga eléctrica a mi centro. Un jadeo se escapó de mis labios, el placer floreciendo dentro de mí, alimentado por los pensamientos del dedo de Tyler en mi boca.

Había luchado contra estos sentimientos durante tanto tiempo. Una diferencia de edad de trece años se cernía entre nosotros, haciendo que lo que sentía fuera prohibido. Pero no era solo la diferencia de edad; Tyler me había criado desde que mis padres fallecieron. A pesar de mi atracción hacia él, sabía que él no podía sentirse atraído por mí.

Pero los impulsos desesperados que me arañaban hicieron que mis manos se movieran por voluntad propia. Volvieron a mis pechos, amasando la suavidad y encendiendo una chispa entre mis piernas. Gimoteé suavemente en el silencio, anhelando el calor del cuerpo de Tyler como nunca antes.

En una bruma, de repente comprendí: había entrado en celo. Esta sensación era como nada que hubiera experimentado antes, una embriagadora mezcla de excitación y necesidad desesperada. Había tenido clases de salud en la escuela aquí en la Manada Silver Moon; mi loba estaba exigiendo a su pareja. Mientras mis dedos rozaban la tela empapada de mi ropa interior, supe exactamente lo que anhelaba.

—Tyler... —Su nombre se deslizó de mis labios, cargado de urgencia, la desesperación aumentando mientras me rendía a la intensidad de esta necesidad. Mis dedos temblaban mientras buscaban la suave calidez entre mis muslos. Mi respiración se aceleró, cada caricia encendiendo un fuego que corría por mis venas. Imaginé que eran las manos de Tyler explorándome: fuertes, gentiles y posesivas.

Con cada caricia, imaginaba su toque.

—Tyler... Tyler... —gemí, el sonido reverberando en la quietud a mi alrededor, mi voz

temblando mientras repetía su nombre como una plegaria. Se sentía liberador e intoxicante, este movimiento rítmico alimentado por el calor que electrificaba mi cuerpo.

De repente, el pomo de la puerta giró, y en un instante, él estaba allí: el Alfa Tyler, enmarcado en el suave resplandor de la luz de la luna.

Su alta silueta y pecho desnudo revelaban una fisonomía casi divina. Su corto cabello castaño enmarcaba sus impactantes ojos azules, capturándome con una ferocidad que envió escalofríos por mi columna.

—¿Seffy? —Su voz era profunda y rica, teñida de preocupación—. ¿Estás teniendo una pesadilla?

El instinto protector estampado en sus rasgos: mi guardián de la manada. Los pensamientos volvieron a cuando soplé la vela de mi pastel de cumpleaños hoy, deseando nada más que el amor de Tyler.

Mis labios se entreabrieron con anhelo. La anticipación de probarlo hizo que se me hiciera agua la boca. Su proximidad usualmente frenaba mis pensamientos perversos, pero esta noche, el calor primario me envalentonó: no dejé de tocarme, cada movimiento ahora un secreto compartido entre nosotros.

—¿Seffy? —Su voz volvió a sonar, la preocupación entrelazada con confusión al no responderle. Lo observé detenerse, inhalando profundamente mientras el aroma de mi excitación lo envolvía. Un gruñido bajo y primitivo retumbó desde su garganta, haciendo que mi centro se contrajera al comprender que su lobo estaba respondiendo a mí. A pesar de la luz de la luna que se derramaba, no sentí vergüenza alguna. La mirada asombrada de Tyler estaba cautivada. Me sentía como uno de los cristales en mi altar, absorbiendo la luz de la diosa Luna, mi cuerpo electrificado con energía.

Una nueva ola de claridad surgió en mí. Mi conexión con la diosa Luna, Igaluk, me envolvió, revelando verdades a las que había estado ciega hasta ahora. Lo que una vez se sintió como una simple atracción hacia Tyler floreció en algo monumental. Me di cuenta de que no era mera infatuación; era la bendición de la diosa Luna, susurrando alto y claro que Tyler era mi pareja.

En un destello de comprensión, entendí que antes, Igaluk no había considerado apropiado que lo supiera. Mi corazón se aceleró con el conocimiento de que mi vínculo con Tyler estaba destinado a revelarse en este preciso momento. El dolor dentro de mí gritaba por reconocimiento,

instándome a abrazar lo que estaba destinado. Mi loba jadeaba de emoción, empujándome a invitar a mi pareja a reclamarnos mientras me rendía a la innegable verdad de nuestra conexión.

Pero Tyler no se acercó más. En un momento de valentía, salté de la cama, cerrando la distancia entre nosotros. Sin aliento, dije:

—Tyler, te amo. Siempre te he amado. —Mi corazón retumbaba, una embriagadora alegría arremolinándose dentro de mí mientras derramaba todo lo que había mantenido embotellado.

El asombro inundó sus facciones mientras sus dedos apartaban mi largo cabello, un gesto tierno que envió una deliciosa calidez hasta la punta de mis pies. —Seffy —murmuró, con la voz cargada de emoción—. Me importas... muchísimo. Eres como mi familia.

Las agridulces palabras quedaron suspendidas entre nosotros, pero una punzada de rechazo retorció mi pecho. Cuando tenía quince años, Tyler me había acogido. Mi padre había sido su beta. Pero él y mi madre habían permitido que una manada rival invadiera nuestro territorio. Su suicidio, un escape de la retribución que temían, había significado que Tyler era mi única familia.

La ira y la frustración se encendieron dentro de mí, ardiendo intensamente mientras expresaba mi anhelo. —¿Pero eso no es todo lo que sientes, verdad? —exigí, con un temblor en mi voz. ¿Podía ser realmente tan ciego al calor que chisporroteaba en el aire entre nosotros?

—Es natural que un lobo joven tenga estos instintos —dijo—. Pero yo no soy el indicado para ti. —Su tono vaciló ligeramente, traicionando la incertidumbre que bullía bajo su fachada resuelta.

Me había llamado lobo joven, ¿acaso pensaba que era completamente inexperta?

—He tenido relaciones antes... —empecé.

Con un bajo gruñido, Tyler se acercó, su mano encontrando mi cintura. Una chispa saltó entre nosotros, pulsos eléctricos recorriendo mi cuerpo. Mientras miraba sus ojos, capté un destello de posesividad arremolinándose en sus profundidades, una feroz e inesperada emoción que hizo que mi corazón se acelerara. ¿Estaba celoso?

La realización me golpeó: su lobo estaba respondiendo al mío, un reconocimiento primario de la conexión que compartíamos. La intensidad de su mirada hizo que mi pulso se acelerara, una mezcla de euforia y aprensión corriendo por mí. Yo le pertenecía, así como él me pertenecía a

mí. El reconocimiento tácito de lo que realmente éramos el uno para el otro pendía denso en el aire.

—He tenido relaciones —comencé, con el corazón acelerado mientras sostenía su mirada—. Pero eran distracciones, nada más. Pensé que necesitaba resistir esto, pero cada vez que estaba con alguien más, solo podía pensar en ti. —Tomé aire, sintiendo el peso de mi confesión asentarse entre nosotros—. He hecho cosas... pero nunca he querido llegar hasta el final con nadie más que contigo.

Mi determinación se avivó y añadí: —Ya no soy una adolescente, Tyler. He crecido. Ahora sé lo que quiero, y eres tú.

Sin embargo, Tyler *aún* permanecía inmóvil. Donde agarraba mi cadera, el anhelo ardía, haciéndome sentir como si fuera a combustionar. Necesitaba que sus manos exploraran mi cuerpo, palpitante de necesidad doliente.

Con cada pulso de calor, el poder de mi cuerpo surgía a la superficie. Las fosas nasales de Tyler se dilataron, cada inhalación que tomaba haciendo que su cuerpo se estremeciera con más tensión y... *placer*. Mis feromonas lo envolvían, un lenguaje secreto que hablaba directamente a su corazón primario. Me emocionaba ver su cuerpo responder, sus instintos tomando el control. Sus ojos, antes llenos de contención, ahora ardían de deseo.

—¿Estás segura? —Su aliento llegó caliente contra mi rostro, su voz apenas audible sobre el latido de mi pulso.

Pero era un último intento de resistir la fuerza que nos unía. Aún sentía su conflicto, la lucha entre sus dudas y el crudo impulso que lo consumía. Me lancé hacia adelante, atrayéndolo hacia mí, guiando su boca a la mía.

Por un breve momento, sus labios dudaron contra los míos, su firme presión hablando del conflicto que rugía dentro de él. Podía sentir su contención tensándose como un resorte enroscado, su lobo agitándose inquieto bajo la superficie, tentado por mi proximidad. Mis manos bailaron sobre los duros contornos de su pecho, pero fue el pequeño murmullo en el fondo de mi garganta lo que habló más alto. El sonido ahogado pareció despertar algo en él; me besó de vuelta, su resistencia derritiéndose en el calor que nos envolvía. Sus brazos me rodearon, atrayéndome contra él. Mis doloridos senos se amoldaron a su pecho mientras me apretaba más cerca. Gemí en su boca mientras sus dedos se enredaban en mi cabello. Un bajo gruñido escapó

de él, enviando escalofríos a través de mí.

Cada toque encendía sensaciones que nunca había conocido, el calor cascadeando a través de mí. Mis rodillas se doblaron cuando me levantó, entendiendo mis necesidades sin una sola palabra. Envolví mis piernas alrededor de su cintura, sintiendo su erección presionando contra mí.

La intensidad entre nosotros era abrumadora. —Te necesito —supliqué, con la voz espesa de deseo. Mi lengua chocó con la suya en una pasión desenfrenada y el gruñido de Tyler se profundizó mientras yo también saboreaba su necesidad.

Mientras me bajaba a la cama, sus manos encontraron el dobladillo de mi camisón. El sonido de la tela rasgándose cortó el aire, y de repente, quedé expuesta ante su mirada voraz. Sus pupilas estaban dilatadas de deseo, un azur ardiente que reflejaba el brillo de un glaciar bajo el sol. Su lobo surgía justo bajo la superficie, los impulsos primarios alimentando las acciones de Tyler.

La intensa conciencia de su atracción hacia mí se encendió a través de mí, haciéndome sentir salvaje de una manera que nunca había experimentado. Esto era mejor que cualquier fantasía que hubiera conjurado en las noches solitarias en que lo había anhelado. Cuando hizo una pausa, enganche mis dedos bajo mis bragas, bajándolas, decidida a descartar cualquier cosa que se interpusiera en nuestro camino.

Con la respiración acelerada, lo alcancé, bajando sus pantalones de pijama. Un jadeo escapó de mis labios cuando su erección saltó libre. Me maravillé ante la vista, anticipación y anhelo inundando mis sentidos. Algo en mi reacción espoleó a Tyler mientras separaba mis muslos, sus dedos encontrando mi calidez al deslizar un dedo entre mis pliegues.

—Tyler —jadeé, hundiéndome en las sábanas mientras el placer me estremecía. Mientras introducía dos dedos profundamente, la sensación me abrumó; entonces de repente su lengua bailó sobre mi sensible clítoris. Me retorcí y gemí, tambaleándome al borde del éxtasis, tan cerca del límite.

Succionó con más fuerza y todo mi cuerpo se sacudió violentamente. Arqueé la espalda, mis dedos enredándose en su cabello, gritando mientras el placer surgía a través de mí. El fuego recorría mi columna mientras mis caderas se sacudían con cada empuje de su lengua. —Tyler, por favor —supliqué, la urgencia mezclándose con la desesperada necesidad, amenazando con robarme la cordura.

—¿Qué quieres, Seraphina? —gruñó, su aliento cálido contra mi centro.

Seraphina. Nunca antes me había llamado por mi nombre completo; siempre había sido su cariñoso *"Seffy"*. Mi nombre completo resonó profundamente dentro de mí, intensificando la anticipación que corría por mis venas mientras me encontraba con su mirada hambrienta. —Quiero que me folles, Tyler —mi orden estaba cargada con el ferviente deseo de mi loba.

Un gruñido de aprobación retumbó en su garganta mientras se posicionaba entre mis muslos. Sabía que era mi primera vez y se movió con suavidad, pero estaba tan resbaladiza de deseo que se deslizó con facilidad. Jadeé, sintiendo una plenitud que nunca había conocido; los matices de dolor se desvanecieron, completamente abrumados por el éxtasis de estar con Tyler.

Su frente se presionó contra la mía. —¿Estás bien? —su voz era baja, la preocupación se entrelazaba con el deseo. Incluso cuando su lobo lo empujaba con fuerza, me dio tiempo para adaptarme a esta nueva sensación. El tierno cuidado que me brindaba me llenó de calidez.

—Sí, joder, se siente tan bien —respiré, mi tono sonando sensual incluso para mis propios oídos. Mis paredes se apretaron a su alrededor como si nunca quisieran dejarlo ir.

Gimió, hundiéndose más profundo, y me perdí en el ritmo mientras mi cuerpo se arqueaba contra él, ansiando más.

Percibiendo mi creciente necesidad, aumentó el ritmo, su polla estirándome y llenándome completamente. Luego vino la sensación eléctrica de sus dedos acariciando mi clítoris, su boca buscando mis pezones. El placer abrumador me envió en espiral, ola tras ola atravesándome mientras gritaba su nombre.

Momentos después, Tyler se derramó dentro de mí, encendiendo otra ola de éxtasis que lo consumió todo una vez más.

Mientras yacíamos temblando uno contra el otro, los latidos de nuestros corazones sincronizados, mi espíritu se elevó con pura alegría. Nuestro amor finalmente había salido a la superficie, como los preciosos minerales y hierbas que emergían del hielo durante el verano aquí en nuestro rincón aislado de Alaska. Cada respiración que tomaba, saturada con el aroma a cedro de Tyler y nuestra pasión compartida, pulsaba con asombro.

Pensé en las deslumbrantes posibilidades en mi futuro, pero lo que no imaginé fue cuánto dolor me esperaba.

Capítulo Uno

Seraphina

Una inquieta anticipación se retorcía en mis entrañas mientras me demoraba al borde de la reunión de la Manada Luna Plateada frente a la mansión del Alfa Tyler. Busqué un lugar tranquilo, lejos de las antorchas parpadeantes y la atención de la manada. Enclavado entre los imponentes picos de las Montañas Nuvuja, Nahachoh, el pueblo de nuestra manada, brillaba como una joya en la noche.

Figuras familiares —hombres vestidos con trajes elegantemente confeccionados, mujeres adornadas con vestidos fluidos— se congregaban. Mi corazón latía contra mi caja torácica como si amenazara con estallar a través de la delicada tela de mi vestido azul medianoche.

Cada verano, asistía a regañadientes a los eventos de la manada. Daría cualquier cosa para que esto fuera solo una de las celebraciones estacionales de la manada, pero esta noche era diferente.

En el centro del césped, se había erigido un estrado donde se alzaba la imponente figura del Alfa Tyler. Era la figura a su lado, Linda, la hija del Anciano Darius, la que me helaba la sangre. Su vestido plateado brillaba como si las estrellas hubieran sido llamadas a envolver sus curvas.

La voz del Anciano Darius ahora cortó la noche y mi mirada se disparó hacia donde él estaba de pie frente a la pareja.

—Nos hemos reunido esta noche para celebrar la sagrada unión de Tyler y Linda como compañeros.

El pavor rebotó en mí, crudo y visceral, apagando la esperanza parpadeante a la que me había logrado aferrar durante el día.

—No —susurré, sacudiendo la cabeza, mi loba erizada por dentro.

—*Ella* sigue aquí entonces —un murmullo descontento se deslizó desde cerca.

Me quedé helada, los ojos punzantes de la manada profundizando mi sensación de ser una intrusa

con cada segundo que pasaba. Sin mirar, reconocí la voz de Jackie, una compañera de manada de mediana edad. El calor me picó las mejillas al pensar en el hijo que había perdido en la invasión que mis padres habían permitido. La vergüenza calentó mi piel.

—Debería haberse quedado en la universidad —comentó alguien más. Mi mirada revoloteó hacia la fila trasera de compañeros de manada, previamente enfocados en el estrado, ahora burlándose de mí. Bajo su desprecio, me sentía como una mancha que estropeaba la belleza de la noche.

Mis pensamientos giraban como una ventisca, dejándome desorientada y perdida, cada provocación cortando más profundamente en mi corazón. Los murmullos de los Luna Plateada a mi alrededor se sumaban al dolor punzante que rebotaba en mí mientras contemplaba que Tyler *realmente* estaba haciendo esto: se estaba comprometiendo con Linda. El aire que inhalaba se sentía gélido mientras mi respiración se volvía superficial. El lugar que siempre había llamado hogar ahora se sentía hostil.

Recuerdos no invitados cobraron vida, tirando cruelmente de mi corazón. Mi decimonoveno cumpleaños, hace solo tres semanas, volvió de golpe. Recordé mi embriagador ciclo de celo y la vertiginosa certeza de que Tyler era mi compañero destinado. El beso que había iniciado había juntado nuestros cuerpos, pero en lugar de acercarnos, hacer el amor había creado una brecha entre nosotros.

Después, el arrepentimiento de Tyler había extinguido la pasión que habíamos compartido. La culpa había grabado sus rasgos cuando dijo: *—Seffy, no puedo estar contigo. Eres la hija de traidores. Como Alfa, no puedo honrar este vínculo.*

Cada palabra había cortado profundamente, haciendo eco de los crueles susurros que me habían perseguido en la manada. La humillación constriñó mi pecho, un nudo alojándose en mi garganta. En ese momento, la frustración y el desamor habían librado una guerra. A pesar de la profunda conexión que Tyler y yo compartíamos, el crimen de mis padres lo eclipsaba. Durante las últimas semanas, había logrado convencerme de que con el tiempo, Tyler cambiaría de opinión. Sin embargo, si acaso, había estado haciendo todo lo posible para distanciarse de mí estas últimas semanas. Mi pecho se contrajo al recordar cómo me había pedido que lo llamara *Anatch* —tío— desde que habíamos sido íntimos. La palabra se sentía discordante, un intento deliberado de redefinir nuestro vínculo como si un solo título pudiera borrar la profundidad de lo que habíamos compartido.

Luego, esta mañana, aturdida, había escuchado a Tyler relatar su intención de pararse junto a Linda esta noche en esta ceremonia. Ahora, mientras la ceremonia continuaba, una niebla de fatalidad descendió sobre mi mente, sofocando el último resquicio de esperanza. Me pregunté cuánto tiempo habrían estado planeando él y Linda esta ceremonia. El pensamiento de que él había ocultado esta información atravesó mi corazón como hielo.

Una estruendosa cacofonía de bendiciones estalló a mi alrededor, ahogando mi tormento. En una tradición honrada por el tiempo, la manada gritaba sus bendiciones antes de que la pareja hiciera sus votos.

—¡Que Igaluk les sonría! —gritaban los compañeros de manada, las voces elevándose como una sinfonía. Otros gritaban bendiciones en el lenguaje antiguo de la diosa, sus tonos alegres sintiéndose como magia oscura mientras cortaban mi corazón como maldiciones—. ¡*Lianait*! ¡*Akuluk*!

Sacudida de mi aturdimiento, titubeé hacia adelante. Mi vínculo de compañera se tensó en protesta y mi loba aulló desesperada. Tyler realmente estaba tomando otra compañera, ignorando nuestra conexión. A pesar de mi dolor, no podía quedarme callada.

Despertada por mis compañeros de manada, un grito escapó de mis labios.

—¡Tyler! —Crudo e implorante, mi corazón golpeaba mi pecho, rogándole que me mirara. Pero él solo estaba allí, ajeno, con los ojos fijos en Linda. Su sonrisa radiante parecía sujetarlo firmemente como si ya estuviera atado a ella.

Abrí la boca para gritar de nuevo, pero nada salió. Mi garganta se apretó y las lágrimas amenazaron. Lo único que mi grito logró atraer fue más hostilidad de la manada.

Logan, un lobo de mi edad, y uno de los jóvenes lobos que me habían acosado más despiadadamente cuando era adolescente, me notó. Sus amplias facciones se afilaron cuando me reconoció.

—Tienes el descaro de aparecer —gruñó—. Deberías haber sido desterrada.

El calor se precipitó a mis mejillas mientras otros Luna Plateada me miraban con hostilidad, su juicio filtrándose en mí como veneno. Los familiares pinchazos de vergüenza enrojecieron mi piel caliente. Una vez más, se me recordaba la traición de mis padres, destinada a atormentarme.

—Hija de traidores. Las palabras de Tyler resonaron, un recordatorio inquietante de las sombras que me manchaban, reforzando la razón por la que Tyler me había rechazado como su compañera. Mientras estaba allí, con el dolor apretando mi corazón, la realización cortó profundo: Tyler no sentía nuestro vínculo de compañeros como yo lo hacía. Si lo hiciera, no sería capaz de soportar este dolor y tomar a otra mujer como su compañera.

El pánico amenazaba con desgarrarme. Había soportado años de anhelo. Un recuerdo surgió con cegadora claridad, y cerré los ojos.

A los diecisiete años, estaba sentada con las piernas cruzadas sobre una estera de camping, el frío del aire nocturno mordisqueando mis mejillas. Se sentía como un mero susurro comparado con el tormento que había soportado en Nahochoh. La risa de Logan y sus amigos resonaba en mi mente, una campana cruel que anunciaba mi aislamiento.

—No puedo esperar para escapar a la Universidad Luna Plateada —murmuré, más para mí misma que para nadie más.

A mi lado, Tyler se inclinó más cerca, sus ojos brillando con calidez y sinceridad.

—Solo están celosos de ti.

Intenté soltar una risa, pero salió más como un suspiro de frustración. —Difícilmente —mis hombros se hundieron mientras imaginaba el momento en que podría dejar atrás este lugar, los compañeros de manada que me miraban y solo veían a la hija de traidores.

Tyler recogió una rama, removiendo el fuego y enviando chispas que giraban hacia el cielo nocturno como luciérnagas. —Lo son, Seffy. Eres valiente y fuerte. Creo que les intimidas.

Sus palabras provocaron un aleteo en mi pecho, una mezcla de vergüenza y sorpresa. Dirigí mi mirada al suelo, intentando ocultar mi reacción con una expresión escéptica.

—Lo eres, Seffy. Eres tan fuerte como el Gran Lobo allá arriba —dijo, señalando la constelación que me había mostrado una y otra vez—. Tan feroz como el Cazador —continuó, trazando otra figura estelar con su dedo—. Y tienes un corazón tan grande y leal como los gemelos que siempre están juntos —añadió pensativamente, con un asomo de sonrisa tirando de las comisuras de sus labios, aunque sus ojos azules permanecían serios y sinceros.

Tomada por sorpresa, sentí que se me cortaba la respiración. El peso de su mirada atravesó mis

defensas, como si pudiera ver directamente en mi alma, en todas mis inseguridades que habían estado fermentando desde la traición de mis padres. En ese momento, me di cuenta de que había comenzado a cargar ese peso pesadamente, creyendo que había algo desleal dentro de mí debido a la sospecha de la manada.

Sin embargo, mientras hablaba, algo dentro de mí comenzó a aliviarse. Había pasado tanto tiempo insistiendo en que no me importaban los crueles comentarios de Logan y sus trolls, pero la voz de Tyler, cálida y acogedora como la fogata a nuestro lado, encendió un destello de luz a lo largo de mi piel. Desenredó el peso de mi dolor, permitiendo que los sentimientos de aislamiento se disolvieran en el fresco aire nocturno.

Durante varios momentos, nos sentamos en un silencio amistoso, los únicos sonidos eran el crepitar del fuego y los suaves susurros del viento a través de los árboles. Bajo esa vasta extensión de noche, bajo una manta de estrellas que brillaban como diamantes, sentí un calor floreciendo en mi pecho, un sentimiento de algo más profundo que la amistad.

En ese espacio sagrado, lejos de las burlas de la manada, mi corazón se expandió con una sensación de pertenencia que nunca antes había sentido. Apoyando mi cabeza en el hombro de Tyler, cerré los ojos, dejando que el mundo se desvaneciera.

La profunda verdad de nuestra conexión había estado creciendo silenciosamente dentro de mí durante algún tiempo, formando un marcado contraste con los romances fugaces que había tenido en la Universidad Silver Moon. Recordé los toques tiernos y las dulces palabras de aquellos novios, y cómo, cada vez que se acercaban, cerraba los ojos, buscando desesperadamente la chispa de magia que sentía tan sin esfuerzo con Tyler. Sin embargo, a pesar de su calidez, siempre me quedaba vacía: ninguna caricia, ningún beso podía encender jamás el fuego que ardía tan brillantemente no solo en este momento, sino en cientos de otros momentos pequeños y perfectos entretejidos a lo largo de nuestro tiempo juntos.

Pero ahora, enfrentada a la realidad de sus inminentes votos con Linda, abrí los ojos, dándome cuenta de que mis sentimientos por Tyler habían estado ahí desde hacía mucho tiempo. Incluso con nuestro vínculo de pareja encendiéndose hace tres semanas, era dolorosamente claro que él no sentía lo que yo sentía. Más allá de la pasión imprudente que habíamos compartido, no había reconocido el vínculo que yo había sentido latir en mi pecho. Mientras se preparaba para decir sus votos a otra, la aplastante verdad me envolvió: probablemente nunca lo haría.

Valerie, la amiga de Logan, se rio burlonamente a su lado. —Pronto será desterrada. Linda

pondrá las cosas en orden. No tendrá a una traidora cerca cuando vengan los cachorros.

Su cruel comentario alimentó pensamientos sobre el futuro. Con las hierbas y hechizos adecuados, uno podía vislumbrar lo que estaba por venir. Pero las palabras de Valerie, junto con la visión de Tyler y Linda juntos, conjuraron el futuro con dolorosa claridad. Era cierto: la elección de Tyler de unirse a otra presagiaba que pronto tendría su propia familia real, cortando cualquier hilo que nos conectara. Ya podía imaginarlo en su casa compartida, la risa llenándola mientras se sentaban cerca, sus momentos íntimos un crudo recordatorio de lo que yo nunca tendría. Durante los últimos cuatro años, nuestras vidas se habían entrelazado tanto que me sentía desgarrada, y la idea de verlos juntos de una manera que yo anhelaba era insoportable. La desesperanza resonó dentro de mí: no habría lugar para mí aquí. Aparte de Tyler, nadie en la manada me aceptaba realmente, y ahora, incluso él ya no me quería.

La desesperación se filtró en mis huesos mientras me alejaba de la manada. Me abracé a mí misma y me retiré aún más de la celebración de amor y unidad. Con mi corazón roto, me aventuré montaña abajo, los familiares bosques que enmarcaban el camino espesos con el aroma de pino y musgo.

Mientras caminaba pesadamente por el solitario bosque, no podía sacudirme la imagen de Tyler besando a Linda, su rostro resplandeciente de felicidad. Mi corazón dolía y miré hacia el rostro lleno de Igaluk, imaginando su luz brillando sobre la pareja. El dolor era casi insoportable. Fue entonces, mirando a la diosa Luna, que un sentido de sombría determinación se asentó sobre mí. Era apropiado que ella fuera testigo de la destrucción que estaba a punto de desatar; después de todo, ella había sido quien me había dado este vínculo en primer lugar.

A través de los susurrantes árboles de hoja perenne, me adentré más en el bosque. La espesa y crujiente nieve encontró mis zapatos abiertos y pronto empapó mi largo vestido. Pero como cambiadora, no sentía mucho el frío. En cambio, el frío me mantuvo anclada contra el tumulto que amenazaba con arrastrarme. Escuché el satisfactorio crujido. Por un momento, la sensación de estar expuesta y vulnerable se alivió, el silencio del bosque envolviéndome estrechamente, su frío un bálsamo para la caliente vergüenza que persistía en mis mejillas.

Pero con cada paso, el peso de mi decisión me presionaba. Llegué a un claro y me arrodillé en la tierra besada por la nieve. El frío me mantuvo centrada mientras hurgaba en mi bolso de mano. Afortunadamente, tenía el hábito de llevar cristales conmigo a todas partes y tenía las reservas de energía extra que necesitaría para este ritual. Extraje los cristales, cada piedra vibrando con la magia de las tierras de Silver Moon que nos rodeaban. Mientras colocaba los cristales a mi

alrededor en un círculo, sentí su potencia, amplificada por la luna creciente de Igaluk sobre nosotros. Sus rayos de luna acariciaban sus profundidades, cada uno brillando con posibilidad y poder.

Cerrando los ojos, invoqué en mi mente las marcas sagradas de la diosa Luna que necesitaría. Tomé mi *ulu*, mi cuchillo ceremonial, usándolo para inscribir cada runa en la nieve fresca, trazando las antiguas marcas que mi madre me había enseñado.

La runa de *amaruq* —el lobo— fue la primera, su esencia provocando un gruñido de mi lobo interior. Luego vino *ilak* —pareja. Sentí que las orejas de mi lobo se echaban hacia atrás, un gemido escapando de ella como si sospechara mi intención, pero apreté los dientes, obligándome a continuar. Marqué la runa de *qiviut* —hilo—, rápidamente seguida por la afilada última de *pilak* —cortar. Cada trazo reverberaba con propósito, una manifestación de mis intenciones en el círculo en cuyo centro ahora me encontraba.

Las runas comenzaron a brillar suavemente bajo la luz de la luna, alimentadas también por el poder de los cristales. Cerrando los ojos, visualicé el hilo invisible que me unía a Tyler, su calidez omnipresente un recordatorio del vínculo que habíamos forjado. Temblé, acurrucándome en el chal forrado de lana que llevaba, pero los escalofríos que sacudían mi cuerpo nada tenían que ver con el aire gélido o el suelo húmedo bajo mis pies.

El lenguaje ancestral de la Diosa Luna llenó mi mente como una melodía.

—*Amaruq pilak qiviut ilak* —canté, permitiendo que la resonancia de mis palabras fluyera a través de mí. Un escalofrío más intenso recorrió el aire y la piel se me erizó mientras me preguntaba si era una advertencia o una señal de confianza de la diosa.

—*Amaruq pilak qiviut ilak* —canté con más fuerza, perseverando.

Un nudo se formó en mi garganta, mi loba enloqueciendo, gruñendo y saltando dentro de mí, suplicando ser liberada como si estuviera en peligro. Sin embargo, la ignoré, insuflando fuerza e intención a mis palabras mientras el viento me azotaba, levantando la nieve en remolinos arremolinados.

La determinación se afianzó en mi interior: había pensado que Tyler me veía por quien realmente era, más allá de los pecados de mis padres. Era dolorosamente evidente que no era así. El vacío de esa revelación me devastó, destrozando la frágil esperanza a la que me había aferrado. Ya no permanecería atada a alguien que no podía ver a la persona en la que tanto me había esforzado

por convertirme. Imaginé un futuro donde Tyler se desvanecía en las profundidades de mi pasado, reducido a un mero eco de lo que pudo haber sido.

Apretando los ojos, los labios cantando fervientemente, un temblor recorrió la tierra. Un destello de color atravesó la oscuridad, incluso detrás de mis ojos fuertemente cerrados. Con un estruendo descomunal, como un glaciar desmoronándose y precipitándose al océano, sentí que el vínculo se rompía.

El dolor ardió en mi pecho como si el fuego y el hielo se desataran dentro de mí, y grité, cayendo al suelo y aferrándome el corazón. Mi loba se retorcía de agonía, acurrucada y asustada en los rincones de mi mente. Sin embargo, poco a poco, respiré a través del tormento, un atisbo de alivio recorriéndome al sentir el nuevo espacio en mi pecho.

Titubeante, busqué el vínculo de pareja... había desaparecido.

Me tambaleé al ponerme de pie, el corazón acelerado de alivio.

La luna proyectaba su resplandor sobre el círculo de runas y cristales, y vi que ahora estaban opacos y sin vida, todo su poder agotado. Supe instintivamente que las herramientas utilizadas para romper tal vínculo nunca más podrían canalizar magia.

Despojándome de mis zapatos y ropa, sentí una oleada de determinación. Estaba ansiosa por dejar atrás este lugar, un mundo donde nadie me quería y donde ya no pertenecía. Me transformé, la metamorfosis encendiendo una ráfaga de libertad a través de mí. Los músculos de mi loba se ondularon de alivio mientras la dejaba precipitarse ladera abajo por la fría montaña, su pelaje plateado destellando bajo la luna mientras corría. Mi angustia se evaporó en la noche mientras me lanzaba hacia el bosque, mi corazón una criatura salvaje corriendo hacia un nuevo comienzo. No estaba segura de adónde iría, pero la resolución me llenaba: era hora de dejar el pasado atrás.

Capítulo Dos

Tyler

La manada se reunió bajo la vasta extensión estrellada de la noche, las constelaciones relucientes parecían guiñar y asentir en aprobación. Este era un momento que había imaginado durante mucho tiempo: forjar un futuro con una Luna a mi lado.

Linda lucía encantadora en su vestido fluido, intrincadamente tejido con hilos de giak, uno de los minerales más preciosos de la Manada de la Luna Plateada. Antiguas leyendas susurraban que estos cristales habían pertenecido a las doncellas de Igaluk, desechados cuando visitaron nuestro reino terrenal. El cabello rubio miel de Linda caía en cascada por su espalda en rizos perfectos, enmarcando su rostro en forma de corazón, como si pudiera ser parte de esa corte celestial. Me sonrió con pura admiración, pero algo se alojó como una piedra en mi estómago.

Aparté ese sentimiento, dirigiendo mi atención a la manada. Toda la manada estaba reunida, excepto los dos lobos de guardia. Después de la invasión de la Manada de la Luna Negra hace cuatro años, solo quedaban veinte guerreros curtidos. Siempre estábamos alerta, protegiendo nuestro hogar contra posibles amenazas. Linda y yo habíamos anunciado nuestra ceremonia de emparejamiento solo esta mañana, una elección estratégica para evitar que manadas externas se aprovecharan de nuestra guardia baja.

Observé los rostros familiares de nuestros guerreros y otros compañeros de manada. Escudriñé la multitud, buscando rostros pero solo viendo realmente uno: Seffy, de pie en el borde, con su vestido azul medianoche brillando como el cielo nocturno. Mi corazón se saltó un latido. Mi mente susurró que necesitaba concentrarme en la ceremonia, pero saber que ella estaba herida por lo que estaba a punto de hacer, entraba en conflicto con cómo siempre me había esforzado por protegerla.

Desde el decimonoveno cumpleaños de Seffy hace tres semanas, mi corazón se había estado comportando de manera traicionera. Más que nada, deseaba poder retroceder esa noche. Hasta entonces, había sentido un profundo amor familiar por ella, un afecto que venía de conocerla como la palma de mi mano. Pero ese cumpleaños despertó una conexión que comenzó a vibrar

como un cable vivo, encendiendo una pasión que nunca antes había sentido, y que había resultado en la mejor noche de sexo que jamás había tenido.

El remordimiento y la vergüenza me pincharon. Eso nunca debería haber sucedido. Pensé en el momento en que la razón volvió a mí, y cómo Seffy había pensado que nuestra intimidad significaba que estábamos destinados a estar juntos. Pero no había podido honrar ese vínculo y había tenido que decirle a Seffy que nunca podríamos estar juntos. La traición de sus padres significaba que ella nunca podría tener la confianza de nuestra manada. Le había dicho a Seffy esta mañana que siempre la consideraría mi familia y le prometí que siempre tendría un lugar en mi hogar. Con el tiempo, Seffy entendería el camino que había elegido. Independientemente de la dolorosa verdad, sabía que el afecto que compartíamos era inquebrantable, sin importar qué.

Mis ojos encontraron a Linda frente a mí, su figura elegante era la encarnación de todo lo que necesitaba que fuera mi pareja; alguien a quien la manada respetaba y seguía.

Fortifiqué nuevamente los muros alrededor de mi corazón, diciéndome que esa noche nunca debería haber ocurrido, solo una reacción química alimentada por feromonas y recuerdos compartidos.

Nuestros compañeros de manada estallaron en vítores, cubriéndonos con las bendiciones de Igaluk. Sus gritos alegres tocaron una fibra sensible en mí, un recordatorio de la alegría que nuestra manada había perdido y necesitaba recuperar. Compartí otra mirada con Linda, viendo a la mujer frente a mí como un puente hacia un futuro más fuerte. Tenía el deber de fortalecer el liderazgo de nuestra manada. Demasiados jóvenes y brillantes Lunas Plateadas habían caído durante la invasión, sus nombres grabados para siempre en mi corazón. Habían dado sus vidas defendiendo nuestro hogar, y ahora era mi deber fortalecer nuestra manada.

Linda apretó mi brazo, sus ojos brillando con comprensión. Como sanadora y guerrera hábil, era una excelente elección para mi Luna. Era un miembro respetado de nuestra manada, y su presencia a mi lado traería estabilidad y equilibrio a nuestra comunidad. Como hija del Anciano Darius, también, comandaba respeto y era una excelente elección de Luna.

En verdad, debería haber forjado este vínculo hace años; la manada necesitaba un liderazgo fuerte después de la invasión. Pero me había contenido, creyendo que Seffy necesitaba estabilidad después de la muerte de sus padres. La pequeña Seffy era una niña llena de vida y espíritu. Mi beta y mejor amigo, Liam, había sido su padre. Traicionado por él, había creído que nunca volvería a confiar en nadie.

Sin embargo, la brillante niña que había tomado bajo mi protección me necesitaba más que nunca. Algunos compañeros de manada me habían considerado loco por acogerla, dada la traición de sus padres. Pero como Alfa de mi manada, no podía dar la espalda a una compañera inocente. Todavía era una adolescente en ese entonces y necesitaba un guardián. Sin dudarlo, había sido su protector. Sin duda, Seffy había necesitado mi apoyo, pero yo también había necesitado el suyo. De muchas maneras, nos habíamos curado mutuamente a través del dolor de la traición y la pérdida.

Un dolor familiar me recorrió al pensar en la tragedia que ella había soportado. Seffy había enfrentado más a una edad tan joven de lo que nadie debería. La había protegido lo mejor que pude del juicio de nuestra manada, pero sabía que sus susurros resentidos habían pesado en su adolescencia. Reproduje las noches en que me sentaba con ella, susurrando palabras de consuelo, recordándole que el amor existía incluso en los momentos más oscuros, asegurándole que sus padres la habían amado a pesar de sus decisiones destructivas.

A través de las sombras, la había visto florecer de una niña de buen corazón a una mujer aún más extraordinaria. Una mezcla de orgullo y protección surgió dentro de mí. Seffy era ahora una estudiante universitaria, una joven adulta, lo que hacía que mi decisión de proceder con Linda se sintiera correcta. Era hora de que cimentara nuestro liderazgo y asegurara el futuro de nuestra manada.

—¿Tyler? —La voz del Anciano Darius me sacó de la neblina de reflexión.

—¿Qué? —me sobresalté, encontrándome con el ceño fruncido del anciano.

Una suave ola de risas se elevó de los compañeros de manada cercanos, cortando la tensión que colgaba en el aire nocturno.

—Sus votos, Alfa Tyler. Debe repetirlos si va a unirse con mi hija —las palabras autoritarias de Darius me devolvieron al presente, haciendo que mi corazón se acelerara y mi pulso se acelerara, con adrenalina recorriendo mis venas.

Asentí, desviando mi mirada hacia Linda, cuya sonrisa tembló, con una mirada inquisitiva frunciendo su ceño.

—Por supuesto —dije, mi voz más baja de lo que pretendía, cargada de repentina gravedad. Forcé una sonrisa tranquilizadora para Linda y luego me concentré en los ojos marrón oscuro del anciano. Vestido con una túnica y pantalones negros, se habría perdido en la noche si no fuera

por el hilo de giak brillando en intrincados patrones: runas que llevaban las bendiciones de la diosa Luna.

—Yo, Alfa Tyler Tremblay, te tomo a ti, Linda Martin.

—Yo, Alpha Tyler Tremblay, te tomo a ti, Linda Martin —las palabras salieron firmemente de mi boca, y miré hacia la manada, diciéndome a mí mismo que quería ver a toda la manada mientras hacía este compromiso, aunque mi mirada se desviaba hacia la parte trasera del grupo.

Rostros familiares me observaban: Valerie y Logan eran los miembros de la manada más alejados. Mi corazón latía con fuerza. ¿Dónde estaba Seffy? Un sentimiento de protección me invadió. Logan siempre se había burlado de Seffy cuando era una adolescente... Fruncí el ceño, preguntándome si habría dicho algo que la hubiera hecho moverse.

—Juro honrarte y protegerte —instó Darius.

Repetí, mi mirada volviendo a regañadientes a Linda, donde debía estar, aunque el guardián en mí se preocupaba por Seraphina. La buscaría después de la ceremonia, me aseguré a mí mismo, y comprobaría que estuviera bien.

—Prometo... —comenzó Darius.

Pero un dolor estalló en mi pecho. Mi lobo rugió dentro de mí. Luché por concentrarme en la madera sólida bajo mis pies. Jadeé, un profundo destello de dolor resonando en mi interior. Mi respiración se quedó atrapada en mis pulmones, la mordedura allí se sentía como el frío más intenso del invierno, arrastrándome hasta caer de rodillas.

Cuando golpeé el estrado con fuerza, mis rodillas se resintieron, pero el dolor helado en mi pecho era mucho más insoportable. La agonía me atravesó: ¿Era esto magia oscura? ¿La Manada de la Luna Negra había elegido precisamente esta noche para invadir a pesar de todas nuestras precauciones? Entonces, el instinto me golpeó; el frío emanaba a través del vínculo de pareja en mi pecho, justo debajo de mi corazón.

En mis intentos de protegerme del vínculo, no había reconocido que algo andaba mal con él. Ahora, su poderoso latido se disipaba como humo en el viento. No... se había *ido*. El pánico me invadió. El lazo que había florecido hace tres semanas había desaparecido por completo.

—¿Tyler? —la voz del Anciano Darius atravesó el tumulto, su preocupación apretando el nudo

en mi estómago. Las manos de Linda agarraron mis brazos, pero todo lo que podía ver era la asamblea reunida, rostros retorcidos de confusión, mientras la risa y la alegría se evaporaban, dejando solo un pesado silencio.

La oscuridad se abalanzó sobre mí, la ceremonia que se suponía iba a forjar nuestro futuro se desmoronaba bajo el silencio revelador que envolvía mi corazón. Una y otra vez, intenté alcanzar el vínculo que se había encendido tan recientemente, pero como una mina vaciada de sus minerales, estaba estéril.

Mi lobo rugió dentro de mí, aterrado por la sensación de perder nuestra conexión con nuestra pareja. ¿Qué había pasado con nuestro vínculo? De repente, me inundó el conocimiento de que Seffy y yo estábamos destinados el uno para el otro. Irónicamente, sin el vínculo de pareja atando mi corazón, nunca había sido más consciente de ello. Su ausencia lo era todo. Nunca esperé encontrarme unido a Seffy como pareja destinada. Y sin embargo, allí estaba: una conexión innegable que trascendía el deber de un guardián, un vínculo que anidaba profundamente en mi alma. Ella no solo estaba bajo mi cuidado; era una parte integral de mí.

Mi mente volvió en espiral a Seraphina. Los recuerdos de nosotros juntos giraban en mis pensamientos como hojas atrapadas en un viento inquieto. Consideré los innumerables días pasados lado a lado, las risas, las lágrimas, el entendimiento silencioso que solo nosotros compartíamos. Pero entre todos esos momentos, un recuerdo brilló con claridad: el primer aniversario de la muerte de sus padres.

El sol colgaba bajo en el horizonte mientras Seffy y yo ascendíamos por el Paso Pivak en la montaña, el aire denso con palabras no dichas y nuestro dolor compartido envolviéndonos como la pesada manta de nieve bajo nuestros pies.

Había pasado un año desde que Liam y Cordelia, los padres de Seffy, se habían suicidado. Ahora, Seffy se arrodillaba en la nieve, colocando suavemente flores pomenta de color amarillo brillante. —Eran sus favoritas —murmuró, su voz cargada de emoción—. Siempre que papá le traía flores a mamá, eran pomentas... algo para alegrarle el día.

El dolor en su voz me golpeó profundamente, magnificando el dolor en mi pecho hasta que me sentí tan pesado como la misma montaña.

Pero entonces algo brilló en sus ojos, y tomó un respiro para calmarse. —¿Sabes? Papá siempre

decía que Pivak Point era donde te hacía morder el polvo —su tono llevaba una oleada de cariño, aunque podía ver cómo le temblaba el labio inferior.

Una risa burbujó dentro de mí, sorprendiéndome con su repentina aparición. —Tu padre era un buen corredor —respondí, imaginando el rostro fuerte de Liam, su boca curvándose en una sonrisa justo antes de burlarse de mí sin piedad, como solo mi mejor amigo y Beta podía hacer. Sin embargo, esa sonrisa se desvaneció casi instantáneamente, aplastada por la fría sombra de traición que aún persistía, incluso un año después.

Seffy se puso de pie, su mirada firme pero sus manos temblando contra sus muslos. —Yo... no puedo evitar... amarlos, incluso después de... lo que hicieron —admitió, su voz más fuerte de lo que sabía que se sentía. La mirada interrogante en sus ojos hablaba volúmenes, el dolor acechando justo debajo de la superficie.

Seffy había expresado exactamente con lo que yo estaba luchando. A pesar de la traición de mi mejor amigo y su esposa, una parte de mí siempre los amaría. Mientras recordaba el calor de nuestra amistad, pequeños momentos se derramaron sobre mí como una cálida marea, aliviando el peso del dolor pero dejando ecos de amor. Me di cuenta de que tampoco me había permitido realmente recordar los buenos tiempos.

Me volví hacia ella, sintiendo una oleada de gratitud en medio de nuestro dolor. —Son parte de ti —dije, con la voz espesa—. Siempre los amarás. Nosotros *siempre los amaremos.*

Los ojos de Seffy brillaron mientras se acercaba a mí, y la rodeé con un brazo. Por un momento tranquilo, nos quedamos juntos, mirando las brillantes flores pomenta contra la nieve.

—Ahora tenemos que hacer algo especial por papá —dijo ella, su tono aligerándose—. Es hora de hacerte morder el polvo.

Con eso, Seffy se quitó el abrigo de un tirón. Una sonrisa se liberó en mis labios, una risa escapándose mientras me daba la vuelta, siguiendo su ejemplo, quitándome mi propio abrigo y camisa, listo para transformarme. Mi pecho se sentía demasiado lleno, hinchándose con todo lo que sentía por mis amigos y por su increíble hija, que no era solo su hija, sino ahora también mi familia.

Mientras me transformaba en mi lobo, persiguiendo al lobo esbelto y plateado de Seffy, que habría dado a su padre una buena carrera por su dinero, el amor me invadió.

Mientras tomaba una respiración profunda, luchando con nuevas emociones, me di cuenta de que mis sentimientos por Seffy habían crecido hasta convertirse en algo profundamente arraigado en el alma. No era una cuestión de lo correcto o lo incorrecto; al igual que Seffy amaba a sus padres a pesar de su traición, mi amor por ella existía por derecho propio. No era juzgado por las circunstancias; simplemente era. La amaba total y completamente, tal como era: una parte indeleble de mi vida y mi corazón.

Podía escuchar el mundo a mi alrededor volviendo a mi conciencia como un zumbido distante. La anticipación flotaba densa en el aire mientras la manada esperaba, sus rostros expectantes y preocupados.

—¿Tyler? —me llamó Linda, logrando finalmente arrancarme del presente. La agitación bullía bajo mi piel, y la presencia de Linda a mi lado se sentía como una acusación, haciendo que la bilis subiera por mi garganta. El nudo en mi estómago se apretó; lo que debía ser una ceremonia para fortalecer nuestra manada ahora parecía completamente absurdo. El terrible dolor que carcomía mi corazón susurraba que tener a mi lado una pareja a quien no amaba sería totalmente vacío.

La determinación surgió dentro de mí, encendiendo un fuego. De repente, me adelanté, hablando más con el corazón que con la cabeza, las palabras brotando con fuerza.

—¡La ceremonia se cancela!

La declaración resonó, clara y resuelta, la fuerza de mi convicción silenciando a la multitud en incredulidad. Todos los ojos se posaron en mí, la confusión y el shock parpadeando en sus rostros.

—Vayan a casa —ordené, cada palabra cargada con la finalidad de la ruptura que resonaba en mi pecho. La culpa me mordió mientras los murmullos se hinchaban en una cacofonía de confusión, pero lo ignoré todo, la claridad que surgía dentro de mí impulsándome hacia adelante.

Había sido un tonto al pensar que podía continuar por este camino. Atado por el deber, prácticamente me había encarcelado, descuidando la innegable verdad que se gestaba en mi corazón. La realización de lo que realmente deseaba ardía dentro de mí; necesitaba encontrar a Seraphina. Ella era mi pareja destinada, como una flor silvestre floreciendo en medio de la nieve; su magia vibrante y su poderosa loba me llamaban como ninguna otra podría hacerlo jamás.

—Tyler. ¿Qué está pasando? —suplicó Linda, aguda y cristalina. La incredulidad retorcía sus

facciones, pero no podía quedarme más tiempo. Había descuidado a Seraphina durante demasiado tiempo.

—Lo siento —dije, el peso de mi convicción inquebrantable mientras la determinación me llenaba. Rápidamente, me lancé hacia el borde de la reunión, abriéndome paso entre la multitud de compañeros de manada. La confusión se extendió por la manada, sus preguntas y exclamaciones sorprendidas desvaneciéndose detrás de mí mientras me alejaba a toda prisa.

—¡Tyler! —la voz de Linda se alzó de nuevo, una súplica desesperada, pero no me detendría. Nada podría disuadirme de encontrar a Seraphina y reclamar lo que era legítimamente mío. Ella necesitaba saber, necesitaba sentir que yo reconocía el poder de nuestro vínculo, que no era demasiado tarde para nosotros. No podía serlo.

Mi enfoque se agudizó mientras permitía que mi lobo se liberara, despojándome del costoso traje y los zapatos como si fueran escombros. Mi bestia corría como si su vida dependiera de ello, sus gigantescos pasos devorando el camino mientras descendíamos la montaña. Con cada paso retumbante, imágenes de Seraphina llenaban mi mente: su risa, sonando como música, su sonrisa radiante iluminando los momentos más oscuros del pasado. Así como habíamos horneado juntos, midiendo nuestros ingredientes, risa y harina derramándose, todos esos momentos compartidos habían sido una alquimia de nuestra pena transformándose en algo más dulce: amor.

El dolor en mi pecho ardía intensamente. Finalmente lo entendía: me había protegido de ella, convencido de que nuestra relación tenía que permanecer igual que siempre. Sin embargo, mi negación podría haberme hecho perderla para siempre.

Las ramas de los árboles perennes a mi derecha se mecían suavemente con la brisa, el tenue aroma a miel llenando mi nariz: *Seraphina*.

El hambre y la necesidad corrían por mis venas mientras seguía el aroma. Mi corazón martilleaba con alivio al ver también huellas. Pero el pánico me atenazó cuando, en lugar de hacerse más fuerte, su aroma se debilitaba.

El aullido de mi lobo perforó la noche, haciendo eco en la quietud mientras la desesperación arañaba mi garganta. Necesitaba decirle que había cometido un error. Tenía que hacerle entender la profundidad de mis sentimientos. En ese momento, el peso de mi indecisión se burló de mí mientras derrapaba en un claro.

La conmoción me invadió cuando mis ojos lobunos captaron una visión escalofriante: un círculo

mágico. Cristales yacían esparcidos entre runas. Un gruñido retumbó en mi garganta, mi pelaje erizándose mientras mi lobo reconocía la sensación de pérdida que resonaba a través de los cristales. Habían sido despojados de su magia y parecían descansar en la nieve como un cadáver descarnado. Un vacío que reflejaba la esterilidad en mi pecho. Entonces noté la ropa, los zapatos y el bolso de Seraphina, abandonados junto al círculo.

En un destello de comprensión, la realización me golpeó: Seraphina había deshecho nuestro vínculo de pareja. Era una bruja tan extraordinaria como su madre, Cordelia, y sabía que poseía la magia necesaria para poner fin a nuestra conexión, especialmente después de verme a punto de comprometerme con otra mujer. La agonía me atravesó, el aullido de mi lobo perforando el aire con rabia y dolor. Me había rechazado.

Pero incluso con el conocimiento de que Seraphina había cortado nuestro vínculo, cargamos hacia abajo, siguiendo las débiles huellas dejadas por nuestra pareja. Porque cada fibra de nuestro ser pulsaba con una resolución inquebrantable: la encontraríamos.

Capítulo Tres

Serafina

—¿Mamá? —llamé, con el miedo anudándose en mi garganta.

Mi madre estaba de pie en la puerta principal abierta, su rostro iluminado por el tenue resplandor de la magia.

—¡Quédate atrás, Serafina! —ordenó. La urgencia atravesaba su voz.

La silueta de mi padre se alzaba contra el cielo oscuro, ladrando órdenes—. ¡Quédate con tu madre!

El pánico surgió dentro de mí cuando los lobos de la Luna Negra aparecieron, elegantes y amenazadores. Habían atravesado nuestras defensas. El primer lobo se abalanzó, sus colmillos brillando amenazadoramente en la tenue luz. La magia de mi madre se dirigió hacia él, pero otro lobo se lanzó hacia ella.

—¡Cuidado! —grité, con el miedo quebrando mi voz. Me uní a ella en la puerta, con el poder encendiéndose en mis manos.

—¡Siente la energía, Seffy! ¡Canalízala! —me dirigió. Desaté mi magia, enviando al lobo negro al suelo.

Un destello de orgullo cruzó el rostro de mi madre, pero más lobos nos rodearon, sus aullidos feroces mezclándose con los gritos que resonaban en la noche. Mi corazón se aceleró cuando otro lobo se abalanzó sobre mí, y contraataqué, pero el terror me invadió cuando me di cuenta de que mi madre se había ido, mi padre también.

—¡Mamá! ¡Papá! —grité, pero mi voz se perdió en el caos. Mi magia parpadeó, débil por el uso excesivo.

Entonces, una calidez agarró mi mano. Tyler estaba a mi lado, encarnando la calma y la fuerza —. Está bien, Seffy —me tranquilizó, sus brillantes ojos azules firmes—. No dejaré que te pase

nada, lo prometo.

Sostuve su mano con fuerza. Momentos después, se transformó en su forma de lobo, una presencia poderosa que renovó mi determinación. Juntos enfrentamos a los lobos de la Luna Negra mientras venían hacia nosotros.

Pero de repente, el aire se llenó de silencio. Los invasores se habían retirado, pero la victoria se sentía vacía. El suelo estaba manchado de sangre; los gritos lastimeros de los compañeros de manada llenaban el aire. Busqué a mis padres, con el miedo apretándome.

—Los sellos de Cordelia fallaron —acusó una voz—. Liam estaba de guardia, ¿por qué no dio la alarma? —susurró otro.

Corrí hacia nuestra casa, impulsada por la desesperación, pero Tyler llegó primero, bloqueando mi camino—. Lo siento, Seffy. No vieron otra salida.

El shock se apoderó de mi corazón mientras lo empujaba, vislumbrando los cuerpos sin vida de mis padres. La cruel realidad de sus muertes me golpeó.

Las lágrimas inundaron mis ojos, acumulándose en el vacío dentro de mí. La manada me rodeó, sus acusaciones afiladas y penetrantes—. ¡Eres la hija de traidores! —gritaban, ahogándome en miedo y vergüenza.

Entonces, una mujer emergió de la multitud, su cabello dorado ondeando, su vestido como luz de estrellas: era Linda. Sentí que Tyler soltaba mi mano, su expresión de repente fría e inflexible junto a Linda. La manada se abalanzó hacia adelante, y fui empujada hacia atrás, cayendo en la oscuridad.

—¡Tyler! —grité, el sonido resonando a mi alrededor mientras me precipitaba al abismo.

Justo cuando el pánico arañaba mi pecho, me incorporé de golpe, los contornos familiares de mi cama repentinamente acunándome. Jadeando en busca de aire, restos de horror se aferraban a mí como telarañas. Mi corazón martilleaba contra mi caja torácica, reflejando el terror que me acosaba. Las paredes de piedra familiar me envolvían, pero tuve que sacudirme el recuerdo inquietante del abismo de la pesadilla.

Estaba en el Castillo de la Luna Sombría, me aseguré a mí misma. La suave tela de las sábanas se adhería a mi piel sudorosa, pero me concentré en el aroma a piedra y lavanda que llenaba el aire,

un recordatorio de seguridad que contrastaba fuertemente con la visión de pesadilla de la que acababa de escapar. Parpadeando contra la luz que se filtraba a través de las pesadas cortinas de terciopelo, me di cuenta de que debía ser casi el amanecer.

Habían pasado dos años desde que dejé la Manada de la Luna Plateada. En el tiempo que había pasado fuera, me había sumergido en aprender las complejidades de la magia de mi amiga bruja, Lyvia, cuyo dominio era incomparable, y en profundizar en las propiedades curativas de las hierbas en la encantadora boutique de Selina. Aunque no había regresado a la Universidad de la Luna Plateada para continuar mis estudios, estos dos años se sintieron como una especie de pasantía, un riguroso campo de entrenamiento junto a mis dos talentosas amigas. Sin embargo, el pasado parecía empeñado en volver a arrastrarse. La tensión en el aire era palpable, como si las paredes del castillo estuvieran conteniendo la respiración. Aunque la fortaleza de la Luna Sombría me había ofrecido santuario, esta noche se sentía sofocante, los recuerdos se aferraban como niebla.

Me abracé a mí misma, preguntándome por qué la sombra de Tyler estaba siendo desenterrada. Pensé que estaba superándolo, pero su presencia ardía intensamente en mi corazón. Me recosté contra mis almohadas, tratando de ignorar el vacío que dolía donde su mano había sostenido la mía.

Un suave golpe interrumpió mis pensamientos.

—Serafina, ¿estás despierta? —La voz pertenecía a Selina, mi amiga y la Luna de la Manada de la Luna Sombría. Hermosa, con largo cabello dorado y vibrantes ojos verdes, se movía con una gracia que desmentía su feroz fuerza.

Había sido mi amiga incondicional estos últimos dos años, un salvavidas cuando no tenía a dónde acudir después de dejar la Manada de la Luna Plateada. No podía regresar a la Universidad de la Luna Plateada, no mientras el pensamiento de Tyler posiblemente buscándome arañaba mi mente. Una parte de mí se preguntaba si me buscaría o si se sentiría aliviado de que me hubiera ido, liberándolo para vivir con su Luna. Inicialmente, Selina y yo nos habíamos quedado con Lyvia, una bruja que conocía de la universidad. Después de que Selina regresara a la Manada de la Luna Sombría, me había invitado a unirme a ella.

—Estoy despierta —dije, con la voz ronca por la noche inquieta. La vergüenza se retorció dentro de mí. Me preguntaba si la había despertado con mi pesadilla, recordando cómo había gritado el nombre de Tyler—. Lo siento si te desperté.

La culpa pesaba fuertemente sobre mis hombros, especialmente porque Selina tenía una hija pequeña, Mia. Temía que estuviera abusando de su hospitalidad si no controlaba estas pesadillas pronto.

Selina entró en la habitación, acercándose sigilosamente a mi cama. Noté que ya estaba vestida, llevando los cueros oscuros que la manada Luna Sombra prefería para las exploraciones. La curiosidad me invadió. —¿Por qué estás vestida para explorar?

En lugar de responder, preguntó con preocupación: —¿Tuviste otra pesadilla?

Asentí; esta era la tercera noche consecutiva que estas pesadillas me atormentaban. En nuestros dos años de amistad, le había confiado mi turbulenta historia; ella conocía el pesado equipaje que cargaba.

—Soñé con Tyler otra vez —confesé.

—¿Soñaste también con tus padres? —preguntó Selina suavemente.

Asentí, sintiendo el dolor apretarse en mi pecho. —Fue el mismo sueño: la invasión. Su suicidio. Luego Tyler dejándome caer.

—Creo que estos sueños son una señal, Seraphina —dijo, con una certeza que hizo que mi corazón se acelerara.

Selina era una cambiante, experta en herbolaria, pero esta disposición a hablar de señales se sentía inusual. Los presagios eran el ámbito de Lyvia y mío.

—¿Has tenido noticias de Lyvia? —pregunté, preguntándome si nuestra amiga podría haber visto algo que arrojara luz sobre la razón de mis pesadillas. Era una bruja hábil y versada en el arte de la clarividencia. Actualmente, estaba de visita con amigos en las manadas Luna de Sangre y Luna Brillante.

Selina negó con la cabeza. —No, pero Alexis y yo hemos descubierto información de otra fuente —la urgencia resonaba en su voz.

Una vez más, observé su ropa de exploración y mi corazón latió con anticipación.

Los ojos de Selina se encontraron con los míos, cargados con el peso de nuestro pasado compartido. Las Lunas Sombra también habían sufrido una invasión de la manada Luna Negra.

La suya había ocurrido hace solo unos meses, una batalla en la que luché junto a mi amiga y la manada de su pareja. Había pensado que quizás eran los recuerdos recientes de luchar contra las Lunas Negras lo que estaba desenterrando el pasado.

—Sabes que Alexis estaba persiguiendo a los remanentes de la manada Luna Negra. Bueno, atrapó a uno.

Se me cortó la respiración al pensar en el marido de Selina, el Alfa de la manada. Estas últimas semanas, había tenido a sus exploradores buscando en los vastos bosques del territorio de la Luna Sombra a las Lunas Negras que se habían dispersado después de su derrota en la batalla.

—Anoche —continuó Selina—, Alexis comenzó a interrogar al prisionero, y tiene información sobre tus padres.

Escalofríos recorrieron mi columna, erizando la piel de mis brazos. —¿Mis padres? —repetí, con incredulidad corriendo por mis venas.

A pesar de la aprensión que nos rodeaba, Selina continuó sin vacilar. —Detuvimos el interrogatorio tan pronto como habló sobre tus padres, pensé que querrías escuchar.

Mi corazón latía con fuerza. Mis padres. Este prisionero tenía información sobre mis padres. La urgencia me envolvió. —Sí.

Salté de la cama, agarrando mi bata y metiendo mis pies en mis botas peludas. Ajustando el cinturón de mi bata, seguí a Selina fuera de la habitación.

Mientras descendíamos por el castillo, la comodidad de los cuartos superiores dio paso a piedra cruda y sin adornos. Un escalofrío bailó por mi columna. Los corredores se sentían más profundos y oscuros, las sombras se alargaban cuanto más nos adentrábamos en las profundidades del castillo.

Al llegar al calabozo, la imponente figura de Alexis inmediatamente captó mi atención. Proyectaba una larga sombra bajo las linternas parpadeantes, alto, con cabello negro corto y una expresión severa que parecía permanentemente grabada en su rostro. Pero había visto momentos de ligereza, generalmente cuando Selina o su hija estaban cerca.

Dirigí mi mirada más allá del Alfa hacia el prisionero atado a una silla. Sus manos estaban atadas a su espalda, y moretones marcaban su barbilla y mejilla; me pregunté hasta dónde habría

llegado Alexis para extraer información de él. La mirada endurecida del cambiante se encontró con la mía, con un destello de curiosidad brillando brevemente.

—Ahora que estamos todos reunidos —comenzó Alexis, su voz cargada de autoridad—. Cuéntanos de nuevo, Luna Negra, sobre los tratos de tu manada con las Lunas Plateadas.

El cambiante atado encontró mi mirada, un destello de desafío aún persistía en sus ojos, pero el temblor en su voz traicionaba su dolor mientras hablaba: —Para aumentar nuestro poder, a la manada Luna Negra le gusta explotar las luchas de poder dentro de otras manadas. Jugamos en el campo para nuestro propio beneficio.

Esto apenas era nueva información; la manada Luna Negra se había vuelto infame por su traición, pero permanecí clavada en el lugar, con tensión fluyendo por cada músculo mientras esperaba escuchar las verdades que guardaba.

—Hace años —dijo el cambiante, su resolución quebrándose bajo el peso de su tortura—, invadimos la manada Luna Plateada. Los lobos con los que trabajamos desde dentro inculparon al beta y a su esposa.

Se me cortó la respiración. —¿Inculparon? —repetí, con asombro inundando mis sentidos.

—¿Liam y Cordelia... fueron inculpados? —La revelación golpeó mi pecho, quitándome el aire de los pulmones—. ¿Cómo fueron inculpados? —exigí.

Los ojos del prisionero Luna Negra brillaron perversamente. —Teníamos a un Luna Plateada infiltrado, alguien que consiguió sangre tanto del beta como de su esposa. La bruja oscura que trabajaba con nuestra manada pudo usarla para debilitar las barreras y evitar que sonaran las alarmas el tiempo suficiente para que pudiéramos invadir.

El shock reverberó a través de mí como un golpe físico, haciendo girar los recuerdos de mi pesadilla de vuelta al foco: mis padres siendo injustamente acusados, luego el rostro atormentado de Tyler entregando la terrible noticia que cambiaría mi vida para siempre.

La mano de Selina agarró la mía, apretando mi piel fría y recordándome el calor que se había extendido por mí cuando Tyler tomó mi mano en el sueño. Ella entendía el peso de esta revelación, la liberación y devastación entrelazadas en mi alma. Le había confiado la historia de mis padres, compartiendo la historia de su traición y cómo había sido ostracizada después. Le había contado cómo todos, excepto Tyler, se habían vuelto contra mí.

Pero mi enfoque permaneció en el prisionero Luna Negra. —¿Quién es el verdadero traidor en la manada Luna Plateada? —presioné, con la desesperación apretando mi pecho.

—No lo sé —gruñó el prisionero, con frustración encendiendo su tono mientras miraba a Alexis, como si esperara que cayera un golpe para incentivarlo a hablar—. Solo el líder de la Luna Negra y la bruja oscura conocen la verdad.

Mi mirada se dirigió hacia Alexis, cuya frustración había estallado. Desafortunadamente, su versión sobre ese asunto permanece sin cambios —noté los nudillos amoratados en su mano y comprendí que el Alfa había hecho todo lo posible para sacarle la verdad al prisionero—. Nuestros exploradores siguen buscando más miembros de la Luna Negra —continuó—, pero se han escabullido como los cobardes que son.

Un gruñido resonó desde el prisionero mientras lanzaba una mirada fulminante a Alexis, pero mi corazón latía acelerado, palpitando con la verdad recién descubierta: mis padres, a quienes había amado con todo mi corazón, habían sido inocentes. Las sombras que me habían atormentado durante tanto tiempo comenzaron a cambiar, transformándose de desesperación en algo casi esperanzador. Podía sentir una chispa de rebelión encendiéndose dentro de mí.

Mi mente se adelantó, haciendo planes para el futuro. Miré a Selina a los ojos.

—Esto lo cambia todo —dije—. Creo que puedo hacer lo que nunca esperé: limpiar el nombre de mis padres.

Su mirada brillaba con lágrimas, y mi corazón se hinchó de agradecimiento por el refugio que me había brindado estos últimos dos años. Pero con este sentimiento ardiente creciendo en mi pecho, creí que Selina tenía razón: mis pesadillas habían sido una señal.

Mi papel en la guerra contra la Luna Negra estaba lejos de terminar. Un traidor acechaba en el corazón de la Manada Luna Plateada, uno que había inculpado a mis padres y me había robado a mi familia. Me di cuenta, aturdida, de que tendría que romper mi promesa de dejar el pasado atrás porque iba a descubrir la verdad y traer a mis padres la justicia que se les había negado durante tanto tiempo.

Capítulo Cuatro

Seraphina

El bosque zumbaba de vida, los sonidos de pájaros cantando e insectos zumbando llenaban mis orejas lupinas. Ya me había despedido de la familia de mi amiga en el castillo, pero Selina insistió en acompañarme hasta los límites del bosque.

Ajustó la correa de la pequeña alforja en mi espalda. Viajaría en forma de lobo, cubriendo la vasta distancia hasta la Manada Luna Plateada durante los próximos días. Mi alforja, sujeta a través de mi pecho peludo y espalda, contenía solo lo esencial: ropa, cristales y, lo más importante, la carta de Alexis detallando todo lo que el prisionero de la Luna Negra había dicho durante el interrogatorio. Sabía bien que la palabra de la hija de traidores no sería confiable por sí sola.

—¿Se siente seguro? —preguntó Selina, sus brillantes ojos verdes tan vibrantes como el verde del bosque que nos rodeaba.

Asentí, sintiendo el peso tanto de la alforja como de la tarea por delante.

Con ternura, Selina se arrodilló y rodeó mi cuello peludo con sus brazos. —Siempre tendrás un hogar aquí si alguna vez lo deseas —murmuró.

Ya me había dicho lo mismo en el castillo, y cuando miré a su normalmente austero esposo, Alexis, en realidad había *sonreído*. Significaba mucho tener tales amigos, y mi corazón se hinchó de gratitud por su apoyo mientras me preparaba para partir.

Con el corazón apesadumbrado, lancé una última mirada desde debajo del dosel del bosque, viendo a Selina de pie en medio de la exuberancia de su territorio. El verano aquí, tan cerca del mar, había derretido por completo los campos de nieve, y sentí una punzada de renuencia a dejar tanto las cálidas temperaturas como las amistades nutricias que había formado. Parpadeando para contener las emociones, me volví para continuar mi viaje, mis pensamientos cambiando hacia las tierras que me esperaban, donde incluso el aire de verano helaba hasta los huesos y los campos de nieve persistían.

La determinación surgió dentro de mí mientras me aventuraba hacia adelante. Durante dos días,

los densos bosques de las Lunas Sombrías proporcionaron amplias madrigueras y guaridas para descansar por la noche. Al segundo día, cuando el hambre me atormentaba, capté el aroma fresco de un ciervo y lo acechó a través de un claro. Con precisión, lo derribé, saboreando la rica carne de caza que llenó mi vientre.

Cuando el amanecer rompió sobre el horizonte en el tercer día de mis viajes, suaves rayos dorados se derramaron sobre una manta de nieve. Me paré en la cima de una pequeña colina y me maravillé ante la vista impresionante: el límite de las tierras de la Luna Plateada se extendía ante mí una vez más.

Mi corazón latía con energía nerviosa, y rápidamente me transformé en mi forma humana, poniéndome la ropa cálida y las botas resistentes de mi bolsa. Los cueros sombríos de la Manada Luna Sombría eran duraderos pero destacaban contra el brillo de las llanuras nevadas. Pero me recordé a mí misma, no estaba tratando de pasar desapercibida; tenía todo el derecho de regresar a la Manada Luna Plateada. Mientras la aprensión vibraba a través de mí, la sensación familiar de magia hormigueaba en mis dedos. Cada paso profundizaba mi reconexión con el territorio que una vez había sido mi hogar, pero la ansiedad se apretaba más con cada pisada. El aire zumbaba con electricidad, susurrando que pronto encontraría compañía; estaba segura de que no pasaría mucho tiempo antes de que fuera desafiada por las Lunas Plateadas que guardaban las fronteras.

Menos de media hora después de iniciar mi viaje, sombras parpadearon desde el límite del bosque. Lobos plateados brillaban entre los troncos. Mientras continuaba mi aproximación, una pequeña fuerza de seis emergió hacia las llanuras nevadas.

Mi corazón se aceleró al ver a su líder, preguntándome si sería Tyler. Pero cuando mi mirada trazó el contorno de una cabeza ancha y un hocico afilado, supe que no era él.

En un borrón de movimiento, Logan se despojó de su pelaje plateado, su forma humana materializándose. Recordaba lo fuerte que había sido cuando me fui, y ahora se erguía aún más ancho, un testimonio del paso del tiempo.

Pero sus ojos oscuros y fríos se clavaron en los míos, irradiando desprecio desde su rostro ancho. Mi corazón retumbaba, y los recuerdos de tormento burbujearon a la superficie, crudos y punzantes.

—Seraphina —su voz cortó el aire matutino, goteando desdén—. Qué predecible, como una rata atraída por la podredumbre.

La confusión se encendió dentro de mí. *"Rata"* era un término nuevo, pero supuse que no era tan diferente de traidora. Entendía los bordes dentados de su odio; después de todo, una de las muchas cicatrices dejadas por la invasión había sido la pérdida de sus padres, y me di cuenta de que esas cicatrices eran profundas.

Pero mientras permanecía bajo su desdén, pensé en la carta guardada de forma segura en mi bolsa, firmada por Alexis. Era mi prueba, una brasa de esperanza que podría cortar a través de la espesa niebla de ignorancia y odio que rodeaba a mi familia.

—Tengo un mensaje de Alexis, el Alfa de la Luna Sombría. Necesito ver al Alfa Tyler —declaré, esforzándome por mantener la firmeza a pesar de la tensión que se apretaba a nuestro alrededor.

Logan se burló, acercándose más, su aliento cálido contra mi cara. —¿Vas a fingir inocencia, entonces? La manada ha sido golpeada por una misteriosa enfermedad. Ya hemos sufrido muchas muertes.

Mi corazón se desplomó ante sus palabras: *"muertes"*.

—Esta enfermedad está ligada a la brujería oscura —continuó—. Y ahora te encontramos merodeando aquí. Siempre digo que la respuesta más simple suele ser la correcta.

Una ola de incredulidad me invadió. ¿Brujería oscura? Pensaba que yo había causado esto, que había matado a compañeros de manada. La indignación se encendió dentro de mí, alimentada por el conocimiento de que su odio era infundado. Mis padres habían sido incriminados, inocentes de los pecados que se les atribuían. Mi cuerpo zumbaba con justa ira, energía antigua arremolinándose justo debajo de la superficie, extrayendo de la vida que pulsaba a través de la nieve y el hielo de nuestras tierras.

Pero debajo de esa furia persistía un tirón de preocupación. ¿Una enfermedad misteriosa? ¿Cuántos estaban enfermos? Mi corazón se apretó con preocupación por Tyler, a pesar de la brecha que había crecido entre nosotros.

—Tal vez pueda ayudar —comencé, forzando las palabras, pero Logan se acercó aún más, su agarre extendiéndose alrededor de mi brazo, apretando dolorosamente.

—Oh, ¿crees que te voy a llevar cerca de las personas a las que ya has hecho daño? —Su gruñido tenía un filo amenazante, cada palabra cargada de una furia que hervía justo debajo de la

superficie.

El desafío surgió dentro de mí. —No tengo nada que ver con esto —negué fervientemente.

Pero Logan solo apretó los dientes, manteniendo su desprecio resuelto. El temor se enroscó en mis entrañas; no me llevaría con Tyler, no voluntariamente. Mi cuerpo vibraba con energía sin explotar, un pulso instintivo que me urgía a avanzar. Canalizando mi magia, sentí esa energía luminosa envolverme, crepitando en mis dedos. En un impulso, empujé a Logan lejos, propulsada por las ondas de choque de poder que ondulaban a través del paisaje cargado de nieve.

Aprovechando el momento, me di la vuelta y corrí. Mi respiración se volvió entrecortada mientras me adentraba a toda velocidad en el bosque, esquivando ramas bajas y saltando sobre raíces que sobresalían como dedos que intentaban atraparme. El mundo a mi alrededor se estremecía, la adrenalina corría por mis venas, agudizando mis instintos mientras escuchaba a Logan rugir detrás de mí.

—¡No dejen que escape!

Los guerreros de la Manada Luna Plateada rugieron en respuesta; el ritmo de sus patas aplastando la nieve derretida formaba una siniestra percusión que resonaba tras de mí.

Cada pisada reverberaba con urgencia, los minutos de gracia que me quedaban se escapaban. No me concederían una audiencia justa, cegados como estaban por su sed de venganza. Al igual que mis padres, la manada impondría su propia marca de justicia implacable, sin misericordia para los inocentes.

El pánico me atenazaba la garganta mientras los sentía rastrearme. Anhelaba transformarme en mi forma de loba, recuperar la velocidad y agilidad que me habían traído hasta aquí, pero mi magia era mi mejor oportunidad contra seis lobos. Luché contra el instinto de ceder a los impulsos de mi loba, manteniéndome firmemente en forma humana. No podía arriesgarme a dejarme llevar, a pesar de la incertidumbre que me carcomía.

Mientras zigzagueaba entre los árboles, me concentré en mi centro, aprovechando el aura de mi magia. Pero el pánico en mi interior se agitaba, mi loba gruñía suplicándome que me transformara y me defendiera. Sus instintos susurraban peligrosamente que un paso en falso podría significar que mi tierna carne fuera desgarrada. Las probabilidades eran insuperables; una contra seis lobos de Luna Plateada no era una batalla que mi loba pudiera ganar.

Logan y sus guardias me rodearon, sus movimientos bailarines y depredadores. Giré para enfrentarlos, apoyándome contra un árbol ancho, protegiéndome. La magia se acumulaba detrás de mis ojos como una tormenta en ciernes, chisporroteando en mis dedos.

El primer guerrero se abalanzó, un destello plateado contra el blanco vibrante de la nieve derretida. Anclada por el miedo pero animada por el instinto, levanté las manos, canalizando la magia en una barrera brillante. La oleada colisionó con el guerrero, lanzándolo hacia atrás y dejándolo sin aliento mientras se desplomaba en el suelo helado.

Apenas me permití un momento de alivio, el segundo lobo cargó, con las fauces abiertas, listo para derribarme. El pavor se enroscó dentro de mí, y convoqué otra oleada de poder, desatando un torrente de luz cegadora que salió disparada como un rayo de sol. Le golpeó de lleno en el pecho, enviándolo rodando por el suelo con un aullido de dolor.

Un tercer lobo se lanzó hacia mí. Mientras buscaba fuerzas, sentí las primeras señales de agotamiento. Mi magia zumbaba de fatiga, advirtiéndome que necesitaba recurrir a una fuente de energía. Me maldije por no haber recuperado los cristales de mi bolsa; su poder yacía atrapado en las profundidades de una tela demasiado gruesa para acceder.

Pero la energía antigua de la tierra me llamaba. Sentí los fragmentos que yacían bajo el hielo, dormidos pero pulsando con vitalidad: un regalo de la diosa Luna que fluía como sangre por las venas del territorio de Luna Plateada. Concentrándome en su esencia, invoqué las vibraciones desde abajo, amplificando mi magia mientras su poder armonizaba con el mío.

Abriendo los brazos, las raíces brotaron del suelo, extendiéndose desde debajo de la nieve como dedos esqueléticos, atrapando al guerrero frente a mí. Como tinta salpicada sobre un lienzo blanco, las raíces se enredaron y retorcieron a su alrededor, clavándolo en la tierra fría.

Sin embargo, cada hechizo agotaba aún más mi energía, un cansancio insidioso envolvía mi pecho. Mis sentidos comenzaron a nublarse; el bosque helado se sentía más como un depredador ahora, como si estuviera listo para consumir el último aliento que me quedaba.

El primer lobo ya se estaba levantando, sacudiéndose el aturdimiento. Mi objetivo era solo aturdir; no podía soportar la idea de que mi magia les infligiera un daño real, incluso cuando me amenazaban.

Logan y el quinto lobo aún no habían atacado, y me volví hacia ellos mientras el aire se espesaba con anticipación. Mi corazón latía acelerado; podía sentir la magia enroscándose en respuesta,

advirtiéndome que había agotado mis reservas.

Hundiéndome más en la niebla, la fatiga tiraba de mí; cada hechizo drenaba energía que no podía reponer. El crujido de la nieve bajo los pies se desvaneció bajo el rugido de los latidos de mi corazón.

De repente, justo cuando Logan y otro guerrero se lanzaban hacia mí, una voz baja y autoritaria sacudió el bosque.

—¡Alto!

La electricidad surgió en el aire mientras Logan y el otro guerrero se detuvieron en seco a mitad del salto, derrapando para detenerse mientras se volvían para contemplar una figura que los había forzado a someterse. El Alfa Tyler emergió de entre los árboles, imponente, regio, la encarnación de la fuerza de la Manada Luna Plateada.

Su presencia, que alguna vez fue un consuelo, ahora irradiaba una feroz intensidad. Sus ojos brillaban con furia protectora, atrayendo mi atención. El alivio y la esperanza se arremolinaron dentro de mí al verlo, anclándome en medio de la tensión.

Incluso en este momento crítico, me encontré admirando su figura alta y musculosa, vestido con jeans y una camisa a cuadros que insinuaba que había corrido desde algún lugar, su cabello despeinado solo añadía a esa impresión. Un destello de memoria me golpeó: cuán dulce se había sentido pasar mis dedos por ese cabello, escuchando un gemido de satisfacción escapar de él. Pero ahora, sabiendo que estaba emparejado, ese calor se retorció en un dolor amargo en mi pecho. Tragué con fuerza, reprimiendo el recuerdo, luchando contra las mariposas que revoloteaban en mi estómago, un doloroso recordatorio de lo que nunca podría ser.

—¡Dejen a Seraphina en paz! —ordenó Tyler, su poderosa voz onduló por el aire, asentándose contra los bordes deshilachados de mis nervios como una caricia.

La conmoción recorrió a los guerreros. Sus orejas puntiagudas se plegaron contra sus cabezas mientras un silencio quebradizo cubría el bosque, congelando la tensión en su lugar.

Mi corazón revoloteó, atrapado entre el alivio y la incredulidad por el efecto que había provocado la llegada de Tyler.

En un instante, Logan volvió a su forma humana, su voz afilada como madera astillada.

—Seraphina es una bruja hábil. ¿Realmente crees que su aparición aquí es una mera coincidencia? —Se movió hacia adelante, inclinando su cuerpo robusto entre nosotros, como si pretendiera impedir mi acercamiento a Tyler.

—No —La respuesta de Tyler fue directa, una feroz determinación grabada en cada línea de su rostro. La conmoción me invadió de nuevo ante esa única palabra, el miedo se mezclaba en mi pecho. Seguramente, Tyler no pensaba que yo pretendía hacer daño, ¿verdad? Seguramente, no dudaba de mis intenciones, ¿no es así?

Entonces Tyler pasó junto a Logan, sus vívidos ojos azules encontrándose con los míos, escrutando.

—No creo que el regreso de Seraphina sea una coincidencia. La diosa Luna la ha traído de vuelta a nosotros en nuestro momento de necesidad —Su mirada se suavizó mientras me examinaba, la incertidumbre destellando por un momento—. Por favor, dime que vendrás a la manada y verás si puedes ayudar.

Miré alternativamente a Logan y a Tyler, sintiendo un tumultuoso oleaje de emociones dentro de mí. Tyler se erguía como un escudo inquebrantable, mientras que los puños apretados y la mandíbula tensa de Logan se retorcían con una ira no resuelta. En ese momento cargado, el bosque contuvo la respiración, a la espera de nuestras próximas acciones, con una tensión palpable.

—No es por eso que vine —dije, rompiendo finalmente el silencio—. Pero ayudaré si puedo.

El rostro de Tyler se iluminó, y mi corazón se caldeó ante el afecto evidente en su expresión a pesar de nuestro turbulento pasado. Rápidamente volví mi mirada hacia Logan, cuya ira apenas contenida me anclaba al presente.

—Guíanos —dijo Tyler, haciendo un gesto a Logan y al resto de la patrulla—. Yo escoltaré a Seraphina desde aquí.

Logan parecía querer discutir de nuevo, pero Tyler era el Alfa de la manada. Después de un tenso momento, Logan inclinó la cabeza en reconocimiento a la orden de Tyler. Girándose, se transformó en lobo y guio a sus guerreros hacia adelante, dejándonos a mí y a Tyler para caminar solos juntos.

Capítulo Cinco

Tyler

Apenas podía respirar. Seraphina estaba aquí, caminando a mi lado, tan real y radiante como el sol que inundaba nuestra tierra. Se sentía irreal, como si hubiera tropezado con uno de los innumerables sueños que me habían atormentado durante los últimos dos años, sueños en los que la alcanzaba, solo para que se escurriera entre mis dedos. Sin embargo, aquí estaba ella, de carne y hueso, regresando a casa como si la diosa de la Luna finalmente hubiera retorcido los hilos del destino a mi favor.

Había estado recolectando más hierba kuppik para los compañeros de manada en la enfermería; pensé que la sensación de inquietud en mi pecho se debía a mi preocupación por la enfermedad que afectaba a nuestra manada. Pero entonces capté su aroma, dulce y fascinante como miel derramada sobre pan caliente, algo primario se encendió dentro de mí. Supe que esta sensación de inquietud en mi pecho era un presagio de que todo estaba a punto de cambiar.

Ahora, tan cerca de ella, el aroma de mi compañera me envolvía en oleadas embriagadoras, calmando los pedazos rotos de mi corazón mientras simultáneamente enviaba una descarga de electricidad a través de mis venas. Mi lobo aún se agitaba inquieto, pero había elegido permanecer en forma humana. Sabía que el instinto de reclamar a Seraphina era demasiado fuerte en la forma de mi bestia y lo mantuve bajo control.

Mientras caminábamos, le robaba miradas disimuladas. No podía creer lo impresionante que se veía, incluso con su evidente cansancio. Una suave brisa alborotaba su cabello, atrapando la luz del sol, haciendo que sus mechones negros brillaran como obsidiana. Debajo de su fatiga yacía una fuerza que siempre me había cautivado, un espíritu guerrero que se negaba a ser erosionado a pesar de las inevitables pruebas que enfrentaba.

Anhelaba acercarme a ella, pero tenía que contentarme con caminar a su lado. Logan y el resto de la patrulla delante de nosotros, en sus formas de lobo, nos daban una apariencia de privacidad. Sin embargo, sabía que su audición era aún mejor en sus formas de bestia, así que reprimí a regañadientes las muchas preguntas que bullían en mi cabeza. Cada pregunta que quería abordar

podría desencadenar un tema mejor enfrentado en privado.

Aun así, las preguntas abarrotaban mi cabeza mientras avanzábamos penosamente por la nieve. ¿Dónde había estado? Noté que llevaba cueros negros que nunca había visto antes. Una alforja de cuero marrón estaba en su espalda que parecía diseñada para ser llevada por su lobo.

En los primeros meses de la desaparición de Seraphina, había intentado rastrearla a través de sus contactos universitarios. No tenía amigos en la manada, así que yo era el único que intentaba encontrarla. A pesar de ponerme en contacto con todos sus amigos de la universidad que el decano me había proporcionado, ninguno había tenido noticias de ella. Cuando el segundo año de su ausencia se deslizó, había comenzado a desesperar de que alguna vez volvería a ver a mi chica.

Sin embargo, aquí estábamos. Pronto nuestro pueblo de Nahachoh nos abrazó: las casas de piedra y las montañas que vigilaban nuestras vidas. Mientras caminábamos, la forma de Seraphina se movía con gracia junto a mí, su presencia despertando tanto esperanza como anticipación. Sus palabras de antes, las únicas que había pronunciado hasta ahora en mi presencia, me torturaban: *"No es por lo que he vuelto, pero ayudaré si puedo"*. Anhelaba preguntarle *por qué* había regresado. ¿Me había echado de menos tanto como yo a ella? ¿Podría haber esperanza para Seraphina y para mí todavía?

Mientras me torturaba con esta línea de pensamiento, disfrutando discretamente de la vista de Seraphina, continué flanqueándola, consciente de lo hostiles que estaban Logan y los otros compañeros de la patrulla. La ira se revolvía dentro de mí al pensar lo cerca que habían estado de hacerle daño a Seraphina.

Pero me armé de valor, sabiendo que estábamos a punto de encontrarnos con aún más desconfianza del resto de la manada. Seguimos a la patrulla hasta las Cámaras del Consejo, que se alzaban como una fortaleza bajo los imponentes picos de las Montañas Nuvuja. Las paredes estaban construidas de piedra áspera y blanqueada por el sol, igual que la mayoría de las casas de la manada, exudando un aire de fuerza rugosa. Incluso en verano, la región montañosa de nuestro lejano norte se aferraba a sus picos cubiertos de nieve, creando un telón de fondo sobrenatural contra el frío mordaz.

Al entrar en la sala del consejo, la luz del sol se filtraba a través de las altas y estrechas ventanas, proyectando un pálido resplandor sobre las intrincadas tallas que decoraban las paredes de piedra: representaciones de nuestros antepasados, sus grandes batallas y triunfos sobre la

oscuridad. Joyas, accesorios de giak plateado pulido adornaban las cámaras, dando testimonio de los ricos recursos que ofrecía nuestra tierra natal. El tagiu azul ceniza, el aterciopelado kayunil y el ivis rojo profundo también brillaban; cada gema capturaba un aspecto diferente de nuestra larga y orgullosa historia, iluminando el aire con susurros de épocas pasadas.

Demasiado pronto, la relativa paz fue interrumpida. El Anciano Darius entró a zancadas, su presencia inmediata e imponente. Con ojos marrones oscuros y facciones severas enmarcadas por cabello gris plateado, vestía una túnica y pantalones gris plateado, favorecidos para las reuniones oficiales. No había nada formalmente programado hoy, pero Darius nunca dudaba en presentarse con la máxima formalidad, como si el mundo a nuestro alrededor fuera un reloj en marcha esperando que él emitiera algún edicto.

Una marea de compañeros de manada se arremolinó detrás de él. Como se había previsto, la noticia se había extendido entre la manada. Logan y su unidad de patrulla habían vuelto a sus formas humanas y se habían provisto de ropa del armario en el pasillo. Logan estaba más cerca, todavía pareciendo decidido a permanecer demasiado cerca de Seraphina, sus ojos oscuros clavándose en ella con una atención que volvía loco a mi lobo.

Los ojos de todos se clavaban en mí también, su curiosidad comprensible. Toda la manada sabía que después de cancelar la ceremonia de emparejamiento con Linda, había buscado frenéticamente a Seraphina. Ella era la razón por la que había permanecido soltero estos dos años. Sin embargo, sabía que *eso* difícilmente iba a ayudar a cambiar la marea de animosidad que la manada albergaba hacia ella. Si acaso, solo aumentaba su desconfianza hacia ella.

La voz de Seraphina sonó suavemente a mi lado, robando instantáneamente mi atención de la multitud.

—¿Me mostrarás a uno de los infectados?

Abrí la boca para decir que creía que Seraphina necesitaba descansar primero. Parecía agotada por su viaje o quizás por la pelea con Logan y los otros guerreros de la Luna Plateada. Pero antes de que pudiera hablar, estalló un coro de protestas airadas, resonando en las paredes de piedra.

—Tom será el próximo en caer, recuerden mis palabras —declaró Jackie, con la voz teñida de desesperación mientras lanzaba una mirada cautelosa hacia la puerta. Su esposo, el Anciano Tom, estaba entre los afectados y sabía que ella lo estaba imaginando inconsciente en la enfermería, junto con tantos otros miembros de nuestra manada.

Al pensar en los que sufrían, recordé por qué había estado en la naturaleza esta mañana.

—Justin —llamé la atención de uno de nuestros compañeros de manada que estaba cerca—. ¿Puedes llevar esto a Linda en la enfermería?

Justin asintió, aceptando la bolsa de cuero que le entregué de mi mochila.

Entonces, enfrenté directamente la acusación de Jackie.

—Seraphina *no* es la responsable de lo que le ha ocurrido a nuestra manada. Los tratamientos herbales que estamos administrando solo harán hasta cierto punto. Es primordial que obtengamos magia para ayudar a sanarlos.

Pero aun así, la expresión de Jackie estaba endurecida por la desconfianza; su amargura hacia Seraphina provenía de heridas profundas, de la pérdida de su hijo en la invasión que los padres de Seraphina habían permitido. Un dolor y una amargura compartidos que se aferraban a la mayoría de la manada.

—Te lo prometo —juró Seraphina, firme a mi lado—. No soy responsable de esta enfermedad y haré todo lo que pueda para ayudar.

El Anciano Darius intervino:

—¿Así que simplemente estabas de paso por el vecindario? —El escepticismo goteaba de cada una de sus palabras. Sus ojos oscuros brillaban con sospecha.

Dondequiera que mirara, podía ver duda en las expresiones de los miembros de la manada, especialmente entre los ancianos. La tensión en la habitación se espesó y mi corazón comenzó a acelerarse. ¿Seraphina le diría a todos por qué había vuelto o era algo mejor dejado para hablar en privado?

En ese momento, Linda, la hija de Darius, entró en la cámara del consejo. Sus ojos estaban abiertos de incredulidad al ver a Seraphina de pie junto a mí. Debía haber corrido hasta aquí desde la enfermería al escuchar la noticia de la llegada de Seraphina. Noté que sostenía la bolsa de cuero con hierbas que le había enviado a través de Justin.

Con una expresión tensa, Linda se acercó a su padre. Muchos de la manada la miraron, la multitud abriéndose paso para ella mientras se colocaba junto a su padre, al frente de la multitud.

Linda vestía un uniforme médico y pude ver por los cansados círculos alrededor de sus ojos que había estado trabajando sin descanso, con esta enfermedad afectando a tantos compañeros de manada. Una mezcla de gratitud y culpa me invadió como solía suceder cuando la veía. Nunca había querido lastimarla al cancelar nuestra ceremonia de emparejamiento, pero sabía que lo había hecho. Como siempre, Linda no se anduvo con rodeos.

—Así que es cierto. Otra amenaza ha surgido en nuestra manada.

Sentí a Seraphina tensarse a mi lado, pero enfrentó la mirada acusadora de Linda con la cabeza en alto.

Un presentimiento inquietante me recorrió. La voz de nuestra sanadora tenía mucho peso y un coro de voces descontentas estalló a su paso. Pero por muy arraigada que estuviera la desconfianza de la manada, sabía que la vehemencia de Linda hacia Seraphina tenía sus raíces en el dolor que yo le había infligido, la noche que cancelé nuestra ceremonia de emparejamiento.

Esa noche terrible, había regresado de mi infructuosa cacería en el bosque y le había dicho la verdad a Linda, disculpándome con ella porque no podía unirme a nadie más, no cuando ahora sabía que estaba enamorado de Seraphina. Linda sabía, al igual que los otros miembros de la manada, que había buscado a Seraphina estos últimos dos años. Esa era la verdadera razón de la expresión pétrea de Linda y su tono hiriente.

A pesar de las acusaciones lanzadas contra Seraphina, ella se mantuvo firme.

—Solo quería volver a mi manada —dijo con firmeza, haciendo que mi corazón latiera con esperanza. Después de la muerte de sus padres, había poco aquí para ella. Excepto yo, susurró una pequeña voz esperanzada.

—Estoy dispuesta a hacer un juramento de sangre para probar mi inocencia —declaró Seraphina.

Una ola de murmullos enojados recorrió la habitación.

—La magia de sangre puede engañar —exclamó Valerie, una mujer de unos veinticinco años, su sospecha mezclándose con muchas otras voces.

Pero no dejaría que esto continuara. Elevé mi voz, cortando el caos, decidido a restaurar el orden.

—Necesitamos urgentemente una bruja capaz para abordar esta enfermedad. Como Alfa, *yo* tengo la responsabilidad de resolver esta crisis. Por encima de todo, la manada es lo más

importante para mí. Juro que nunca permitiría que le ocurriera ningún daño. Por lo tanto, estaré vigilando a Seraphina en cada paso, pero ella *dará* el tratamiento.

Mi declaración quedó suspendida en el aire, reverberando en las paredes de piedra. Aunque muchos permanecieron cautelosos, mis palabras parecieron silenciar a los miembros de la manada, convenciéndolos de dejar de lado su desconfianza, aunque solo fuera temporalmente.

Justo cuando la gente comenzaba a dirigirse hacia la puerta, Seraphina de repente dio un paso adelante preguntando:

—¿Hay alguien dispuesto a dejarme quedar con ellos mientras trato a los enfermos?

La sorpresa me invadió; había asumido que Seraphina se quedaría conmigo. Un pesado silencio cayó sobre la habitación, el peso del pasado resonando en el espacio. Cada mirada se desvió. Pude ver el dolor bajo la dureza en sus ojos. Mi corazón dolía por ella.

Sin embargo, mientras los miembros de la manada se alejaban, la tensión que había estado palpitando dentro de mí desde que había encontrado a Logan y los otros guerreros atacándola comenzó a aliviarse. Parte de mí deseaba que su petición se hubiera desarrollado de manera diferente, pero la ausencia de ofertas me otorgó un retorcido alivio: ahora podía mantenerla cerca.

—Bueno, parece que vendrás conmigo —dije, conteniendo la sonrisa que tiraba de mis labios mientras le hacía un gesto para que me siguiera.

Mientras salíamos de la cámara del consejo y entrábamos en el frío mordaz de la noche, Seraphina caminaba detrás de mí como si no quisiera estar demasiado cerca. Los imponentes picos de las Montañas Nuvuja se alzaban ominosamente contra un cielo nublado. Pero el peso de nuestras emociones no expresadas colgaba más pesado que la nube que se había acumulado.

La guié alrededor de la puerta trasera de nuestra antigua casa, nuestro santuario una vez. Abrí la puerta de la cocina, y al entrar, la atmósfera cambió; tantos momentos compartidos se congregaban en este espacio: risas, calidez y un sentido de pertenencia resonaban en cada superficie. El aroma de productos horneados parecía permanecer en el aire, un recordatorio de fines de semana pasados juntos, mezclando harina y azúcar.

Sin embargo, en marcado contraste, el silencio entre nosotros se sentía frío y pesado, cargado con todo lo que había ocurrido en los últimos años. Las paredes de nuestro hogar parecían ser

testigos del tumulto en nuestro interior, mientras mi anhelo por cerrar el abismo entre nosotros se intensificaba aún más.

Detrás de mí, Seraphina dudó en el umbral. Mi corazón se encogió al ver que se había puesto rígida.

Ella negó con la cabeza. —No puedo hacer esto.

Se me cerró la garganta. ¿Me detestaba tanto por lo que había hecho al casi unirme a Linda? Su mirada estaba clavada en el suelo. Me pregunté si ella se sentía tan abrumada por los recuerdos en este espacio como yo. Había estado fuera durante años. Si este momento era abrumador para mí, debía serlo aún más para ella. Mi pecho se oprimió por la tensión que emanaba de ella, pero me contuve de alcanzarla.

Afortunadamente, Seraphina aclaró el motivo de su vacilación. —No puedo quedarme contigo... eres un lobo emparejado. Sería incorrecto.

La sorpresa me invadió. Había asumido que la expresión endurecida de Linda le habría dicho todo lo que necesitaba saber, pero rápidamente expliqué: —No estoy emparejado.

Ella levantó la mirada, la sorpresa inundando su hermoso rostro. Pero aún así, no movió ni un músculo.

Mis labios se crisparon, pero dije: —¿Podrías entrar, por favor? Estás dejando salir todo el calor.

Frunció el ceño, pero entró a regañadientes, cerrando la puerta tras ella.

—Toma asiento. ¿Quieres una taza de té? —pregunté, tratando de hacerla sentir más cómoda.

Negó con la cabeza. Parecía tensa, como si estuviera a punto de salir corriendo por la puerta de nuevo, lo que solo hizo que mi lobo merodeara inquieto.

Finalmente, dijo: —Solo agua, por favor. —Se quitó la mochila de la espalda y tomó asiento en la larga mesa de roble. Con una repentina desorientación, veo a una Seffy más joven en la mesa, estudiando. Sacudí la cabeza, dándome cuenta de que esa intensa mirada en su rostro me recordaba a la seriedad de aquellos primeros días oscuros cuando recién había venido a vivir conmigo.

Aproveché el momento que me tomó conseguir un vaso de agua del grifo para alejar el pasado.

Tomé asiento frente a ella y ella vació el vaso de un solo trago. Sospeché que no era solo la pelea con Logan y los guerreros de la Luna Plateada lo que la había dejado tan cansada.

—¿Cuántos días has estado viajando? —pregunté.

Su mirada volvió a mí. No habló, solo me miró con esos cautivadores ojos de jade. Luchando por controlarme, sentí el inconfundible latido en mi pecho, un llamado del vínculo de pareja que anhelaba ser reavivado. Si cerraba la distancia, susurraba, podría estar completo de nuevo.

—Me estabas contando sobre lo que pasó cuando me fui —indicó, llevándonos de vuelta al pasado.

Asentí, luchando de repente contra la marea de recuerdos, los momentos que había intentado enterrar para mantenerme fuerte en su ausencia. Pero la agonía de aquel momento en que ella había cortado nuestro vínculo de pareja resurgió.

Fijé mi mirada en ella. —Cuando cortaste nuestro vínculo, cancelé la ceremonia con Linda y fui tras de ti.

Cada palabra flotaba en el aire con una gravedad monumental. Esa noche se reprodujo en mi mente con una claridad desgarradora. El recuerdo inquietante de llegar al círculo mágico, con esas runas y cristales desprovistos de magia.

Pero, a medida que pasaban los segundos y ella no decía una palabra, me forcé a contarle lo que no había tenido la oportunidad de decirle en ese entonces. —Esa noche, me di cuenta de que te amaba. —Mi corazón golpeaba mi pecho ahora que había dado el salto para decirle la verdad.

Seraphina parpadeó pero permaneció dolorosamente en silencio. Sus dedos jugueteaban con el vaso vacío frente a ella. La pregunta que había anhelado hacer desde que capté su aroma en el bosque hoy se abrió paso por mi boca. —¿Por qué has vuelto?

—He vuelto para limpiar el nombre de mis padres —respondió.

Sentí que el aire abandonaba mis pulmones. Eso no era... lo que esperaba. Ella alcanzó su bolso, sacando algo. —Esta es una carta del Alfa de la Luna Sombra, Alexis —explicó—. Fui presentada a Selina, la Luna de la Luna Sombra, a través de un amigo. He estado quedándome con ella los últimos dos años.

El asombro me envolvió. ¿La manada de la Luna Sombra? Ahí es donde había estado todo este

tiempo. Mis pensamientos saltaron sobre lo que había escuchado en los últimos meses acerca de nuestras manadas vecinas. Se decía que había habido una batalla entre la Luna Sombra y las Lunas Negras hace unos meses. ¿Había estado Seraphina allí en ese momento? Mi lobo se erizó ante la idea de que ella estuviera en peligro.

—Selina y Alexis capturaron a un prisionero de la Luna Negra —continuó Seraphina—, quien dijo que mis padres fueron inculpados. Dijo que la bruja oscura, que ayudaba a las Lunas Negras a invadir nuestra manada en ese entonces, logró obtener su sangre, a través del verdadero traidor en nuestra manada. Usaron magia de sangre para hacer que pareciera que las guardias y el deber de patrulla de mis padres habían fallado.

Las palabras me golpearon como un puñetazo en el estómago. Pensé en Liam, mi mejor amigo, el padre de Seraphina, cuya vida había sido truncada junto con Cordelia, su amorosa madre, injustamente. Después de la invasión y sus suicidios, había buscado ferozmente evidencia de algo, cualquier cosa, que no condujera de vuelta a mi mejor amigo traicionándome a mí y a nuestra manada. Ni Liam ni Cordelia se habían comportado de manera diferente en los días previos a esa fatídica noche. Me había exprimido el cerebro en busca de recuerdos, atormentado por la esperanza de descubrir un destello que los exonerara de las monstruosas acusaciones que se habían cernido sobre sus almas, pero no encontré nada.

El hecho mismo de que hubieran elegido quitarse la vida me obligó a enfrentar la dolorosa verdad: debían haber sido culpables. O eso había pensado, hasta ahora.

La conmoción resonó en mí. Todavía había un traidor en nuestra manada. Uno que había eludido la justicia y permitido que mi mejor amigo y su esposa pagaran el precio. La ira y el dolor libraban una guerra dentro de mí mientras esta noticia reorganizaba el pasado de un solo golpe. Empujé mi silla hacia atrás, necesitando moverme. Caminé de un lado a otro. —Diosa, perdóname, Liam, Cordelia... les he fallado. —El dolor y la ira se filtraron en mi voz mientras iba y venía frente a la cocina de leña, su calor constante sin lograr ahuyentar el frío que se había instalado en mi pecho.

Seraphina se puso de pie. Por un glorioso momento, pensé que se acercaba a mí para consolarme, pero solo levantó la mano, presentando la carta de la que había hablado. —La carta de Alexis contiene todo lo que te he dicho —Una dureza apareció en su boca—. Después de todo, no se puede confiar en la palabra de la hija de traidores —Se había detenido, a solo un metro de mí, ofreciéndome la carta.

Apreté la mandíbula, odiando reconocer sus palabras como las que yo había pronunciado: *"hija de traidores"*. Otro recuerdo me vino ahora, de Seraphina y yo en la cama juntos. Acabábamos de hacer el amor y le había dicho que no podía estar con ella porque era hija de traidores. Mi creencia equivocada de que tenía que tener una Luna a mi lado en quien la manada pudiera confiar, me había llevado a pronunciar esas palabras. Palabras que, por obra del destino, eran completamente falsas.

Sostuve su mirada. —Te juro que encontraré al traidor en nuestra manada. No descansaré hasta que tus padres, mis más queridos amigos, tengan la justicia que merecen —dije con fervor.

Ella parpadeó, dándome una mirada que no pude descifrar. Casi parecía sorprendida, como si no esperara que yo deseara justicia para sus padres tanto como ella. La frustración me invadió. ¿Realmente su opinión sobre mí era tan baja?

Pero tampoco podía dejar el resto de su reproche sin confrontar. —Además, siempre he confiado en ti —dije en voz baja—. Siempre confiaré en ti. De hecho —continué, mi corazón acelerándose mientras cada latido me exigía que le dijera todo lo que sentía—, sé que si tan solo hubiera confiado en ti para guiarme, mi corazón aún estaría entero —Mi mirada recorrió su rostro. Noté que su mano sosteniendo la carta temblaba mientras la bajaba.

Un ceño se formó entre sus finas cejas negras. —Tyler, no...

Al escuchar mi nombre en sus labios, los recuerdos de nuestra gloriosa noche juntos me atraparon. Necesitaba decirle que cada fibra de mi ser la había anhelado durante estos años separados.

—Por favor, Seraphina, vuelve a mí —supliqué—. Vuelve a estar conmigo. Nunca he dejado de buscarte ni de esperar que regresaras —Alcancé su mano vacía, mi corazón latiendo con esperanza mientras ella me dejaba sostenerla—. Sé lo perdonador que es tu corazón, y prometo amarte y protegerte como debería haberlo hecho si tan solo me das otra oportunidad.

—No puedo —dijo bruscamente. Se apartó, su mano abandonando la mía—. Lo siento, Tyler... Yo... ya no te amo.

Las palabras me golpearon, una sentencia irrevocable que me dejó sin aliento. Ella retrocedió, dejando la carta sobre la mesa antes de retirarse hacia la puerta interior con su bolso.

—Necesito descansar un poco antes de tratar a los miembros de la manada —dijo con voz plana

—. Te veré cuando haya dormido —Sus pasos resonaron por el pasillo, luego en las escaleras.

Cuando la puerta de su habitación se cerró con un clic, sentí la distancia entre nosotros resonando a través del vacío en mi pecho. La finalidad de sus palabras dejaba dolorosamente claro: incluso si albergaba sentimientos por mí, estaba decidida a apartarme. Una barrera invisible se había alzado entre nosotros, tan vasta como las montañas que guardaban nuestro pueblo.

Pero una determinación se encendió en lo profundo de mí. Seraphina había vuelto, a nuestro hogar, donde pertenecía. Esta vez, no dejaría que se me escapara entre los dedos. Lucharía para demostrar que su lugar estaba a mi lado. Esta noche, el saber que mi chica había regresado llenaba mi corazón con brasas de promesa. Nuestro vínculo podría ser reforjado y recuperaría a mi pareja.

Capítulo Seis

Seraphina

Después de cerrar la puerta de mi habitación, me apoyé contra ella, dejando escapar un suspiro tembloroso. Mi corazón retumbaba en mi pecho, un eco frenético de las palabras que aún resonaban en mi cabeza: *"Ya no te amo"*. Quería que mi cuerpo reflejara esa declaración, pero en su lugar, se sentía como una cáscara frágil a punto de romperse. Bajo la superficie, una mezcla de terror y emoción bullía, una contradicción inquietante que me dejaba sin aliento.

Antes de regresar a Nahachoh, me había convencido de que los años de separación habían extinguido mis sentimientos por Tyler. Creía que sin el vínculo de pareja atándome, mis emociones por él se desvanecerían. Pero ahora, de pie y sola en mi antigua habitación, todo se sentía confuso. La desorientación giraba a través de mí, asentándose en mis huesos. Su presencia se aferraba a mí, un susurro de magia que me llamaba, al igual que su aroma a cedro me envolvía, un recordatorio embriagador de todo lo que había intentado dejar atrás.

Me reprendí por acercarme demasiado a él antes. Tyler me había mirado con tanta franqueza, algo crudo y vulnerable en sus brillantes ojos azules. En el pasado, esa mirada a menudo había estado llena de ligereza o protección, pero ahora había una nueva apertura, una que me emocionaba y aterrorizaba a la vez.

Físicamente, no había cambiado mucho; quizás algunas líneas más grabadas alrededor de sus ojos y boca solo realzaban la belleza ruda que recordaba. Y cada vez que sus labios insinuaban una sonrisa, los ecos de nuestra risa en este espacio volvían, un delicioso dolor que se agitaba en lo profundo de mi estómago.

—Necesito limpiar esta energía estancada —murmuré, con la voz apenas por encima de un susurro. Me aparté de la puerta, mi mirada se posó en el pequeño altar frente a la ventana. Mis ojos se detuvieron en el portaincienso anidado entre mis cristales. Sí, era una buena idea despejar mi mente antes de dormir.

Con movimientos decididos, volqué el contenido de mi bolso sobre la cama, rebuscando hasta

que saqué una varilla de salvia blanca. La coloqué en el soporte, sintiendo la superficie lisa del cristal sikin en el altar zumbando suavemente con la energía del sol.

—*Kaumma* —murmuré, canalizando la energía desde dentro del cristal para encender la varilla. Se encendió, liberando un perfume terroso que se espiralizó en el aire. Inhalando profundamente, me concentré en el aroma, dejando que me llevara a un lugar de calma mientras meditaba sobre el humo.

Sin embargo, mis pensamientos se negaban a disiparse, arremolinándose como una de esas espirales. Los recuerdos de Tyler llenaron mi mente. Se había iluminado cuando aparecí, sin cuestionarme como la patrulla. Su feroz defensa de mí en la cámara del Consejo despertó algo dentro de mí: una calidez se encendió al recordar su fe inquebrantable en mí, incluso antes de escuchar sobre la inocencia de mis padres.

Había insistido en que Alexis detallara todo lo que el prisionero de la Luna Negra había dicho, convenciéndome de que Tyler necesitaría esa información tanto como cualquiera. Pero ahora, las palabras de Tyler sobre la confianza, cómo siempre había confiado en mí y siempre lo haría, me envolvían, especialmente después de soportar el día lleno de miradas frías de desconfianza y acusaciones.

De nuevo, el recuerdo de su cálida mano envolviendo la mía me llenó de anhelo, pero alejé la sensación, inhalando el aroma purificador de la salvia, convenciéndome de que lavaba el pasado. Puede que haya cancelado la ceremonia de emparejamiento con Linda, pero la imagen de ellos juntos esa noche había marcado mi corazón, un recuerdo irregular de lo que se había perdido.

Tomando una respiración profunda, volví a la tarea en cuestión. Estaba aquí por mis padres, no por Tyler. La necesidad de limpiar sus nombres alimentaba mi propósito, pero el dolor se retorcía en mi pecho al imaginar a Tyler paseando con angustia, cargado con la culpa de haberles fallado. Reflexivamente, me había levantado para consolarlo, queriendo instintivamente aliviar su dolor antes de recordarme mis propias cicatrices.

Mientras estaba de pie en mi altar, algo llamó mi atención: mi ulu, el cuchillo ceremonial. No había estado allí cuando me fui; la última vez que lo vi fue abandonado en la nieve, una herramienta en el círculo mágico que había lanzado para cortar el vínculo de pareja. Mi corazón se agitó, y por primera vez, me permití imaginar la desesperada persecución de Tyler tras de mí esa noche. Esas palabras que había pronunciado resonaron en mi mente: *"Prometo amarte y protegerte..."* Cómo mi yo más joven habría apreciado tal juramento. ¿Pero ahora? Se sentía

demasiado tarde. ¿Qué significaban realmente esas promesas cuando casi se había dedicado a otra mujer? A pesar del fuego en sus ojos, a pesar de la forma en que sus manos envolvían las mías, no podía sacudirme la traición que corría por mis venas. Cuando necesité que me eligiera, él había vacilado.

Las palabras eran dulces, pero se sentían como vendajes endebles aplicados a una herida demasiado profunda. El perdón requería confianza y el tipo de compromiso que él había pasado por alto mientras yo luchaba sola a través de mi dolor. Puede que haya cortado el vínculo de pareja, sí, creando un abismo entre nosotros, pero Tyler había forjado la distancia cuando rechazó el amor que yo había dado tan libremente.

La idea de dejarlo entrar de nuevo envió una ola de miedo sobre mí; la confianza, una vez rota, era algo frágil de reconstruir. No podía permitirme dejarlo entrar de nuevo cuando había trabajado tan duro para desterrar el dolor que había creado.

Mi *ulu* me estabilizó, su filo afilado recordándome mi resolución: había elegido cortar el vínculo, y estaba hecho.

Mientras observaba mi antigua habitación, una inquietante realización me invadió. Todo estaba exactamente como lo había dejado: mi bata colgada en la puerta, las sábanas florales. Me acerqué a mi viejo armario; mi ropa permanecía intacta. La inquietud me recorrió. La habitación se había convertido en un santuario de una vida que había superado. Tyler todavía necesitaba enfrentar su pasado, al igual que yo lo había hecho.

Pero era un techo sobre mi cabeza. Después de todo, la casa de mis padres había sido quemada después de la invasión de las Lunas Negras, la manada eligiendo borrar incluso su memoria. Aquí, esta habitación era todo lo que tenía.

Al menos pude sacar un par de pijamas del cajón, y el familiar aroma del suavizante de telas era reconfortante. Retirando las sábanas, me metí en la cama, sintiendo la frescura envolverme. Pronto, sucumbí al agotamiento, cayendo en un sueño sin sueños, un respiro muy necesario del tumulto del día.

A la mañana siguiente, después de una ducha refrescante, bajé las escaleras, lista para visitar la enfermería.

Tyler estaba sentado a la mesa de la cocina, con un tazón de cereal frente a él. Con una mirada, vi que era la granola habitual frente a él.

—Buenos días —saludó, su tono algo formal antes de preguntar rápidamente—: ¿Qué puedo ofrecerte? ¿Tostadas o...?

—Yo puedo hacerlo —interrumpí, ya planeando recargar energías para el esfuerzo que gastaría tratando a los miembros de la manada.

—¿Dormiste bien? —preguntó cuando me uní a él en la mesa con mi tostada y café—. ¿Tenías todo lo que necesitabas?

—Por supuesto —respondí, lanzándole una mirada divertida—. Como... todas mis cosas.

Parpadeó, con una expresión desconcertada cruzando su rostro.

—No es que no esté agradecida de reunirme con mi combinación favorita de suéter y vaqueros —continué, señalando mi atuendo—, pero probablemente sea hora de que conviertas mi antigua habitación en un gimnasio o estudio como hacen la mayoría de los padres cuando sus hijos se van de casa.

Tyler se atragantó con un bocado de cereal, dividido entre la incomodidad y la irritación, como lo evidenciaba el ceño que nublaba su frente.

Pero había tomado mi decisión después de anoche. Seguiría adelante, decidida a eliminar cualquier idea romántica entre nosotros. Aunque necesitaba estar aquí por mis padres, me apoyaría en la amistad que una vez compartimos. Después de todo, Tyler me había criado después de la muerte de mis padres; recordárselo era la mejor manera de asegurarme de que me viera como nada más que familia.

—Así que supongo que no deberíamos decirle a nadie la verdadera razón por la que he vuelto —dije—. No hasta que hayamos desenmascarado al verdadero traidor.

—Estoy de acuerdo —respondió Tyler, con alivio inundando sus facciones como si el cambio de tema fuera un salvavidas—. Simplemente le diremos a todos que extrañabas tu ropa, ¿de acuerdo? —Su tono era burlón, pero un destello de desafío bailaba en sus ojos.

Resoplé divertida, eligiendo responder a su tono en lugar de mirar.

Una vez que terminamos, nos dirigimos a la enfermería. Al entrar, Linda se acercó a nosotros, con oleadas de animosidad emanando de ella. —No eres bienvenida aquí —espetó, su tono cortando el aire, afilado y claro.

Momentáneamente aturdida, señalé mis suministros. —Estoy aquí para ayudar —dije, mi voz oscilando entre una súplica y la frustración. Pero mis palabras cayeron en oídos sordos; Linda se mantuvo firme, bloqueando la entrada.

Tyler intervino, su voz firme. —Creí haber sido claro ayer, Linda. Seraphina va a examinar a los pacientes. —Su postura exudaba autoridad; un destello de gratitud me recorrió por su apoyo.

Ella lo miró con cautela, la lucha disipándose al darse cuenta de que no podía negar su orden. Sus labios se apretaron en una línea delgada, pero a regañadientes, se hizo a un lado, dejando escapar un pesado suspiro. —Está bien, pero mis suministros están fuera de límites.

Como el resto de la manada, Linda no había sido particularmente amistosa conmigo desde la traición de mis padres. Pero sospechaba que gran parte de su ira se originaba en que Tyler hubiera cancelado su ceremonia de emparejamiento debido a sus sentimientos por mí. Se alejó de nosotros, en la dirección opuesta, claramente no queriendo tener más interacciones de las necesarias.

Tyler me entregó una mascarilla, después de ponerse una él mismo.

—¿Así que la enfermedad es transmitida por el aire? —pregunté mientras me aseguraba la mascarilla.

—Sí, pero también puede transmitirse a través de la sangre —dijo Tyler—. Creemos que Harry la contrajo cuando entrenaba con David en el ring.

Nos adentramos más en la enfermería, la iluminación tenue iluminaba filas de camas improvisadas llenas de miembros de la manada que sufrían la enfermedad. La mayoría yacía en un sueño febril, mientras que los que estaban despiertos parecían sudorosos y cansados; un aire de sospecha se espesaba mientras pasaba por sus camas, haciendo que mi corazón latiera con aprensión.

—Afortunadamente —le dije a Tyler, revisando mis suministros—, he traído bastante inventario, pero no será suficiente para tantos pacientes.

La gratitud surgió al recordar que había saqueado el armario de existencias de Selina antes de irme. Cuando la conocí, ella dirigía su propia boutique de hierbas. Ahora, su negocio prosperaba, expandiéndose para incluir toda una red de boutiques. El grueso principal de su stock permanecía en el Castillo Luna Sombra, así que me sentía confiada de que no necesitaría las hierbas de Linda

por un tiempo.

—Tienen fiebre que Linda ha estado tratando con kuppik —explicó Tyler, guiándonos por la enfermería, donde algunos visitantes atendían a los infectados.

Reconocí a dos cambiaformas femeninas más jóvenes, vestidas con uniformes médicos: Kelly y Laura, ambas habían estudiado herbolaria en la Universidad Luna Plateada. —¿Kelly y Laura trabajan aquí ahora? —le pregunté a Tyler.

—En los meses de verano —respondió—. Linda las ha estado entrenando para ser ayudantes durante los últimos veranos. Menos mal, porque hemos necesitado toda la ayuda posible estos últimos días.

—Hola —saludé al acercarme a ellas; estaban administrando cataplasmas a algunos de los pacientes más afectados.

—Hola, Seraphina —respondieron ambas alegremente, su aceptación un bálsamo cálido en la atmósfera fría. Eran más de mente abierta que la mayoría de la manada, al no haber perdido a ningún familiar inmediato durante la invasión de la que supuestamente mis padres eran responsables. Tampoco perjudicaba que realmente se hubieran aventurado fuera de los confines de la manada para estudiar en la Universidad Luna Plateada.

Examiné al cambiaforma masculino que Kelly estaba atendiendo: David, un guerrero de Luna Plateada de unos veinticinco años. Temblaba bajo múltiples capas de mantas, claramente sufriendo la misma fiebre que los demás.

—Estamos probando un tratamiento de madera de limón para reforzar sus sistemas inmunológicos —explicó Kelly, el aroma cítrico era un respiro bienvenido del sudor y desechos subyacentes en la habitación. Sin embargo, un nudo de preocupación se retorció en mi estómago; sabía en el fondo que las hierbas no serían suficientes. Esta enfermedad no era simplemente un virus; un susurro enfermizo envolvía la piel de David, tirando de mi magia: esto era definitivamente magia oscura.

Los recuerdos de la hermana de Selina, Marissa, inundaron mi mente. Recordé cómo los malignos zarcillos sombríos habían contaminado los productos de Selina. Había ayudado a ella y a Lyvia a curar a los clientes afectados. Armada con ese conocimiento, estaba segura de que podría marcar la diferencia aquí también.

—He visto algo como esto antes —susurré a Tyler después de examinar a algunos de los compañeros de manada más afectados. Sus síntomas eran sorprendentemente consistentes, y sentí una creciente determinación hincharse dentro de mí—. Estoy bastante segura de que podría preparar un remedio.

Su mirada azul se encontró con la mía, y sentí que quería que le dijera más. Quería compartir más sobre la hermana de Selina, y cómo la magia oscura había contaminado los productos herbales. Pero al considerar la posibilidad de que el traidor estuviera entre nosotros, dudé. La verdad tendría que esperar a la soledad.

—Requerirá tanto hierbas como magia —le expliqué a Tyler mientras colocaba mis suministros en una mesa en el centro de la enfermería.

En ese momento, noté que Logan se había unido al pequeño grupo de visitantes. La hora era temprana, pero la atmósfera se sentía cargada, y Logan revoloteaba junto a la cama de David, observándome como un halcón. Tan pronto como me encontré con su mirada hostil, se burló:

—¿En serio crees que alguien te dejará ponerles un dedo encima?

El calor me recorrió la piel, pero me negué a dejar que el rencor de Logan me obstaculizara.

Ignorándolo, anuncié a la enfermería:

—¡Hola a todos! Si me escuchan un momento, creo que les agradará saber que he visto este tipo de enfermedad antes. Una querida amiga mía, Selina, Luna de la Manada Luna de las Sombras, tuvo una infección similar transmitida a través de uno de sus productos herbales que fue manipulado en su boutique.

Muchos en la manada respetaban los títulos; si mi amistad con una Luna podía ayudarme a convencerlos de mi capacidad para ayudar, entonces la aprovecharía.

—Con tratamientos tanto mágicos como herbales, pudimos revertir la enfermedad —expliqué—. Estoy segura de que puedo hacer lo mismo aquí. ¿Quién quiere ser el primero?

Mi corazón latía aceleradamente, respiraciones entrecortadas arañando mi garganta. Mientras un silencio resonante impregnaba la enfermería, me sentí acorralada, la frustración me hacía querer gritar que *yo* no era el enemigo. Estaba aquí para ayudar. Pero parecía abismalmente claro que Logan tenía razón: esta manada, en la que necesitaba permanecer para encontrar al verdadero

traidor y limpiar el nombre de mis padres, estaba decidida a odiarme.

Mientras Linda revoloteaba por la enfermería, distribuyendo cataplasmas con pasos pesados —cada uno pareciendo latir con propósito y burlarse de mi propia inacción—, me sentí derrotada, el peso de la situación oprimiéndome. El tiempo se estiraba agonizantemente lento. Presioné las yemas de mis dedos contra mis sienes, luchando contra el inicio de un dolor de cabeza mientras me estrujaba el cerebro buscando una forma de convencer a los miembros de la manada a mi alrededor.

En ese momento, sentí la presencia rencorosa de Logan más que cualquier otra cosa. Imágenes parpadearon en mi mente: nosotros como adolescentes reunidos alrededor de la hoguera, las llamas crepitantes proyectando sombras alargadas sobre nuestros rostros. Podía escuchar su risa cruel mezclándose con la de los demás mientras me lanzaban insultos, sus palabras afiladas e implacables. Me había escabullido, con la cabeza gacha, las venas ardiendo de vergüenza, retirándome a la seguridad de la casa de Tyler, encerrándome en mi habitación. Mis estudios se convirtieron en mi refugio, las páginas de mis libros los únicos compañeros que no me recordaban la traición que destrozó a mi familia.

Esos recuerdos pesaban, un amargo recordatorio de cómo había sido expulsada, una extraña dentro de mi propia manada. Pero las cosas eran diferentes ahora. Había regresado con la certeza de que mis padres eran inocentes. Todo lo que había soportado de adolescente —el acoso, el aislamiento— había sido injusto.

Así que, a pesar del silencio resonante a mi alrededor, mantuve la cabeza en alto, negándome a ser forzada a alejarme como una vez lo había sido. Ya no era la chica indefensa que una vez habían descartado. Recuperaría mi fuerza y mi lugar, sin importar cuánto tiempo tomara. Esta vez, no me echaría atrás.

La tensión y el silencio envolvían la enfermería como una densa niebla. La pálida luz matutina se filtraba por las ventanas orientales, iluminando los rostros cansados de los miembros de la manada, sus expresiones una mezcla de duda y miedo. Justin estaba de pie junto a la cama de su hermano Harry, la preocupación arrugando su frente mientras observaba la forma inmóvil. Unas camas más allá, Susan se encorvaba sobre su hija, sus dedos inquietos jugueteando con la manta. Craig, una figura sombría de hombros fuertes, aferraba la mano de su esposa, Monique. Sin embargo, a pesar de mi oferta de ayuda, un muro impenetrable de incertidumbre se cernía sobre la habitación, manteniendo a todos los miembros de la manada paralizados.

La luz dorada se arrastraba por el frío suelo de piedra, incitando a las motas de polvo a bailar como pequeños espíritus atrapados entre mundos. A medida que el calor del sol se extendía lentamente, sentí un peso asentarse pesadamente en mi pecho: una urgencia carcomiente de que el tiempo se escapaba. ¿Cómo podía ganarme la confianza de la manada? ¿Cómo podía convencerlos de que no les deseaba ningún mal?

Finalmente, voces amortiguadas se agitaron, bajas y cautelosas. Mi corazón se aceleró, la esperanza ardiendo: Susan y Craig estaban susurrando, mirándome. No... miraban más allá de mí. Me giré. Mi respiración se atascó en mi garganta. Tyler estaba de pie junto a David, el guerrero inconsciente de Luna Plateada. La sangre goteaba de la mano de Tyler y de David. Fue entonces cuando noté mi cuchillo *ulu* brillando en su otra mano.

Capítulo Siete

Seraphina

Se me cortó la respiración mientras veía a Tyler deslizar la hoja sobre la palma de David.

—Tyler, ¿qué estás haciendo? —Mi voz estalló, impregnada de incredulidad y pánico que me oprimía la garganta. El horror me invadió cuando la terrible realidad se asentó: se estaba infectando a sí mismo.

Me abalancé hacia adelante, impulsada por la urgencia mientras envolvía su mano sangrante con una toalla. —¿Qué has hecho? —exclamé, con el miedo arañándome por dentro.

—¿Me curarías, por favor? —preguntó, su voz resonando en el aire, con una extraña calma en medio de la duda que me rodeaba. Una sonrisa tiraba de sus labios, intentando derretir la dura atmósfera a nuestro alrededor. Mi corazón se aceleró cuando capté el brillo en sus ojos cerúleos, donde descansaba el peso de una confianza abrumadora.

En medio del torbellino de sospecha que me rodeaba, encontré fuerza en la fe inquebrantable de Tyler. Había arriesgado su salud para demostrar que se podía confiar en mis habilidades, una luz en esta pegajosa incertidumbre.

Con eso en mente, pasé a la acción. Conduciéndolo a la cama vacía junto a David, le indiqué: —Acuéstate. No sabemos qué tan rápido te afectará la infección.

Siguió mis instrucciones.

—¿Kelly? —llamé a una de las ayudantes de la enfermería. Mi voz adoptó un tono resuelto—. Desinfecta la hoja de inmediato. Necesito que limpien mi tabla de cortar y la botella de la poción también. Y trae mucha agua hirviendo aquí.

Sentí la sensación de hormigueo de ser observada, mis instintos se dispararon cuando la mirada evaluadora de Linda se clavó en mí. Sus ojos tenían una intensidad feroz y me preocupaba que fuera a interrumpirme. Pero no me obstaculizó, quizás reconociendo la gravedad de la situación

en cuestión; después de todo, la vida de Tyler pendía de un hilo.

Cuando Kelly regresó con las herramientas, una energía vibrante recorrió mi cuerpo. Me volví hacia los suministros de hierbas que había colocado en la mesa en el centro de la enfermería. Saqué el primer conjunto de hierbas que había traído de la Manada Luna Sombra de sus envolturas. Los dos estudiantes de herbolaria, chispas curiosas en la habitación por lo demás tenue, comenzaron a hacer preguntas sobre mi método.

—Eso es kulvich, ¿verdad? —preguntó Kelly, su voz elevándose con interés.

—Sí —afirmé mientras picaba, el filo del cuchillo mordiendo la fragante hierba, liberando su aroma picante en el aire—. Tiene propiedades antiinflamatorias como el kuppik que están usando. Pero en forma de té, tendrá un efecto más inmediato para bajar la fiebre.

—¿Qué es esa? —preguntó Laura al pasar, con entusiasmo pintando sus facciones.

—Palliks —expliqué, mis dedos manejando hábilmente las hojas algodonosas.

Laura frunció el ceño ligeramente. —¿No es para dormir?

—Lo es —asentí, concentrándome en la tarea—. Pero en la elaboración de pociones, conecta al hechicero con lo sobrenatural. La pequeña cantidad de palliks en esta mezcla me ayudará a formar un puente con el poder de la diosa Luna. —Mientras hablaba, lancé una mirada a Tyler. Habían pasado solo unos quince minutos desde su herida autoinfligida, y la humedad de su piel me envió una nueva ola de urgencia, un recordatorio de lo que estaba en juego. Vi que los otros miembros de la manada en la enfermería también observaban cómo su condición se deterioraba.

Con cuidado, saqué la última hierba de sus envolturas: lirios en espray, prístinos y delicados. Arranqué las flores, manteniéndolas enteras, su dulzura en marcado contraste con el sabor amargo del resto de mi mezcla. Vertiendo agua caliente en la botella de la poción, observé cómo los colores se arremolinaban juntos, una mezcla de esperanza y poder.

Colocando mis cristales en un círculo alrededor de la mezcla en preparación, concentré mi energía. El familiar flujo y reflujo corrió a través de mí mientras infundía la mezcla con magia. Con anticipación, susurré las antiguas invocaciones, "*Saya uki kaumma tapiktuk*". Con cada sílaba, un pulso de energía surgió a mi alrededor, iluminando la mezcla hasta que brilló con vitalidad.

—¿Es cierto que las Lunas Sombra cosechan las hierbas bajo la luna oscura? —preguntó Kelly, sus ojos brillando con intriga.

—Sí, son mucho más potentes de esa manera —dije con una sonrisa, recuerdos de noches pasadas en el bosque pasando por mi mente. Selina, Lyvia y yo habíamos recogido hierbas a la luz de la luna; juntas, esas noches parecían estar imbuidas de amistad—. A veces, las Lunas Sombra celebran bajo la luna oscura —le dije a Kelly—, haciendo una noche de ello, con baile y vino...

Mis palabras se cortaron cuando el aire cambió. Linda se había acercado silenciosamente, su presencia rompiendo nuestra conexión. —¿No hay miembros de la manada a los que deberías estar atendiendo, Kelly? —interrumpió.

Le lancé una mirada de disculpa, pero ella se encogió de hombros con indiferencia. Mi atención volvió a los tonos cada vez más profundos de mi poción, emergiendo un verde rico mientras colaba la mezcla en una taza. La adrenalina se disparó mientras avanzaba hacia la cama de Tyler.

Sus ojos se abrieron, más apagados de lo habitual, pero aún encendidos con determinación. —Solo estaba descansando los ojos —murmuró, el peso de la fatiga espesando su voz. Por un momento, el tono pesado por el sueño me hizo pensar en las noches en que se había quedado dormido a mi lado en el sofá cuando veíamos películas. Excepto que entonces, yo había robado tantas miradas como pude, deleitándome con la visión íntima de Tyler durmiendo.

Forcé el pasado fuera de mi mente. —Quiero que te bebas todo esto —insté, ofreciendo la taza. Sus manos se cerraron alrededor de ella.

Pero mientras guiaba la taza a sus labios, vi a Logan levantarse de su silla, su rostro una máscara de desconfianza. Suspiré, la frustración recorriéndome. No había respiro de su incesante hostilidad.

—Un momento —dije, tomando la taza de vuelta. Tomé un trago de la taza antes de tragarlo—. ¿Contento? —Lancé una mirada furiosa en dirección a Logan.

Cedió, desplomándose en su silla con el ceño fruncido, sus brazos cruzados sobre su amplio pecho.

—Es completamente seguro para ti, Alfa Tyler —enfaticé, volviendo mi atención hacia él.

—Nunca lo dudé —respondió, sosteniendo mi mirada con una intensidad que encendió un aleteo en mi estómago. El mundo a nuestro alrededor se desvaneció mientras él tomaba un sorbo, seguido de otro. Momentos después, sentí una oleada de energía cuando la fiebre que había comenzado a envolverlo retrocedió, dejando solo un ligero brillo de sudor.

Diez minutos después, Kelly se acercó y confirmó lo que mi magia ya percibía. —Tus signos vitales están estables —exclamó, midiendo el pulso y la frecuencia cardíaca de Tyler—. Tu cura funcionó, Seraphina.

Una ola de alivio inundó la habitación, levantando el peso de la incertidumbre de mis hombros. Susurros de asombro florecieron entre los miembros de la manada reunidos mientras se acercaban, maravillándose de la transformación que Tyler había experimentado. Sus ojos se suavizaron, la esperanza reemplazando la aprensión que había nublado sus corazones momentos antes.

Mientras el tiempo transcurría, me perdí en el ritmo de la curación: picar hierbas y dejarlas en infusión. Con cada lote, imbuía los elixires con magia e intención. Tyler, un entusiasta defensor de mi trabajo, guiaba a Linda y volvía con suministros del armario.

Mientras tanto, Linda, Kelly y Laura administraban el té a quienes estaban conscientes.

Al caer la tarde, aquellos con casos leves ya estaban sentados, con la fiebre disipándose. Los casos más graves, como David, que estaban inconscientes, requerirían que el té se les administrara por vía intravenosa. Aunque albergaba la esperanza de que mi remedio también los curara, tuve que dejar que Linda y las asistentes prepararan el equipo médico para su tratamiento.

Cuando las sombras de la tarde comenzaron a caer en la enfermería, sentí que un agotamiento abrumador se apoderaba de mí, pulsando en cada una de mis venas.

En ese momento, Tyler se me acercó.

—¿Puedes venir conmigo un momento?

—¿Qué pasa? —pregunté, frunciendo el ceño, ya pensando en el próximo lote que necesitaba empezar a preparar.

Pero él solo me hizo un gesto para que lo siguiera. Lo seguí hasta el fregadero.

—Lávate las manos —me indicó mientras nos dirigíamos al lavabo en la esquina. Seguí sus

instrucciones después de que él también se lavara.

Salió de la enfermería y se puso el abrigo. Yo hice lo mismo. Salimos a la tarde, cuyo frío mordiente me hizo acurrucarme más profundamente en mi abrigo.

Me di cuenta de que Tyler probablemente quería saber qué había causado realmente la enfermedad de los miembros de la manada. Miré alrededor, preguntándome si este era el lugar para discutirlo. En ese momento, no había nadie alrededor.

Pero Tyler me sorprendió.

—Necesitas comer algo —ordenó, sacando una barra de chocolate de su bolsillo.

Mi estómago rugió como si mi lobo estuviera de repente al aire libre.

El chocolate siempre había sido mi debilidad, una dulce indulgencia a la que simplemente no podía resistirme.

Me humedecí los labios, mis dedos desenvolviendo ansiosamente la barra. Partí un trozo, disfrutando de la dulce bondad azucarada mientras se derretía en mi boca.

—Mmmm —suspiré con satisfacción—. Gracias —añadí, mirándolo.

Me lamí los labios. Los ojos de Tyler se oscurecieron con una mirada hambrienta que estaba segura tenía poco que ver con el chocolate y todo que ver conmigo. Ese pensamiento hizo que mi corazón latiera desbocado.

—Así que —dije, de repente necesitando mirar a cualquier parte menos a Tyler. Me concentré en el paisaje como si intentara derretir la nieve con la intensidad de mi mirada—. Está yendo mejor ahí dentro de lo que pensaba.

Mientras comía otro trozo de chocolate, no pude evitar recordar cuánto me hacía pensar el sabor en Tyler. Fue durante esos primeros meses viviendo con él, después de que mis padres murieran, que me había animado a volver al mundo. En parte, con chocolate.

Él sabía que era mi favorito, y las sesiones de repostería que había iniciado casi siempre incluían algo chocolatoso. Este simple acto de darme chocolate ahora se sentía más significativo, cargado con recuerdos del consuelo que me había regalado en el pasado.

Se aclaró la garganta. Me arriesgué a mirarlo, aliviada de ver que ahora también miraba hacia los tejados y árboles nevados.

—Lo es, gracias a ti, Seraphina.

Mi estómago revoloteó por la forma en que dijo mi nombre completo. Había una suavidad y sensualidad en ello que hizo que mis mejillas se sonrojaran. Fingí tener frío, hundiendo mi cara en el cuello de mi esponjoso abrigo.

Pero no era solo gracias a mí. Tyler había arriesgado su propia salud, solo para que otros confiaran en mí. Había convencido a los miembros de la manada de que era digna de su confianza.

Tomé una respiración profunda, preparándome para decir las palabras que habían estado pesando en mi corazón.

—Gracias por arriesgar tu salud para convencer a la manada. No habrían confiado en mí sin ti —Tomé otro bocado, luchando contra el torrente de emociones que amenazaba con engullirme por completo.

Afortunadamente, había miembros de la manada acercándose a la enfermería. Ollie, un miembro de mediana edad con barba desaliñada, me sorprendió al saludarnos a ambos:

—Tyler, Seraphina. ¿Es cierto? —continuó apresuradamente—. ¿Que han encontrado una cura para la enfermedad?

Rápidamente respondí a su pregunta, sin querer que se hiciera ilusiones prematuramente.

—Aún es pronto —advertí—, pero aquellos con casos leves de la enfermedad están respondiendo bien. Tenemos la esperanza tentativa de que después de unos días de tratamiento, podríamos ver lo mismo en los casos más graves —La pareja de Ollie, Neave, era uno de esos casos graves, siendo alimentada por goteo intravenoso, así que no quería hacer promesas que no pudiera cumplir.

Pero Ollie sonrió y extendió su mano, estrechando la mía.

—Gracias, Seraphina. Muchas gracias —Las lágrimas que empañaban su mirada hicieron que mi corazón se encogiera; algo en ese hombre corpulento mostrando su emoción tan fácilmente hizo que mi propia garganta se contrajera.

Ollie entró, sin duda ansioso por ver a su pareja.

Con ese pensamiento, terminé mi barra de chocolate y le dije a Tyler:

—Voy a volver al trabajo.

—Por supuesto —dijo, y luego añadió—. Aunque impondré descansos obligatorios con chocolate durante toda la tarde.

Una sonrisa incorregible elevó mis labios mientras volvía adentro.

Sin embargo, no pude disfrutar del subidón de azúcar y la sensación de ser más bienvenida por mucho tiempo. Cuando empecé mi siguiente lote de preparación de pociones, Logan se unió a mí en mi mesa. La piel se me puso de gallina y el vello de la nuca se me erizó.

Logan se cernía sobre mí. Sabía que su físico se había desarrollado a través de un entrenamiento implacable en el ring en lugar de en nuestras hermosas tierras, haciendo algo más significativo, como cazar gemas o hierbas. Su rostro ancho tenía una mandíbula angular y ojos hundidos que estaban perpetuamente entrecerrados con escrutinio, dándole el aspecto de alguien siempre de caza.

Su voz era baja cuando dijo:

—Tu pequeño acto de buena samaritana puede haber engañado a muchos de ellos, pero yo no confío en ti.

Su voz goteaba desprecio, y continué picando las hierbas uniformemente, reprimiendo la impaciencia que borboteaba. No dejaría que me alterara. Sería demasiado esperar que mi mayor acosador de repente extendiera una rama de olivo.

Me encogí de hombros, tratando de usar la indiferencia como escudo, pero no pude evitar comentar:

—Noto que tu sospecha no te ha impedido aceptar el tratamiento para tu primo —Su ceño solo se profundizó.

—Voy a exponer tu plan —advirtió antes de volver a escabullirse al lado de la cama de David.

Una satisfacción sombría tiró de mis labios. Era un hipócrita. Me recordé a mí misma que una

vez que mis padres fueran exonerados, Logan sentiría el peso de la culpa por el mal trato que me había dado. Al igual que muchos en la manada.

Sin embargo, mientras veía a Kelly comenzar a preparar una sonda de alimentación para administrar el té a David, un escalofrío me recorrió la espalda, teñido con un ominoso presentimiento. Sentí el peso de las palabras de Logan asentarse sobre mí, denso y claustrofóbico.

El verdadero origen de esta enfermedad me erizaba la piel. Casi podía saborear la magia oscura que emanaba de los enfermos, una presencia grasienta e inquietante que me retorcía las entrañas. Era un poder que reconocía demasiado bien. Recuerdos de las Lunas Negras invadiendo la Manada Luna Sombra inundaron mi mente, imágenes vívidas de Marissa y aquella siniestra bruja manejando oscura hechicería; memorias que se sentían demasiado familiares y peligrosamente cercanas.

Una profunda inquietud floreció dentro de mí. ¿Quién entre nosotros había traicionado a la manada? El traidor podría estar al acecho a plena vista, escondido entre nosotros, sembrando las semillas de la enfermedad ahora mismo. Mi mirada recorrió la enfermería, deteniéndose en los rostros de los miembros de la manada que habían venido a visitar a sus amigos enfermos. Miré a Laura y Linda, que estaban administrando un tubo a Neave. Cada latido resonaba en mis oídos, un pulso de ansiedad creciente, mientras la realización emergía: podría ser cualquiera.

Capítulo Ocho

Tyler

La enfermería zumbaba con una energía contenida, la tenue luz de las lámparas proyectaba cálidos charcos de luz sobre las camas ocupadas mientras las sombras se acentuaban en las esquinas de la habitación. El aire estaba impregnado con los aromas terrosos de las hierbas medicinales: las notas amargas del kulvitch se mezclaban con los matices más caprichosos de los palliks.

Había pasado incontables horas con Seraphina, a su lado mientras preparaba lote tras lote de té curativo. Su concentración se mantenía inquebrantable, incluso cuando la fatiga tiraba de su espíritu. El único respiro llegaba cuando lograba convencerla de salir de la enfermería para breves descansos y algún que otro tentempié de chocolate.

Por fin, suspiró. —Creo que será mejor que vuelva a casa a descansar un poco.

El alivio me invadió, inundando mi pecho de calidez. Había sido muy consciente de la inmensa energía que vertía en cada poción, su magia entrelazándose con la vitalidad de las hierbas. Afortunadamente, reconoció sus límites antes de que tuviera que arrastrarla lejos de su trabajo.

En un momento, Kelly tomó nota de las órdenes de Seraphina, consultando en voz baja sobre qué pacientes necesitaban tratamiento durante la noche. Tanto Linda como Laura se habían retirado antes para descansar antes de volver para el turno de noche. Aunque sentía gratitud hacia mis compañeros de manada, mi emoción predominante era la protección hacia Seraphina. Mi lobo merodeaba inquieto, ansioso por llevársela a casa y cuidar de ella.

Fuera de la enfermería, le tendí el abrigo a Seraphina y ella me permitió ayudarla a ponérselo. Esa simple aceptación me reconfortó, encendiendo una chispa de esperanza. Quizás, solo quizás, las cosas estaban cambiando lentamente entre nosotros.

En menos de cinco minutos, llegamos a casa, la familiar cocina bañada en un acogedor calor. En cuanto la puerta se cerró tras nosotros, ella se dirigió directamente al refrigerador, y una inesperada oleada de nostalgia me inundó. Los recuerdos bailaron en mi mente: ella regresando

de las montañas, las mejillas sonrojadas por el aire fresco, recolectando hierbas y cristales con alegría infantil. En aquel entonces, irrumpía lista para arrasar con los armarios, llenándose de papas fritas y palomitas antes de que pudiera convencerla de comer algo más nutritivo.

—¿Tienes papas fritas? —preguntó, con un brillo ansioso en los ojos.

Negué con la cabeza, lamentando no haber comprado aperitivos durante mi último viaje al pueblo. En su lugar, saqué un par de comidas para microondas del refrigerador. —¿Qué te parece una lasaña?

—Suena como el cielo —respondió, quitándose el abrigo y colgándolo junto a la puerta. Se dejó caer en una silla, su agotamiento era evidente. Su cuello giraba de un lado a otro, crujiendo con cada intento de aliviar la tensión acumulada tras horas de picar y mezclar. Un impulso me recorrió, mis manos anhelando amasar los nudos de sus hombros, aliviar la rigidez grabada a lo largo de su columna.

Obligándome a concentrarme, desenvolví la lasaña, perforando agujeros en el papel de aluminio antes de colocarla en un plato. El zumbido del microondas reverberaba a nuestro alrededor, un ruido de fondo reconfortante que contrastaba con mis pensamientos acelerados. Al darme la vuelta, la vi quitándose las botas, sus pequeños movimientos cansados encendieron en mí una oleada de calidez, un deseo de aliviar su cansancio.

—¿Quieres una copa de vino? —pregunté, apoyándome en la encimera para desviar mi atención.

—Sí, por favor —respondió, con una gratitud teñida de agotamiento iluminando sus facciones.

Serví dos copas y las coloqué en la mesa justo cuando el microondas sonó, sacándome de mi ensimismamiento. Serví nuestras comidas, sintiendo una profunda satisfacción al verla finalmente comer algo sustancioso. Aunque solo fuera una comida de microondas, era una comida que yo había preparado para ella. El lobo dentro de mí ronroneó contento; me había asegurado de que recibiera alimento.

Después de unos bocados, Seraphina dejó el tenedor, su ceño frunciéndose con una intensidad que captó mi atención. —No pude decírtelo antes, pero esta enfermedad... es definitivamente obra de brujería oscura.

Su voz era firme, pero teñida de una tensión que me atrajo aún más a la gravedad del momento. Me incliné hacia adelante, ansioso por obtener claridad. —Cuéntame todo.

Con un profundo suspiro, continuó: —Es cierto lo que les dije a los compañeros de manada sobre haber visto algo así en la boutique de Selina cuando sus productos fueron infectados. Eso fue obra de Marissa, la hermana de Selina. Infectó los productos de Selina con magia oscura.

Un escalofrío atravesó la calidez de la cocina, drenando nuestra atmósfera reconfortante.

—Pero es más que eso —insistió, su determinación cortando la tensión—. Sentí esta mezcla de magia oscura hace un par de meses cuando las Lunas Negras invadieron la Manada de la Luna Sombría. Marissa trabajó con una bruja de Luna Negra, su magia se sentía exactamente así.

—¿Estás diciendo que puedes identificar esta magia oscura como perteneciente a la Manada de la Luna Negra? —pregunté, con urgencia tiñendo mi tono.

Su expresión se profundizó. —Piensa en ello como catar vino: distinguir la uva por su aroma, su sabor, la forma en que se adhiere a la copa. —Hizo girar pensativamente su vino tinto profundo —. Cada tipo de magia tiene identificadores únicos. Esta se siente como una mancha de aceite contra mi piel. Esta mezcla particular es idéntica al aura de la bruja de Luna Negra. Estoy convencida de que el traidor responsable de esta enfermedad es alguien que está confabulado con ellos... un traidor que ha estado aquí todo el tiempo.

La ira me invadió, oprimiéndome el pecho, y apenas podía respirar. —Necesito que te mantengas concentrada en tratar la enfermedad —insistí, tratando de sacudirme el peso de su revelación—. Yo investigaré las conexiones entre la enfermedad y el traidor.

La gravedad de sus palabras me ancló en un silencio sombrío mientras contemplaba la tarea que tenía por delante: desenraizar esta amenaza. Seraphina devoró su comida y terminó su vino mucho antes que yo. Su agotamiento se hizo más pronunciado, y la insté: —Necesitas descansar.

—Debería lavarme —dijo, aunque su voz era lenta.

—Ve a la cama —ordené, forzándome a no imaginarla acostada, su pelo negro medianoche desparramado sobre la almohada. Me lanzó una mirada agradecida antes de subir las escaleras.

Al día siguiente, Seraphina regresó a la enfermería, volcando nuevamente su energía en el tratamiento de los miembros de la manada. Sus esfuerzos comenzaron a dar frutos. Como esperábamos, sus tratamientos resultaron efectivos, incluso para los más gravemente afectados.

Con cada día que pasaba, agradecía silenciosamente a la diosa por el regreso de Seraphina. Sin

ella, la situación de nuestra manada podría haberse sumido aún más en el caos. Solo unos pocos de nuestros guerreros Luna Plateada —David, Harry y Neave— habían enfermado. Pero con solo veinte guerreros fuertes para vigilar nuestras fronteras contra los likes de la Manada Luna Negra, no podía permitirme entretener pensamientos de más guerreros postrados en cama —un debilitamiento que sospechaba que el traidor deseaba.

Había comenzado a investigar los orígenes de la enfermedad. Los dos primeros afectados por la enfermedad desafortunadamente habían fallecido dos días antes del regreso de Seraphina. La conversación con sus seres queridos supervivientes fue difícil y no arrojó ninguna pista. Harry, uno de los guerreros Luna Plateada, había sido el siguiente en mostrar síntomas. Me reuní con su hermano en un intento de encontrar algún denominador común entre los tres casos, pero me quedé frustradamente sin resultados.

Cada día solo profundizaba la sensación nauseabunda de que alguien entre nosotros deseaba dañar a nuestra manada. Casi podía sentir la magia oscura tal como Seraphina la había descrito: un residuo aceitoso que se adhería a mi piel y nunca desaparecía por completo.

Eso, combinado con mis instintos protectores, me impulsaba a visitar a Seraphina en la enfermería con mucha más frecuencia de lo necesario. Sin pistas sólidas que seguir en mi investigación, mis visitas se convirtieron en mis partes favoritas de cada día.

Era alentador ver las mejoras entre los miembros de la manada: aquellos que habían sufrido casos leves habían regresado a casa completamente recuperados en cuatro días. Mientras tanto, los más gravemente afectados recuperaban gradualmente la conciencia, recibiendo tés que continuaban combatiendo la enfermedad.

Sin embargo, después de una semana de tratamiento, se hizo evidente que los pacientes restantes —Harry, David y Neave— necesitarían permanecer en la enfermería. Seraphina determinó que sus síntomas empeoraban cada vez que reducía sus dosis. No podía evitar admirarla mientras la observaba trabajar, asombrado por su crecimiento. Se había vuelto no solo más fuerte, sino también más amable y resiliente a través de las pruebas.

Había buscado ganar el favor de Seraphina, esperando reparar nuestra relación. Sin embargo, ella continuaba distanciándose de mí, llegando incluso a llamarme "*Anatch*-Tío".

Instantáneamente, me vi transportado a aquellas semanas después de su decimonoveno cumpleaños, cuando había intentado negar nuestro vínculo de pareja. En mi insensatez, le había

sugerido que me llamara *Anatch* para tratar de distanciarme de ella y de lo que había decidido eran sentimientos inapropiados. Ahora, cada vez que pronunciaba ese nombre, se sentía como una fría hoja atravesando mi corazón, un recordatorio nauseabundo de mis elecciones pasadas. Anhelaba escucharla llamarme por mi nombre y sentir la intimidad envuelta en cada sílaba. El deseo vibraba a través de mí ante el pensamiento de cómo ella gemiría mi nombre, un calor posesivo arremolinándose dentro de mí.

Cada día parecía traer nuevos recordatorios de mi papel como su protector, su "afectuoso *Anatch*". No podía sacudirme los celos que se gestaban en mi interior mientras los jóvenes machos gravitaban hacia ella. David, ahora lo suficientemente recuperado como para dar cortos paseos por la enfermería, inevitablemente encontraba su camino hacia la estación de hierbas de Seraphina. Observé cómo se inclinaba sobre su trabajo, ayudándola a recoger las delicadas flores que necesitaba para sus tés, sus grandes manos torpemente gentiles contra los frágiles capullos.

¿Desde cuándo los guerreros Luna Plateada habían desarrollado un interés en hierbas y cristales? Su atención debería haber estado en su recuperación, no merodeando alrededor de mi Seraphina.

—Tagiu —comentó Harry, admirando un cristal azul ceniza que captaba la luz. Sabía que el joven guerrero tenía poco interés en los minerales; estaba más inclinado hacia la lucha y la carpintería. Sin embargo, aquí estaba, fingiendo fascinación mientras se acercaba más a ella, preguntando—: ¿Y qué es este?

—Ese es ivis —explicó ella, con voz suave e informativa—. Se cree que el color carmesí ayuda a acelerar la conexión que el curativo tiene con la sangre.

—Fascinante —dijo él, pero pude ver que la admiración en su mirada no era por la gema sino por ella.

Decidido a protegerla de su presencia persistente, me acerqué a grandes zancadas, dejando que mi autoridad de Alfa irradiara de mí como un escudo. Mi lobo rugió celoso. No podía soportar ver a estos machos revolotear alrededor de Seraphina.

David palideció cuando me acerqué, murmurando:

—Creo que voy a acostarme.

Se retiró apresuradamente a su cama, su andar confirmando que los constantes tés de Seraphina estaban ayudando a su salud. Harry lo siguió, volviendo a la cama sin decir palabra, dejándonos

a Seraphina y a mí solos en la sala relativamente tranquila.

Ella cruzó los brazos, mirándome con furia con esos brillantes ojos verdes.

—¿Puedo preguntar por qué estás aquí de nuevo?

—¿Es un crimen que un Alfa venga a ver cómo se están curando los miembros de su manada? —repliqué, con la frustración creciendo en mi pecho.

—Parece contraproducente que un Alfa los ahuyente como acabas de hacer.

—Solo los animé a que descansen en cama como necesitan —rebatí, mi ira hirviendo dentro de mí, alimentada por los olores de los jóvenes que aún persistían en el aire a su alrededor.

—Parte de su mejoría implica estar activos y comprometidos con su recuperación —argumentó ella, con voz firme pero chispeante de molestia—. Estás obstaculizando mi tratamiento con tu interferencia.

Sin saber cómo refutar su lógica perfectamente razonable, gruñí:

—Mira, los miembros de la manada no siempre han sido tus mayores partidarios. No confío en ellos cuando están cerca de ti. ¿Es un crimen que venga a ver cómo estás?

Incluso antes de terminar de hablar, pude darme cuenta de que había cruzado una línea. La furia se encendió en los ojos de Seraphina, brillante y feroz. Con rápida decisión, agarró mi brazo y me sacó de la enfermería, su agarre firme e inflexible.

—Hablemos de esto en un lugar privado —insistió, arrastrándome al armario de suministros, las puertas dobles cerrándose detrás de nosotros con un suave clic.

En el espacio tenuemente iluminado, los aromas nos envolvieron: el picante mordisco del kulvitch se mezclaba con el dulce aroma a miel de la piel de Seraphina y las suaves notas de palliks. El aire estaba cargado de fragancias herbales, un testimonio de su arduo trabajo, pero era su presencia lo verdaderamente embriagador.

Volviéndose hacia mí, declaró:

—Puedo manejar a cualquiera que me acose. ¡No necesito que me protejas, *Anatch*!

Una ola de su magia estalló a su alrededor, formando una barrera que me empujó hacia atrás. La intensidad en sus ojos ardía como fuego, cautivándome. Estaba fascinado por la fuerza que irradiaba de ella: orgullo mezclado con mi creciente ira. Sin embargo, bajo todo eso, la punzada aguda del rechazo cortaba más profundo. Me confinaba al papel de guardián, ignorando la verdad de lo que realmente éramos. La frustración se revolvía en mis entrañas. No era su tío; era su *pareja*.

Cuando su barrera mágica se disipó, una oleada de emociones conflictivas me recorrió. Di un paso cauteloso más cerca, cautivado por la ferocidad y la fuerza en las líneas de su rostro.

—Siempre has sido capaz de manejarte sola —observé, con voz baja, queriendo expresar cuánto significaba para mí esa fuerza. Me contuve de decir la verdad más profunda: que su resiliencia era una de las muchas cosas que *amaba* de ella. En su lugar, añadí—: Tu fuerza es una de las muchas cosas que admiro de ti.

Se mordió el labio, la incertidumbre parpadeando momentáneamente en sus expresivos ojos verdes.

—Tyler, esto no está bien...

—¿Por qué no? —Di un paso más cerca, impulsado a borrar la distancia que se sentía como un doloroso vacío. Busqué las palabras adecuadas mientras inhalaba su dulce aroma—. Porque eso es exactamente lo que se siente para mí... correcto.

Levanté una mano, rozando tentativamente un mechón suelto de cabello detrás de su oreja. Mis dedos se demoraron contra su piel, y un escalofrío la recorrió.

—Seraphina —murmuré, con voz baja—, cada vez que estoy cerca de ti, siento que estoy exactamente donde debo estar.

Inclinó la cabeza, escudriñando mi mirada de una manera que me dejó sin aliento.

—Tyler, para...

Pero su súplica flaqueó, el peso del momento presionándonos, dejándola momentáneamente sin palabras. Las emociones que pulsaban entre nosotros espesaban el aire, haciendo imposible pensar con claridad. Podía ver el conflicto arremolinándose en sus ojos, su deseo luchando contra sus miedos.

—Solo dímelo —insistí, mi voz un susurro—. Dime que tú no sientes esto también.

Por un momento, temí que lo hiciera, pero su mirada cayó a mis labios. El delicado silencio zumbaba con tensión, el mundo exterior se convirtió en un susurro distante. La barrera entre nosotros se desvaneció, dejando solo la cruda verdad del deseo detrás.

Los párpados de Seraphina se cerraron a medias mientras se inclinaba, evocando recuerdos de cómo me había mirado en su habitación años atrás. Inhalé profundamente, la dulce tentación de su presencia atrayéndome más cerca. Que la Diosa me ayude, ya no podía resistir esto más. La contención a la que me había aferrado se rompió, y me lancé hacia adelante, reclamando la boca de Seraphina.

Sus labios eran suaves y cálidos contra los míos, encendiendo un horno en mi pecho. Mi lobo rugió cobrando vida, exigiendo más contacto con ella. La sentí estremecerse bajo mi toque, y a pesar de su contención, una chispa de energía surgió entre nosotros. Mis dedos acunaron su mejilla, vertiendo cada sentimiento no expresado en este momento.

Aunque al principio dudó, el beso de Seraphina se transformó de una suave presión en algo más. Sus manos se deslizaron por mi espalda, sus dedos hundiéndose en mi camisa, finalmente rindiéndose a la innegable atracción entre nosotros. Saboreé la sensación de sus manos sobre mí, atreviéndome a profundizar nuestro beso. Mi lengua buscó la suya, y ella correspondió mi pasión, abriéndose completamente a mí.

El calor de su cuerpo presionado contra el mío despertó un dolor abrumador. Estaba embriagado por nuestra conexión. Se sentía como si el calor de nuestro beso hubiera forjado de nuevo el vínculo de pareja que nos unía, un vínculo que crepitaba con renovada fuerza. Pero una voz persistente en mi mente me urgía a mirar sus ojos de nuevo. Me aparté ligeramente, necesitando ver su expresión, para encontrar mi deseo reflejado en sus ojos.

Mientras nuestros labios se separaban, murmuré:

—Esto está tan bien, *Ilak*. —La palabra *pareja* estaba impregnada de reverencia y la esperanza recién ardiente en mi pecho.

Pero antes de que pudiera saborear esta nueva conexión, su expresión cambió. El desafío ensombreció sus facciones, y un destello de algo más profundo bailó detrás de sus ojos: miedo y arrepentimiento.

—No somos pareja.

Las palabras cayeron de sus labios como si estuvieran forjadas en piedra, resonando dolorosamente en el espacio cerrado y deshilachando el hilo invisible que acababa de ser restaurado.

Busqué en sus ojos cualquier indicio del deseo que acabábamos de compartir, pero todo lo que encontré fue una determinación resuelta que me envió escalofríos por la espalda. La maravilla de lo que podríamos haber sido se desmoronó, dejando solo ecos de deseo arremolinándose a mi alrededor mientras ella retrocedía.

Quería extender la mano, atraerla de nuevo a mis brazos, pero el peso de su rechazo me mantuvo en mi lugar. Ella pasó por mi lado y atravesó las puertas, dejándome vacío y anhelando el calor de su presencia. Arrastré su aroma persistente profundamente en mis pulmones, un amargo recordatorio de todo lo que había perdido, de un vínculo que había ardido con vida solo para ser extinguido de nuevo.

Capítulo Nueve

Serafina

Cuando Tyler me besó, todo cambió. Fue como si una presa se hubiera roto, desatando una marea de emociones. En ese fugaz momento, el mundo a nuestro alrededor se desvaneció: una calidez encendió cada terminación nerviosa de mi cuerpo. Esa embriagadora contradicción de sentirme como en casa y al borde de una aventura extraordinaria me envolvió. Mi corazón se aceleró mientras luchaba por entender las extrañas emociones que corrían por mis venas. El lugar en mi pecho vibraba con una familiaridad inquietante, una conexión profunda que susurraba que estábamos destinados el uno para el otro.

Sin embargo, mi corazón se aceleró con pánico. Yo había roto nuestro vínculo de pareja. Esto *no debería* estar sucediendo. ¿Cómo podía seguir sintiendo esta intensa atracción hacia él? ¿Y por qué el fuego en mis venas ardía más intensamente con cada recuerdo persistente de ese beso?

Después de ese momento, me refugié lanzándome a mi trabajo de sanación con desesperación. Cada día, con la luz del amanecer colándose por mi ventana, salía corriendo. El desayuno se convirtió en una barra de granola para escapar de encontrarme con Tyler. Tanto para el almuerzo como para la cena, me quedaba en la enfermería, compartiendo las comidas del personal con Kelly y Laura.

Aun así, había fragmentos del día en los que la presencia de Tyler aún me encontraba: cuando sus anchos hombros llenaban el marco de la puerta de la enfermería, cuando su mirada profunda y pensativa se centraba en uno de los miembros de la manada en recuperación. Cada encuentro enviaba astillas de anhelo a través de mí, agrietando la endurecida determinación a la que me aferraba desesperadamente. Mi loba se agitaba inquieta bajo mi piel, aullando por la conexión que una vez compartimos. Apreté los puños para suprimir el impulso de acercarme, de cerrar el abismo que se abría entre nosotros. A pesar de la distancia física que seguía construyendo, cada mirada robada encendía una chispa dentro de mí, la autoridad y gentileza de los brillantes ojos azules de Tyler amenazaban con derrotar toda mi determinación. Cerré mis manos en puños, obligándome a ignorar las exigencias de mi loba y el anhelo que se arremolinaba dentro de mí.

La tentación de saber cómo iba la caza del traidor también era grande. Sin embargo, incluso en eso, me obligué a retroceder. Tyler me había dicho que concentrara mi energía en tratar a los enfermos; él era quien buscaba al que nos había traicionado. Presionarlo para obtener información solo nos llevaría de nuevo por el agujero del conejo del enredo, algo que me aterrorizaba que volviera a suceder. Mi estómago dio un vuelco al recordar nuestro beso y lo cerca que había estado de ceder a mis sentimientos. Hasta que pronunció esa palabra, *ilak*: pareja.

La noche era el peor momento del día, cuando los pensamientos de Tyler tan cerca y a la vez tan lejos de mí me atormentaban. Intenté endurecer mi determinación, asegurándome que donde estaba era temporal. Una vez que hubiera limpiado el nombre de mis padres, me iría de aquí para siempre. Cada noche, despejaba mi mente a través de la meditación y quemaba salvia blanca, desesperada por paz. Pero no importaba cómo me preparara, los sueños reparadores me eludían.

En cambio, una noche después de una prolongada meditación, me encontré mirando un profundo estanque. La superficie brillaba con la esencia de la luna, y a medida que la imagen se aclaraba, me di cuenta de que mi apariencia había cambiado: mi piel emanaba una luminiscencia, un brillo lechoso que reflejaba la luz de la luna que inundaba el lugar.

No era mi reflejo lo que estaba viendo, me di cuenta, sino el de Igaluk, la diosa de la Luna. Sus luminosos ojos verdes brillaban con la esperanza de los brotes de la primavera temprana, pero bajo esa belleza surgía una poderosa energía sobrenatural.

—Restaura el vínculo, Serafina. Restaura lo que está destinado a ser —urgió la diosa, sus palabras ondulando con intensidad.

Mi pulso se aceleró, el temor apoderándose de mí. —No puedo —jadeé, sacudiendo la cabeza. Siempre había sacado fuerza de la presencia de Igaluk, pero ¿esto? No podía aceptarlo. Habían pasado tantas cosas entre Tyler y yo: dolor y traición. Además, no había vuelto a la Manada Luna Plateada por Tyler. Solo había vuelto aquí por mis padres. Tyler pertenecía a un pasado que desesperadamente quería cerrar.

—Respeto tu decisión —dijo Igaluk, su tono rico en comprensión, pero cargado de gravedad—. Pero escucha bien.

Mi corazón latía dolorosamente mientras la aprensión flotaba entre nosotras. —Cada cambiaformas lobo debería tener una pareja destinada —continuó, su voz resonando, cada

palabra una piedra ominosa hundiéndose en las profundidades del lago—. El destino ya lo ha dispuesto todo para ti. No te preocupes. Eventualmente verás tu verdadero corazón.

Con el primer rubor del amanecer, la conciencia regresó. Al despertar, la anticipación y la ansiedad se retorcían dentro de mí. Sentí que el vínculo de pareja contra el que había luchado desesperadamente amenazaba con disiparse. Como una llama vacilante en la brisa, tembló y luego... se fue. Una vez había roto el vínculo antes, pero esta vez se sentía diferente. Reconocí que el vínculo había desaparecido por completo. Por un momento, lo busqué de nuevo en mi pecho, sintiendo que la marea de mi pánico aumentaba como si un pedazo de mi propia esencia se hubiera deslizado en el éter. Mi corazón se sentía hueco, de una manera que nunca antes había experimentado. Como un trozo de tierra que una vez albergó vida, sentí la falta como si algo hubiera sido desarraigado, el espacio estéril y cicatrizado.

En ese agonizante momento de claridad, la conciencia me golpeó como un trueno: si yo sentía la pérdida de nuestro vínculo de manera tan aguda, entonces Tyler también lo sentiría. El pensamiento envió otra ola de pánico estrellándose a través de mí. No podía enfrentarlo. Me precipité al baño.

Un latido después, el suave golpe de Tyler resonó a través de la puerta. —¿Serafina? —Su voz contenía un hilo de preocupación que me tiró dolorosamente.

—¿Sí? —respondí, forzando mi voz a una apariencia de estabilidad, aunque mi interior temblaba.

—¿Estás bien? —El peso de su preocupación se asentó pesadamente en mi pecho, la sinceridad de ello haciendo que las lágrimas brotaran en mis ojos.

—Estoy bien —insistí, pero las palabras sonaron huecas contra el telón de fondo de mis emociones deshilachadas.

—Pensé que sentí... —se interrumpió, una pregunta no formulada flotando entre nosotros. ¿Lo sabía? ¿Sentía la misma profundidad de pérdida que yo?

Me alejé de la puerta, agradecida por la barrera entre nosotros. ¿Podía leer la culpa que irradiaba de mí? No podía enfrentar su mirada penetrante; me desenredaría por completo.

—Mira, Tyler, necesito ducharme e ir a la enfermería, ¿de acuerdo? —Intenté sonar neutral, proyectar indiferencia como si nada hubiera cambiado entre nosotros.

El silencio se extendió, espeso y sofocante, el latido irregular de mi corazón retumbando en mis oídos.

—De acuerdo —su voz era baja—. Solo quiero que sepas que estoy aquí si quieres hablar.

Una sola lágrima se deslizó más allá de mis defensas, recorriendo mi mejilla, un claro recordatorio del dolor alojado profundamente dentro de mí. Sentí su presencia, firme e inquebrantable, pero me alejé, retrocediendo aún más de él.

Me desvestí y entré bajo el chorro de agua caliente, cerrando los ojos y deseando que el agua se llevara mi culpa y mi anhelo por Tyler, algo que aún resonaba a través de mí, a pesar de que el vínculo había desaparecido.

Por suerte, salí de la casa sin verlo. Me apresuré en mi rutina matutina, sintiéndome extrañamente robótica como si estuviera en piloto automático. Un patrón que continuó a diario. Cada amanecer, me sumergía en mi trabajo, preparando tés para combatir la enfermedad que aún mantenía a los guerreros de Luna Plateada bajo su dominio, perdiéndome en el mundo de las hierbas y la curación.

Pero, reprimí esa oleada de pánico. Apresurarme en mi rutina matutina se sentía extrañamente robótico, como si estuviera en piloto automático. Me duché, me vestí y corrí a la enfermería, sumergiéndome en el mundo de las hierbas y la curación. Cada amanecer, me sumergía en mi trabajo, preparando tés para combatir la enfermedad que aún mantenía a los guerreros de Luna Plateada bajo su dominio.

A pesar de hacer todo lo posible para ayudar a los miembros enfermos de la manada Luna Plateada, el resentimiento de la manada permanecía tan arraigado como siempre. Una mañana, mientras me apresuraba por el aire fresco de la mañana camino a la enfermería, vi a un par de guerreros de Luna Plateada, Justin y Hudson, cambiando de turno para su patrulla. Sus pelos se erizaron al unísono cuando pasaron, lanzándome miradas heladas que me hicieron estremecer. Tales recordatorios de que seguía siendo una extraña, rechazada por la mayoría, eran constantes.

Sin embargo, al entrar en la enfermería, una voz alegre me recordó que no todos eran iguales.

—¡Buenos días, Seraphina!

—Hola, Tara —respondí con una sonrisa. La joven guerrera de solo dieciocho años estaba sentada junto a la cama de Neave, una de las pacientes aún afectadas por la enfermedad. Mi

corazón se aligeró cuando me sonrió.

Había estado visitando regularmente a los guerreros de Luna Plateada. Formaba parte de la patrulla; una de las dos únicas mujeres junto con Neave cuya fuerza y entrenamiento se habían perfeccionado hasta el punto de ser una valiosa miembro de los lobos guerreros.

Tara me había contado que había sido el aliento de Neave lo que le había enseñado a aspirar a la patrulla. Sabía que Tara se había mudado con Neave y Ollie cuando quedó huérfana siendo muy pequeña. Tara era como familia para ellos, supuse, de manera similar a como yo lo era para Tyler. Sabía que ella empatizaba conmigo de una manera que casi nadie más podía, habiendo experimentado también la pérdida de ambos padres.

—¿Me dejarías practicar un nuevo peinado contigo? —preguntó Tara, con los ojos llenos de amabilidad.

La petición me tomó por sorpresa, pero una calidez floreció en mi pecho. Durante los últimos dos años, había atesorado los momentos pasados con Selina, quien me cepillaba y trenzaba el cabello, un pasatiempo común para las hembras de cualquier manada, imitando los rituales de aseo de nuestros lobos. Y antes de Selina, no había experimentado ese tipo de vínculo desde que mi madre me cepillaba el cabello.

—Claro, me encantaría —logré decir, con una sonrisa atravesando la niebla de mi tristeza persistente.

Al atardecer, otro rostro amigable se dejó caer por la enfermería para verme.

El Anciano Carl entró con una sonrisa para mí.

—Han llegado los nuevos textos que solicitamos a la Universidad Luna Plateada, Seraphina.

Además de mi trabajo en la enfermería, había estado pasando la mayoría de las noches en la biblioteca, esperando encontrar un remedio herbal a largo plazo que pudiera curar a la manada de esta enfermedad. El Anciano Carl me había estado ayudando a solicitar libros. Todavía estaba afiliada a la Universidad Luna Plateada, pero solo los ancianos y alfas podían solicitar los textos más antiguos donde sospechaba que se podría encontrar una cura.

Una emoción me recorrió.

—Increíble, gracias, Carl.

Carl desechó mi agradecimiento con un gesto de la mano.

—Tú eres quien debería ser agradecida, querida —dijo, con un brillo en sus ancianos ojos azules, su rostro arrugado y moteado por el clima, haciéndome pensar en los viejos libros y su pergamino desgastado que no podía esperar para ver.

El Anciano Carl se unió a mí y rápidamente nos dirigimos a la biblioteca. El aroma del papel envejecido me saludó como un viejo amigo, evocando recuerdos de mis años de adolescencia pasados estudiando los libros alojados en la modesta biblioteca de nuestra manada. El resplandor de las suaves lámparas verdes de la biblioteca iluminaba las páginas de escritura cursiva mientras estudiábamos los libros juntos.

Las horas pasaron en un borrón de estudio, mi mirada bebiendo las líneas de antigua sabiduría herbal. Finalmente, cuando me encontré con un relato que detallaba una hierba que había curado la propagación de una enfermedad extendida con magia oscura en una comunidad de cambiaformas en el siglo XIX, la esperanza latió a través de mí. Miré la imagen de la hierba con más cuidado y sentí un cosquilleo de reconocimiento, recordando una caminata que mamá y yo habíamos hecho por las montañas Nuvuja en mi infancia. Esta planta rara conocida como jedra crecía en las laderas boscosas de nuestra montaña.

—¡He encontrado algo! —exclamé, con júbilo resonando en mi voz.

Pero mi celebración fue efímera cuando levanté la vista y vi a Logan, su forma imponente emergiendo de entre las estanterías ante mi exclamación. Me miró con el ceño fruncido, su escrutinio marcado en contraste con esta nueva esperanza en mi pecho.

Podía ver por el lenguaje corporal alerta de Logan que, como de costumbre, sospechaba que tramaba algo malo. Sin duda, querría seguirme. Con ese pensamiento en mente, me disculpé con Carl, en voz alta.

—Será mejor que vaya a contarle esto a Tyler.

Sin embargo, mientras me apresuraba de vuelta a través de la nieve, pensamientos de ir y manejar esto por mí misma echaron raíces. Podría recoger algunos suministros y escabullirme a las montañas antes de que alguien me echara de menos. La noche apenas estaba cayendo y sabía que podía recoger mis cosas para la cosecha, guardarlas en la bolsa que Selina me regaló, y partir en forma de lobo hacia la montaña. Estaba regresando más temprano de lo habitual y, con suerte, Tyler aún estaría fuera cumpliendo con sus deberes de manada.

Pero, al abrir la puerta, Tyler estaba sentado a la mesa de la cocina, una taza humeante calentando sus manos mientras garabateaba en un cuaderno. Sus brillantes ojos azules se abrieron con sorpresa y se puso de pie de un salto.

—¿Estás bien? —soltó, la preocupación cubriendo rápidamente su apuesto rostro.

Se había acostumbrado tanto a que yo regresara tarde, que asumió que solo un problema me traería de vuelta temprano. Una mezcla de frustración y culpa me invadió.

—Todo está bien —le aseguré.

Me miró con curiosidad, su mirada recorriéndome, y supe que no había forma de que pudiera escabullirme con mi bolsa de suministros sin una explicación.

Me obligué a explicar:

—He tenido un buen avance en la biblioteca. El Anciano Carl solicitó algunos textos para investigar hierbas que podrían contener curativos más a largo plazo para los guerreros de Luna Plateada. Creemos que hemos encontrado una hierba potencial. —Tragué saliva, mi pulso acelerándose bajo su mirada atenta—. Jedra, crece en las montañas. Es rara, pero la he encontrado en los picos boscosos con mi madre, hace años.

La expresión de Tyler se transformó, la determinación encendiéndose en sus ojos color cerúleo.

—¡Esas son grandes noticias! Si salimos pronto, deberíamos llegar al campamento base antes de la medianoche —declaró, su paso y movimientos ya resueltos mientras llevaba su taza al fregadero.

Las alarmas sonaron en mi mente. No quería que viniera conmigo.

—Me gustaría buscar la hierba sola. Solo volví para agarrar mis suministros de cosecha —insistí, esforzándome por mantener mi resolución.

La expresión de Tyler se volvió rígida mientras se daba la vuelta para mirarme. —Absolutamente no —su voz era firme e inquebrantable—. Voy a ir contigo, Seraphina.

—No —dije, con el corazón acelerado, negándome a ceder a pesar de las oleadas de autoridad que emanaban de la tensa figura de Tyler. Lo último que quería era estar a solas con él.

—No te permitiré vagar sola por las tierras salvajes cuando hay un traidor acechando en las sombras —insistió, con un tono duro que se colaba en su voz.

Me ericé, la irritación luchando contra la razón. —Si me voy inmediatamente, estaré de vuelta sin que nadie lo note...

—Voy contigo. Es definitivo —me interrumpió, con un tono que dejaba claro que no había lugar para el debate.

Inhalé bruscamente, dividida entre la ira y un anhelo inexplicable. Los instintos protectores de Tyler, aunque molestos, eran sensatos. Pero eso solo profundizaba mi frustración.

En ese momento, el recuerdo de Logan vigilándome en la enfermería, con su mirada siempre atenta llena de sospecha, llenó mi mente.

—De acuerdo —cedí finalmente, estableciéndose un acuerdo reluctante entre nosotros—. Pero llevemos a Logan también.

Tyler frunció el ceño. —¿Logan?

—Tú y yo saliendo del pueblo difícilmente pasaremos desapercibidos —argumenté—. Será más fácil mantener la vigilancia si tenemos a alguien más con nosotros, especialmente si nos encontramos con problemas.

Con alguien más presente, esperaba mantener el control sobre mis emociones. Mi corazón se aceleró al enfrentar la perspectiva de una aventura en las montañas. El instinto de Logan de vigilarme podría al menos brindar protección contra el verdadero peligro: mis propios sentimientos. Sabía que el vínculo de pareja había desaparecido, pero mi atracción por Tyler seguía siendo muy real, y entendía que mi afecto por él era más que solo los restos de esa conexión.

Mientras las sombras de la noche caían, empaqué para el inesperado viaje que teníamos por delante, todo mientras el tirón de la diosa Luna roía los bordes de mi determinación. Ella había hablado del destino. ¿Sería este el punto de inflexión? ¿Encontraría guía, o la sombra de mi pasado dictaría mi futuro?

Capítulo Diez

Seraphina

La luz del sol se filtraba a través del denso dosel, proyectando patrones moteados de calidez en el fresco suelo del bosque. Cada rayo brillaba en las hojas cubiertas de rocío como oro líquido, encendiendo el bosque en una vibrante paleta de verdes y marrones. Tyler, Logan y yo nos movíamos silenciosamente entre los antiguos árboles, nuestras formas humanas navegando por la maleza con determinación. La anticipación corría por mis venas, cada uno de mis sentidos se sentía intensificado por mi búsqueda de los raros capullos rosados de la hierba jedra.

Tanto Tyler como Logan cargaban pesadas mochilas, abultadas con suministros de acampada. Yo llevaba una mochila ligera, con mis suministros mágicos y una caja para llevar la hierba en caso de que tuviéramos éxito en nuestra búsqueda. Habíamos levantado el campamento esa mañana, dejando los restos de nuestra fogata humeando contra el telón de fondo de las montañas Nuvuja. Ahora, nuestro ascenso por las laderas inferiores se volvía más empinado con cada hora que pasaba.

El aire estaba impregnado del aroma terroso del musgo y las agujas de pino caídas. No hablábamos mientras escudriñábamos el suelo del bosque, solo nuestras pisadas interrumpían la relativa paz del bosque. Logan también había estado prácticamente en silencio en el campamento. Tanto él como Tyler habían hecho la primera guardia anoche. Cuando me desperté para relevarlos, Logan afirmó no estar cansado, así que solo Tyler había descansado.

Como era de esperar, Logan seguía sin confiar en mí. Aquí en la naturaleza, Logan me había mantenido bajo la misma vigilancia cuidadosa que parecía creer necesaria en Nahachoh. Lo miré de reojo, notando las sombras bajo sus ojos por la falta de sueño. Mientras compartíamos el calor de la fogata en silencio anoche, imaginé decirle que fui yo quien decidió traerlo, divirtiéndome al imaginar la expresión de sorpresa que cubriría su rostro.

Pero me contenté con el pensamiento de que Logan estaba haciendo exactamente lo que yo esperaba, actuando como un amortiguador. Con su presencia, Tyler y yo no habíamos tenido un solo momento a solas.

A medida que continuábamos nuestro camino, la escarpada pendiente de la montaña ascendía más empinadamente. Cuando mi mirada se elevó, sentí una repentina atracción. Mi corazón se aceleró, la intuición se profundizó en la boca de mi estómago mientras escaneaba los riscos grises de la montaña. Divisé un delicado mechón de flores rosadas, anidado en una estrecha grieta, brillando como joyas contra la piedra gris.

—Eso es —suspiré. Debía estar a unos diez metros por encima de nosotros, pero la hierba era tan rara. No iba a dejar que eso me detuviera—. Esas grietas son tan estrechas que solo cabrá una loba —solté de repente, con el corazón acelerado. Sabiendo que la hierba era increíblemente difícil de encontrar, sabía que tenía que recolectar cada espécimen que viéramos, aunque significara correr un riesgo.

Tyler se quitó la mochila, su mirada seria evaluando la altura y la pendiente del acantilado. Por la expresión solemne en su rostro, supe que estaba a punto de discutir.

Rápidamente, me quité la ropa, solo brevemente cohibida mientras desabrochaba mi sujetador. Pero en un momento, me había transformado, el pulso familiar de mi loba irrumpiendo, su fuerza corriendo por mí, emocionándome.

—¡Seraphina! —el grito de Tyler apenas me llegó por encima de mi corazón palpitante mientras corría acantilado arriba. El instinto me guiaba, y la necesidad de recuperar la hierba consumía mis pensamientos. Cada apoyo se sentía precario mientras trepaba hacia arriba, las rocas raspando contra mis patas, pero me impulsé por la pendiente, bordeando la grieta de la montaña.

La voz de Tyler se desvaneció. Incluso el llamado del viento y su toque a través de mi pelaje desaparecieron mientras me arrastraba por la escarpada pared rocosa. Era solo yo y la montaña. Mi loba se deleitaba con el desafío, cada movimiento requiriendo toda su agilidad y determinación mientras clavaba sus garras en la piedra, levantando su cuerpo de músculos esbeltos por la pendiente.

Jadeaba por el esfuerzo que me costaba mover mi forma lupina por las rocas, pero cada pocos minutos avanzaba por la montaña. Finalmente, alcancé el saliente donde florecía la hierba. El triunfo me invadió. La hierba me llamaba bajo una manta de musgo y raíces entrelazadas en la tierra poco profunda. Con cuidadosa precisión, clavé mis garras en la tierra, desenterrando la jedra. No podía darle la reverencia que merecía, pero la acuné en mi boca lo más suavemente posible.

Al descender, mis músculos se tensaron con aún más esfuerzo mientras clavaba mis garras en la traicionera pendiente, bajando centímetro a centímetro sobre mis patas delanteras mientras me deslizaba por la cima. Mi vientre raspaba la escarpada pendiente, pero me obligué a no apretar los dientes, la preciosa hierba en mi boca me obligaba a mantener la mandíbula suave.

De vuelta en el suelo del bosque, dejé caer cuidadosamente la hierba, transformándome en mi forma humana.

—Te dije que esperaras —me reprendió Tyler.

—Y yo te dije que soy más capaz de lo que crees —argumenté, levantando la barbilla, una mezcla de determinación y desafío apoderándose de mí. Las fosas nasales de Tyler se dilataron de ira, pero el brillo en sus ojos azules hizo que mi corazón latiera por algo más que enojo.

De repente, fui muy consciente de mi desnudez. Recogí mi ropa, poniéndome las bragas, lo que finalmente provocó que Tyler me diera la espalda. No me perdí la forma en que su nuez de Adán se movió y el rubor de calor en sus mejillas. Mi estómago dio un vuelco, pero aplasté la sensación.

Mis mejillas se calentaron mientras consideraba de nuevo que era bueno que Logan estuviera aquí conmigo y Tyler; cuando uno ni siquiera podía transformarse sin acalorarse, definitivamente se necesitaba un amortiguador. Con sorpresa, noté que Logan también se había dado la vuelta. Esperaba que me hiciera sentir lo más incómoda posible, pero había sido decente y me había dado privacidad para vestirme.

Hablando de eso, —Ya estoy decente —les anuncié a ambos mientras me agachaba para guardar la preciosa hierba en mi mano en su caja.

Cuando Logan se dio la vuelta, todo su comportamiento había cambiado, y el respeto brillaba en sus ojos. —Esta última semana, te he estado observando —dijo, con una expresión intensa.

—No me había dado cuenta —respondí con sarcasmo.

Creí detectar la más mínima sonrisa, pero desapareció tan rápidamente que podría haberla imaginado.

Recogí la caja con la jedra, guardándola cuidadosamente en mi bolsa.

—Te has dedicado a tratar a los enfermos —continuó Logan—, incluso a aquellos que te han

tratado mal. Ahora, has arriesgado tu vida para conseguir esa hierba. Respeto eso.

Lo miré con sorpresa, una extraña sensación de hormigueo me recorrió desde la coronilla hasta la columna vertebral. Los ojos marrones de Logan, normalmente tan hostiles, estaban centrados en mí con total seriedad. Por un momento, me sentí más desnuda que cuando lo estaba realmente. Incluso la expresión de Tyler, grabada con frustración por mi peligrosa escalada, pareció desvanecerse en el fondo mientras Logan parecía estar extendiendo esta rama de olivo totalmente inesperada.

Pero claramente había interpretado mal sus palabras, ya que añadió:

—No pienses ni por un segundo que confío plenamente en ti, te vigilaré de cerca cuando regresemos.

Mis labios se crisparon. Logan había vuelto a ser el mismo.

Antes de que pudiera responder, un gruñido gutural cortó el aire, helándome la sangre. De entre las sombras de los árboles surgieron lobos negros, su pelaje de ónix brillando siniestramente bajo la tenue luz. Con ojos ardientes de malevolencia, nos acechaban, con una rabia primitiva grabada en sus facciones.

Mi corazón martilleaba. Las seis manadas de Alaska tenían pelajes de diferentes colores, y los lobos de pelaje negro pertenecían a la Manada de la Luna Negra.

—¡Dispara la bengala, Logan! —ordenó Tyler antes de transformarse en su majestuoso lobo plateado, su pelaje reluciente como el de todos nosotros, los de la Luna Plateada.

Logan sacó una pistola de bengalas del costado de su mochila. Sin vacilar, apuntó el arma hacia el cielo. El cohete se elevó en un arco llameante, iluminando nuestro entorno al explotar como una estrella ardiente.

Sin embargo, los lobos negros avanzaron, sus gruñidos retumbando por el bosque mientras nos rodeaban lentamente. Contuve la respiración, la anticipación crepitando a nuestro alrededor como electricidad estática. Mi magia se acumuló en mis venas, un poder oculto despertando.

Los lobos negros se lanzaron al ataque, sus aullidos resonando, sus dientes brillando en la penumbra.

Levanté las manos y una barrera protectora cobró vida, resplandeciendo como luz líquida,

envolviendo a Tyler, Logan y a mí misma.

En un instante, Logan también se había transformado en su lobo plateado. Mi escudo les permitía a ambos salir y entrar, una cortina fluida de energía protectora, mientras que era tan impenetrable como la roca de la montaña para los lobos enemigos.

Ambos lobos plateados se enfocaron en los lobos invasores. Cuando el primer lobo negro se abalanzó, Tyler se lanzó a través de la barrera, una estela plateada colisionando con la sombra de ébano, los dos girando en un torbellino de garras y colmillos.

Pero entonces, el peso de la magia oscura presionó contra mi escudo, una fuerza que requirió toda mi concentración. La conmoción me recorrió. ¿De dónde había venido eso?

Logan se lanzó a través de la barrera, sus movimientos feroces y rápidos mientras derribaba a dos lobos negros antes de regresar a la seguridad de nuestro círculo. Tanto él como Tyler luchaban con una coordinación calculada, sus ataques brutales y eficientes. El choque de los lobos negros al arrojarse contra mi protección crepitaba con energía. Pero no podían penetrar mis defensas.

Sin embargo, algo cambió; una figura emergió de los árboles, alguien en forma humana. Ostentaba músculos ondulantes, sus brazos adornados con tatuajes que se enroscaban a su alrededor como sombras. Pero no era solo su figura lo que intimidaba, sino lo que sostenía: un artefacto, algún tipo de medallón, tachonado con diferentes minerales.

El pavor me invadió al sentir el poder que pulsaba alrededor de esta reliquia. El indicio de magia oscura que había asaltado mi escudo anteriormente provenía de este hombre y la reliquia. El familiar residuo aceitoso que sentía de la magia oscura de los Lunas Negras se espesó contra mi piel. Mi corazón se aceleró al darme cuenta de que este no era un grupo ordinario de lobos. Este hombre, empuñando esta reliquia, apestaba a poderosa magia oscura: el objeto que blandía estaba impregnado del tipo más oscuro de magia, esos cristales infundidos con magia maldita.

En un momento, los lobos negros retrocedieron hacia él, mientras Tyler y Logan volvían a mi círculo protector. Tyler se transformó una vez más en su forma humana, su cuerpo musculoso y poderoso tenso por la tensión mientras fijaba su atención en el recién llegado.

El hombre tatuado tenía el cabello oscuro y largo, dándole un aspecto rufianesco, así como una cicatriz plateada en la mejilla. Clavó su mirada oscura en Tyler.

La mirada del hombre se posó en Tyler, sus ojos brillando con una intensidad malévola.

—Alpha Tyler, qué cosa tan fina encontrarte aquí —sus palabras estaban cargadas de sarcasmo.

El rostro de Tyler permaneció impasible, pero un atisbo de ira ardía bajo la superficie.

—Alpha Marcus, supongo —su voz destilaba desdén.

Marcus se rió, su sonrisa torciéndose en una mueca.

—Mi reputación me precede —se burló, sus ojos brillando con diversión.

La mirada de Tyler cayó sobre la reliquia oscura en las manos del Alpha Marcus.

—¿Sabes que usar magia oscura para propagar enfermedades es la forma de luchar de un cobarde?

Un destello de ira cruzó el rostro de Marcus y dio un paso deliberado más cerca, su voz bajando a un susurro frío.

—Veamos si te atreves a llamarme cobarde cuando tú y tu bruja estén de rodillas.

La reliquia oscura que aferraba brilló siniestramente. Los lobos a su lado gruñeron en respuesta, sus ojos ardiendo como brasas.

Tyler se irguió, el desafío encendiéndose en su pecho.

—No puedes intimidarme. Un verdadero líder no se esconde detrás de maldiciones y sombras.

La tensión crepitó entre ellos mientras Tyler se transformaba una vez más en su poderoso lobo plateado.

—*Unnuak atuutluk tuku!* —la voz del Alpha Marcus retumbó con poder, el antiguo lenguaje de la diosa era áspero y gutural mientras sus maldiciones volaban hacia mí como flechas.

Nunca había sentido nada tan poderoso o grotesco. Esa última palabra de la invocación me atravesó: "*tuku* - matar". Sentí la certeza en esa palabra y en el residuo aceitoso que pulsaba desde el artefacto y la voluntad de Marcus.

El sudor brotó en mi frente, formando riachuelos por mi espalda. Con cada onza de

determinación, reforcé mi barrera. Apreté los puños y los dientes, concentrando toda mi fuerza en el campo de fuerza a nuestro alrededor. El latido rítmico de mi corazón ahogó los gruñidos a mi alrededor, llenando mis sentidos de urgencia. Pero el artefacto brillaba ominosamente, un pulso de energía malévola se precipitaba hacia mí, una oscuridad que parecía casi viva mientras se abalanzaba sobre mí.

—¡No! —grité. Extendí mi magia, vertiendo mi esencia en la barrera, pero esta tembló y flaqueó peligrosamente. Fragmentos de luz se hicieron añicos como cristal a mi alrededor, astillándose, dejándonos expuestos a mí y a los dos lobos plateados. Sentí la oleada opresiva del poder de la Luna Negra aplastando el mío mientras el tiempo parecía ralentizarse y estirarse a mi alrededor.

—*Unnuak atuutluk tuku!* —El líder de la Luna Negra cantó de nuevo. Su voz era absoluta, la sed de sangre en ella centrada en mí mientras enviaba otra ola de oscuridad desde la reliquia hacia mí. Sin mi barrera, sabía que este era el fin. No me quedaba energía para conjurar nada más. Ni siquiera tenía la energía suficiente para transformarme en mi forma de loba, que podría ser capaz de eludir esta magia oscura. El susurro de mi loba bajo mi piel era demasiado débil después de haber agotado mi magia para siquiera emerger a la superficie.

Pero entonces el lobo de Tyler se lanzó frente a mí. Un gruñido bajo resonó también de Logan cuando se unió a él, formando ambos un muro de pelaje plateado. La protección irradiaba de los dos mientras se posicionaban entre la marea invasora de magia oscura y yo. Como una ola rompiente, la oscuridad golpeó a los dos lobos. El aire crepitó con tensión cuando sus cuerpos chocaron contra la amenaza inminente.

El terror y la conmoción me invadieron. El mundo a mi alrededor era una cacofonía de gruñidos y esa ola rompiente de oscuridad. Luego, mis dos protectores, que habían recibido toda la fuerza del impacto, se desplomaron en el suelo del bosque.

¿Estarían bien? Pero antes de que pudiera comprobarlo, dos enormes lobos negros se acercaron sigilosamente a mí. Mi corazón se aceleró mientras me preparaba para luchar, no solo por mí, sino también por Tyler y Logan. El aire vibraba de tensión, la distancia se acortaba demasiado rápido mientras los lobos cargaban.

Capítulo Once

Seraphina

Con cada golpe de las patas de los lobos negros contra el suelo del bosque, mi corazón latía violentamente, marcando un ritmo frenético en mi pecho. El mareo me invadía y jadeaba en busca de aire, tratando desesperadamente de estabilizarme. Tyler y Logan yacían incapacitados, y sentía el peso del agotamiento apoderándose de mí, amenazando con llevarme en cualquier momento.

Los frágiles hilos de magia dentro de mí se sentían dolorosamente inadecuados contra las sombrías sombras que nos rodeaban por todos lados. El pánico se arremolinaba mientras un instinto primario me arañaba. Mi loba rugía por libertad, especialmente con los dos lobos amenazantes cargando contra mí. Pero reprimí el impulso de transformarme; colmillos y garras harían poco contra la marea de magia oscura que nos envolvía.

—¡No! —grité, mi voz atravesando el aire húmedo, temblando de desesperación y determinación —. ¡No permitiré que se los lleven!

Presioné mis palmas contra la tierra, sintiendo la energía vibrante de las Montañas Nuvuja arremolinarse debajo de mí como una entidad viva. Me sumergí profundamente en el suelo, llamando a las raíces ocultas, los minerales y cristales que yacían enterrados muy abajo. La energía ancestral cantaba a través de mi sangre, reverberando con el pulso de la montaña, pero temblaba bajo la influencia maligna del artefacto oscuro.

El bosque mismo susurraba aliento, instándome a aprovechar la cruda naturaleza salvaje que fluía por sus raíces, un recordatorio instintivo del potente poder de nuestra tierra. La magia de la montaña surgió a través de mí, encendiendo una fuerza renovada dentro de mi cuerpo, alimentando mi espíritu.

Salté hacia adelante, posicionándome protectoramente sobre mis compañeros caídos.

Cuando los lobos negros se lanzaron, chocaron contra una barrera invisible de pura energía. Un lobo gruñó, sus fauces chasqueando ferozmente, pero retrocedió como si hubiera sido golpeado

por un rayo, sus ojos abiertos de sorpresa. El segundo lobo se estrelló contra el primero, retrocediendo con un aullido de dolor, la confusión parpadeando en su rostro oscuro y elegante. El poder corría a través de mí, amplificando mi magia y prestando resistencia al escudo que nos envolvía a mí, Tyler y Logan.

Entonces, aullidos que conocía en lo más profundo de mi médula, impregnaron el aire: Lunas Plateadas. Habían visto la señal. Habían venido. Apenas tuve tiempo de procesar la maravillosa energía de mi manada uniéndose a mí antes de que los guerreros Luna Plateada se abalanzaran, el pelaje plateado destellando como relámpagos a través del fondo crepuscular del bosque, haciendo retroceder a las Lunas Negras.

Mientras el líder de la Luna Negra se retiraba con su medallón, un fuego renovado se encendió dentro de mí, y sentí la corriente de mi energía rugiendo a través de mis venas.

Cuando el último de los lobos negros se deslizó entre las sombras, un pesado silencio cayó sobre el claro, roto por el jadeo de las Lunas Plateadas recuperando el aliento.

Pero mi corazón se hundió cuando me volví hacia donde Tyler y Logan yacían, sus cuerpos desplomados en el suelo del bosque, la pesadilla de la oscuridad que acabábamos de enfrentar evidente en su quietud.

Corrí hacia ellos, mi mente acelerada. Transformándome en mi forma humana, mis manos recorrieron sus cuerpos. —No —suspiré. La magia oscura aún pulsaba a través de ellos, adhiriéndose como un residuo aceitoso.

Pero... el sonido de dos latidos constantes era evidente bajo mis palmas, e inundó mis sentidos intensificados de cambiaforma cuando finalmente pude concentrarme en ambos. El alivio me invadió.

Tara se unió a mí, arrodillándose junto a ellos, con la preocupación grabada en su delicado rostro. Su cabello corto y alborotado enmarcaba sus ojos color avellana llenos de inquietud. —¿Qué pasó? —preguntó.

—Me protegieron —logré decir, sintiendo un calor punzante detrás de mis ojos mientras las lágrimas amenazaban con derramarse—. Me protegieron de una maldición.

—Me alegro de que estés bien, Seraphina —dijo Tara suavemente, sus ojos suaves con una comprensión que cortó mis pensamientos en espiral.

Extendió la mano, apretando mi hombro, el simple toque me anclaba de una manera que las palabras no podían.

—¿Puedes curarlos? —preguntó, con seriedad en su tono.

Asentí, ya haciendo un inventario de las hierbas que necesitaría. Por todo mi trabajo reciente en la enfermería, sabía que el armario de suministros tenía todo lo que necesitaría.

—También encontramos una hierba para curar a los otros Lunas Plateadas —le dije a Tara—. Es una hierba muy potente: puedo usar un poco para ayudar a Tyler y Logan antes de que usemos el resto para curar a los guerreros Luna Plateada. Pero primero necesitamos llevarlos de vuelta a Nahachoh.

Un rubor de alegría coloreó las mejillas de Tara y estaba segura de que estaba pensando en Neave y los otros guerreros Luna Plateada que aún estaban en la enfermería. Pero pronto una determinación acerada se apoderó de su rostro. —Vamos entonces.

Los guerreros formaron un perímetro, asegurando la seguridad de su Alfa mientras Justin y Hudson, tomaron a Tyler y Logan sobre sus espaldas, cargándolos como bomberos, sus enormes lobos colgando como pieles sobre sus espaldas.

Me mantuve cerca de ellos, tratando de controlar mi corazón acelerado escuchando el latido constante de los suyos. Pero el viaje de regreso a través del bosque robaba mi atención con frecuencia, el temor se derramaba a través de mí de que en cualquier momento la amenaza de las Lunas Negras pudiera regresar.

Finalmente, llegamos a los edificios de piedra de Nahachoh. Con inmenso alivio -y cansancio- tropecé dentro de la enfermería, viendo a los guerreros colocar cuidadosamente a Tyler y Logan en un par de camas. Los flancos de sus lobos subían y bajaban constantemente, pero el hedor grotesco de la magia oscura que se aferraba a sus auras me dijo que necesitaba comenzar a tratarlos lo antes posible.

David, Neave y Harry, los compañeros de manada aún afectados por la enfermedad, observaban desde sus camas, sus rostros llenos de preocupación.

La Sanadora Linda estaba en el fregadero de la esquina, el azul pálido de su uniforme resaltando su tez radiante y su cabello rubio pulcramente recogido. Cerró el agua tan pronto como nos amontonamos en la enfermería, su atención desplazándose rápidamente hacia Tyler y Logan. El

Anciano Darius estaba cerca, su formidable presencia proyectando una sombra sobre la habitación.

Las cejas de Linda se fruncieron con preocupación mientras se agachaba junto a Tyler, pasando suavemente su palma por su frente. Mientras tanto, Darius dio un paso adelante, su mirada aguda mientras inspeccionaba la escena.

Había esperado ver a Kelly o Laura, las ayudantes de la enfermería, para que me asistieran con los suministros y el equipo que necesitaría. Pero no podía darme el lujo de ser exigente; Linda tendría que ayudarme.

Decidida a dejar de lado nuestras diferencias, rápidamente pregunté: —Linda, necesito pomenta, kulvitch y lirios de rocío. Tyler y Logan fueron alcanzados por una maldición.

Pero antes de que Linda pudiera responder, el Anciano Darius interrumpió: —¡No tan rápido! — Su voz era como el acero, cortando el aire pesado.

El rostro del anciano se endureció mientras me escrutaba, con sospecha arremolinándose en sus ojos marrones oscuros. —¿No esperas en serio que mi hija simplemente crea tu palabra sobre lo que sucedió allá afuera, verdad? ¡Por lo que sabemos, esta maldición podría ser obra tuya! — escupió, señalando hacia Tyler y Logan.

La furia se arremolinó dentro de mí. —Los protegí. ¡Intenté salvarlos!

—¿Lo hiciste? —Darius me examinó con juicio.

La desconfianza también afiló los rasgos de Linda. Se dio la vuelta. —Te fuiste con el Alfa y tu mayor crítico, solo para regresar ilesa mientras ellos están malditos. —Sus labios estaban apretados en una línea sombría.

Una potente mezcla de asombro e ira se agitó en mí, haciéndome temblar. Mi cansancio por la pelea con las Lunas Negras me hacía sentir frágil, pero ahora mi sangre se disparaba con adrenalina mientras enfrentaba un renovado escrutinio. Sabía que no debería sorprenderme por este trato; había enfrentado suficientes dudas de ellos sobre mis intenciones, pero una parte de mí —después de todo lo que había hecho para ayudar a sanar a los miembros de la manada— aún sentía la punzada de la traición.

—Ellos me protegieron de una maldición lanzada por las Lunas Negras —argumenté, elevando

mi voz por encima de la tensión.

Tara, con sus ojos avellana brillando con feroz determinación, intervino: —Acabamos de presenciar lo duro que Seraphina luchó para proteger a Tyler y Logan de los lobos de la Luna Negra.

—Y trajo de vuelta la hierba que tratará a los otros guerreros de esta enfermedad persistente —añadió Tara, su voz inquebrantable mientras miraba más allá de Linda y Darius, fijando sus ojos brillantes en Neave y los otros guerreros afectados aún en la enfermería, sus rostros ensombrecidos por la preocupación.

No había notado que el Anciano Carl se adelantara de entre la multitud de guerreros de la Luna Plateada reunidos en la entrada, pero su presencia era un consuelo. Su voz era firme y segura mientras afirmaba: —Seraphina ha estado investigando incansablemente una cura durante toda la semana pasada. No deberían dudar de ella cuando claramente tiene los mejores intereses de la manada en el corazón.

La fe inquebrantable del anciano me llenó de calidez, pero no hizo nada para levantar el escepticismo de Darius y Linda.

La expresión de Darius era tan inflexible como el granito cuando ordenó: —Es suficiente. No se puede confiar en Seraphina. —Me señaló—. ¡Arréstenla ahora!

La desesperación me inundó, encendiendo mi espíritu hasta que sentí un horno rugiendo en mi interior. Podía sentir mi magia elevándose, lista para responder a esta flagrante injusticia. Noté que ninguno de los guerreros de la Luna Plateada alrededor de la puerta se adelantó, pero no arriesgaría que interfirieran.

—¡Basta! —grité, mi voz cortando el aire. Las palabras se arremolinaron con poder, mi magia pulsando más fuerte que nunca mientras levantaba mis manos; estaba agradecida de haber canalizado tanta energía de las raíces de la montaña anteriormente.

Con un chasquido de mis dedos, mi magia estalló, tejiendo alrededor de Darius y Linda. Una fuerza silenciadora arrebató las palabras directamente de sus bocas. Sus ojos se ensancharon, el shock ondulando a través de sus rasgos mientras intentaban hablar, pero ningún sonido escapaba.

—¡Me van a escuchar! —ordené, mi voz resonando con autoridad. Una onda de energía recorrió la habitación, y dirigí mi atención de vuelta a Tyler y Logan, desesperada por tratarlos. No

dejaría que las ideas equivocadas de otras personas sobre justicia y retribución reclamaran más vidas inocentes. No como las vidas de mis padres lo habían sido.

Decidí que no necesitaba hierbas para esto. Eso tomaría demasiado tiempo. Le daría a Darius y Linda demasiado tiempo para interferir. Recurriría a una magia más arraigada para esto. Tanto Tyler como Logan habían saltado frente a mí para protegerme de esa maldición. Ese tipo de sacrificio traía consigo una magia propia.

Me paré entre sus camas. La distancia entre ellos era demasiado grande para que mis manos los alcanzaran a ambos, así que le pedí a Tara: —¿Podrías acercar la cama de Logan hacia mí?

Con urgencia, maniobró la cama de Logan más cerca, posicionándola para que pudiera pararme entre él y Tyler, descansando mis manos sobre ambos.

Mis manos se cernían sobre su pelaje, el fuego de mi brujería encendiéndose una vez más. Saqué los cristales de mi bolsa que ayudarían: el sikin y el ivis, el calor y la energía del sol en uno, y el cristal que ayudaba a absorber la magia en la sangre.

—*Kaumma ukigiruk kaumanik* —susurré.

Me moví a través de los movimientos rápidamente, canalizando mi luz hacia sus formas, deseando que el calor que sentía por lo que habían hecho por mí combatiera la película aceitosa de magia oscura que los envolvía.

Cerré los ojos ahora mientras me concentraba en el aura de luz que fluía de los cristales. Presioné mis manos más firmemente contra su pelaje, sintiendo el latido constante de los corazones de sus lobos. Dejé que la luz y el calor se reunieran alrededor de mis manos y luego los empujé hacia ambos. La película aceitosa de magia oscura retrocedió como sombras retirándose ante el magnífico ascenso del sol. Me concentré ferozmente, sin querer dejar que la duda de Darius y Linda disminuyera mi voluntad.

Bajo mis manos, la suavidad del pelaje desapareció, reemplazada por la tersura de la piel.

—Seraphina —la voz de Tyler retumbó, áspera pero reconfortante. Mis párpados revolotearon al abrirse. Sus brillantes ojos azules, como fragmentos de cielo, estaban entreabiertos mientras luchaba por enfocarse. Las líneas feroces de su hermoso rostro se suavizaron, y un destello de reconocimiento reemplazó la preocupación momentánea que nublaba sus rasgos. Mi corazón revoloteó ante la vista, pero me forcé a concentrarme.

—Tyler, estás bien —respiré, el alivio inundándome mientras el último residuo de magia oscura que se aferraba a él se desvanecía. La conciencia de sus anchos hombros, brazos musculosos y pecho amenazaba con robar mi atención, especialmente cuando la sensación de sus músculos tensos bajo mi palma envió un aleteo de sentimiento a través de mí.

Pero, volví mi atención a Logan, que yacía a su lado. El guerrero más joven no era tan ancho de pecho como Tyler, pero su pecho musculoso estaba igual de tenso bajo mi palma. Logan gimió, sus ojos marrones profundos parpadeando para alejar la bruma de la inconsciencia, su expresión reflejando la lucha de Tyler. —¿Qué pasó? —graznó, el sonido llevando tanto fatiga como perplejidad.

Un remanente de oscuridad se aferraba a su aura y susurré: —*Kaumanik*.

La última invocación desterró la oscuridad persistente y exhalé con satisfacción; ahora solo sentía el calor de mi magia curativa alrededor de los dos guerreros.

Mientras la realización de que ambos estaban bien se asentaba sobre mí, me sentí tambaleándome al borde del agotamiento. Era como si el peso de todo —la batalla, el miedo, la preocupación— de repente cayera sobre mí como una montaña. Luché por mantenerme firme, pero fue inútil. Mi cuerpo sucumbió al peaje que había tomado por el abrumador esfuerzo de magia que acababa de realizar. Me sentía como un trapo siendo exprimido de agua, toda mi energía abandonándome en un apretón. Mis piernas se doblaron y mi visión se estrechó.

—¡Seraphina! —Las voces de Tyler y Logan resonaron a lo lejos, llenas de urgencia. Sus manos se extendieron hacia mí, pero la oscuridad se arrastraba, arrastrándome hacia abajo, y no tuve más remedio que rendirme al vacío.

Mientras la conciencia se desvanecía, el calor me envolvió. Los fuertes brazos de Tyler y Logan me atraparon. Su presencia me rodeó como un capullo, sus acciones resonando con el mismo fervor protector que habían mostrado al protegerme de la maldición asesina. El aroma familiar a cedro me envolvió, pero debajo de él, persistía un nuevo aroma picante que encendió mis sentidos. Mi corazón se aceleró, inundándome una desconcertante oleada de emociones. Cuando la mano de Logan se deslizó por mi espalda, sus dedos rozando la piel desnuda de mi cintura, una descarga eléctrica me recorrió, encendiendo cada nervio con una conciencia sorprendente. Era como si su toque despertara algo dormido dentro de mí.

En ese fugaz momento, justo antes de que la oscuridad me reclamara, el mundo se redujo a él: la

profunda resonancia de su voz llamando mi nombre, su calor irradiando de su toque y su embriagador aroma picante. Logan era más que mi protector... era mi compañero destinado. El peso de esa verdad se estrelló sobre mí como una ola, cruda y abrumadora, mientras la oscuridad finalmente me arrastraba hacia abajo.

Capítulo Doce

Tyler

Habían pasado tres días agonizantes desde que Seraphina colapsó, cayendo en un estado inconsciente después de volcarse en la monumental tarea de levantar la maldición de Logan y de mí. Cada hora se sentía como una eternidad contra el incesante tictac del reloj que resonaba en la tenue enfermería. La inquietud me carcomía por dentro. ¿Y si había algo más en su condición? ¿Y si había absorbido demasiada oscuridad de esa vil maldición, dejándola atrapada en un sueño eterno?

El silencio de la enfermería se volvió opresivo. Había recorrido sus confines más veces de las que podía contar, cada vuelta un recordatorio de mis emociones conflictivas: una mezcla de alivio por haber sobrevivido y un temor punzante de que la persona más preciada para mí me hubiera dejado de nuevo. No podía perderla otra vez.

Cuando el sol se puso en el segundo día, una profunda resolución se apoderó de mi corazón: ya no podía permanecer al lado de la cama de Seraphina. Asigné a Logan para que la vigilara. La idea de que él estuviera a su lado me daba cierto consuelo, ya que sabía que estaría a salvo. Era asombroso pensar que antes de nuestro viaje a la montaña, no habría confiado en Logan para tal tarea. Él había sido durante mucho tiempo uno de mis guerreros más confiables, pero sabía que su resentimiento hacia Seraphina era de larga data y estaba profundamente arraigado. Sin embargo, reconocí el cambio en él. Había arriesgado su vida para salvar a Seraphina cuando el líder de la Luna Negra lanzó esa maldición mortal. Incluso había admitido que la respetaba en la ladera de la montaña. Sabía que no solo la protegería, sino que si ella despertaba mientras yo no estaba, despertaría ante una presencia reconfortante.

Así que, en la mañana del tercer día, me paré en la cámara del Consejo frente a mi manada. La atmósfera chisporroteaba de energía; aparte de los guerreros en patrulla y Logan al lado de Seraphina, había convocado a toda la manada. Se pararon en forma de media luna frente a mí.

Las paredes de la cámara, adornadas con cristales brillantes, captaban la luz y proyectaban colores vibrantes por toda la sala. El brillo de las gemas me recordaba a la magia curativa de

Seraphina, sacándome de la oscuridad y envolviéndome con un poderoso calor. La añoranza me atravesó: ver ese calor de nuevo en sus ojos abiertos, en su sonrisa y, si la diosa Luna me ayudaba, en el calor de sus brazos a mi alrededor.

Sin embargo, hoy tenía asuntos urgentes de la manada que necesitaba abordar. Mirando alrededor a las Lunas Plateadas, anuncié:

—En primer lugar, me gustaría que todos dieran la bienvenida de nuevo a nuestro medio a los guerreros de la Luna Plateada. La hierba jedra de la montaña los ha restaurado con éxito a plena salud. Me complace decir que eso significa que la última de las enfermedades ha sido desterrada.

Estalló un rugido de aplausos, voces que gritaban de alegría. Los que deseaban el bien se acercaron para estrechar las manos de David, Harry y Neave, pero el tiempo para la celebración era limitado.

—Lo que me lleva a la verdadera razón por la que los he reunido hoy —mi tono cambió, un peso palpable se asentó sobre la sala, silenciando la exuberancia—. La restauración de la salud de nuestra manada no habría sucedido sin la valentía, la compasión y los talentos de una mujer: Seraphina.

Mientras pronunciaba su nombre, la confusión y el escepticismo parpadearon en algunos rostros. Los peores infractores, como sabía que serían: el Anciano Darius y su hija, Linda.

Inyecté una resolución férrea en mi voz.

—Seraphina arriesgó su vida para conseguir esa hierba de un acantilado empinado y traicionero en la montaña para curar a nuestra manada, luego la arriesgó de nuevo, curando a Logan y a mí de la maldición de la Luna Negra. Es hora de que todos ustedes reconozcan que Seraphina es uno de los miembros más leales y devotos de nuestra manada.

Mis palabras quedaron suspendidas de manera ominosa, y observé cómo las expresiones cambiaban entre la manada. Algunos desviaron la mirada, la vergüenza cubriendo sus rasgos, mientras que otros intercambiaron miradas cautelosas, atrapados en la tensión entre la lealtad y la desconfianza. La confusión y el miedo los aferraban, y podía ver la lucha interna grabada en cada ceño fruncido en consideración.

La frustración me erizó. Cómo anhelaba anunciar a todos que los padres de Seraphina eran inocentes. Que toda la culpa y la vergüenza que habían acumulado sobre ella a lo largo de los

años no solo era injusta porque ella no era responsable del crimen de sus padres, sino que ellos también eran inocentes.

Sentí la injusticia corriendo por mis venas, pero el hecho sobrio de que el verdadero culpable probablemente estaba escondido entre nosotros ahora, forzó mi silencio sobre ese asunto. El traidor que los había incriminado aún se escondía en las sombras. Mi corazón se aceleró con preocupación por Seraphina; la repentina aparición de los Lobos Negros mientras estábamos en la montaña se sentía ominosa, nuestro viaje a la montaña debió haber sido filtrado por el depredador en nuestro medio.

Algunos miembros de la manada comenzaron a asentir, sus expresiones se aligeraron mientras contemplaban mis palabras. Sentí una corriente de ansiedad ondular desde otros, aún incapaces de dejar de lado los prejuicios pasados.

Los desafié aún más.

—¿Cuántos de ustedes han pronunciado siquiera palabras de gratitud a Seraphina? —Era una pregunta directa y penetrante, destinada a despertar su sentido del honor. Vi a Susan sonrojarse, Tom apretó la mandíbula y Justin cerró los puños.

La voz autoritaria del Anciano Carl se elevó.

—Incluso antes de que subiera a la montaña, Seraphina demostró a través de incontables horas de investigación en la biblioteca que estaba dedicada a encontrar una cura para nuestra manada. Ha demostrado ser una compañera de manada leal que merece nuestro respeto y gratitud.

—Gracias, Anciano Carl —afirmé. Asentí, llenándome de calidez al saber que había compañeros de manada entre nosotros que hablaban de la compasión, dedicación y fuerza de Seraphina que merecía ser reconocida.

Dirigiendo mi mirada al Anciano Darius y Linda, sentí la concentración de tensión en el aire. Había escuchado de Tara y el Anciano Carl cómo Darius y Linda se habían vuelto contra Seraphina tan pronto como llegaron a la enfermería.

Mi mirada se dirigió hacia ambos. Los miré fijamente desde el centro del suelo. Mi mirada de acero no admitía disensión.

—Tengan en cuenta mis palabras, Seraphina es un miembro preciado de nuestra manada —dije

con pesada finalidad—. Déjenme ser claro: no permitiré que *nadie* la trate con falta de respeto o sospecha nunca más.

La mirada del anciano Darius y Linda se desvió. Habían adoptado expresiones neutrales. Pero el relato que había oído sobre cómo se habían vuelto contra Seraphina tan pronto como ella y los guerreros llegaron a la enfermería, aún me hacía hervir la sangre. Pensar que después de la lucha que había soportado en la montaña contra las Lunas Negras, se había visto obligada a gastar más de su magia para curarnos a Logan y a mí, me daba ganas de arremeter contra el anciano y su hija.

Mi lobo no se conformaba con su muestra de sumisión, y la furia que burbujeaba en mí me hizo exigir:

—Anciano Darius y Sanadora Linda, quiero su palabra de que entienden mi orden.

Tanto el anciano como su hija asintieron con la cabeza.

—Sí, Alfa —dijeron.

Era mi deber asegurar que nuestra manada permaneciera unida, especialmente frente a la amenaza de las Lunas Negras que seguía cerniéndose sobre nosotros y lo haría hasta que desenmascarara al traidor entre nosotros.

El ambiente cambió cuando la comprensión se asentó sobre la reunión. Podía sentir el cambio de marea, el creciente impulso de lealtad y gratitud. Sin embargo, la persistente molestia de saber que nuestro enemigo aún estaba entre nosotros no me permitía sentirme demasiado cómodo. El repentino ataque de los Lobos Negros apuntaba a la probabilidad de que el traidor oculto quisiera deshacerse de Seraphina, quien claramente había afectado sus planes al curar a la manada de la magia causada por la magia oscura. Mi sentido de urgencia aumentó. Necesitaba intentar avanzar en descubrir quién podría ser.

Con pensamientos sobre el traidor incubando, me dirigí a mi oficina en las cámaras del Consejo. Revisé los informes de David, Harry y Neave, llamándolos de nuevo para interrogarlos sobre sus acciones previas a su enfermedad, que podrían haber olvidado mientras estaban más gravemente enfermos. Comparé las notas de nuevo, escudriñando cada detalle, desesperado por descubrir un hilo común que pudiera revelar los orígenes de la enfermedad. Sin embargo, me encontré en blanco otra vez. No había patrón, ni destello de intuición que me ofreciera consuelo alguno.

Al caer el crepúsculo, la necesidad de ver a Seraphina surgió dentro de mí. Ordené mi escritorio, me puse el abrigo y me dirigí hacia la enfermería, mi corazón una mezcla de temor y anhelo. El viento aullante tiraba de mí mientras caminaba por la nieve poco profunda, un escalofrío se deslizaba por mis venas. Sin embargo, el pensamiento de ella, el calor de su risa y la seguridad de su sonrisa, encendieron un suave calor que alejó el frío.

Recordé la expresión de alivio la última vez que me había mirado, el suave tono de su voz envolviéndome como un abrazo protector: *«Tyler, estás bien»*.

Tenía que creer que este vacío doloroso en mi pecho con el que me había despertado recientemente, aún podía ser reemplazado por la plenitud de nuestro vínculo.

Me había despertado una mañana con esta sensación de pérdida, que inmediatamente me había impulsado a ir con Seraphina. Sin embargo, cuando llamé a la puerta del baño para ver cómo estaba, ella negó sentir algo fuera de lo común. No sabía si había cortado deliberadamente nuestro vínculo de nuevo o de alguna manera se había aislado de él, pero la resonante pérdida que sentí había sido familiar a cuando ella había roto nuestro vínculo con magia hace dos años.

Sin embargo, podía ver que Seraphina aún se preocupaba por mí. Y me atreví a imaginar a mi chica despertando para mirarme, esa chispa de afecto con la que me había sostenido creciendo, sin trabas, hacia el vínculo de pareja que siempre debió ser.

Con determinación en mis pasos, atravesé la puerta de la enfermería, mis preocupaciones desvaneciéndose mientras el calor inundaba mis sentidos. El espacio tenue y tranquilo era interrumpido solo por el suave sonido de la respiración apenas audible de Seraphina, una nana rítmica que calmaba mis nervios destrozados, recordándome que ella aún estaba aquí, aún era la fuerza inquebrantable a mi lado.

Pero, al cruzar más el umbral de la habitación, me congelé, sorprendido por la vista ante mí. Logan estaba sentado junto a Seraphina, encorvado protectoramente sobre ella en la silla. Sin embargo, no era su presencia lo que me detuvo; era la expresión esculpida en sus rasgos: una ternura que rayaba en la reverencia. La luz en sus ojos marrones profundos brillaba con una mezcla de preocupación y algo más, algo que envió una sacudida de conmoción a través de mis venas.

Mi lobo se erizó con agitación y un crudo borde de celos.

—Logan —llamé, una dureza poco característica se deslizó en mi tono, mis instintos protectores

cobrando vida.

Se puso de pie, la seriedad asentándose como una armadura sobre él.

—¿Sí, Alfa? —Su postura era rígida, pero el calor que emanaba de su mirada persistía en Seraphina como si fuera la luna, su poder demasiado potente y poderoso para apartar la vista.

Mis puños se cerraron con fuerza a mis costados mientras luchaba por contener mi ira. No, no iba a dejar que las malas interpretaciones retorcieran mis pensamientos. Simplemente estaba hambriento de la conexión que compartíamos. Logan había luchado junto a ella; le debía gratitud por levantar la maldición. Eso era todo lo que era esto.

—Puedes irte, Logan —dije, necesitando más que nada alejar a este joven macho de mi chica, mientras mi lobo hervía y gruñía peligrosamente cerca de la superficie con instintos protectores, para defender a nuestra compañera.

Pero Logan plantó sus pies, imperturbable mientras encontraba mi mirada. Sus ojos marrones adquirieron una intensidad.

—No puedo irme, Alfa Tyler. Seraphina me necesita —su voz era firme pero cargada de emoción y volvió a mirar hacia su forma dormida.

Mi lobo rugió de rabia, su dominancia exigiendo someter a este macho que rechazaba mi orden.

Forzando mis hombros tensos hacia abajo, cavé en lo último de mi autocontrol y dije:

—Seraphina estará bien conmigo aquí. Puedes irte. Ahora.

Un silencio tenso se extendió entre nosotros, cargado de desafío no expresado mientras luchaba con cada onza de contención.

Un destello se encendió en los ojos marrones de Logan, una chispa inflexible de desafío que me dijo que esto no era simplemente por lealtad: era una reclamación.

—No dejaré el lado de mi compañera destinada.

En ese momento cargado, se sintió como si su lobo me hubiera destrozado, desgarrando mi cordura. La incredulidad giró a través de mí, dejándome tambaleando. Pero mi lobo que gruñía dentro, feroz y primitivo, pronto derrotó mi incredulidad. Si este usurpador se atrevía a reclamar

a Seraphina, defendería lo que era legítimamente nuestro.

Justo cuando mi furia amenazaba con escapar de control, lo único que podría haberme sacado de esta rabia, lo hizo: los párpados de Seraphina aletearon, revelando el verde profundo de sus ojos. En un instante, el mundo se desvaneció, su mirada me mantuvo cautivo, mientras mi corazón latía con un ritmo salvaje en mi pecho.

Capítulo Trece

Seraphina

El mundo volvió a enfocarse. La oscuridad se disipó, y los colores florecieron como flores silvestres. Al principio, la desorientación nubló mi mente, formas borrosas fundiéndose entre la niebla, pero a medida que la conciencia me invadía, registré las pálidas paredes de la enfermería. El aroma de las hierbas flotaba en el aire, fuerte pero reconfortante. Sin embargo, el temor persistía mientras intentaba recordar por qué estaba acostada en la enfermería.

Cuando mi entorno se enfocó, mi mirada se fijó en las dos figuras al pie de mi cama: Tyler y Logan. La seriedad estaba grabada en sus rostros. Mi corazón se aceleró, los recuerdos inundándome. Los últimos vestigios de oscuridad se desvanecieron, mi mente saltando entre fragmentos de lo sucedido: las Lunas Negras atacándonos en la montaña, cómo Tyler y Logan se interpusieron frente a mí, protegiéndome del impacto de la maldición, y cómo había usado toda mi magia para liberarlos de ella.

Pero la presencia de los dos hombres a mi lado estaba llena de aún más confusión, ya que un rubor de calidez se encendió en mí al ver a *ambos*.

—Seraphina —dijo Tyler, su voz un timbre profundo, puntuado con un alivio desgarrador que me hizo desear poder aplastar todas estas emociones confusas que me agitaban—. ¿Cómo te sientes?

Me moví ligeramente, las sábanas crujiendo a mi alrededor mientras me incorporaba contra el cabecero. ¿Cómo me sentía? Increíblemente confundida.

Mi atención se posó en Logan, que estaba un poco más cerca que Tyler. Instantáneamente, la presencia de Logan tiró de algo profundo dentro de mí. La revelación me golpeó como una ola oceánica: Logan era mi compañero destinado. El peso de ese conocimiento se hundió en mi pecho, pesado y potente, presionándome a pensar en un futuro que nunca había anticipado.

Tragué el nudo en mi garganta, sintiendo como si la diosa de la Luna estuviera jugando una broma cósmica conmigo. Igaluk, con toda su capricho, me había atado a otro. No podía escapar

del innegable tirón del vínculo; pero bajo el hilo brillante había un instinto profundamente arraigado: retroceder y resistirlo.

En un instante, recordé las palabras de la diosa de la Luna de mi sueño: *"Cada cambiante lobo debería tener un compañero destinado"*. Mi corazón golpeó mi pecho cuando me di cuenta de que incluso si rompía el vínculo, ella me emparejaría con alguien más. Si no fuera Logan, sería otro. Mientras libraba una batalla silenciosa, finalmente abandoné la idea de romper este vínculo. Hasta ahora, tratar de forjar mi propio destino no había salido bien.

—¿Es Logan tu compañero destinado? —La pregunta de Tyler cortó mi ensoñación. Su mirada me escrutó. Su voz estaba mezclada con preocupación y algo más crudo.

Dudé, luego asentí. —Lo es.

La admisión se sintió pesada en mi lengua, una mezcla de resignación y cautela. No dije lo que más sentía: que aunque sentía el vínculo, la tensión se agitaba dentro de mí. Mi loba estaba inquieta, jadeando ansiosamente en el fondo, gritando por libertad y aplanándose como si se estuviera preparando para huir. No anhelaba a Logan, ni acogía la perspectiva de estar atada a él. En cambio, resistía activamente el vínculo, arañando las mismas fibras que nos unían.

Pero no revelaría eso; el peso en mi pecho era solo mío. Por ahora, necesitaba compartimentar las cosas. Este nuevo obstáculo que la diosa de la Luna me había presentado necesitaba ser tratado.

—Tyler —dije, preparándome para lo que tenía que venir a continuación—. ¿Puedes darnos algo de privacidad, por favor? —La petición salió de mis labios, envuelta en una determinación inflexible, aunque mi corazón se retorció al ver cómo la luz se desvanecía de sus brillantes ojos.

—Seraphina... —Abrió la boca para protestar, pero la firmeza resuelta se extendió como un incendio por mis venas mientras lo miraba a los ojos, buscando la determinación para mantenerme firme.

Negué con la cabeza, ahuyentando la tormenta que se gestaba en su mirada. —Por favor, Tyler. Necesito hablar con Logan. A solas.

Dudó, mirando de mí a Logan, con confusión y preocupación entrelazando sus facciones, antes de finalmente ceder. —Está bien. —Me lanzó una última mirada. Mi loba se alzó y sentí su energía frenética como si estuviera mordisqueándome y empujándome para detenerlo. Ella no

quería separarse de él. Un sentimiento que solo se intensificó ante la mirada angustiada que Tyler me dio antes de salir de la enfermería. Pero se fue, dejando a Logan de pie a mi lado.

Tan pronto como los pasos de Tyler se desvanecieron en la distancia, centré mi atención en Logan, que permanecía clavado en su lugar. Intenté engañarme pensando que la intensidad con la que me miraba no era diferente a la forma de halcón con la que me había observado estas últimas semanas. Pero una corriente subyacente de algo *más* hervía justo debajo de mi piel.

—Logan —comencé, mi voz firme a pesar de mi corazón acelerado—. Necesitamos hablar de este... vínculo.

Su expresión cambió, el calor que irradiaba de él instantáneamente en desacuerdo con el peso que me arrastraba.

—No quieres estar conmigo —solté, necesitando que escuchara mi verdad.

—¿Qué quieres decir? —La sorpresa chispeó en sus ojos marrones—. Eres mi compañera destinada. ¡Por supuesto que quiero estar contigo! —Habló con tanta sinceridad como si esta fuera una situación clara. Fruncí el ceño, esto era todo menos claro.

Continué, ignorando el dolor irregular que se retorcía más profundamente en mi pecho, la crudeza de *su* emoción, que sentía a través de este nuevo vínculo que ya nos unía.

—Quiero decir que no estoy lista para una relación romántica. —Tomé aliento, luchando por dónde empezar, el vínculo en mi pecho se sentía como un lío enredado—. Solo volví a la manada para limpiar los nombres de mis padres.

Su ceño se frunció, la confusión nublando sus facciones. Pero incluso esa mirada no conquistó por completo la innegable fe que ya había depositado en nuestro vínculo, que latía en mi pecho. Latía fuertemente a través de mi cuerpo, su presencia se sentía sofocante.

Se acercó lentamente, mirándome como si fuera un animal asustadizo que temía asustar. —¿Puedo sentarme?

Asentí. —Claro.

Se acomodó en la silla junto a mi cama, sus siguientes palabras sorprendiéndome. —¿Qué quieres decir con que volviste para limpiar los nombres de tus padres?

Esperaba que saltara a hablar sobre nuestro vínculo. Pero el hecho de que se hubiera detenido y me escuchara, me tranquilizó un poco. Tomé aliento.

—¿Sabías que la Manada Luna Sombra fue invadida por las Lunas Negras hace unos meses? —pregunté.

Logan asintió. —Escuché que derrotaron a las Lunas Negras.

Asentí en señal de acuerdo. —Estaba quedándome con la Manada Luna Sombra en ese momento, con mi amiga Selina y el Alfa Alexis. Después de la invasión, Alexis envió exploradores, esperando capturar a los remanentes de los invasores. Hace unas semanas, lo logró. Durante su interrogatorio a este prisionero de la Luna Negra, descubrió información sobre mis padres —No pude evitar bajar la mirada mientras me apartaba de ver la animosidad que estaba segura se encendería en los ojos de Logan al mencionar a mis padres.

—El prisionero de la Luna Negra le dijo a Alexis que mis padres habían sido incriminados. Dijo que había un traidor dentro de nuestra manada que había conseguido la sangre de mi madre y mi padre para la bruja de la Luna Negra. Usaron magia de sangre para asegurarse de que las protecciones y alarmas de mis padres fallaran —Anticipando su desconfianza, añadí preventivamente—: Tyler tiene una carta que detalla todo esto del Alfa Alexis —Fruncí el ceño, sintiendo el calor subir a mis mejillas—. Dado el nuevo vínculo entre nosotros, estoy segura de que a Tyler no le importará que te haya revelado esta información, y si quieres pruebas, pídele la carta a Tyler.

—Seraphina —entonó. Mi mirada se elevó para encontrarse con la suya. La frente de Logan estaba arrugada, pero su mirada marrón me observaba con seriedad—. Tu palabra es toda la prueba que necesito.

Su comentario, aunque refrescante, solo me recordó cuando le conté estas noticias a Tyler y sobre la carta de Alexis. Escuché la voz baja de Tyler: *"Siempre he confiado en ti. Siempre confiaré en ti... si solo hubiera confiado en que me guiaras, mi corazón aún estaría entero"*. Mi corazón latía con fuerza en mi pecho, el recuerdo y mi loba aullando dentro, anhelando a Tyler.

Logan soltó un pesado suspiro. —Ahora es mi turno. ¿Me escucharás?

Asentí, mi pecho llenándose de nervios.

—A la luz de este vínculo entre nosotros... y lo que acabas de contarme, necesito decir cuánto lo

siento. Lamento haber hecho tu vida aquí tan difícil.

Retorcí las mantas entre mis dedos. Me encogí de hombros. —Es cosa del pasado —No quería que Logan sintiera que tenía que compensar cómo me había maltratado en el pasado, especialmente con el peso de este vínculo de pareja entre nosotros. Sabía por la forma en que me había protegido de esa maldición asesina en el bosque que era un guerrero leal y dedicado. Podía imaginar con qué facilidad se le podría meter en la cabeza que tenía que compensar la forma en que me había tratado siendo ahora un compañero inquebrantable para mí.

Así que continué, ansiosa por asegurarle que su acoso no había tenido un impacto tan grande en mi vida como él pensaba. —He seguido adelante, Logan. Hice amigos en la Universidad Luna Plateada y en la Manada Luna Sombra —dije, honestamente.

Pero en lugar de parecer tranquilizado por esto, el rostro de Logan se volvió aún más abrumado. —¿Quieres decir que te alejé? ¿Que yo y los otros miembros de la manada te obligamos a vivir en otro lugar?

Negué con la cabeza, odiando la preocupación en su rostro.

Con más honestidad, dije: —Quizás tu acoso y el de algunos otros miembros de la manada influyeron en que fuera a la Universidad Luna Plateada. Pero una vez que estuve allí, me encantó. Allí he hecho amigos para toda la vida, y estos últimos dos años han sido algunos de los más felices de mi vida —Una vez más, ignoré el tirón de mi loba que en ese momento decidió levantar la cabeza y gemir por el hecho de que durante los últimos dos años había sido privada de Tyler. Su inquietud decía que no había sido más feliz entonces que ahora.

La preocupación se acumuló como una poción potente en la mirada de Logan, y sentí lo descarrilada que me había ido. Me forcé a afirmar lo que realmente necesitaba.

—Sé que tú y yo no pertenecemos juntos, Logan. No por el pasado, sino porque yo no pertenezco aquí. Porque después de limpiar los nombres de mis padres, me iré de nuevo.

—El vínculo en mi pecho dice lo contrario, Seraphina —dijo al instante, manteniendo mi mirada —. Somos compañeros destinados, estamos destinados a estar juntos.

Negué con la cabeza, luchando contra el tumulto de emociones que arremolinaban en mi pecho.

—No. Necesito que entiendas lo que estoy diciendo. Esto no se trata de ti y de mí. No puedo...

—hice una pausa, buscando mis siguientes palabras, una extraña marea de emociones estrangulándome mientras pensaba en Tyler.

Pero me aferré a mi resolución de nuevo. No había venido aquí por Tyler. Y no había venido aquí por Logan.

No importaba lo que la diosa Luna pensara, yo no quería un compañero destinado. El vínculo entre Logan y yo vibraba con una intensidad para la que no estaba preparada, una atracción implacable que removía algo profundo dentro de mí. Sin embargo, la idea de rendirme a él se sentía como renunciar a mi libertad, una libertad que se había vuelto preciosa después de pasar tanto tiempo lejos de este lugar y luchando contra todo lo que había sucedido aquí en el pasado.

—No puedo estar en una relación —dije, mi voz casi un susurro—. Una vez que Tyler y yo hayamos encontrado la verdad sobre mis padres, me iré.

La idea de irme envió una sensación hormigueante de esperanza a través de mí. Mi loba gruñó suavemente, sintiendo la amenaza de estar atada a Logan. No podía permitirme enredarme en este vínculo, no cuando todavía estaba tratando de navegar mis sentimientos por Tyler. La idea de estar atada a alguien, de perder la capacidad de elegir mi propio camino, me helaba. Había probado la independencia y quería saborearla.

Logan se inclinó hacia adelante, un brillo esperanzado en sus ojos. —Pero después de que hayamos probado que tus padres eran inocentes, también puedes tener amigos aquí, Seraphina. Naciste aquí, creciste aquí —dijo con fervor—. Además, la forma en que has luchado para ayudar a las Lunas Plateadas estas últimas semanas y en la montaña, muestra que eres una de nosotros.

Fruncí el ceño, sin estar segura de qué decir ante la mirada sincera en sus ojos. Había estado luchando para curar la enfermedad para que pudiéramos enfocarnos en quién era el traidor entre nosotros. Había ayudado porque hacerlo descubriría la verdad y me permitiría dejar a Tyler y a la manada atrás de una vez por todas.

La frustración y la molestia se encendieron a través de mí, algo que debió ser obvio en mi expresión ya que Logan levantó las manos y dijo: —Parece que vas a usar tu magia en mí —Sus labios se crisparon, el movimiento recordando la forma en que me había mirado en la montaña. Casi me había sonreído cuando bromeé sobre no haberme dado cuenta de que me había estado observando estas últimas semanas. La confusión me atravesó mientras el vínculo entre nosotros

vibraba con calidez... pero mi loba se alejó al sentir el tirón, odiando la sensación de la atadura.

—Crucé los brazos sobre mi pecho, resoplando. —Es tentador callarte —refunfuñé.

Ahora sonrió completamente. —Tara me dijo que hiciste algo así a Linda y al Anciano Darius... desearía haber estado despierto para verlo.

Mis labios se elevaron y me sentí un poco más relajada. En ese momento, no había tenido la oportunidad de disfrutarlo. Admití: —Fue bastante brillante, aunque yo misma lo diga.

Tentativamente, dijo: —A la luz de lo que has compartido sobre el peligro en la manada, ¿me permitirás por favor protegerte mientras estés aquí? —La misma intensidad que lo había caracterizado mientras me seguía por la manada lo invadió, pero había un calor innegable en su voz y un resplandor en mi pecho mientras esperaba mi respuesta.

—Puedo cuidarme sola. No necesitas...

—Has gastado mucha de tu magia para curarme a mí y a Tyler. ¿Me dejarías protegerte, al menos hasta que tu magia vuelva a su plena capacidad? —dijo, negándose a rendirse.

Fruncí el ceño. No se equivocaba. *Había* gastado toda mi magia curándolo a él y a Tyler. Me tomaría días de descanso y luego reconstruir mi magia a través del entrenamiento antes de volver a estar en plena forma. Pero fruncí el ceño. ¿Por qué tenía que ser tan lógico?

—Está bien —acepté con el ceño fruncido.

La calidez que sentí florecer en mi pecho era toda de Logan, y solo me hizo querer discutir de nuevo.

—Esto no cambia nada. Una vez que haya logrado mi objetivo, me iré de todos modos.

Levantó las manos otra vez.

—Entendido. Una vez que hayas logrado tu objetivo, elegirás irte —dijo, fingiendo un tono neutral que estaba en completa contradicción con la calidez que vibraba a través del vínculo. Cuando dijo *irte*, el vínculo me dijo que él pensaba que me quedaría. La mirada en sus ojos y el resplandor que latía en mi pecho chispeaban de esperanza. Mi estómago se revolvió con náuseas, reconociendo ese brillo esperanzador en mi corazón como el que una vez sentí hacia Tyler, cuando pensé que las cosas funcionarían. No quería infligir ese tipo de dolor a Logan, pero había

sido lo más clara posible.

Necesitando algo de espacio lejos de él, aunque fuera por un momento, le pregunté:

—¿Crees que podrías traerme un té de menta?

Se inclinó hacia adelante, con atención palpitando sobre él.

—Por supuesto —se puso de pie, su alta figura ya alejándose, y me llamó por encima del hombro con un atisbo de sonrisa en su rostro—. No tardaré mucho.

Me hundí en mis almohadas, esperando que la cocina de la enfermería se hubiera quedado sin menta, deseando que me diera el mayor tiempo posible a solas. La frustración y la amargura se agitaban dentro de mí. Sin importar lo que la diosa de la Luna pensara, no había regresado para cargar con otro compañero. Después de que los nombres de mis padres fueran limpiados, estaba decidida a ser libre y sin ataduras.

Capítulo Catorce

Seraphina

Mi vida en Nahachoh se asentó en un extraño nuevo ritmo. Logan estaba a mi lado, su presencia era un constante y cálido zumbido de protección que me seguía, sincero y... persistente.

Durante los primeros días, me vi obligada a permanecer en la enfermería mientras recuperaba mis fuerzas después de agotar tanta magia. La mayor parte del tiempo, Logan estaba allí, a menudo desviando el desagrado evidente que Linda sentía por mí. Ella tenía la costumbre de tomarme la presión arterial con una fuerza innecesaria, algo que no se atrevía a hacer cuando Logan estaba presente. —Linda, eres más cuidadosa con nosotros los guerreros, y Seraphina es mucho más delicada —solía señalar.

A menudo bromeaba sobre cómo podría empezar a fortalecer mi músculo mágico practicando para silenciar los constantes suspiros de Linda. Cada vez que se le escapaba un suspiro, alzaba una ceja hacia mí como retándome a usar mi magia en ella. Yo reprimía una sonrisa, agradecida por su cuidado protector, pero... seguía sin tener *ningún* sentimiento hacia él.

Después de nuestra intensa conversación sobre la inocencia de mis padres, su acoso en el pasado y mi intención de abandonar la manada una vez que sus nombres fueran limpiados, no habíamos vuelto a hablar en profundidad. Sin embargo, me volví excesivamente consciente del calor que surgía en mi pecho cada vez que me miraba. Desde que se enteró de la noticia sobre la inocencia de mis padres, y sabiendo cómo el líder de la Luna Negra había dirigido esa maldición asesina hacia mí, sus instintos protectores se habían disparado. Apenas se apartaba de mi lado. Incluso cuando estaba de servicio de patrulla, insistía en que la guerrera Tara se quedara conmigo. En realidad, prefería mucho más su compañía, libre de la pesada expectativa y la agenda oculta que estaba segura que tenía Logan.

En la mañana del cuarto día en la enfermería, Linda finalmente miró mis análisis de sangre, tomó mis signos vitales y declaró:

—Has vuelto a la normalidad. Te doy el alta.

—Gracias, Linda —dije, esperando que a pesar de su resentimiento persistente, pudiéramos terminar en una nota cordial.

Pero ella simplemente asintió secamente antes de alejarse.

—Realmente te va a echar de menos —bromeó Tara en voz baja.

Me reí, observando cómo Linda cogía su bolso y salía de la enfermería. Con todos los guerreros de la Luna Plateada y otros miembros de la manada completamente curados, yo era actualmente la única ocupante. Supuse que Linda estaba aprovechando al máximo este período de tranquilidad.

—En serio, Tara, ¿qué estás haciendo ahí atrás? —pregunté.

Tara había estado jugando con mi cabello durante al menos media hora.

—Simplemente no puedo conseguir que quede bien —dijo.

Me di cuenta de lo que estaba pasando.

—Me estás reteniendo aquí a propósito, ¿verdad? —la acusé.

—Logan me hizo jurar que no te dejaría salir de la enfermería sin él —admitió.

La frustración me invadió. Sabía que los instintos protectores de Logan eran abrumadores y resentía la restricción que imponía a mi libertad. No le había confiado a Tara sobre mi nuevo vínculo con Logan, pero también estaba nerviosa ante la idea de que ella y otros miembros de la manada lo descubrieran. Con el comportamiento abrumador de Logan, no pasaría mucho tiempo antes de que sumaran dos más dos. Quería mantenerlo en secreto para que fuera más fácil irme después de haber exonerado a mis padres.

—Ya está —dije, arrancando mi cabello de su agarre, aunque su suave trenzado había sido reconfortante—. Pensé que tú, de todas las personas, apreciarías que puedo cuidarme sola —la desafié.

—Sé que puedes, pero Logan es el líder de patrulla —se quejó Tara—. Es difícil rechazar una orden suya.

—Discúlpame por querer escapar de la mirada de desprecio de Linda.

—¡Ni siquiera está aquí! —argumentó Tara.

Me encogí de hombros, tratando de sonar indiferente.

—Quiero volver, darme un baño y usar mi altar. —*Ver a Tyler*, añadí silenciosamente para mí misma, mi corazón latiendo con anticipación y nerviosismo.

—Por supuesto que sí —dijo ella, comprensivamente—. Apuesto a que no puedes esperar para estar de vuelta en tu propio espacio.

Finalmente, Tara cedió pero insistió en acompañarme de vuelta a la casa de Tyler. La abracé para despedirme antes de entrar por la puerta de la cocina que estaba sin llave.

Tomando una respiración profunda, me preparé para el primer encuentro que tendría con Tyler desde que se enteró de que Logan y yo éramos compañeros destinados. No me había visitado durante mis cuatro días en la enfermería, algo que admito, me dolió. Sin embargo, me dije a mí misma que este espacio era lo mejor. Tyler finalmente estaba poniendo la distancia entre nosotros que yo había intentado crear antes de nuestro ascenso a la montaña.

Pero la decepción invadió mi estómago cuando vi la nota en la mesa: *"En la Cámara del Consejo si necesitas algo, Tyler"*. ¿Sabía que me habían dado el alta esta mañana? ¿Me había evitado deliberadamente? Normalmente trabajaba en la mesa de la cocina, con una taza de café humeante a su lado y un cuaderno abierto, a menos que estuviera viendo a miembros de la manada.

Intenté encontrar consuelo en la meditación, luego en un baño. Después de cenar sola, me acosté temprano. Mucho más tarde, escuché a Tyler regresar. Por la mañana lo oí salir silenciosamente a una hora temprana. Me levanté para mirar el amanecer, dándome cuenta de que habíamos invertido los papeles. Él estaba empleando las mismas técnicas que yo había usado para evadir la confrontación antes de nuestro viaje a la montaña.

Durante los días siguientes, lo más que vi de él fue su espalda mientras me evadía hábilmente. Consciente de que debería sentirme aliviada por su distancia, me enfoqué en mí misma. Con los miembros de la manada curados y suficiente jedra infundida en botellas, trabajé en ejercitar mi magia. Después de haber extraído tanto de ella, reconstruir mi capacidad era crucial.

Convencí a Tara para que entrenara conmigo durante los primeros días, pero cuando ella tenía servicio de patrulla, pensé que me vería obligada a saltármelo. Sin embargo, Logan insistió en que podía ayudar. Dudé en aceptar su oferta, sabiendo que debería estar fomentando la distancia

entre nosotros ahora que estaba fuera de la enfermería. Pero como siempre, se mostró persistente, incluso prometiéndome que entrenar con él no sería diferente a entrenar con Tara.

A Logan le habían surgido deberes inesperados antes, y para cuando entré en el ring de entrenamiento, la noche se había asentado, envolviendo todo en una oscuridad profunda y aterciopelada. El aire era fresco y mordaz, insinuando la llegada del otoño, mientras una suave nevada giraba perezosamente en la tenue luz.

Antorchas llameantes parpadeaban en el cielo oscurecido, proyectando un resplandor ámbar a través del ring cubierto de nieve. Me quité la sudadera, el frío golpeando mis brazos desnudos, y metí cuidadosamente mi camiseta sin mangas dentro de mis mallas.

Logan estaba de pie con los pies firmemente plantados, emanando una tranquila confianza. Pero fue la intensidad de su mirada lo que me tomó por sorpresa. No era la mirada decidida que Tara solía compartir conmigo, sino algo primario, ardiente y consumidor. Sus ojos castaño oscuro ardían mientras me recorrían, encendiendo calor en mis mejillas y haciéndome incómodamente consciente de cuán diferente se sentía esto comparado con entrenar con Tara.

La figura alta y musculosa de Logan también exudaba fuerza en su ligero equipo de entrenamiento. La camiseta de manga larga ajustada se aferraba a su físico marcado, mientras que sus pantalones de combate mostraban sus piernas definidas.

Se acercó para darme un palo de entrenamiento, pero negué con la cabeza. —No necesito uno. Estoy trabajando para desarrollar mi magia, ¿recuerdas?

—Claro, pero ¿y si te esfuerzas demasiado? Todavía estás...

—Sanando, lo sé —Puse los ojos en blanco—. Pero tengo que exigirme. Si quiero que mi capacidad crezca de nuevo, necesito usarla. Con Tara, simplemente gritaba "Tiempo fuera" cuando necesitaba un descanso; podemos hacer lo mismo.

Su ceño se frunció mientras lo consideraba. —Una palabra de seguridad. De acuerdo —accedió, con una sonrisa sugestiva en los labios.

Eh, de nuevo, esto no era para nada el ambiente cuando entrenaba con Tara.

La incomodidad erizó mi piel. Comencé a sospechar que solo había estado ansioso por entrenar conmigo con la esperanza de que si nos acalorábamos y sudábamos juntos, pudieran surgir *otros*

sentimientos. Pero apreté la mandíbula, decidida a no sentir nada más que la determinación y la euforia que traía reconstruir mi magia.

Dejé el palo a un lado en la tierra cubierta de nieve del círculo de entrenamiento y enderecé mi postura. Centrándome, sentí mi magia vibrar bajo mi piel, anticipando el ataque de Logan mientras fijaba su mirada en mí.

Logan corrió hacia mí, su palo conectando con mi escudo mágico brillante al golpear. Contraataqué enviando un pulso de energía que irradiaba a mi alrededor, una cúpula de energía que me mantenía dentro de su abrazo protector. Sin embargo, ese poder menguó un momento después, desvaneciéndose como una vela apagada.

La contención se grabó en las facciones de Logan y no aprovechó la pausa en mis defensas.

—Vamos, Tara era mucho más feroz —lo provoqué, esquivando hacia un lado mientras balanceaba su palo hacia mí.

Con una risa, se retorció, sus movimientos fluidos y precisos. Di un paso atrás para evadirlo, su golpe apenas rozando mi hombro.

Sonrió, pero estaba teñido con la misma protección que se había vuelto demasiado familiar últimamente.

—¡Mi magia necesita esto! —Empujé mis manos hacia adelante, desatando una ola de fuerza que chocó contra él, haciéndolo tambalear hacia atrás.

Por fin, la determinación se solidificó en su rostro ancho, su mandíbula tensándose. —De acuerdo. Pero tú lo pediste.

Con energía renovada, Logan saltó hacia mí, balanceando su palo con fuerza. La emoción recorrió mis venas mientras me enfrentaba a su golpe de frente, una llamarada de magia brotando de mis palmas como llamas encendiendo yesca. Tuvo que agacharse y rodar para evadirla.

Logan me puso a prueba, presionando más fuerte mientras yo convocaba mi poder, tejiendo patrones de energía para igualar sus golpes. Cada uno de sus movimientos era recibido con hechizos brillantes que brotaban de mis dedos, doblando el aire a nuestro alrededor.

Podía sentir la energía acumulándose en lo profundo, los músculos de la magia tensándose y fortaleciéndose agradablemente mientras mi magia fluía.

Por un breve momento, nuestros ojos se encontraron en medio de la lluvia de golpes. Vino hacia mí de nuevo con un intenso movimiento destinado a tomarme por sorpresa, y contraataqué, ejerciendo una fuerza que lo hizo tropezar hacia atrás.

Mientras recuperaba el equilibrio, se lanzó hacia mí. La euforia ardió en mí al sentir la libertad de desatar mi magia. Con cada empuje de mi voluntad, Logan respondía con hábiles golpes y evasiones. Entonces, en un poderoso choque, convoqué toda la magia que pude reunir, infundiéndola en mis manos, redirigiendo para formar un escudo de luz a mi alrededor, la energía enroscándose en respuesta.

La admiración brilló en las facciones de Logan. Luego, hubo algo más: el calor se avivó en sus ojos castaños. Sentí su deseo de atravesar la barrera entre nosotros, no para derrotarme sino... para acercarse más.

La incomodidad surgió dentro de mí. Le había dicho que no quería una relación romántica. ¿Por qué me miraba así? Él había insistido en que luchar contra él no sería diferente a luchar contra Tara, pero mi corazón se aceleró ante la intensidad de su mirada.

Bajé la barrera, pronunciando rápidamente: —Tiempo fuera —Me incliné, poniendo las manos sobre mis muslos mientras tomaba respiraciones profundas, tratando de aclarar mi mente, la marea de sentimientos latiendo en mi pecho, removiendo algo.

La euforia y la atracción que palpitaban en mi pecho que sentía por Logan, lejos de hacerme sentir algo hacia él, me recordaron otro momento. Recordé arrastrar a Tyler al armario de suministros en la enfermería; y cómo había usado mi magia para probar que podía defenderme. *"Siempre has podido cuidarte sola"*, había dicho. La mezcla de euforia y atracción que sentía en mi pecho me recordaba lo que había sentido por Tyler entonces. Su brillante mirada azul me había sostenido con tal reverencia y afecto.

Mi loba aulló ante el pensamiento de él. Anhelaba a Tyler. A pesar de haberlo visto escabullirse temprano por las mañanas, todavía no lo había visto desde que se enteró del vínculo entre Logan y yo.

La desesperación latía en mí, cruda y dolorosa. Mis respiraciones se volvieron más entrecortadas mientras la frustración y el anhelo temblaban a través de mí. Logan tocó mi espalda. —¿Estás bien?

Ambos habíamos sudado, y su aroma picante era abrumador mientras estaba tan cerca. Lejos de

consolarme, anhelaba un aroma diferente. Mis nervios se sentían destrozados mientras mi loba ansiaba la fragancia de cedro, el aroma de Tyler.

—Tenías razón —dije, tratando de aplastar la necesidad en mi voz—. Eso fue mucho. ¿Puedes llevarme a casa?

De repente luciendo preocupado, Logan tomó mi brazo, metiéndolo en su costado. —Por supuesto. Estuviste increíble, Seraphina —dijo, su tono imbuido de ese calor que hacía que mi piel se erizara incómodamente.

—Gracias —dije, tratando de evitar la mirada brillante de admiración que estaba segura aún sufundía su rostro. Agarré mi sudadera y me concentré en la quietud del paisaje cubierto de nieve, recuperando el aliento mientras caminábamos de regreso.

Tuve que luchar para evitar que Logan me siguiera adentro.

—Solo necesito acostarme —insistí. Prometí que lo llamaría si lo necesitaba. Me había dado su número de móvil mientras me visitaba en la enfermería. Finalmente, cuando cerré la puerta, fui libre de estar sola. Pero mientras el vacío de la casa me envolvía, solo profundizó el anhelo en mi corazón.

En un instante, mi lobo me dominó. Dejé que el aroma de Tyler me envolviera, siguiéndolo hasta donde era más potente: su dormitorio. Como si nuestro vínculo aún existiera, la urgencia me invadió. Recordé la mirada cruda e intensa que Tyler me había dado en la enfermería cuando le pedí que nos diera espacio a Logan y a mí. Ese mismo sentimiento me consumía ahora. Sentía que me devoraría por completo si Tyler se mantenía alejado por más tiempo. Ya no podía soportarlo.

La sorprendente revelación me golpeó: aún lo amaba. Mi corazón luchaba con el poderoso aroma de él mientras me permitía acomodarme en su cama, respirándolo profundamente en mis pulmones como si fuera tan esencial para mí como el aire mismo.

Con una feroz determinación encendiendo mis venas, corrí de vuelta escaleras abajo. Abrí la puerta de golpe, me quité la ropa y me transformé en mi lobo. Como si estuviera de cacería, salió corriendo hacia la tierra moteada de nieve. Siguiendo el débil eco de la intuición —magia guiando nuestros pasos— nos dirigimos hacia Tyler.

Mis patas parecían un eco de la esperanza que latía en mi pecho. No era demasiado tarde. Cada

fibra de mi ser parecía resonar con ese pensamiento.

Rodeé por detrás de las casas de los miembros de la manada, manteniéndome cerca del borde del bosque, ansiosa por evitar ser vista por alguien; no quería que me detuvieran. Necesitaba a Tyler. Mis instintos me guiaron a la casa al lado de la de Justin y Harry. Miré a través de la gran ventana panorámica de la casa vecina, mi corazón sintiendo la presencia de Tyler antes de que mis ojos lo hicieran.

Él estaba allí.

Pero mi corazón se hundió cuando lo vi en un sofá color crema, recordando tardíamente a quién pertenecía esta casa al ver a Linda a su lado. A pesar de la oscuridad, me agaché en la nieve, cada músculo de mi cuerpo gritando en protesta mientras la veía inclinarse hacia él, su brazo recorriendo el suyo. Los celos ardieron en mí, un feroz incendio en medio del frío amargo.

Una marea de recuerdos me inundó: Tyler y Linda de pie juntos durante su ceremonia de emparejamiento, sus futuros entrelazándose mientras yo era empujada cada vez más lejos, eternamente separada del que amaba. El entumecimiento se arrastraba por mí, tan frío como la nieve bajo mis patas.

¿Tyler había decidido renunciar a mí?

El agudo dolor se profundizó, royendo mi frágil corazón. Me obligué a darme la vuelta, mis orejas y cola caídas mientras me escabullía de vuelta por el borde del bosque, sintiéndome como si la cruel mano del destino estuviera jugando conmigo una vez más.

Mientras me alejaba, preguntas susurraban en los rincones oscuros de mi mente: ¿había enfurecido a la diosa Luna al atreverme a rechazar sus planes? ¿Era ella quien me había maldecido a vivir una vida para siempre ensombrecida por un amor insatisfecho? El peso de la desesperación me oprimía, y la esperanza que vibraba en mi corazón se sentía como una broma cruel. ¿Aún había un camino hacia adelante o había perdido a Tyler para siempre?

Capítulo Quince

Tyler

Mientras levantaba otro bloque decolorado por el sol sobre el muro que rodeaba la cámara del Consejo, sentí la satisfactoria tensión en mis músculos. Era una distracción bienvenida. Los miembros de la manada se movían a mi alrededor, con sus espíritus elevados mientras reparaban los daños causados por una tormenta reciente.

—Ya no quedan muchos —dijo Justin, un compañero más joven, mientras recogía otra roca.

—Sí, está quedando bien —respondí, ocultando la agitación que me consumía por dentro. Últimamente me había estado sumergiendo en todas las tareas de trabajo manual de la manada que podía, lanzándome a entrenar y realizar tareas físicas para mantener mi mente ocupada. Mi objetivo era sentirme más fuerte, superar el dolor en mi pecho que acompañaba los recuerdos de Seraphina.

Desde que me enteré de que ella tenía un nuevo compañero destinado, me había sentido como un fantasma en mi propia vida. Los recuerdos de Logan se entrometían, su juventud robusta y sus ojos marrones protectores grabados en mi mente. Después de todo, Seraphina era trece años menor que yo. ¿No era Logan, de veintitantos años, mucho más adecuado para ella?

Decidido a ignorar esos pensamientos, levanté otro bloque, con los músculos doloridos pero mi determinación inquebrantable. La manada zumbaba a mi alrededor, brillante y llena de vida, ahora que todos los miembros habían sido curados. Todos estábamos poniéndonos al día con varios trabajos de mantenimiento que habían quedado pendientes durante la enfermedad que nos había afectado. Con las patrullas ahora a plena capacidad, había tiempo libre para realizar estas tareas. Sin embargo, en medio de la camaradería alegre de la manada, me sentía más vacío que nunca.

—Ya casi han terminado con la pintura —dijo Justin casualmente, interrumpiendo mi ensimismamiento—. Las del oeste estarán listas en un par de semanas, justo para el otoño.

Las casas del oeste de Nahochoh eran donde se encontraba la casa de Logan. Lo que había estado

tratando de reprimir últimamente dio vueltas en mi mente: una imagen de Seraphina dejando mi casa y mudándose con Logan. Mi corazón se hundió ante la idea de lo que el paso del tiempo debía traer, y la llegada del otoño nunca me había parecido tan amarga.

Un repentino impulso de correr a casa me invadió, para capturar cada momento con ella mientras aún pudiera. Pero el peso de sus palabras anteriores resonaba en mi mente: *"Necesito hablar con Logan. A solas".* Ella lo había elegido ahora, y sentí el aguijón de esa realidad, un recordatorio de mis propias deficiencias que nos habían llevado a este momento.

Era mi culpa. Yo era quien había estado al lado de Linda cuando Seraphina me amaba. El recuerdo de esa noche se repetía sin cesar, atormentándome. Recordaba cómo había besado a Seraphina en el armario de suministros de la enfermería más recientemente, y cómo se había sentido correcto, tanto que había pensado que el vínculo que una vez compartimos se había reavivado. Sin embargo, ¿ahora? Ese vínculo había desaparecido.

Dejar que el destino siguiera su curso era lo correcto, pero ver a Seraphina y Logan acercarse era algo que no podía soportar presenciar. Sabía por los informes de Justin que Logan estaba con Seraphina siempre que no estaba de servicio. También sabía que él había insistido en que Tara estuviera con ella en caso contrario. No necesitaba preocuparme de que Seraphina no estuviera protegida sin mi presencia, pero aun así, anhelaba ser yo quien estuviera a su lado. Pasándome una mano por la cara, recordé con incredulidad cómo *yo* había ordenado que la protegiera. Mi pecho se oprimió. No podía evitar sentir como si hubiera sido una mano auxiliar en el plan del destino, colocando a Logan junto a Seraphina como si hubiera ayudado a la diosa Luna en su emparejamiento.

Por eso era más importante que nunca mantenerme alejado de ella. En consecuencia, a pesar de vivir bajo el mismo techo en este momento, había estado saliendo al amanecer y no regresando hasta tarde.

Así que canalicé mi angustia hacia la investigación, sabiendo que ayudar a limpiar el nombre de sus padres era mi mejor contribución a su felicidad. Trabajé incansablemente y recientemente descubrí una pista vital: el primer infectado había ayudado brevemente en la enfermería antes de que los ayudantes regresaran del verano. Creía que las dos hembras de la manada que habían muerto por la enfermedad la habían contraído en la propia enfermería.

El pensamiento me inquietaba. Antes de la llegada de Seraphina, Linda era la única responsable de administrar el tratamiento. Mi relación con Linda se había vuelto incómoda desde las

consecuencias de nuestra ceremonia de emparejamiento cancelada. La culpa persistía desde nuestra ruptura, y cada vez que la encontraba, trataba de mantenerlo breve y profesional para evitar las corrientes subyacentes de nuestro pasado. Además, con la forma en que Linda y su padre habían tratado a Seraphina recientemente, no estaba deseando contactarla. Sin embargo, la evidencia apuntaba a una necesidad urgente de investigar más a fondo.

Dejé una nota en su casa, pidiéndole casualmente que pasara por la oficina del Consejo. En anticipación a su llegada, guardé las notas sensibles que había recopilado y cambié a algunos papeles estándar.

Sonó un golpe en mi puerta.

—Adelante —llamé, levantando la vista de los documentos que estaba firmando.

—Hola, Tyler —me saludó Linda en un tono neutral—. Recibí tu nota.

—Sí, por favor, pasa.

Ella dejó la puerta abierta, y añadí:

—¿Podrías cerrar la puerta, por favor?

Un destello de sorpresa cruzó sus rasgos, pero obedeció. Desde que rompimos por primera vez después de la desaparición de Seraphina, había habido dos ocasiones incómodas en las que Linda me había visitado aquí en mi oficina en la cámara del Consejo, tratando de reavivar algo que hacía mucho tiempo se había desvanecido. Hice mi mejor esfuerzo por suprimir los recuerdos de esas incómodas conversaciones en las que tuve que rechazar sus avances.

—Toma asiento —dije, señalando la silla al otro lado de mi escritorio. Mientras se acomodaba, pregunté—: ¿Cómo va todo? Debe ser agradable poder descansar un poco después de la locura de las últimas semanas.

—Lo es —estuvo de acuerdo.

Linda, junto con los tres ancianos —el Anciano Darius, Carl y Tom— eran los únicos, aparte de mí, con un juego de llaves para los suministros de nuestra enfermería. Para investigar sin levantar sospechas, necesitaba una razón para tomar un papel más activo en la enfermería.

—Quería ver cómo va la reposición de suministros —pregunté—. No debemos volvernos

complacientes, dado lo gravemente que nos afectó esa enfermedad —expliqué.

Su mirada gris me examinó seriamente.

—Va bien —no dudó y dijo con fluidez—: Tanto Kelly como Lauren han podido encargarse de la recolección desde que se dio de alta al último de los guerreros.

—Genial —respondí, buscando en su rostro algún signo de culpa o nerviosismo—. Estaba considerando poner a más miembros de la manada en tareas de recolección. ¿Crees que hay suficiente espacio de almacenamiento para más suministros?

Había decidido evaluar sus reacciones hablando sobre los suministros, bastante seguro de que las dos hembras debían haber contraído la enfermedad de las hierbas que habían manejado en nuestras existencias.

—Claro —dijo con facilidad—. Solo avísame cuando vayan a dejar las cosas y puedo asegurarme de procesar las hierbas y almacenarlas correctamente.

—Lo haré —dije. Con eso resuelto, tenía una razón para dejar suministros. Tenía toda la intención de recoger dichas hierbas yo mismo y entrar en el armario de la enfermería para hacer algunas investigaciones privadas. Si ella me encontraba haciéndolo, al menos tenía una razón para estar allí.

Me tomó por sorpresa cuando preguntó:

—Esto es agradable, Tyler, aclarar las cosas entre nosotros. ¿Quizás puedas venir a tomar algo más tarde?

Debo haberle dado una mirada dudosa porque rápidamente añadió:

—Lo siento, eso fue tonto, olvida que dije algo. —Ya se estaba levantando de su asiento, con las mejillas sonrojadas por la vergüenza.

La culpa dio un vuelco en mi estómago. Quizás fue por lo devastado que me sentía por ver a Seraphina seguir adelante que escuché esa culpa. Odiaba la idea del daño que le había causado a Linda. Aunque no podía darle lo que ella quería, tal vez *era* hora de aclarar las cosas entre nosotros.

—Claro —dije—, por qué no. Tengo un poco más que hacer aquí. ¿Cómo suena a las nueve de la

noche?

—Perfecto. —La sonrisa que me lanzó ya me hizo arrepentirme de mi aquiescencia. Pero seguramente estar en términos cordiales con la curandera solo me ayudaría a investigar la enfermería con más facilidad. Después de todo, ella estaba en mi lista de sospechosos.

La casa de Linda estaba a un corto paseo de diez minutos y justo antes de las nueve, caminé pesadamente por el sendero cubierto de nieve, observando las pocas huellas de lobo en la nieve, luego las huellas de pájaros en el césped frente a su casa. No pude evitar pensar en los días en que visitaba la casa de Linda años atrás.

Linda abrió la puerta antes de que tuviera la oportunidad de llamar, su expresión relajada. Su largo cabello rubio enmarcaba su rostro ovalado, cayendo en ondas sobre sus hombros. Sus ojos grises estaban cautelosos, y otro remolino de culpa me atravesó mientras me preguntaba cuánto dolor persistía bajo la superficie.

Vestida con un suéter acogedor y holgado y jeans, se veía cómoda y relajada. Algo se alivió cuando vi que no se estaba esforzando demasiado. En el pasado, cuando había intentado acercarse, siempre se vestía con tops ajustados y escotados, pero esta noche parecía más relajada.

—Hola —saludó—. Pasa. ¿Está bien un gin-tonic? —preguntó, dirigiéndose a la cocina de planta abierta frente a la sala de estar. Ya había servido un chorrito en un par de vasos. Era su bebida preferida. Cuando salíamos, solía beber ginebra.

Yo siempre había preferido un bourbon, pero accedí:

—Claro, gracias.

La estufa de leña estaba encendida; el calor era bienvenido después del ineficiente calentador eléctrico de la oficina. El pequeño espacio de la sala y la cocina era acogedor, y me quité el abrigo, dejándolo en uno de los taburetes junto a la barra de desayuno.

—Siéntate —dijo, señalando el sofá en la zona de estar. La pequeña sala de estar estaba decorada en un estilo minimalista. Era un poco escasa para mi gusto, pero el sofá de dos plazas estaba frente a una enorme ventana panorámica, y me acomodé en el asiento más alejado del fuego.

Siempre me había gustado esta vista. La noche se había asentado, el blanco brillante del césped en la parte trasera de la propiedad de Linda intacto y pacífico antes de las tenues sombras de los

árboles perennes detrás.

Tanto las notas afrutadas como las especiadas eran fuertes cuando me entregó mi vaso. Tomé un sorbo. El sabor robusto me tomó por sorpresa. Tosí.

—Eso es... más picante de lo que esperaba.

Linda se rió.

—He estado experimentando con diferentes cordiales —dijo—, este tiene chile y maracuyá.

Asentí, pensando que había demasiado en él, pero dije educadamente:

—Está bueno. Diferente.

—Me alegro de que te guste —dijo con una sonrisa, tomando un sorbo del suyo y mirando hacia la noche.

—La nueva pared en la cámara del Consejo se ve bien —dijo Linda.

—Gracias —respondí, relajándome un poco ante el tema neutral—. Ha sido genial ver a todos de nuevo en pie y capaces de colaborar —acordé. Tomé otro sorbo de mi bebida y miré a Linda. Por un brevísimo momento, pensé que vi una chispa de deseo jugando en su rostro, pero ella simplemente dijo:

—Es genial tener un poco de descanso y relajación también.

Sonreí.

—Lo es, pero sé que eso no nos viene particularmente natural ni a ti ni a mí.

Ella asintió, mirando por la ventana, una sonrisa levantando sus labios. Yo había admirado a Linda por su ética de trabajo. A menudo trabajaba largas horas en la enfermería, tan frecuentemente como los deberes de Alfa me mantenían ocupado. Pero esas responsabilidades nunca parecían demasiado.

—¿Tu padre mencionó la nueva mina? —pregunté.

—Sí —dijo—. Tom ha encontrado una vena profunda de ivis en el glaciar del sur.

El Anciano Tom era un especialista en minerales y supervisaba nuestras minas. El Anciano Carl estaba mucho más interesado en la investigación, tanto en herbalismo como en minerales. Mientras que el Anciano Darius se especializaba en dirigir las ceremonias de nuestra manada.

Tomé otro sorbo de mi bebida, el calor persistente en mi pecho dejando una calidez que no se sentía del todo bien. Se sentía como beber bourbon: uno muy fuerte.

—No creo que estés aquí para hablar de los deberes del consejo, ¿verdad? —preguntó de repente Linda.

Mientras el extraño calor inundaba mi pecho, la mano de Linda trazó ligeramente a lo largo de mi brazo.

—¿Recuerdas las noches que pasamos juntos aquí? —murmuró, acercándose más. Sus palabras se enroscaron como incienso a mi alrededor, la cadencia de su voz sonando de repente más atractiva, y mi mirada se dirigió a su rostro ovalado, su piel parecía suave, sus labios llenos. El extraño calor en mi pecho me hizo sentir como si quisiera extender la mano para tocar su mejilla.

Oh diosa, esto *había* sido un error.

Ella se acercó, sus dedos rozando los míos, enviando adrenalina corriendo por mis venas. Fruncí el ceño, confundido por la reacción de mi cuerpo ante su mero toque.

Pensé que iba a tomar mi mano, pero solo tomó el vaso de mi mano. El vaso, me di cuenta, había estado inclinado precariamente mientras miraba a Linda. El calor corriendo por mi cuerpo había hecho que mi entorno retrocediera. Todo en lo que podía pensar era en el fuego dentro de mí y la chispa de electricidad que su toque producía.

Aparté mi mano de ella bruscamente, el mundo girando. Sobresaltado, me di cuenta de que había habido algo *más* que cordial de hierbas en esa bebida. Algo que hizo sonar una alarma en mi mente mientras este calor se extendía rápidamente fuera de control, haciéndome nuevamente demasiado consciente de los suaves dedos de Linda persistiendo en mi brazo.

—¿Qué estás haciendo, Linda? —exigí.

Sus labios se crisparon, un brillo inquietante en su mirada que envió un escalofrío por mi columna.

—Solo te ayudo a relajarte. Ha pasado mucho tiempo desde que te dejaste llevar —insistió, su

muslo tocando el mío mientras se inclinaba más hacia mí. El calor rugió a través de mí al sentirla.

—Has tenido mucha tensión últimamente. Ambos la hemos tenido. No hay nada de malo en liberar algo de vapor —dijo.

Mis instintos rugieron; el calor persistente de la bebida encendió una claridad que no podía ignorar.

—Tengo que irme —dije, apartándola, resistiendo el calor en mi pecho que parecía decirme que deseaba su contacto. El temor se enroscó en la boca de mi estómago mientras *sabía* que eso era lo último que quería.

—No lo combatas —insistió ella, siguiéndome—. Sé que tú también lo sientes. Todavía hay algo entre nosotros, Tyler.

En un momento de autopreservación, me apresuré hacia la puerta principal.

—¡Tyler, espera! —gritó tras de mí, pero ya estaba abriendo la puerta de un tirón y saliendo precipitadamente a la noche. El aire fresco se sentía celestial contra el calor que ahora me picaba la piel.

Había olvidado mi abrigo, pero no volví. Luché contra la oleada de adrenalina que inundaba mi cuerpo mientras me alejaba a grandes zancadas. Necesitaba alejarme lo más posible de Linda. Caminando rápidamente por la noche, toda mi atención se concentraba en el único pensamiento de regresar a mi propio espacio. Allí estaría a salvo y podría esperar a que este calor nocivo con el que Linda me había envenenado pasara por mi sistema.

Capítulo Dieciséis

Seraphina

Cuando volví adentro, me puse la ropa apresuradamente. Cerré la noche afuera e intenté dejar de pensar en lo que había visto. El frío amargo del viento se había instalado en lo profundo de mis huesos, y mis mallas y camiseta sin mangas hacían poco para protegerme del frío.

Calenté una taza de leche en el microondas, cuyo zumbido rítmico me conectó con el presente, aunque fuera momentáneamente. Al añadir el polvo de chocolate negro, dejé que el aroma evocara una miríada de recuerdos: Tyler y yo riendo y horneando juntos en esta misma cocina.

El aroma intenso, rico y dulce, me reconfortaba. Cerré los ojos, inhalándolo y dejando que me calmara. Sin embargo, demasiado pronto, el pensamiento de Tyler estando en otro lugar se abrió paso en mi mente. Podía verlo sentado en ese sofá, con Linda inclinándose hacia él, sus dedos rozando su brazo. La semilla amarga de los celos echó raíces en mi estómago de nuevo, retorciéndose más fuerte, sofocando la calidez de los recuerdos más felices.

Mi corazón latía con agitación mientras subía a mi dormitorio. Pasé el cepillo por mis enredados mechones, la sensación evocando el movimiento familiar que hacían Tara y Selina cuando me peinaban. Tyler probablemente solo estaba en casa de Linda por asuntos de la manada.

Intenté quitármelo de la cabeza, sentándome frente a mi altar y encendiendo un incienso de salvia blanca. Pero cada momento que la casa permanecía en silencio me irritaba. Aún no había regresado y se estaba haciendo tarde. La imagen de ella tocando su brazo se repetía en mi mente, cada pensamiento enviando esa familiar oleada de celos que se agitaba de nuevo.

Frustrada, dejé el cepillo y me senté con las piernas cruzadas frente a mi altar, encendiendo incienso de salvia blanca, observando cómo los zarcillos de humo fragante se elevaban en el aire. Pero el silencio de la casa me atormentaba, cada momento estirándose tenso de anhelo.

No podía soportar la idea de Tyler y Linda juntos; era como veneno corriendo por mis venas. La idea de que él fuera íntimo con ella me hacía sudar frío, y cuando probé mi chocolate caliente de nuevo, incluso su rico sabor parecía amargo.

Mientras me obsesionaba con Tyler, sentía como si lo estuviera conjurando desde las profundidades de mi anhelo. Era tan vívido en mis pensamientos: su figura alta y musculosa vestida con jeans y una camisa a cuadros, su cabello castaño corto enmarcando su brillante mirada azul. Casi podía oír su risa, esa energía feroz pero gentil que irradiaba de él, que me calmaba y emocionaba a la vez.

Decidida, me puse de pie de un salto, con una nueva resolución recorriendo mi cuerpo. Necesitaba encontrarlo, necesitaba decirle lo que había dejado sin decir. Tyler había escuchado de mis labios que Logan era mi pareja destinada, pero seguía sin saber que yo no tenía sentimientos por él; mi corazón solo latía por Tyler.

Bajé corriendo las escaleras y entré en la cocina, con una oleada de esperanza arremolinándose en mi pecho. Solo había llegado a la mitad de la habitación cuando la puerta trasera se abrió de golpe.

Se me cortó la respiración. Tyler llenaba el espacio, su silueta recortada contra la noche. Solo llevaba un suéter fino, jeans y botas. El frío había teñido sus mejillas, una línea de color en sus pómulos. Su cuerpo estaba tenso, encorvado contra el viento invernal a su espalda, con la cabeza gacha; aún no me había notado.

Cerró la puerta de una patada. El movimiento fue más fuerte de lo que claramente había pretendido, ya que el golpe resonó en el silencio. Su mirada se alzó como si estuviera preocupado por haberme molestado. Fue entonces cuando sus brillantes ojos azules me encontraron.

Me quedé paralizada, con el corazón latiendo, una creciente ola de necesidad cayendo sobre mí de nuevo. El profundo anhelo que había sentido durante estos largos y tortuosos días separados me consumía. Había estado hambrienta de su presencia, y ahora él estaba aquí, respirando el mismo aire que yo, su pecho subiendo y bajando rápidamente como si coincidiera con el frenético tempo de mi corazón.

—Seraphina —suspiró, diciendo mi nombre como un conjuro. Su voz grave fue suficiente para provocar temblores en mí.

Mientras mi respiración se aceleraba, su nombre estaba en mi lengua en un instante. —Tyler.

Avanzó a zancadas, cerrando el espacio entre nosotros en un instante. Cuando me atrajo hacia él, jadeé, sorprendida por el calor que irradiaba. Había esperado que se sintiera frío, un remanente

del viento amargo, pero en cambio, su piel ardía contra la mía. Fue entonces cuando lo noté: las pupilas dilatadas, el fuego en sus ojos. ¿Había vuelto aquí pensando en mí también? ¿Podría ser que el anhelo que me había estado consumiendo se reflejara en él? ¿Podría este momento significar que sentía tanto por mí como yo por él, incluso sin nuestro vínculo de pareja?

Quería preguntarle, romper la espesa tensión que persistía entre nosotros, pero antes de que pudiera formar las palabras, su boca se estrelló contra la mía.

Mientras me besaba, mis propios sentimientos chisporrotearon como fuegos artificiales. Cada lugar que Tyler tocaba se encendía, mientras una gloriosa necesidad recorría mi cuerpo.

Gemí cuando su lengua encontró la mía, saboreándome, enredándose con la mía como si estuviera hambriento. Sus manos se enredaron en mi cabello hasta que se deslizaron hasta mi camiseta sin mangas y comenzaron a quitármela.

Levanté los brazos ansiosamente, sintiéndome despojada sin la conexión de sus labios mientras nos separábamos por ese breve momento. Su brillante mirada azul me recorrió, bajando hasta la curva de mis pechos, hambrienta y apreciativa.

—Diosa, eres hermosa —murmuró, plantando besos y lamiendo su camino por la columna de mi cuello. La intensidad en su voz me envió escalofríos tanto como su toque. Su deseo me envolvía, y sentí una carga eléctrica chispeando entre nosotros, tirando más y más fuerte hasta que fue casi imposible respirar.

Con un movimiento envolvente, me levantó sin esfuerzo, presionándome contra la robusta mesa de roble. Su fría superficie contrastaba marcadamente con el calor que irradiaba el cuerpo de Tyler sobre el mío. La sensación de la madera sólida contra mi piel intensificó mi consciencia, haciendo que cada centímetro de él se sintiera aún más embriagadoramente cálido. Me miraba como si fuera el postre más apetitoso que jamás hubiera puesto sobre esta mesa. Lo cual, considerando todos los postres decadentes que habíamos preparado aquí mismo, realmente decía mucho. Besó su camino descendiendo por mi pecho, lamiendo y provocando la curva de mis senos. Jadeé, mis manos aferrándose a sus hombros mientras me perdía en las sensaciones, sintiendo mi cuerpo derretirse como un pastel de chocolate fundido.

Desabrochó mi sujetador, deslizándolo, luego agarró mis muñecas, inmovilizándolas sobre mi cabeza mientras capturaba mi pezón entre sus labios. Gemí mientras saboreaba y provocaba mis pechos. La combinación de su boca en mis senos y el firme agarre que tenía sobre mí hizo que la

sensación creciera en mi interior.

—Tyler, Tyler —esta vez su nombre estaba cargado de necesidad. Quería más que solo sus besos; lo anhelaba, deseaba sentirlo profundamente dentro de mí.

Me soltó, pero solo para quitarme las mallas, llevándose mis bragas con ellas. Mientras la tela se deslizaba por mis piernas y el susurro del material caía al suelo, me sentí deliciosamente desnuda. La intensidad del deseo en sus ojos encendió cada parte de mí. Sus ojos recorriendo mi piel expuesta hicieron que el calor se acumulara entre mis piernas incluso antes de que me tocara allí.

Sus fosas nasales se dilataron al oler mi excitación y pasó su pulgar por mi muslo interno, provocadoramente lento mientras se inclinaba. La mirada que me dio era tan decadente, su intención de saborear cada parte de mí escrita allí tan claramente.

Se zambulló con fervor, sus labios recorriendo la suave piel detrás de mis rodillas, una ardiente ráfaga de deseo impulsándolo hacia arriba. Sus movimientos eran frenéticos y consumidores mientras alcanzaba el ápice de mis muslos, su cuerpo encendiendo un fuego contra mi piel. Cuando besó ese punto sensible, gemí, el sonido retumbando en la silenciosa cocina, una cruda expresión de necesidad.

—Tyler —mi voz se quebró, la palabra impregnada de una mezcla de anhelo e impaciencia.

—Voy a devorarte —gruñó, sus ojos azules oscureciéndose con un hambre insaciable.

Fiel a su palabra, su boca me devoró con feroz urgencia; su lengua se hundió profundamente. Un jadeo escapó de mis labios, convirtiéndose en un gemido mientras me arqueaba contra él, mi cuerpo un cable tenso vibrando de necesidad. Cada lamida y giro enviaba ondas de éxtasis surgiendo a través de mí. Sentí que el mundo se difuminaba a nuestro alrededor mientras la sensación abrumaba mis sentidos, estrellándose sobre mí como un río furioso, arrastrándome a sus profundidades.

—Por favor —jadeé, arqueando mi espalda y gritando.

Justo cuando pensé que podría ahogarme, emergió con una sonrisa diabólica.

La forma en que me miraba —una mezcla visceral de lujuria y anhelo— hizo que mi piel se erizara de emoción. Me sentía vulnerable pero empoderada, este hermoso tipo de rendición

combinado con un profundo hambre, uno perfectamente reflejado en la expresión y el lenguaje corporal de Tyler.

Me incorporé de golpe, necesitando sentir su piel contra la mía, y ávidamente le arranqué el suéter. Mis dedos vagaron por su pecho tenso y musculoso, adorando cada línea dura de él, hasta su estómago plano y la delgada línea de vello oscuro que conducía más abajo.

Me lamí los labios en anticipación de lo que quería probar, el bulto y la sensación de él a través de sus jeans volviéndome loca. Rápidamente, desabroché su botón. El sonido de su cremallera envió una ola de expectación embriagadora palpitando a través de mí. Apenas podía contener mi emoción cuando su polla saltó libre, dura y gruesa, justo frente a mí. Mi boca se hizo agua ante la vista, y no pude evitar agarrarlo firmemente, mi pulgar deslizándose sobre la cabeza y emocionándome ante la brusca inhalación de Tyler.

Pero antes de que pudiera saborearlo, Tyler gruñó, agarrándome y girándome para enfrentar la mesa. Mi respiración se entrecortó cuando separó mis muslos y se colocó entre ellos, ajustándose contra mi espalda. Podía sentir el calor de su cuerpo irradiando contra mi espalda, una tentadora promesa de lo que estaba por venir.

—Seraphina —susurró, su voz espesa de lujuria, su aliento caliente contra mi oreja—. Te necesito.

Con una embestida, se enterró en mí, llenándome con su calor. Jadeé mientras me reclamaba, cada empuje llevándolo más profundo y enviando descargas de placer a través de mí. Instintivamente, me mecí contra él con cada embestida, empujándolo más profundo dentro. El gemido que me otorgó me hizo acelerar nuestro ritmo mientras nuestra necesidad escalaba juntos.

Sus dedos encontraron el camino hacia mi clítoris, y comenzó a provocar, acariciándome hasta que me sacudí contra él, gimiendo mientras un placer cegador se construía dentro de mí. Su mano libre encontró el camino hacia mi pecho, provocando mi pezón mientras mantenía un ritmo devastador con su otra mano. Mis piernas se sentían débiles y tuve que plantar mis manos en la mesa, tensando mis brazos para mantenerme erguida, cada embestida de sus caderas implacable mientras el sonido de piel encontrando piel inundaba mis sentidos.

El mundo se desvaneció mientras nos movíamos juntos, en un ritmo que coincidía con el salvaje latido de nuestros corazones. El deseo nos envolvió, espeso e intoxicante, creciendo hasta

engullirlo todo. Cada duda se desvaneció mientras me sumergía de nuevo en la maravilla de nosotros. Mientras me llevaba más cerca del borde, todo pensamiento desapareció, completamente consumida por Tyler. Así era como debíamos estar.

—¡Tyler! ¡Sí! —grité, mi voz elevándose mientras un poderoso clímax me atravesaba. En un momento, Tyler encontró su liberación también, dejando escapar un grito gutural. Réplicas de placer ondularon a través de nosotros mientras Tyler apoyaba su mejilla caliente contra mi espalda y yo me derrumbaba contra la mesa, sintiendo tanto su respiración jadeante como su corazón acelerado contra mí.

Gradualmente, a medida que el pensamiento racional regresaba tras la estela de nuestro deseo, el primer goteo de preocupación volvió a mí. No pude evitar recordar la última vez que habíamos hecho esto juntos, y cómo después, Tyler lo había... lamentado. Mi garganta se apretó y casi no quería moverme por temor a que este sentimiento exquisito pudiera desmoronarse a nuestro alrededor.

Cuando nuestras respiraciones se estabilizaron, Tyler deslizó sus dedos por mi cabello y sembró besos en mi espalda, antes de salir de mí. Su ausencia creó un dolor fugaz, pero cuando me dio la vuelta, este fue rápidamente eclipsado por la mirada insaciable en sus ojos. Me levantó en sus fuertes brazos y envolví mis piernas alrededor de su cintura, rodeando su cuello con mis brazos.

Ya estaba llevándonos fuera de la cocina.

—¿Adónde vamos? —pregunté, aún un poco sin aliento.

Su sonrisa era torcida, con una chispa de picardía bailando en sus ojos, pero había un tono en su voz que insinuaba un deseo más profundo.

—Tu habitación o la mía, no me importa —respondió, sus palabras saliendo con una urgencia sin aliento—. Pero ni de lejos he tenido suficiente de ti.

Su voz grave me envió un escalofrío por la espalda, haciendo que mis dedos de los pies se curvaran en anticipación embriagadora.

Mientras subía las escaleras, cargándome sin esfuerzo, una emoción vertiginosa me recorrió, encendiendo el deseo en mis venas. Los brillantes ojos azules de Tyler se clavaron en los míos, aún ardiendo con ese calor primario. Podía sentir la inconfundible presión de su excitación endureciéndose contra mi trasero, enviando una ola de emoción a través de mí. En ese momento,

no me importaba a dónde íbamos; estaba consumida por el deseo desenfrenado que irradiaba de él, completamente perdida en la conexión embriagadora entre nosotros.

Capítulo Diecisiete

Tyler

La luz de la mañana se filtraba suavemente a través de las cortinas, proyectando delicados rayos dorados que pintaban la habitación con cálidos matices. Por un fugaz momento, encontré paz en este espacio, acurrucado entre sábanas de dulce aroma que me envolvían en el reconfortante abrazo de lo familiar. Hacía lo que parecía una eternidad que no me sentía tan completo.

Pero mientras la fragancia a miel persistía en el aire, una inquietante tensión se apoderó de mí, arrancándome de mi momentánea tranquilidad. Conocía ese aroma íntimamente: era el de Seraphina, tan tentador como el jarabe sobre panqueques calientes o el aroma de pasteles recién horneados con costra de miel.

Parpadeé para disipar los restos del sueño, con la confusión nublando mi mente hasta que la realidad se filtró gradualmente. Allí, a mi lado, yacía Seraphina, su suave cabello negro desparramado sobre la almohada blanca. Estaba acostada de lado, de espaldas a mí, revelando la silueta de su cuerpo bajo las sábanas que se habían deslizado hasta su cintura. Mi mirada recorrió la suave curva de su piel clara, la hendidura de su cintura y el gentil subir y bajar de su pecho mientras dormía, completamente ajena a la tormenta que se gestaba en mi interior.

Repentinos destellos del día anterior invadieron mis pensamientos con una claridad que me detuvo el corazón: había ido a casa de Linda. Mi boca se sentía reseca y mi garganta se contrajo al recordar la bebida que me había impuesto. Un extraño calor había ardido en mis venas, encendiendo un placer en mi piel cuando Linda tocó mi brazo, algo que debería haber sido repulsivo. Instintivamente, supe que algo andaba mal; el calor que me consumía gritaba que era una trampa.

Desesperado por escapar, había corrido de vuelta aquí, buscando refugio de cualquier efecto que esa poción hubiera desatado en mí, pero todo lo que siguió era un borrón, perdido en la niebla de la intoxicación.

Me esforcé por juntar los fragmentos dispersos de mis recuerdos. Mi corazón latía furiosamente

en mi pecho mientras miraba a Seraphina. Los pensamientos se descontrolaban mientras recordaba el calor que recorría mi sistema, cómo había embotado mis sentidos y hecho que el toque de Linda se sintiera bienvenido cuando debería haber sido repulsivo. Oh, diosa, ¿qué había hecho?

Destellos de la noche pasaron ante mí: suavidad, piel perfumada a miel, cabello sedoso y labios exuberantes que se repetían como un sueño inquietante. ¿Me habría forzado sobre Seraphina? El asco se retorció violentamente dentro de mí, revolviendo mi estómago en nudos.

Debía haberlo hecho. Seraphina tenía un nuevo compañero destinado. No había otra razón para que estuviera aquí a mi lado. Un vínculo del destino era sagrado, algo que debía ser reverenciado, no desechado. Sin embargo, yo había destrozado esa santidad. Me sentía como un ladrón en la noche, la vergüenza corriendo por mis venas; había robado algo que nunca podría ser devuelto. Había arruinado el vínculo sagrado de Seraphina por segunda vez. Paralizado por la culpa, no podía obligarme a mover.

A medida que el sol ascendía, la luz que inundaba la habitación se sentía inoportuna para mi corazón cargado de culpa. Iluminaba la forma desnuda de Seraphina a mi lado como una acusación condenatoria.

Ella se movió entonces, la luz atrapando su cabello mientras se giraba sobre su espalda. Sus ojos verde jade se abrieron parpadeando, entrecerrados por el brillo y posándose en mí con confusión.

—Lo siento mucho, Seraphina —solté de repente, la urgencia y el pánico forzando mis palabras a salir—. Actué impulsivamente anoche... Lo siento mucho. —Mi corazón martilleaba contra mi pecho, cada latido se sentía como un castigo por mi miserable disculpa. ¿Cómo podían unas simples palabras encapsular alguna vez el peso de mi remordimiento? Había violado tanto su confianza como el vínculo que compartía con Logan.

—¿Lo sientes? —Su voz se quebró, elevándose interrogativamente. Solo pude bajar la cabeza avergonzado, apresurándome a sentarme, desesperado por transmitir mi sinceridad.

Tenía razón. Esas dos palabras eran demasiado livianas para lo que había hecho. La enormidad de mi crimen pesaba sobre mí, exigiendo ser articulada de una manera que apenas podía raspar la superficie.

—No hay excusa para mi comportamiento —comencé, mi voz un susurro de arrepentimiento—. Actué sin pensar. No debería haber dormido contigo, pero...

—Fuera —me interrumpió bruscamente.

La vergüenza anudó mi estómago. Me lo merecía. A pesar de cuánto dolía escuchar el temblor en su voz, lo mínimo que podía hacer ahora era seguir su orden.

Incliné la cabeza, levantándome de la cama, con la culpa inundando cada rincón de mi ser. ¿Dónde había dejado mi ropa de anoche? Una rápida mirada al suelo no reveló nada.

Me apresuré hacia la puerta, pero algo me impulsó a mirar atrás a Seraphina. Se había envuelto con sus brazos, haciéndola parecer frágil. Pero el acero en su mirada verde era el de una guerrera lista para la batalla. El impulso de volver a ella, de envolverla en mis brazos y susurrar disculpas, chocó violentamente con la vergüenza que me pesaba, impulsándome fuera de la habitación.

Apartando la mirada, me deslicé hacia el pasillo, mi corazón una piedra alojada en mi pecho mientras cerraba la puerta tras de mí. Todo lo que quería era proteger a la chica que amaba, pero seguía infligiendo heridas que corrían profundamente.

Al entrar en mi propia habitación, cerré la puerta tras de mí y me puse ropa limpia, mis pensamientos girando de vuelta a la fuente de mi tormento: Linda. Fuera lo que fuera con lo que me había drogado, aún persistía en mi sistema; los restos del calor febril en mi pecho se sentían demasiado familiares.

Esa sensación me recordó a la magia oscura con la que voluntariamente me había infectado en la enfermería. Cerré los ojos, concentrándome en la extraña y pesada viscosidad dentro de mí. La sospecha brotó en mi mente, la ira y la confusión entrelazándose como una vid oscura. Esta agitación en mi vida no era un accidente; empezaba a sospechar que Linda había orquestado de hecho la enfermedad que plagaba a nuestra manada. Determinado, resolví indagar más profundamente en su participación.

Justo cuando me decidí a hacerlo, Seraphina cerró la puerta del baño. Aproveché la oportunidad, ansioso por darle el espacio que desesperadamente merecía. Con mis sospechas arremolinándose, sabía que tenía que confiar en algunos de mis compañeros de manada. Después de todo, esta investigación era mi única esperanza de enmendar mis graves errores.

Mientras salía, caminando pesadamente a través de la nieve crujiente bajo mis pies, juré que no habría más momentos de debilidad; sería fuerte, fuerte por Seraphina, manteniendo la distancia como debería haber hecho. Encontrar al traidor entre nosotros y exonerar a sus padres eran los únicos caminos para contribuir a su felicidad, y me comprometí por completo con esa resolución.

La biblioteca apareció a la vista y las puertas dobles estaban desbloqueadas, lo que significaba que estaba seguro de que el anciano que buscaba estaría dentro. Divisé la figura familiar del Anciano Carl inclinado sobre un antiguo tomo de cuero. Sin importar la hora, generalmente se le podía encontrar aquí, perdido en el éter de las palabras y la sabiduría. Recordé cómo había ayudado a Seraphina a investigar la hierba para curar a nuestra manada y cómo se había plantado y la había defendido ante el Consejo. Su naturaleza empática lo convertía en un aliado confiable, y era la persona que necesitaba de mi lado.

—Hola, Alfa Tyler —me saludó, levantando la mirada, sus ojos azules cálidos y acogedores—. ¿Hay algo que pueda hacer por usted? —A esta hora, la quietud de la biblioteca era palpable, solo nosotros dos.

—Sí, necesito que venga a la Cámara del Consejo —le indiqué, con urgencia impregnando mi voz—. Si pudiera pasar por la casa de Tara y traerla con usted, los veré allí.

Quince minutos después, estaba sentado en mi escritorio en la Cámara del Consejo cuando el Anciano Carl y la joven guerrera Tara se unieron a mí, su presencia reconfortante en medio del tumulto que me agitaba.

Cuando Tara cerró la puerta, el aire se espesó con anticipación. El Anciano Carl se acomodó en la silla frente a mí, y no perdí tiempo en relatar la investigación que llenaba mi mente de ira. Expliqué, con voz firme, sobre la inocencia de los padres de Seraphina y nuestra sospecha de que la misma persona que los había incriminado era responsable de la enfermedad que había plagado a la manada.

Mientras hablaba, sus expresiones se tornaron sombrías.

—Pobre Seraphina —exclamó Tara, su voz una mezcla de conmoción y compasión—. ¡Pensar en todo lo que ha pasado, y sus padres eran inocentes! —Sus ojos color avellana brillaron con angustia por su amiga, un testimonio de su creciente vínculo con Seraphina. Me había confiado en ella precisamente porque sabía que le importaba.

La culpa constriñó mi pecho como un tornillo, un recordatorio de cómo había profundizado el sufrimiento de Seraphina una vez más.

Carl arqueó una ceja, frunciendo el ceño pensativo en su rostro arrugado. —Si me das una lista de todo lo que tú y Seraphina saben sobre la magia oscura asociada con esta enfermedad, puede que descubra más en la biblioteca.

Asentí, el alivio mezclándose con el temor persistente. —Lo haré.

El instinto de guerrera de Tara la hizo ansiosa por saber todo lo que pudiera sobre el enemigo. —¿Qué saben sobre la enfermedad y el culpable hasta ahora?

—Las dos mujeres que murieron fueron brevemente ayudantes en la enfermería —expliqué, mi voz estabilizándose mientras las piezas encajaban—. Estoy seguro de que la enfermedad se originó allí. —Mi tono se volvió sombrío, el temor brotando dentro de mí—. Cuando me infecté, sentí una oleada de magia oscura, algo que recientemente percibí de Linda.

No profundicé en cómo había percibido esa magia oscura de ella.

La expresión del Anciano Carl se volvió más severa. —Al Anciano Darius no le agradaría una acusación contra su hija sin pruebas sustanciales.

—Precisamente —estuve de acuerdo, sabiendo que necesitaba pisar con cuidado—. Necesitamos reunir evidencia antes de hacer cualquier acusación dentro del Consejo.

—Y debemos evitar despertar sus sospechas —enfatizó Tara, su expresión seria.

—Exactamente lo que pensaba —dije—. Ya le he informado a Linda que más miembros de la manada serán asignados a la tarea de cosecha, así que puedo crear una razón para visitar el almacén sin levantar sospechas.

Mi determinación se endureció y añadí: —Tara, necesito que priorices la protección de Seraphina. Cualquier peligro que aceche, no debe tocarla de nuevo. —Decirlo me dolió, pero también reconocí que Logan era el legítimo protector de Seraphina y agregué—: Cuando Logan no esté con ella, tú debes estar con ella.

Tara se enderezó, su espíritu guerrero encendido mientras sus ojos avellana brillaban con determinación. —Lo prometo, estará protegida. Tienes mi palabra. ¿Puedo hacerle saber a Seraphina que estoy al tanto de la inocencia de sus padres? Podría ayudar darle alguien en quien confiar.

—Por supuesto —respondí—. Pero por favor, abstente de mencionar mis sospechas sobre la Sanadora Linda. —Un peso se asentó sobre mí. Pensar que Linda, quien una vez estuvo a mi lado como potencial pareja, ahora podría resultar ser la fuente de oscuridad en nuestra comunidad era un trago amargo de tragar. Que ella hubiera causado más dolor entre Seraphina y

yo profundizaba mi ira; estaba determinado a proteger a Seraphina de más disgustos.

El Anciano Carl pronto se despidió antes de dirigirse a la biblioteca, mientras Tara se preparaba para revisar a Seraphina. Mientras se iban, luché con la imagen de Seraphina: sus brazos envueltos alrededor de sí misma, su rostro una máscara de resolución férrea.

La determinación corría por mis venas. No habría lugar para errores. Iba a encontrar una manera de arreglar las cosas. Lucharía por la felicidad de Seraphina, aunque me costara todo.

Capítulo Dieciocho

Seraphina

Al despertar, el dolor en mi pecho se sentía insoportable. Miré fijamente al techo, donde las sombras bailaban y jugaban con el amanecer. Aparté las sábanas, que se sentían más pesadas que el plomo, mis emociones arrastrándome hacia abajo. Quería acurrucarme y esconderme bajo mi edredón para siempre. Realmente había creído que Tyler sentía lo mismo que yo esta vez. Pero habían pasado tres largos días desde aquella dolorosa mañana en la que dejó abundantemente claro, por segunda vez, que se arrepentía de haber sido íntimo conmigo.

El pensamiento se clavó más profundamente en mi corazón, retorciéndose dolorosamente. Por eso mis idas y venidas se habían vuelto clandestinas de nuevo. Me encontré evitándolo, una habilidad que había practicado bien. Me escabullí al baño, las frías baldosas mordiendo mis pies descalzos mientras me duchaba rápidamente, el agua refrescante pero incapaz de lavar el dolor.

Me puse un mono azul marino. Mientras bajaba apresuradamente la escalera, colgando mi bolsa de suministros mágicos sobre mi hombro, bajé los escalones de dos en dos, ansiosa por escapar de los confines de la casa. No podía soportar ver a Tyler. Cada vez que me miraba con un destello de remordimiento, cortaba como una herida fresca.

Nos habíamos cruzado en la cocina después de nuestra noche juntos, y cualquier pensamiento de abordar lo que había sucedido se desvaneció en el aire. El peso de su vergüenza colgaba entre nosotros, sofocante y haciendo que cualquier discusión pareciera imposible. Así que había decidido endurecer mi corazón; estaba harta de permitirle dictar la trayectoria de mis emociones.

Desde ese momento, endurecí mi corazón. Me juré a mí misma que ya no tendría ninguna influencia sobre mí.

Esta mañana, bordeé la puerta de la cocina, el corazón de la casa que ahora se sentía extraño, lleno de recuerdos de pasión y ternura. Donde Tyler una vez me había mirado con ardor, ahora solo veía arrepentimientos. Salí y dejé que el aire fresco del amanecer me saludara, la frescura mordiendo mis mejillas mientras me dirigía a la casa de Tara.

Su presencia alegre iluminó mi día a pesar de un violento bostezo cuando abrió la puerta, envuelta en una esponjosa bata.

—Deberías haber esperado a que te recogiera —se quejó.

Tara me había confiado que ella y el Anciano Carl estaban ahora en la confianza de Tyler. Sabían que un traidor se escondía entre nosotros y la verdad sobre el encuadre de mis padres. En consecuencia, se había vuelto aún más protectora últimamente.

—Mi magia se ha recuperado completamente ahora. Puedo manejar un paseo de diez minutos sin niñera —refunfuñé, aunque apreciaba su cuidado. Reconstruir mi magia con Tara había logrado devolver mis habilidades a plena capacidad, pero disfrutaba tener a alguien más además de Logan para confiar sobre la investigación en curso.

—¿Te quedas a desayunar? —llamó Neave desde la mesa circular en el centro de la cocina, su voz invitadora.

Me había acostumbrado a compartir comidas con Tara y su familia, Ollie y Neave.

Ollie sonrió detrás de su barba desaliñada, su mono azul manchado con la pintura con la que la manada había estado blanqueando las casas últimamente.

—Gracias, pero realmente no tengo hambre —dije—. Los veré allá afuera. —Saludé con la mano mientras me unía al elegante lobo plateado de Tara mientras caminábamos hacia la casa de Logan. Ella me dejó en la puerta principal de Logan, desapareciendo entre los árboles para su patrulla.

Justo cuando estaba a punto de tocar, Logan salió. Me entregó una taza de viaje, con una de sus casi sonrisas en los labios.

Mis cejas se alzaron cuando el aroma a nuez llegó hasta mí.

—¿Es de avellana?

Logan asintió, sus ojos marrones sinceros y cálidos, mirándome con afecto.

—Tu favorito.

Habíamos jugado un juego sobre favoritos ayer, pero no esperaba que usara inmediatamente mis

debilidades en mi contra.

—No tenías que hacer eso —dije, tomando un sorbo tentativo, e incapaz de detener el suspiro de satisfacción que se me escapó.

Se encogió de hombros.

—Necesitabas animarte.

La vergüenza revoloteó dentro de mí. ¿Había notado lo deprimida que había estado?

Logan había sido su habitual presencia silenciosa a mi alrededor los últimos días y no pensé que hubiera sido tan transparente. Pero me sorprendió aún más cuando dijo:

—Puedo sentirlo, ¿sabes? Tus sentimientos por Tyler.

No había acusación en su tono, pero solté:

—No tengo sentimientos por él. —Deseaba desesperadamente que eso fuera cierto, esperando que el dolor desapareciera, anhelando cortar este dolor que se había convertido en mi compañero omnipresente.

Con una gentileza que encendió algo inesperado en mi pecho, Logan observó:

—Deseas no tener sentimientos por él. Siento eso también. —Colocó una mano sobre su propio corazón, un punto de conexión que hizo que el mundo se sintiera tanto vasto como íntimo.

La sinceridad en sus ojos me hizo sentir transparente, y mis mejillas se calentaron bajo su mirada firme.

—Puede que no parezca posible ahora, Seraphina —prometió—, pero te traeré felicidad. Ayudaré a levantar el peso de la sombra de Tyler de tu corazón.

Su sinceridad surgió dentro de mí como una marea mientras visualizaba un futuro donde eso podría ser posible. Sintiéndome más ligera de lo que había creído posible, dado todo, disfruté el resto del día pintando con la tranquila presencia de Logan, que despertaba una nueva comodidad en mí.

Cada día, encontraba un nuevo ritmo, permitiendo que Logan fuera la fuerza constante que me

elevaba de las sombras. Con el tiempo, quizás podría haber felicidad, o al menos más lattes de avellana.

La energía a nuestro alrededor se sentía más ligera; desde que la hierba jedra había curado a los últimos guerreros de la Luna Plateada como Neave, la manada prosperaba. El sol llenaba los cielos, el calor regresaba con un último estallido de buen tiempo, y el compañerismo parecía envolvernos, un bálsamo para nuestros espíritus colectivos.

Un día, Logan y yo estábamos tomando un descanso de la pintura, disfrutando de unos brownies que Tara y yo habíamos hecho juntas, cuando Neave se tambaleó en la escalera.

—¡Cariño! —gritó Ollie, sobresaltándome de mis pensamientos, y me giré para ver a Neave balanceándose peligrosamente en una escalera.

—Probablemente solo sea una bajada de azúcar —rió Neave, apartando a Ollie. Aun así, él la ayudó a bajar, y ella se acercó tambaleándose para unirse a nosotros en los troncos de árbol donde Logan y yo estábamos sentados.

Logan, con la boca llena de brownie, respondió:

—Si este es tu malvado plan para reclamar uno de mis brownies, Neave, está funcionando.

Una sonrisa genuina levantó mis labios. El disfrute de Logan de los pegajosos brownies —sus favoritos— calentó mi corazón.

Neave se sirvió una generosa porción de brownie, pero una repentina preocupación pinchó mi estómago al ver el sudor frío en sus mejillas y frente. Me acerqué para examinarla, presionando mi palma contra su frente. Cerrando los ojos, para mi horror, lo sentí: una presencia aceitosa y pegajosa que se aferraba a ella como alquitrán. El pavor retorció mis entrañas.

—Ollie, tienes que llevar a Neave a la enfermería —ordené, con urgencia en mi voz.

Antes de que Neave pudiera protestar, Ollie se adelantó, la tomó en sus brazos y corrió hacia el centro del pueblo. Agarré mi bolsa de suministros mágicos del porche de Logan, con el corazón palpitante mientras sentía a Logan siguiéndome.

El aire cambió; una niebla asfixiante parecía envolver nuestro pueblo, tragándose la luminosidad que se había atrevido a florecer. Mientras nos apresurábamos hacia la enfermería, el temor se asentó pesadamente sobre mi pecho, reflejándose en la mirada preocupada de Logan.

—Todo estará bien —murmuró, pero su voz crepitaba de incertidumbre.

—¿Cómo, Logan? —repliqué, con frustración en mi tono—. Se suponía que el jedra curaría la enfermedad. Si ha vuelto...

—Esto no es solo tu responsabilidad, Seraphina —su mirada firme llegó al corazón de mis temores: cómo la sospecha de la manada pesaba sobre mis hombros. Él lo percibía, el vínculo que compartíamos unía nuestros sentimientos. Pero, con el regreso de la enfermedad, ¿no era solo cuestión de tiempo antes de que su escrutinio volviera a recaer sobre mí?

Cuando entramos en la enfermería, mi estómago se revolvió: David ya yacía en una de las camas, con el rostro pálido y demacrado. La enfermedad estaba resurgiendo en más miembros de la manada, no solo en Neave. El jedra no era la solución a largo plazo que habíamos creído.

Logan se acercó a ver a su primo David, y mi corazón se encogió por la preocupación que sentía en el pecho.

Desempaqué mis suministros, con una energía frenética corriendo por mis venas como si no pudiera trabajar lo suficientemente rápido. Solo Kelly, una de las ayudantes de la enfermería, estaba presente.

—He llamado a la Sanadora Linda —me informó, pero había preocupación en su voz que reflejaba la mía.

Casi como si fuera invocada por nuestro miedo, la Sanadora Linda llegó. Pronto sus brazos estaban llenos de las hierbas de jedra y los restos de las pociones que habíamos destilado. Pero reconocí la mirada sombría en su rostro: ella entendía tan agudamente como yo que el jedra en el que habíamos confiado no había funcionado.

La puerta se abrió de nuevo, y Harry, el otro guerrero de Luna Plateada que se había recuperado recientemente, fue traído. Sus ojos brillaban de fiebre y estaban perdidos.

El pánico surgió en mí mientras Logan rozaba mi brazo con un gesto suave pero firme, anclándome mientras sentía el peso del mundo sobre mis hombros. Me ayudó a instalar mi estación improvisada, lavando las hierbas y desinfectando las herramientas que necesitaba para preparar más de la cura de jedra. Había aliviado los síntomas por un tiempo; eso era lo mejor que podíamos hacer por ahora.

Pero cuando me volví para mirar a Logan de nuevo, el miedo me atenazó la garganta. Un brillo nublaba su frente y parecía sudoroso. Me abalancé hacia adelante, presionando mi mano contra su frente.

Aunque sorprendido, el calor de mi toque provocó un momento de conexión. Pero debió notar mi expresión seria, sus labios se convirtieron en una línea sombría. —Lo tengo, ¿verdad?

Asentí, con el corazón dando un vuelco. La magia oscura y viscosa vibraba ominosamente dentro de él, y el miedo se retorció en mi estómago.

—Vamos a llevarte a una cama —insté, guiándolo a una cama cercana con manos gentiles, cuidando de que la preocupación no se derramara en mi voz. Pero mientras veía el tono febril cubrir los fuertes rasgos de Logan, el pánico reverberó por cada fibra de mi ser. Logan no había sido infectado antes. Eso significaba que la infección se estaba propagando de nuevo.

Pronto, hubo más ingresos, algunos miembros de la manada que habían tenido la enfermedad antes, como Monique y Ellie, mientras que otros como Susan y Craig que no habían sido infectados antes ahora estaban abatidos como Logan. Mientras las camas comenzaban a llenarse, escuché voces susurrantes en el pasillo de la enfermería. Los miembros de la manada murmuraban sobre llamar al Consejo. El temor se acumuló en mi estómago, sabía que era solo cuestión de tiempo antes de que me convocaran.

En el lapso de una hora, el Consejo de tres ancianos se había reunido. Cuando Justin apareció en la puerta de la enfermería, me preparé para lo inevitable. —Seraphina, el Consejo de Ancianos desea verte en la Cámara del Consejo —ordenó Justin.

Con el corazón palpitante, lo seguí por los pasillos, mis pasos pesados de temor. Había miembros de la manada en el pasillo de la Cámara del Consejo, muchos con expresiones duras, sus ojos siguiéndome con miedo y desconfianza. Mi ánimo se hundió, este sentimiento demasiado familiar.

Al entrar en la sala del consejo, encontré a los tres ancianos: Darius, Tom y Carl. El brillante giak que adornaba la cámara recordaba la vestimenta plateada del Anciano Darius, y supe en mis entrañas que él había sido quien me había convocado aquí.

—Estos guerreros —Neave, Harry, David— han tomado todos la poción que contiene el jedra, hecha por ti, Seraphina —declaró Darius casi tan pronto como entré, su voz fría y deliberada.

—Logan no tomó la poción de jedra —contrarrestó el Anciano Carl, su voz firme y con una sonrisa amable en su rostro mientras me miraba. Mi corazón se encogió, y estaba agradecida de que él conociera la verdad sobre el traidor entre nosotros, que Tyler le hubiera confiado.

Al pensar en Tyler, a pesar de todo lo que había pasado entre nosotros, deseé que estuviera aquí ahora.

—Pero Seraphina ha estado pasando una cantidad excesiva de tiempo con él —replicó Darius con dureza—. Ella podría haberle dado algo fácilmente.

El peso de sus palabras se sintió como un golpe, dejándome sin aliento. Mientras el shock por el resurgimiento de la enfermedad, la infección de Logan y el encontrarme atrapada en la mira una vez más me atravesaba, me pregunté, ¿estaba siempre destinada a ser el chivo expiatorio de nuestra manada?

—Debemos hacerla responsable —continuó Darius, su mirada penetrante e inquebrantable—. Por la seguridad de nuestra manada, el consejo debe hacer un ejemplo de ella.

Mientras el peso de sus palabras resonaba en la cámara, sentí como si las paredes se cerraran sobre mí, el shock me mantenía prisionera. Si me hubieran obligado, en ese momento, no creo que hubiera podido luchar para salir de la Cámara del Consejo.

Afortunadamente, por una vez, el destino me sonreía. El aire se volvió denso con un aroma que reconocí —cedro fresco y tierra— los pasos firmes e inconfundibles del Alfa Tyler resonaron detrás de mí mientras entraba en la cámara, inquebrantable y resuelto.

—¡Basta! —ordenó, su voz cortando la tensión como un rayo, todos los ojos se posaron en él, y la esperanza ardió en mí.

Capítulo Diecinueve

Tyler

El aire en la Cámara del Consejo estaba cargado de tensión, un peso palpable mientras el Anciano Darius una vez más clavaba su mirada oscura en Seraphina, culpándola de esta enfermedad. La furia corría por mis venas, pero tenía que mantenerla a raya. Nuestros compañeros de manada enfermos necesitaban más a Seraphina y a mí que Darius una reprimenda.

Me quedé de pie junto a la puerta al lado de Seraphina, con un mar de voces desconfiadas detrás de nosotros: compañeros de manada que estaban fuera de sí por la preocupación. La ira se erizaba en mí mientras las voces de la manada murmuraban detrás de nosotros, susurrando sus dudas sobre Seraphina una vez más.

Había estado de patrulla con la manada cuando Hudson me informó del resurgimiento de la enfermedad. Me apresuré a regresar tan pronto como pude, sorprendido al escuchar que Seraphina había sido llamada ante el Consejo de Ancianos.

—Seraphina no es de ninguna manera responsable de esta enfermedad —declaré con fuerza. Apreté los puños antes de soltarlos, tratando de liberar algo de la tensión en mí. Había llegado. Seraphina estaba a salvo.

—Creí haberlo dejado claro, Anciano Darius —dije entre dientes—, que no toleraría que se le faltara el respeto a Seraphina ni que se la tratara con sospecha nunca más. —Mi voz era baja y áspera, el gruñido de mi lobo retumbando a través de ella.

Había esperado tener más tiempo para investigar el suministro de hierbas en la enfermería, habiendo ya ganado acceso al dejar lo que había recolectado en los últimos días. Sin embargo, a pesar de haber examinado minuciosamente el armario de suministros e intentado sentir la magia oscura que había percibido después de que Linda me drogara, aún no había descubierto pruebas.

Pero el resurgimiento de la enfermedad significaba que las cosas habían llegado a un punto crítico. La enfermería, que debería ser de donde viniera el tratamiento, estaba dañando a la manada. La necesidad de llegar allí lo más rápido posible me invadió. Pero necesitaba a

Seraphina conmigo.

El Anciano Darius tuvo el buen juicio de parecer intimidado, su rostro palideciendo mientras mis ojos se clavaban en él, un músculo en mi mandíbula temblando.

—A la luz del regreso de la enfermedad, nosotros los ancianos pensamos que las circunstancias habían cambiado... —comenzó Darius.

—*Nada* ha cambiado —afirmé—. Seraphina tiene mi completa fe y confianza. Ella me asistirá ahora mientras examino las pociones que se están administrando a los enfermos.

La mandíbula del Anciano Darius se aflojó, pero la cerró de golpe. La duda cruzó por el rostro del Anciano Tom. Sabía por el informe de Hudson detallando quiénes estaban en la enfermería que su esposa Jackie ahora estaba enferma. El miedo por los seres queridos fácilmente nublaba el juicio de uno.

Sin embargo, con mi creciente sospecha sobre la Sanadora Linda y el repentino resurgimiento de la enfermedad, sabía que Seraphina y yo teníamos que actuar. Ahora.

El Anciano Carl habló, ofreciendo su apoyo:

—Buena suerte con su examen. —Los ojos amables del anciano estaban solemnes, y sabía que sus pensamientos probablemente estaban centrados en Linda y los suministros en la enfermería. La urgencia que me invadía por llegar al fondo de esto se reflejaba en el anciano en quien había depositado mi confianza.

—Nosotros los ancianos permaneceremos reunidos en el consejo —añadió el Anciano Tom—, hasta que nos envíen noticias de cómo están progresando las cosas.

Asentí, complacido por cómo el Anciano Tom estaba claramente siendo proactivo y vigilando al Anciano Darius con este nuevo desarrollo del resurgimiento de la enfermedad y nuestras sospechas centradas en la Sanadora Linda y, por extensión, su padre, Darius.

Con la aprobación reticente de Darius y Tom, Seraphina y yo dejamos la Cámara del Consejo.

Mientras Seraphina igualaba mis pasos rápidos a través del camino cubierto de nieve, el silencio era tenso. No habíamos estado solos durante días. Ella se había estado haciendo escasa, saliendo al amanecer y regresando tarde desde la noche atroz en que me había comportado: la noche en que Linda me había drogado con esa poción de calor. Esa vergüenza familiar anudó mi estómago

al pensar en cómo me había comportado. La preocupación de que ella nunca me perdonara por haberme forzado sobre ella me carcomía.

Con el ritmo que estaba marcando hacia la enfermería, sentía como si estuviera tratando de dejar atrás tales pensamientos. Había escuchado de Hudson que los primeros en sufrir recaídas habían sido aquellos recientemente recuperados: los que habían tomado la poción de jedra que Seraphina había preparado. Pero había otros que no habían estado enfermos y que habían caído con la enfermedad. Mi pecho se apretó: Logan estaba entre ellos.

Mi mirada se deslizó sobre el perfil de Seraphina mientras me preocupaba por cómo lo estaba llevando. Su piel clara era luminosa en el atardecer que caía, sus ojos brillantes y su mandíbula fija con determinación. Mi pecho se apretó. Debe estar preocupada por su compañero destinado y ansiosa por encontrar una cura.

—He examinado todas las hierbas en el armario de suministros —le informé—. Pero no he podido sentir la magia oscura en ninguna de ellas.

Por un momento, frunció el ceño, luego dijo:

—Tal vez quien haya corrompido las existencias haya usado magia para ocultarlo. —Una sonrisa se dibujó en sus labios—. Menos mal que mi magia está de vuelta a plena capacidad.

Mi corazón martilleaba en mi pecho, esa sonrisa fácil en sus labios incluso en medio de estos tiempos oscuros, pareciendo tan maravillosa como el pozo de magia que poseía. A pesar del resurgimiento de la enfermedad, un escalofrío me recorrió mientras disfrutaba de la cercanía de Seraphina. La forma en que me sentía conectado con ella de repente, el propósito de la investigación que teníamos por delante, nos unía de una manera que había extrañado con todo mi corazón.

Al entrar en la enfermería, inmediatamente ordené:

—No se administrarán más tónicos de jedra. No hasta que Seraphina y yo hayamos realizado una investigación de las existencias aquí. No se nos debe molestar.

Mi instrucción tajante hizo que la Sanadora Linda palideciera, pero asintió bruscamente, intimidada al igual que su padre lo había estado. Mi mirada se deslizó sobre ella. Me pregunté si esta reacción era una muestra de culpabilidad.

—Recoge las pociones de jedra, Tyler —me indicó Seraphina con tono decidido. Intenté ignorar la oleada de felicidad que sentí de nuevo al escuchar la facilidad con la que mi nombre salía de sus labios. Con cualquier otra persona, me habría molestado la falta de respeto hacia mí como Alfa, pero con Seraphina no me importaba. De hecho, me sentí aliviado de que estuviera lo suficientemente cómoda como para ser tan familiar; era una señal del regreso a esa forma sencilla de estar juntos que tanto apreciaba. Cuánto había extrañado eso esta última semana, privado de ella una vez más. Rápidamente recogí los tónicos de Linda y Kelly.

En un instante, Seraphina había recogido su bolsa de la cabecera de Logan. Se me encogió el pecho al verla presionar el dorso de su mano contra su frente, con preocupación grabada en su rostro. La imagen me revolvió el estómago, un recordatorio de lo cerca que estuve de perderla. Me obligué a salir hacia el armario de suministros.

Al entrar en el espacio, los aromas familiares del picante kulvitch y los suaves palliks me envolvieron, transportándome instantáneamente a nuestro último encuentro aquí. El aire había estado cargado de deseos no expresados, una tensión que nos había acercado tanto que aún podía sentir el fantasma de su calor contra mí. Ese agridulce recuerdo persistía como un dolor en mi pecho, un recordatorio de lo que anhelaba pero no podía poseer.

Me esforcé por mantener mis emociones bajo control cuando Seraphina se unió a mí. Las enormes estanterías metálicas cubrían las paredes de piedra. Ella comenzó a despejar una de las estanterías, creando un espacio de trabajo, mientras yo reunía las bolsas de jedra, la cosecha de los ayudantes de la enfermería y los guerreros de Luna Plateada. Todo lo cual, como le había dicho a Seraphina, había examinado en busca de cualquier signo de magia oscura.

Pero entonces, no había tenido conmigo a esta feroz y determinada bruja. Mi mirada se deslizó por el ángulo de sus mejillas, sus ojos verdes, que bajo la tenue luz de la única bombilla colgada en el centro del armario, parecían más oscuros como el musgo en el bosque, llenos de secretos ancestrales. Siempre había sido sabia más allá de sus años.

Una vez más, a pesar de la apremiante seguridad de nuestra manada, el perfume de la piel de miel de Seraphina me hizo disfrutar de la sensación de cercanía que había tenido la suerte de que se me concediera.

—Voy a examinar las pociones en busca de hechizos de ocultamiento, primero —dijo, sacándome de mis pensamientos distraídos mientras vertía un poco de líquido de cada tónico en vasos de precipitados separados.

—*Iri punaruk* —entonó, sosteniendo sus manos sobre el primer frasco.

Contuve la respiración, luego inhalé bruscamente cuando el líquido comenzó a separarse. Como aceite flotando sobre agua, un residuo se coaguló en la superficie de la poción.

—Mira —susurró—. ¿Sientes la magia oscura ahora?

Los pelos de mis brazos se erizaron cuando la sensación viscosa de la magia oscura me recorrió. —Sí, la siento. —Algo picante perfumaba el aire también—. ¿Qué es ese olor picante? —pregunté.

—Kiva, es una hierba que crece en la Manada Luna Sombría, particularmente buena para el ocultamiento ya que la cosechan bajo la luna oscura de Igaluk. Quien haya ocultado la magia, ha cementado el hechizo de ocultamiento con un espolvoreado de la hierba. Por eso no pudiste sentir la magia oscura cuando revisaste las hierbas.

La ira brotó en mí cuando el aroma picante me trajo a la mente el olor exacto que tenía la bebida que Linda me había dado.

Seraphina examinó el siguiente vaso de líquido, sin que la determinación en su mandíbula vacilara mientras pronunciaba el encantamiento, resultando en el mismo residuo oscuro coagulado en cada uno de los vasos.

Luego dirigió su atención a las hierbas en las bolsas, aplicando la misma magia.

Parpadeé asombrado cuando el polvo negro entre las hierbas se hizo visible. La bilis subió por mi garganta al tener finalmente la confirmación de que los mismos remedios destinados a curar habían sido el medio por el cual se había perjudicado a la manada. La furia ardía en mí mientras miraba esos pequeños montones de fina negrura alineados como pólvora lista para ser cargada.

—¿Puedes limpiar las hierbas o todos nuestros suministros están arruinados? —pregunté, preocupado por los enfermos en la enfermería.

—Puedo limpiarlas —dijo Seraphina con confianza. Unos cuantos encantamientos más y las hierbas quedaron limpiadas de forma segura. Fue un paso más allá y pudo separar las pociones de jedra ya destiladas de la magia oscura corrupta. Me maravillé cuando el residuo aceitoso en la superficie se decantó en vasos separados, dejando los tónicos como los curativos que debían ser.

No perdimos el tiempo y llevamos las pociones a la enfermería, distribuyéndolas a Kelly y Linda

para que las administraran. Me obligué a tratar a Linda con normalidad.

Los miembros enfermos de la manada tenían fiebre, pero todos pudieron tomar la poción. Observé con asombro cómo gradualmente comenzaron a recuperarse durante la siguiente hora. Las mejillas pálidas de Logan adquirieron un toque de color y pudo sentarse.

Parpadeando incrédulo ante el cambio en todos los miembros de la manada, el alivio inundó mis venas y mi corazón se aceleró de gratitud y orgullo por todo el talento y habilidad de Seraphina.

Sin embargo, con la prueba de que alguien había infectado las hierbas, le anuncié a la Sanadora Linda: —Voy a confiscar todos los juegos de llaves de la enfermería mientras investigo quién ha infectado las hierbas. —Me aseguré de ordenar a Justin que fuera a buscar las llaves de los ancianos de los tres también.

Linda estaba tan pálida como antes, pero administró los curativos con calma y eficiencia, entregando sus llaves sin quejarse.

Tardíamente, me di cuenta de que ahora que Seraphina había tratado con éxito a los miembros de la manada una vez más, el fugaz tiempo que habíamos tenido juntos había terminado.

Pero ella me miró y se acercó a la puerta de la enfermería. —Deberíamos embolsar las cosas del armario, ¿no?

La forma en que sostuvo mi mirada hizo que mi corazón latiera violentamente. Por un momento, el alegre pensamiento de que ella también deseaba tiempo a solas conmigo me provocó un escalofrío.

—Sí —logré decir. La oportunidad de estar cerca de ella de nuevo, de reparar algo del daño que le había causado últimamente, era una oportunidad demasiado buena para dejarla pasar.

En un momento, estábamos de vuelta en el armario de suministros. Ella encontró algunas bolsas de plástico y comenzó a meter en ellas las pruebas del polvo negro, así como a embotellar la magia oscura en su forma líquida.

Utilizó su magia para levitar las sustancias y, una vez más, me quedé maravillado por su habilidad y eficiencia. No me necesitaba aquí para realizar esta tarea. Ese pensamiento hizo que la esperanza retumbara en mi pecho. Me había pedido que entrara de todos modos. El aire vibraba entre nosotros, la expectación flotaba como susurros.

Cuando Seraphina guardó el último polvo, nuestras miradas se encontraron. Se me cortó la respiración. En ese momento, ya no pude contener el impulso. Me acerqué, con el corazón acelerado mientras confesaba:

—Necesito decirte algo sobre esta magia oscura. Este polvo me recuerda a lo que Linda usó para drogarme la otra noche.

Seraphina frunció el ceño.

—¿Linda te drogó?

Asentí, manteniendo su mirada.

—La otra noche, justo antes de que tú y yo estuviéramos juntos. Cuando regresé de verla, estaba bajo la influencia de una poción de calor que había deslizado en mi bebida. Reconocí ese aroma a chile...

—El kiva —interrumpió—. Ocultó una poción de calor en tu bebida —dijo, con la mandíbula floja, luciendo atónita.

Asentí, mi expresión nublada, pero alejé la oscuridad. Necesitaba contarle todo.

—Era por *eso* por lo que me disculpé, la mañana que desperté a tu lado. Lamentaba que la poción de calor hubiera provocado mi deseo...

—Así que no fue real —soltó de repente. El calor subió a sus mejillas y su hermosa mirada color musgo se desvió.

—Fue real —pronuncié, con el corazón latiendo fuerte—. Todo lo que siento por ti es real —juré, deseando con cada fibra de mi ser que su mirada volviera a mí.

Cuando obtuve mi deseo, junto con el brillo en sus ojos (¿era esperanza con lo que me miraba?), no deseaba nada más que mantener su mirada en mí.

—Pensé que... te arrepentías de que hubiera pasado —dijo tentativamente.

—Solo lamentaba cómo había sucedido, te deseaba con todo mi corazón —le aseguré, mis ojos ardiendo con el único deseo de mostrarle cuánto la quería.

Vi cómo sus labios se entreabrían ligeramente, formando una perfecta "o". Di un paso tentativo más cerca, el tiempo se suspendió mientras una vez más me deslizaba en su órbita. Inhalé su perfume a miel y sentí que algo se asentaba en mi pecho.

Toqué su brazo. Llevaba un par de gruesos overoles azul marino, pero incluso mi palma en la parte superior de su brazo envió una descarga de conexión a través de mí. Mi palma se deslizó hacia arriba, deseando más contacto, pero le di tiempo suficiente para alejarse o decirme que me detuviera. Pero no lo hizo. Parecía estar escudriñando mi mirada tanto como yo la suya. Cuando mi mano rozó su cuello, acunando su mejilla, ella se inclinó hacia mi toque, un suspiro escapando de su boca.

El sonido hizo que mi corazón latiera con fuerza, el deseo corriendo por mis venas, y mi vacilación se disolvió. Mis labios se inclinaron hacia los suyos, rozándolos con un toque suave como una pluma. *¿Está bien esto?*, preguntó mi beso. El roce de sus propios labios carnosos me respondió, el pequeño gemido que hizo me dijo que esto estaba bien, que... era más que bien.

Profundicé nuestro beso, *Te deseo*, le dije mientras mi lengua encontraba la suya. Sus dedos encontraron la parte posterior de mi cuello, rozando la parte trasera de mi cabeza, su beso cada vez más profundo parecía decirme que me necesitaba. Me perdí en su calor, en la sensación de sus manos sobre mí, deleitándome en que esto hubiera surgido a través de mi verdad, no por nada externo. Esto era lo que había anhelado: una conexión que no tenía nada que ver con nadie más, y todo que ver con la confianza y la necesidad que pulsaba entre nosotros.

Pero entonces la frágil magia se hizo añicos como el cristal. El sonido agudo de pasos resonó por el espacio, atravesando nuestro momento de intimidad. Apenas registré la puerta del armario abriéndose de golpe antes de sentir que Seraphina se alejaba, el calor de su presencia retrocediendo mientras la realidad volvía a irrumpir.

Capítulo Veinte

Seraphina

Mi corazón se hundió como una piedra cuando Logan empujó la puerta, su alta figura se alzaba en el umbral, cortando el calor que nos había envuelto a Tyler y a mí. La confusión parpadeó en sus rasgos, transformándose rápidamente en algo más pesado —dolor— como una nube de tormenta oscureciendo el cielo.

Oh, diosa, ¿qué estaba haciendo?

El pánico me invadió y me aparté bruscamente de Tyler, de repente dolorosamente consciente de lo mal que había elegido el momento para acercarme a él. El calor entre nosotros chisporroteó como una llama atrapada en la brisa, dejando un vacío frío a su paso. Sin embargo, mi corazón aún latía aceleradamente, un tambor salvaje resonando en mis oídos mientras el calor embriagador que Tyler había encendido dentro de mí se negaba a desvanecerse por completo.

Apartándome, me concentré en los estantes abarrotados de bolsas de evidencia, necesitando escapar del peso de sus miradas. Tomé las carpetas de plástico, buscando algo a lo que aferrarme.

—Toda la evidencia está embolsada —dije, forzando determinación en mi voz en medio de la tormenta de emociones que se agitaba dentro de mí.

—Justin ha vuelto de ver a los ancianos. Aquí están los tres juegos de llaves —dijo Logan, entregándoselas a Tyler, con un tono cortante.

Me arriesgué a mirar a Logan. Su ceño estaba fruncido. Sus ojos marrones oscuros chispeaban con dureza. Necesitábamos salir de este armario. Era demasiado consciente por la opresión del vínculo de pareja en mi pecho que el latido de dolor allí pronto podría convertirse en ira. Lo último que necesitábamos ahora era empezar a pelear entre nosotros; no cuando el verdadero enemigo que había envenenado las hierbas con magia oscura y contaminado la cura todavía estaba allí fuera.

Abordé el tema con ambos ahora. —¿Cómo vamos a probar que Linda es la responsable de todo esto?

—Necesitamos interrogar a los ayudantes de la enfermería —dijo Tyler con decisión.

Afortunadamente, Logan salió del armario, siguiendo la orden de Tyler.

Lo seguí, aliviada de estar fuera del espacio confinado, a pesar de lo que nos esperaba.

Kelly todavía estaba de guardia monitoreando a los miembros de la manada, junto con la Sanadora Linda.

La noche había caído hace tiempo, y la enfermería estaba tenuemente iluminada, la luz de las lámparas proyectaba largas sombras sobre las paredes blancas. El aroma de la manzanilla y la jedra se entremezclaban, creando una atmósfera calmante que contrastaba fuertemente con la agitación que hervía dentro de mí.

Noté la presencia táctica de Tyler mientras instruía hábilmente a la Sanadora Linda, su voz baja pero autoritaria. —Los pacientes están bien. La jedra está resultando efectiva. Puedes irte a casa por esta noche, Linda.

—Pero, ¿no debería...?

—Seraphina es más que capaz de supervisar el tratamiento aquí junto con Kelly —insistió Tyler.

Sus palabras, llenas de fe y confianza, enviaron el mismo aleteo de calidez a través de mi pecho que sus labios habían provocado.

Su explicación sobre cómo no se había arrepentido de lo que había sucedido entre nosotros, solo de cómo había ocurrido —a través de la drogación de Linda con una poción de celo— había sido una revelación. Pensar que la Sanadora Linda, que ahora salía por la puerta, libre, había drogado a Tyler era asombroso. Mi estómago se contrajo. ¿Era ella realmente la que estaba propagando esta enfermedad a través de nuestra manada? ¿Se había amargado tanto Linda por la decisión de Tyler de cancelar su ceremonia de apareamiento que se rebajaría a dañar a toda la manada por venganza? La náusea surgió dentro de mí al darme cuenta de que nos estábamos acercando a descubrir la verdad detrás de las raíces de esta enfermedad.

Ahora que Linda se había ido, Tyler estaba directamente al teléfono. Lo escuché decirle a la otra ayudante de enfermería, Laura, que viniera a su casa. Una chispa de inspiración me llegó. La enfermería tenía un registro de pacientes, detallando cuándo y quién había visto a los pacientes. Sentándome en el escritorio, escaneé la pulcra caligrafía de los visitantes durante la última

semana, buscando cualquier correlación que pudiera arrojar luz sobre cómo se había añadido el polvo negro a las hierbas.

El propósito floreció, cubriendo el torbellino de emociones que había amenazado con abrumarme antes. Sentí una sensación de familiaridad mientras escudriñaba los registros en el libro, sintiéndome como si casi pudiera estar en la biblioteca, peinando textos en busca de respuestas.

—Aquí —dije, con mi dedo suspendido sobre un nombre—. Varios de estos pacientes que fueron recién infectados —Jackie y Susan entraron en contacto con ambas ayudantes, Kelly y Lauren, justo antes de que se prepararan las pociones.

Tyler se inclinó, su aliento cálido contra mi mejilla mientras miraba por encima de mi hombro. —El Anciano Darius aprobó sus colocaciones en la enfermería. Probablemente solo han estado siguiendo las órdenes de Linda, pero necesitamos estar seguros.

Después de establecer a Justin para vigilar a los miembros de la manada, diciéndole que viniera a casa de Tyler si aparecía la Sanadora Linda o alguien más, Tyler, Logan y yo nos dirigimos hacia la casa de Tyler.

Pero Logan se detuvo. —¿Alfa Tyler?

Él me hizo un gesto para que siguiera adelante, caminé con Kelly, mi corazón latiendo nerviosamente. Logan no iba a distraerse con cosas entre nosotros, ¿verdad? Una parte de mí entendía que quisiera desenredar el lío enmarañado que habíamos tejido inadvertidamente, pero la frustración resonó en mí. Necesitábamos concentrarnos en descubrir al traidor.

Pero quedé totalmente perpleja cuando Logan salió corriendo un momento después en dirección opuesta a la casa de Tyler. Abrí la boca para preguntarle a Tyler, pero él negó con la cabeza mientras se unía a Kelly y a mí.

Diez minutos después, de vuelta en casa de Tyler, Laura ya estaba esperando en la puerta trasera. Con calma, pero con gravedad, Tyler interrogó a las dos ayudantes. Ambas afirmaron que Linda había procesado las hierbas ella misma antes de entregárselas para administrar el tratamiento.

La confirmación encendió una chispa de ira en los ojos de Tyler. —Gracias a las dos. Quiero que vayas directamente a casa Laura, y Kelly vuelve a la enfermería. Justin estará de guardia toda la noche. Asegúrense de que ninguna de las dos diga nada sobre nuestra conversación aquí —dijo.

Cuando la puerta trasera se cerró con un clic y las ayudantes de la enfermería se fueron, el silencio cayó a nuestro alrededor. De repente fui muy consciente de que esta era la primera vez que Tyler y yo estábamos en la cocina desde... Desde que yo había estado tendida como un festín sobre esta misma mesa entre nosotros. Mi corazón latía con fuerza, preguntándome si sus pensamientos habrían ido a un lugar similar.

Luchando por aclarar mis pensamientos, me levanté para tomar un vaso de agua. —¿Adónde fue Logan?

—Se le ocurrió una idea para obtener pruebas concretas —dijo Tyler.

Como si le hubieran ardido las orejas, Logan regresó. No venía solo, Tara lo acompañaba con una laptop que rápidamente abrió y colocó sobre la mesa.

—¿Está instalado? —preguntó Tyler.

—Sí —respondieron Logan y Tara al unísono.

Fruncí el ceño, mirando a los tres.

Tyler sacó su móvil y escribió un mensaje. Asintió. —He disuelto el Consejo.

Tara estaba abriendo algo en la laptop, presionó unos botones y luego dijo: —Todo listo. Ahora, a esperar.

—¿Esperar qué? —pregunté, cada vez más confundida.

—Plantamos un dispositivo de grabación en la casa de Darius.

Me quedé boquiabierta.

—Necesitamos saber si tanto el Anciano Darius como la Sanadora Linda están orquestando esto —explicó Logan—. Así que instalamos un micrófono en su casa.

Me quedé boquiabierta. De repente, el silencio se volvió tenso, y nuestra anticipación crecía con cada momento mientras esperábamos. Cada vez que la vieja casa crujía a nuestro alrededor, uno de nosotros se sobresaltaba.

Por suerte, no pasó mucho tiempo antes de que un golpe resonara en los altavoces de la laptop.

Una puerta se cerró en la grabación metálica.

No pasaron ni cinco minutos cuando se escuchó un golpe. Pasos. El crujido de una silla o un sofá. Más pasos, ¿alguien caminando?

—Así que todos los miembros de la manada se están recuperando. ¿Cómo puede ser? —La voz afilada de Darius salió de los altavoces.

Sentados alrededor de la mesa, los cuatro parecíamos contener la respiración.

—Seraphina descubrió nuestro hechizo de ocultación —dijo Linda en voz baja. Todos nos inclinamos hacia adelante—. Purificó las pociones.

—¿Tenemos más veneno? —preguntó Darius.

—No, usé lo último en este último lote —respondió Linda.

—¿Así que estamos de vuelta en el punto de partida, otra vez? —exclamó Darius, con evidente exasperación en su voz que crepitaba, aumentando en volumen a través de los altavoces—. Tendré que contactar a la Manada Luna Negra para conseguir más venenos de nuevo.

—Maldición —suspiró Tara a mi lado.

Mi corazón latía con fuerza. Era la confirmación de que Darius y Linda habían estado trabajando con las Lunas Negras y su bruja oscura para crear esta enfermedad y debilitar a nuestra manada. La conmoción se propagó por nuestro grupo. Tanto Tyler como Logan, frente a mí, parecían furiosos, sus expresiones pétreas reflejaban la sensación de conmoción e ira que resonaba en mí.

—Si tan solo hubieras logrado tener a Tyler comiendo de tu mano, las cosas serían mucho más fáciles —se quejó Darius.

Tragué el nudo en mi garganta mientras observaba cómo la expresión de Tyler se oscurecía, sus nudillos se volvían blancos sobre la mesa mientras sus manos se cerraban en puños.

—Lo habría logrado manejarlo si no fuera por Seraphina —dijo Linda exasperada.

—Tienes razón —dijo Darius, un suspiro cansado siguiendo sus palabras—. Si no hubiera sido por ella, ya estarías *casada* con Tyler y yo ya sería el Alfa.

La confusión me invadió mientras trataba de entender cómo Darius podía haber creído que se convertiría en Alfa simplemente haciendo que su hija se casara con Tyler. Tenía que haber más en los planes del anciano, pero la realización de que la traición de Linda y Darius se remontaba a dos años atrás era asombrosa. Tyler había cancelado la ceremonia de emparejamiento con Linda debido a sus sentimientos por mí. La ira ardía en mis venas. Linda solo había estado al lado de Tyler, el hombre que yo había amado, porque su padre quería apoderarse del poder.

A medida que continuaban hablando, mi corazón se aceleraba, cada palabra confirmaba su engaño. Mi pecho se apretó cuando Darius exclamó: —Sabía que el regreso de esa chica sería un problema. Es tan entrometida como sus padres. El día que me libre de ella en esta manada será tan grandioso como el día en que maté a esos dos.

—¿Mató? —susurré, mi mirada encontrando la de Tyler. Su brillante mirada azul me sostuvo con ternura mientras me daba cuenta, justo como el rostro oscurecido de Tyler me decía que estaba uniendo las piezas, de que Darius había asesinado brutalmente a mis padres. Así como había orquestado su supuesta traición, había hecho que su asesinato pareciera un suicidio.

Mi garganta se contrajo de rabia mientras la verdad se desplegaba ante mí.

—Las Lunas Negras van a romper nuestro acuerdo si seguimos siendo incapaces de entregarles a Tyler —dijo Linda.

—No pueden romperlo —dijo Darius—. Torin juró un Juramento de Sangre de que yo sería el Alfa de la Manada Luna Plateada una vez que los recursos de los Luna Plateada estuvieran en sus manos. El Alfa Marcus reafirmó el Juramento de Sangre cuando asumió el liderazgo de la manada. Además, con la nueva mina que descubrió el Anciano Tom, el apetito de Torin por nuestro territorio solo se ha intensificado recientemente. El Alfa Marcus sabe que el territorio de nuestra manada vale la espera.

Así que esta era la verdad: se había negociado un Juramento de Sangre entre la Manada Luna Negra y el Anciano Darius. El Alfa de la Luna Negra planeaba otorgar a Darius un Alfato sobre nuestra manada a cambio de nuestros preciosos recursos.

Darius había hecho que las Lunas Negras invadieran nuestra manada, para masacrarlos, con el objetivo de matar a Tyler y tomar el control de la manada. Sin embargo, Tyler había liderado la manada y derrotado a las Lunas Negras. Posteriormente, Darius había intentado usar a su hija a través del matrimonio para ganar influencia y control.

Tyler dijo: —Darius es un tonto si cree que el líder de la Luna Negra alguna vez compartirá el poder.

Asentí. —Sin duda, la bruja de la Luna Negra encontraría una manera de eludir el Juramento de Sangre —dije.

La mirada azul de Tyler, oscurecida por la furia, ahora se aclaró con determinación.

—Siléncialo, Tara —ordenó.

En un momento, Tyler tenía su teléfono presionado contra su oreja. —Linda —saludó, haciendo que todos contuviéramos la respiración—. Necesito que vengas a la enfermería. La condición de algunos miembros de la manada ha empeorado. Gracias. Nos vemos pronto. Ah, si pudieras pasar por lo de tu padre, voy a convocar al Consejo de nuevo también. —Terminó la llamada.

Tara dejó escapar un resoplido. —Vaya cara de póker, maldito Alfa Tyler.

Tyler le dio una sonrisa que era más bien una mueca. —Ve a reunir a la manada, Logan —ordenó—. Diles que se dirijan al ring de combate.

De repente, todos nos dirigíamos en esa dirección, listos para emboscar a los traidores antes de que llegaran a la enfermería. Habíamos alcanzado el círculo de combate y, al ver las antorchas de estacas de madera en la tierra cubierta de nieve, murmuré: —*Kaumanik*.

Las antorchas cobraron vida, iluminando repentinamente a la manada que ya se estaba reuniendo. Casi toda la manada se había congregado aquí, unos cuarenta miembros fuertes, de pie alrededor del círculo, sus rostros tensos por la anticipación. Logan volvió corriendo desde los bordes del círculo para unirse a nosotros en el centro del ring de combate.

—Esta noche —comenzó Tyler, con voz firme, un timbre profundo que exigía atención—. Estamos aquí para abordar los horrores que han afligido a nuestra manada. Hemos reunido evidencia que revela la verdad detrás de la oscuridad que ha envenenado nuestra tierra y a nuestros seres queridos.

Los susurros se extendieron por la multitud como un incendio, la tensión se intensificó cuando Tara dio un paso adelante, aferrando el dispositivo de grabación. Mi corazón latía con fuerza en mi pecho, el peso del momento cayendo sobre mí mientras me paraba junto a Tyler y Tara.

La mirada azul de Tyler me sostuvo y asintió, con una mano tranquilizadora en mi espalda.

—Darius y Linda han conspirado contra nosotros —declaré, mi voz elevándose mientras sentía que la enormidad del momento se asentaba en mí—. ¡Han estado trabajando en complicidad con la Manada de la Luna Negra, intercambiando nuestras vidas por poder y recursos!

Los jadeos resonaron alrededor del espacio fuera de la enfermería.

—Tara, muéstrales —dijo Tyler—. Muéstrales.

Cuando Tara activó la grabación en su teléfono, la manada quedó en silencio, la anticipación flotando en el aire como una cuerda de arco tensada.

Ondas de choque recorrieron la multitud, la incredulidad rápidamente se transformó en furia. La tensión se intensificó cuando los miembros se llenaron de ira, sus voces elevándose en disgusto y horror.

Tyler permaneció resuelto a mi lado, y pude ver el rostro del Anciano Tom, con la ira profundamente grabada en él.

Tyler continuó, aprovechando la oleada de indignación que nos rodeaba. —Han envenenado a nuestra manada, han abusado de nuestra confianza y han buscado tomar nuestros recursos para su propia codicia.

Su declaración estuvo brillantemente sincronizada ya que, en ese preciso momento, Darius y Linda, con expresiones retorcidas de sorpresa, se desviaron hacia las afueras del círculo de combate y nuestra asamblea reunida.

—¡Su alianza con la Manada de la Luna Negra ha sido expuesta! —gritó Tyler—. ¡La manada los ve por lo que realmente son, cambiantes sin lealtad que merecen ser ejecutados por las vidas que han tomado!

El shock se reflejó en Linda mientras permanecía al borde del círculo. Pero Darius fue rápido en expresar su desprecio: —Son unos tontos si creen que son capaces de enfrentarse a la Manada de la Luna Negra. Los aplastaremos a todos.

Mi corazón se aceleró mientras me paraba hombro con hombro junto a Tyler, Logan y Tara, nuestra determinación endureciéndose como una fuerza colectiva contra la oscuridad que se acercaba, mientras la ira de la manada a nuestro alrededor estallaba en gritos, algunos miembros incluso cambiando de forma y avanzando con aullidos indignados.

El Anciano Darius y Linda también cambiaron de forma, dieron media vuelta y huyeron en la noche. Sus aullidos fueron respondidos por otros distantes que me helaron la sangre. Había Lunas Negras en la distancia. Linda y Darius habían ido a reunir a sus aliados, que no estaban lejos.

—Déjenlos ir —gritó Tyler a Justin y Hudson, que los perseguían.

—Pronto nos enfrentaremos a ellos en batalla —declaró Tyler, su voz un feroz grito de guerra que reverberó a través del tenso círculo de la manada—. ¡Guerreros, prepárense! ¡No nos quedaremos de brazos cruzados mientras se llevan lo que es nuestro!

Capítulo Veintiuno

Seraphina

En un torbellino de acción, Tyler y yo preparamos a la manada para la batalla. Tyler ladraba órdenes urgentes a los guerreros de Luna Plateada, que se apresuraban a organizar a los miembros menos hábiles de la manada en formación, designando a diferentes guerreros para liderarlos. Los ancianos y los jóvenes corrían hacia la enfermería, una isla de seguridad en medio de la tormenta que se avecinaba afuera.

Preparé mis suministros mágicos, con el corazón latiendo al compás del ajetreo caótico a mi alrededor. Bajo las antorchas parpadeantes, dibujé una enorme runa de pentágono de protección sobre el ring de combate, creando una barrera brillante, una zona segura, muy parecida al círculo que había conjurado en la ladera de la montaña para proteger a Logan y Tyler. Pero mientras trazaba cuidadosamente las líneas finales del símbolo, Logan rondaba cerca. Una oleada de incomodidad recorrió mi pecho.

Tanto él como Tyler estaban organizando las unidades de lobos que liderarían. Pero con la unidad de Logan organizada, se estaba distrayendo. Sentí el tirón del vínculo de pareja en mi pecho mientras él se giraba constantemente para observarme.

—¿Logan? —pregunté—. ¿Recuerdas las piedras tagiu en la Cámara del Consejo?

—¿Las de color azul ceniza? —respondió.

—Exactamente. ¿Puedes extraer todas las que puedas?

—Voy a ello —en un momento, se había ido.

Estaba a punto de ir yo misma a buscar los preciosos minerales para reforzar el círculo protector. Pero Logan necesitaba reenfocar sus pensamientos en la batalla que se avecinaba. No podíamos permitirnos distraernos, tener nuestra atención dividida.

Pero entonces mi mirada encontró a Tyler entre las filas de los lobos transformados, el retumbar de su voz resonando en el aire, firme y tranquilizadora, tan sólida como las fuertes líneas de su cuerpo. Aún no se había transformado en su forma de lobo, pero su cuerpo musculoso en medio

del mar de pelaje plateado lucía tan magnífico como su poderoso lobo plateado.

Justo entonces, sus ojos encontraron los míos, y se sintió como si la tormenta en ellos fuera toda para mí. Como si estuviéramos de vuelta en el armario de suministros, sus labios sobre los míos, su beso diciéndome que me deseaba, y el feroz destello en sus ojos parecía decirme que aún sentía el calor acumulándose entre nosotros.

Cuando Logan volvió a entrar en el ring de combate, con los brazos cargados de piedras tagiu, sacudí la cabeza, sintiéndome como la mayor hipócrita mientras intentaba aclarar mi atención.

—Entierra las tagiu en cada punto del pentágono —instruí a Logan—. Reforzará la magia protectora.

Los aullidos en el norte se hicieron más claros: las Lunas Negras se acercaban cada vez más. La anticipación vibraba a través de mí, consciente de que la bruja que había usado magia de sangre para incriminar a mis padres estaba a punto de emerger de las sombras.

Demasiado pronto, el silencio se asentó sobre nuestra manada como una espesa niebla. Todos, excepto yo, se habían transformado en sus formas de lobo. Permanecí en el centro del ring de combate, sintiendo mi magia surgir a mi alrededor, envolviéndome como una cálida brisa de verano.

Las formas comenzaron a deslizarse desde la noche cuando las primeras oleadas de lobos Luna Negra emergieron de la línea de árboles, sus formas de pelaje color obsidiana acechando hacia adelante. El aire se espesó, cargado de malicia mientras sus siluetas danzaban ominosamente a la luz parpadeante de las antorchas.

La imponente figura del Alfa Marcus emergió. Su pecho musculoso se expandió mientras tomaba una profunda respiración y los intrincados tatuajes que se enroscaban en sus brazos parecían ondular como serpientes. Cada músculo se tensó mientras organizaba a su manada con una presencia imponente. En su agarre, empuñaba el medallón de nuestro último encuentro, su aura oscura pulsando ominosamente y enviando escalofríos por mi columna.

Pero no lo mantuvo por mucho tiempo. Lo extendió hacia otra figura que emergía de las sombras: Elvira, la bruja oscura de las Lunas Negras. Gélidos zarcillos de terror se enroscaron alrededor de mi corazón mientras sentía que el poder se intensificaba al ser transferido a sus manos.

Las dos figuras avanzaron a través de la tierra hacia nosotros, su manada de Lunas Negras acechando de cerca detrás de ellos. El Alfa Marcus dio un paso adelante, su voz llevándose a través de la noche con cruel diversión.

—Tyler —llamó, con una sonrisa burlona en su rostro—. Durante demasiado tiempo he tenido mi mirada puesta en tus preciosas tierras de Luna Plateada. Esta noche, las tomaré.

La mandíbula de Tyler se tensó, su mirada inquebrantable mientras miraba fijamente a Marcus. —Te hemos echado de nuestras tierras antes, Marcus, ¡lo haremos de nuevo!

Marcus rió, el sonido era escalofriante. —Creo que el poderío de tu manada estos días es tan agudo como tu sentido del olfato —se burló, mirando de reojo a las filas de lobos detrás de él—. ¿Cuánto tiempo pasó antes de que descubrieras a los míos entre ustedes? —Su voz goteaba burla mientras señalaba a los dos lobos plateados dentro de las filas de Luna Negra, los ojos de Darius y Linda brillando con traición.

Tyler gruñó bajo en su garganta, la furia destellando en sus ojos. —¡Su engaño no quedará impune!

Con un resoplido, Marcus dio un paso adelante, el aura oscura del medallón pulsando con energía en respuesta a su movimiento. —No, esta noche, voy a quitarte todo: tu manada, tus tierras, e incluso tu preciosa brujita. —Lanzó una mirada en mi dirección, una sonrisa malvada jugando en sus labios.

Mi corazón se aceleró, la ferocidad burbujeando dentro de mí mientras me preparaba para la pelea, ya sintiendo la oscuridad invasora de Elvira irradiando junto al Alfa de Luna Negra.

Un gruñido bajo, lleno de furia y resolución, sonó de Tyler. —Esta noche, voy a despedazarte.

Con esas palabras, los músculos de Tyler ondularon y el pelaje plateado brotó mientras se transformaba sin esfuerzo en su poderosa forma de lobo. El aire vibró con poder mientras sus ojos brillaban, el feroz espíritu del Alfa encarnado en su majestuosa forma. Con un rugido que atravesó la noche, soltó el aullido de batalla, un sonido que resonó a través de los árboles.

En ese mismo momento, Marcus lo siguió. Él también se transformó, pero su forma se convirtió en un lobo negro masivo, elegante y poderoso. Desató un aullido, profundo y resonante, un desafío que reverberó a través del mismo suelo bajo nosotros.

Los dos Alfas se mantuvieron en posición, sus formas exudando fuerza y autoridad, aullando por dominancia, haciendo que el aire se electrificara con la promesa de un conflicto inminente.

De repente, los aullidos y gruñidos de batalla estallaron como una explosión a mi alrededor. Mi corazón se aceleró, cada latido gritando lo que estaba en juego: nuestras vidas, nuestra manada y todos los que amaba.

Elvira levantó sus brazos, y con una invocación que cortó el aire nocturno. —*¡Unnuak atuutluk tuku!* —Cada palabra estaba dirigida hacia mí mientras intentaba destrozar el círculo protector que había creado.

Esta vez, sin embargo, estaba preparada para su magia oscura. Las piedras tagiu que Logan había enterrado en los puntos del pentagrama se cargaron de energía, su brillo fundiéndose con la runa de protección que había dibujado. Extendí mis brazos hacia adelante, canalizando la barrera protectora del pentagrama.

Una oleada de temor me golpeó en el momento en que Tyler traspasó el círculo protector. Alcé las manos hacia el cielo, enviando un pulso desde mi barrera resplandeciente, lanzándolo hacia adelante para chocar contra la primera ola de lobos de la Luna Negra y hacerlos caer sobre el suelo helado. Se desplomaron bajo la fuerza, y los guerreros de la Luna Plateada aprovecharon su momento, descendiendo con colmillos y garras sobre sus enemigos.

Sin embargo, mi atención fue atraída de nuevo hacia la bruja oscura mientras se acercaba, sus túnicas índigo arremolinándose en la noche. Un lobo de pelaje plateado se lanzó desafiante hacia la bruja, pero con un simple movimiento de muñeca, Elvira convocó una bola de energía oscura que explotó, enviándolo a estrellarse contra un árbol cercano.

En cuestión de momentos, los lobos heridos comenzaron a regresar a mi círculo protector. El santuario que había imaginado se mantuvo firme. Extrayendo fuerza de los minerales enterrados en las profundidades de la tierra, así como de los minerales tagiu y la runa del pentagrama, sentí mi sangre cantar con poder puro. Con determinación palpitando en mis venas, envié mi magia ondulando a través del pentagrama, lanzándola hacia Elvira como un cometa.

Pero ella también fue rápida. Invocando el poder oscuro del medallón, levantó un muro agitado de humo negro, arrojándolo contra mi barrera. Mi magia colisionó violentamente con la suya, pero Elvira simplemente sonrió con suficiencia, la oscuridad derramándose en el suelo como una marea amenazando con ahogarnos a todos.

Zarcillos de tinta brotaron de la nieve, atrapando a un lobo herido dentro de mi círculo. Sentí el aire crepitar con tensión mientras me concentraba ferozmente en los minerales dispuestos ante mí, su luz parpadeante desafiando las sombras que se acercaban. Decidida, canalicé las energías de los minerales y la runa empujando los oscuros tentáculos de Elvira fuera del círculo.

Frustrada, Elvira desató su ira sobre nuestras filas. Un valiente lobo de la Luna Plateada saltó hacia adelante, solo para ser brutalmente empalado por una lanza de hielo dentada que ella conjuró.

La adrenalina corría por mis venas, la urgencia empujándome a enviar mi magia para combatirla, protegiendo a los lobos plateados que se arqueaban a su alrededor.

El aullido de Tyler cortó la cacofonía, reuniendo a la manada de la Luna Plateada mientras atacaban las líneas de Lunas Negras que salían de las sombras. Mi corazón martilleaba, pues sabía que estábamos en desventaja, siendo abrumados por la oleada de lobos de la Luna Negra demasiado rápido, quienes continuaban invadiendo nuestras filas.

Cada momento que otro lobo plateado regresaba dentro de los confines de mi barrera protectora, su cojera o herida abierta, aumentaba mi temor. Anhelaba dirigir mi magia curativa hacia ellos, pero mi energía ya estaba completamente gastada en mantener la barrera y tratar de combatir los ataques de Elvira.

Cerca, un lobo de cabeza ancha y pelaje plateado —Logan— chocaba con un atacante particularmente grande de la Luna Negra. Su enfrentamiento estalló en una furia de gruñidos y mandíbulas que se cerraban de golpe, una feroz batalla que interrumpió mi concentración.

Invoqué mi poder, enviando zarcillos de magia hacia afuera, envolviéndolos alrededor de las patas del lobo de la Luna Negra que se enfrentaba a Logan.

Elvira estaba ahora a solo tres metros de mí, sus ojos brillando con oscura satisfacción.

—¿Crees que puedes salvarlos? —gritó, sus manos tejiendo intrincados patrones en el aire, atrayendo energía oscura con cada movimiento de sus dedos.

Sus encantamientos se arrastraron por mi mente, dolorosamente como uñas en una pizarra. El medallón pulsaba, su magia oscura casi abrumadora.

De repente, aullidos estallaron desde el sur, enviando una sacudida de pánico a través de mí.

¿Los Lunas Negras también estaban atacando desde esa dirección?

Escaneando la pendiente sur, más allá de las casas blancas como la cal, un escalofrío de reconocimiento me erizó. Una mezcla de lobos amarillos, grises y rojos surgió a través de la noche, avanzando hacia nosotros con propósito. Los pelajes amarillos de los lobos de la Luna Sombría, los lobos de pelaje gris de la Luna Brillante y los lobos de pelaje rojo de la Luna Sangrienta habían venido en nuestra ayuda.

La conmoción reverberó a través de mí; ¿cómo habían llegado aquí en nuestra hora de necesidad? Un lobo marrón fue el primero en alcanzar el círculo de combate, acompañado por un enorme lobo amarillo. Parpadeé con incredulidad. Solo un lobo marrón en todas las manadas que conocía llevaba esas marcas: Selina. Ella una vez había pertenecido a la Manada Ala Nocturna antes de encontrar a su pareja, Alexis, el Alfa de la Manada Luna Sombría, que era el lobo dorado a su lado.

No había tiempo, en el calor de la batalla, para preguntarse más. Pero juntos, con sus aliados, cayeron sobre los Lunas Negras. Observé con asombro cómo cargaban valientemente, con feroz determinación brillando en sus ojos.

La expresión de Elvira se torció en una mueca, la furia alimentando su magia. Redirigió sus lanzas de hielo hacia ellos, pero mi determinación ardió con más fuerza. Vertí energía en el pentagrama, su luz pulsando desafiante contra las sombras amenazantes. Extraje fuerza de todos mis aliados, sintiendo cómo su voluntad de luchar llenaba mi corazón mientras se unían a la batalla, creando una marea contra la opresiva oscuridad de Elvira.

Un aullido se elevó desde nuestra manada, un grito de reunión que electrificó el aire. Alimentada por la fuerza combinada de nuestros vínculos, canalicé mi magia hacia adelante, liberando una cascada de poder brillante hacia Elvira. Por un breve momento, su magia oscura vaciló, y mi corazón cantó con emoción.

Pero ella desvió mi siguiente ataque, desatando un muro de oscuridad contra mis olas de luz verde. La mirada de Elvira se clavó en mí, una amenaza llena de promesa mientras comenzaba otro encantamiento. La energía crepitaba en mis dedos mientras preparaba otra explosión para ella. La noche estaba cargada con los sonidos de la batalla: gruñidos y aullidos mezclándose con los gemidos de los guerreros heridos.

Una vez más, distinguí el aullido característico de Tyler estallando cerca. Me enfoqué en el

sonido, extrayendo energía del pensamiento de su fuerza y ferocidad. Afianzándome en las profundidades de mi magia, me concentré en aquello por lo que luchábamos: nuestras manadas, la memoria de mis padres y todos los que amábamos. Canalicé todo lo que tenía en el pozo de mi magia, sintiendo como si este pudiera ser el golpe que finalmente acabara con el reinado de terror de Elvira.

Pero, antes de que pudiera desatarlo, un repentino cambio me sobresaltó desde atrás. Todo lo que vi fue un destello plateado antes de ser lanzada hacia adelante y el suelo se precipitara a mi encuentro.

Capítulo Veintidós

Tyler

Tan a menudo como podía, había estado mirando hacia atrás desde la batalla para verificar a Seraphina. Un destello de pelaje plateado cruzando velozmente el círculo de combate detrás de ella llamó mi atención ahora. El lobo se movía demasiado rápido para ser un miembro herido de nuestra manada. El pánico se desplegó en mi pecho cuando reconocí la amenaza: Linda. Aunque las protecciones de Seraphina mantenían fuera a las Lunas Negras, Linda técnicamente era una Luna Plateada.

La adrenalina corrió por mis venas mientras me impulsaba hacia la amenaza. Mi corazón latía ferozmente en mi pecho peludo mientras me lanzaba hacia las líneas radiantes del pentagrama, brillando con la vibrante magia verde de Seraphina.

El tiempo parpadeó en una cruel instantánea, y el mundo se estrechó a un túnel donde solo quedaba Linda, con las garras brillando amenazadoramente en la luz parpadeante de las antorchas, los dientes al descubierto en un gruñido letal. Salté hacia adelante para proteger a Seraphina, aliviado cuando mi cuerpo la cubrió. Entonces, un dolor crudo se encendió cuando las garras de Linda se clavaron en mi costado. Se extendió como fuego y hielo, atravesando mi cuerpo y expulsando el aire de mis pulmones mientras me desplomaba en el suelo, chocando contra Seraphina al caer.

—¡No! —gritó Seraphina, su voz cortando el estruendo, teñida de terror.

En un instante, un estallido de luz brillante estalló a mi alrededor y la presión en mi costado se liberó. Vislumbré a Seraphina, radiante y feroz, su poder envolviéndome y catapultando al lobo de Linda hacia atrás.

Cerca, dos guerreros plateados pasaron corriendo: Logan y Tara, feroces e imparables, sus dientes destellando como dagas plateadas mientras cargaban contra Linda. Se movían con ferocidad sincronizada, sus instintos finamente afinados tras años de luchar juntos. Un aullido salvaje perforó el aire, seguido de un silencio escalofriante cuando Linda se desplomó, su traición finalmente extinguida.

Volviendo a mi forma humana, apreté los dientes contra el dolor abrasador. Presioné mi palma contra la herida, sintiendo el calor de la sangre cubrir mis dedos.

—¡Tara! ¡Logan! —grité—. ¡Quédense con Seraphina! —Mi mirada escaneó las líneas de combate más allá del círculo, ansioso de que Darius pudiera atravesar estas defensas como lo había hecho Linda.

Seraphina vio mi herida, el pánico inundando su rostro. Podía sentir su magia rozándome, queriendo curarme, pero esa energía brillante no estaba destinada a mí, no ahora, no cuando la oscura bruja Elvira aún golpeaba la barrera protectora de Seraphina.

Clavé en Seraphina mi mirada más feroz, poniendo cada onza de autoridad Alfa en mi voz.

—¡Sigue luchando, Seraphina! —insté, mi cuerpo vibrando de convicción, cada fibra de mi ser instándola a seguir adelante.

—Tyler... —comenzó ella, el miedo entrelazándose en su voz, pero no quería escucharlo. No ahora.

—¡No te preocupes por mí! ¡Tienes que acabar con Elvira! —Un fuego se encendió en mi corazón, una certeza de que juntos podríamos vencer a las Lunas Negras de una vez por todas.

La expresión de Seraphina se endureció, el fuego volviendo a sus ojos de jade. La duda se derritió mientras se enderezaba, canalizando su energía para fortalecer la fuerza protectora del pentagrama contra la oscuridad de Elvira.

La sangre goteaba constantemente de mi herida, lenta contra el frenético tempo de la batalla que se arremolinaba más allá del círculo. Volví mi atención allí, sabiendo que aún necesitaba liderar a la manada hacia la victoria.

—¡Manténganlos fuera del círculo! —grité a Tara y Logan, que permanecían en los bordes del círculo.

Mientras me transformaba, los lobos a mi alrededor respondieron, un vigor renovado encendiéndose en sus filas mientras corría con ellos. Pero la inquietud se retorcía en mis entrañas; la herida en mi costado me ralentizaría. Aun así, no podía flaquear.

Nuestros aliados —las Lunas Sombrías, las Luces de Luna y las Lunas de Sangre— se habían lanzado a la batalla junto a nosotros. Aún no sabía *cómo* se habían enterado de que las Lunas

Negras estaban atacando, pero estaban aquí. Eso era lo que importaba. Cada lobo amarillo, rojo o gris encendía mi espíritu con una esperanza renovada. Con las otras manadas a nuestro lado, la victoria estaba a nuestro alcance. Mis patas golpeaban contra la tierra cubierta de nieve mientras me sumergía de nuevo en el combate.

A mi izquierda, un enorme lobo gris interceptó a una Luna Negra que cargaba, su tamaño indicando que era un Alfa: Kyle, Alfa de la Manada Luz de Luna. Con velocidad y agilidad, colisionó con nuestro enemigo, sus mandíbulas cerrándose mientras encontraba un punto de agarre en el flanco del lobo Luna Negra. La combinación de sus habilidades explotó en una vívida exhibición de pelaje y músculo.

Pero apenas tuve tiempo de respirar cuando una Luna Negra se abalanzó hacia mí, camuflada en la noche. Agachándome, sabía que solo tenía la fuerza bruta de mi lado, no la velocidad, no con este calor agonizante en mi costado.

En ese momento crucial, lancé mi peso al ataque, estrellándome contra el lobo y enviándolo al suelo. Hundí mis dientes en su costado, saboreando la dulce liberación de la rabia mientras su sangre salpicaba mi lengua.

A mi derecha, una enorme mancha amarilla se lanzó a través de la nieve blanca, luchando contra un lobo plateado. El reconocimiento surgió en mí: el Anciano Darius. El Alfa dorado de las Lunas Sombrías estaba luchando contra el traidor que había incriminado a los padres de Seraphina. Todo lo que el anciano había hecho de repente azotó mi mente, alimentando mis movimientos. Él había guiado a las Lunas Negras entre nosotros, había sido la causa de la enfermedad que se extendía por nuestra manada, todo porque había querido reclamar mi posición de Alfa.

El lobo de Darius fingió, girando para morder el flanco del Alfa Luna Sombría, pero me lancé hacia él, mi corazón rugiendo de furia. No lo dejaría vivir. Me lancé sobre él, mordiendo profundamente su costado izquierdo. Se estremeció, un gemido escapando de él, y por el rabillo del ojo, vi al Alfa Alexis aprovechar la oportunidad, lanzando su propio asalto sobre su otro flanco.

Pero la sangre de Darius me pertenecía. Me acerqué más, apuntando a un golpe letal mientras Darius levantaba el cuello, exponiendo la suavidad de su garganta. Con cada onza de furia hirviente, clavé mis colmillos profundamente en su carne.

El tiempo se ralentizó, la sangre rociando cálidamente contra mi hocico. Darius se retorció pero no pudo escapar; la vida se escapaba de él en riachuelos carmesí. En ese momento, la justicia corrió por mis venas.

Cuando su cuerpo golpeó la nieve, intercambié una mirada feroz y conocedora con Alexis; ambos sentimos el peso de la justicia. Por un latido, un rumor de satisfacción compartida pasó entre nosotros, pero no había tiempo para celebrar.

Apenas me había reincorporado a la batalla cuando un feroz gruñido atravesó el tumulto. El Alfa Marcus —enorme e imponente— cargó hacia mí, sus grandes patas golpeando la tierra. Apenas logré saltar fuera de su camino, con el corazón retumbando mientras él me rodeaba, implacable en su persecución.

Marcus embistió con brutal precisión; en un rápido movimiento, apuntó a mi flanco ya herido, justo donde Linda me había marcado. Sus fauces se cerraron, los dientes hundiéndose profundamente en la carne viva, encendiendo una nueva ola de dolor cegador que irradió por todo mi cuerpo antes de arrojarme al suelo invernal.

Al levantarme, sentí el aire pasar por la herida, la sangre cálida y pegajosa contra mi pelaje, y el dolor floreció de nuevo, más agudo que antes. La desesperación arañaba mis entrañas; no dejaría que me detuviera. No ahora.

Marcus merodeaba, una siniestra sonrisa estirando sus belfos, los dientes brillando en la oscuridad —un depredador que se deleitaba con mi sufrimiento.

Sin embargo, un fuego permanecía en mi corazón —la ira justa me anclaba contra la creciente marea de dolor. Alimentado por la imagen de Seraphina en la periferia de mi visión, me arrastré bajo, empujando a través de la agonía cegadora, mi sangre mezclándose con la tierra helada bajo mis patas. Pero Seraphina era el único pensamiento que necesitaba para seguir luchando.

Un feroz gruñido brotó de mi garganta mientras cargaba, enfocado únicamente en el Alfa, que era la encarnación de todo el sufrimiento de mi manada. Cada latido palpitante impulsaba mis músculos hacia adelante, encendiendo una rabia que me envolvía, ahogando el dolor mientras me lanzaba hacia él.

Marcus arremetió, las fauces abriéndose de par en par. El tiempo lo era todo. Me agaché bajo su ataque, usando el impulso para pivotar hacia su costado, golpeando mi cuerpo contra él.

Chocamos con una fuerza atronadora; el impacto nos sacudió a ambos, pero con ello vino un fuego renovado en mi vientre. Rodé alejándome y me retorcí, hundiendo mis colmillos profundamente en su hombro, rompiendo piel y desgarrando carne.

Su rugido enfurecido destrozó la noche, enviando ondas de choque a través de mí, vigorizando la lucha con una convicción renovada. Sentí que su poder flaqueaba, su enorme cuerpo tambaleándose, otorgándome la apertura que buscaba.

Golpeando donde contaba, empujé a través de la niebla de dolor, recurriendo a las últimas reservas de mi espíritu. Acercándome sigilosamente, canalicé cada onza de espíritu dentro de mí mientras me lanzaba a su garganta. El mundo contuvo la respiración mientras mis colmillos mordían, saboreando la descarga visceral que inundaba mis sentidos al sentir cómo la vida se escapaba de él.

Con un último giro, lo llevé al abrazo de la muerte. Su poderosa forma se desplomó contra el suelo implacable, sin vida.

Cuando su cuerpo cayó, la noche onduló con triunfo; una energía emocionante recorrió las filas de Lunas Plateadas y nuestros aliados. El Alfa de Luna Negra yacía derrotado, aunque restos dispersos de su manada aún luchaban, su desesperación dando lugar a gruñidos caóticos y choques violentos. Me tambaleé hacia atrás, jadeando pesadamente, el dolor reverberando a través de mi cuerpo, pero con una satisfacción profundamente arraigada en mí.

En la distancia, una oleada de luz irradiaba. Me volví hacia Seraphina, rodeada por un halo de poder mientras mantenía su posición contra la furia de Elvira, luminosa e inquebrantable.

Las Lunas Negras restantes aún luchaban, pero ahora estaban dispersas y desarticuladas, la pérdida de su líder enviando ondas de choque a través de sus filas. Cerca, vi a Tara y Logan interceptando a un par de guerreros de Luna Negra, sus feroces gruñidos cortando a través del estruendo. Sentí una renovada oleada de esperanza; nuestros aliados podían mantener su posición contra estos lobos debilitados y darle a Seraphina el tiempo que necesitaba para acabar con Elvira.

La gloriosa iluminación verde iluminó la noche, tan etérea como la Aurora Boreal que a menudo adornaba nuestros cielos de Alaska. Sin embargo, para mí, el mundo alrededor había comenzado a arremolinarse y desvanecerse, atenuado por una bruma que envolvía mis sentidos, mientras cada latido retumbaba en mis oídos como un tambor.

La magia de Seraphina surgió a través del aire, pulsando contra el peso pesado de la oscuridad de Elvira. Sentí su energía rozarme, como si intentara llamarme de vuelta del vacío en el que mi fuerza se estaba deslizando lentamente.

Una explosión de energía verdosa golpeó a Elvira, haciéndola tambalear y luego caer de rodillas.

El júbilo encendió los aullidos de los lobos a su alrededor, una cacofonía de furia y triunfo llenando el aire mientras avanzábamos. Tonos mezclados de rojo, plata, gris y amarillo se cerraron sobre la bruja, ansiosos por capitalizar la pausa en sus defensas, los colmillos y garras descendentes demostrando que era tan mortal y vulnerable como el resto de nosotros.

Nuestra victoria fue cantada a través de la noche en un coro de aullidos y los últimos ecos de nuestros enemigos cayendo al suelo. Mi corazón se hinchó de alegría —una liberación eufórica — pero un doloroso peso se enterró dentro de mí, una sensación de pérdida inminente hundiéndose cada vez más profundo.

Mientras la bruja oscura caía, el agotamiento me invadió, abrumando los restos de adrenalina que había aprovechado. Me transformé a mi forma humana, tambaleándome hacia Seraphina, la luz verde que aún irradiaba guiándome mientras me abría paso a través del caos del campo de batalla.

Pero mis rodillas se doblaron, y el dolor profundo y persistente que había logrado suprimir finalmente se liberó, inundando mi pecho y consumiéndome.

—¡Tyler! —oí la voz de Seraphina atravesar el caos, el pánico entretejido en ella. Su calor me envolvió, sus brazos temblorosos acunándome mientras me desplomaba.

—Seraphina —susurré, las palabras apenas escapando de mis labios mientras mi cuerpo sucumbía al peso de mis heridas. El dolor era abrumador, pero debajo yacía un calor profundo y permanente —la sensación de su presencia— la persona por la que había luchado tan duro para proteger.

El dolor punzante en mis pulmones me decía que no me quedaba mucho tiempo. Me obligué a aprovechar al máximo los efímeros momentos que la diosa Luna me permitiera.

Había tanto que quería decirle. Anhelaba confesar la necedad de mis errores —tanto los que había cometido en las últimas semanas como los de años atrás. Cómo debería haber apreciado cada segundo con ella, tanto recientemente como en el pasado. Pero la verdad era dolorosamente

clara: me había quedado sin momentos preciosos. Solo quedaba este.

Pensé en su voz, suave y dolida, haciendo eco en el armario de suministros de la enfermería, cuando había temido que mi estar con ella la otra noche solo había sido por la poción de pasión de Linda. El pensamiento de que ella aún pudiera dudar de mi amor por ella era lo que me presionaba ahora.

—Todo fue real —volví a articular con dificultad, mi voz esforzándose bajo el peso de mi amor, tratando de condensar todo lo que sentía en estos desesperados alientos—. Cada momento... estar contigo, besarte, discutir contigo... hornear contigo —añadí, con una sonrisa tirando de mis labios al recordar los años de risa y calidez que me había regalado—. Todo fue real. En cada latido, te he amado... Todo lo que siempre he querido... es que encuentres la misma felicidad que tú me has dado.

Hice una pausa, sintiendo la gravedad de mis decisiones presionando pesadamente sobre mi pecho. —Lo siento —susurré, cada palabra impregnada con la urgencia de mi fuerza menguante —. Siento las veces que te alejé... Debería haber luchado más... por ti, por nosotros. Dejé que el orgullo se interpusiera... Nunca podré deshacer esos errores... pero... lo siento, Seraphina.

Mantener mi mirada fija en la suya se volvió un desafío; sus ojos, orbes de jade vibrante, brillaban con una intensidad desesperada, como si pudiera devolverme a la vida por pura fuerza de voluntad.

Sin embargo, incluso esos ojos comenzaron a apagarse, el color desvaneciéndose mientras el sonido se reducía a un susurro, una calma adormecedora envolviéndome. Solo el amor me anclaba aquí, una llama parpadeante en la oscuridad creciente, mientras saboreaba la sensación del toque de Seraphina. Recuerdos de nuestras risas, nuestras discusiones y tiernos momentos de comprensión silenciosa me inundaron, cada uno manteniéndome a flote, alejándome del abismo. Me aferré a ellos, sin querer dejarlos ir nunca. Sin querer dejarla ir a *ella* nunca.

Pero la voz de Seraphina, una suave súplica, —Tyler... —de repente fue arrebatada. Anhelaba seguirla, pero se desvaneció hasta no ser más que un susurro en el viento.

Un viento frío se coló dentro de mí, su aullido sofocando mis pulmones, despojándome del pensamiento racional y de todos esos recuerdos preciados. El gélido abrazo del hielo que se había asentado en mis huesos comenzó a derretirse, dejando solo silencio en su estela, un silencio que resonaba con el peso de todo lo que dejaría atrás.

Capítulo Veintitrés

Seraphina

Me arrodillé junto a Tyler, acunándolo en mis brazos como el tesoro más preciado. El dolor y la desesperación presionaban mi pecho, amenazando con aplastarme bajo su peso insoportable. A lo lejos, reconocí que una multitud se había unido a nosotros. Sentí a Selina a mi lado y a Tara al otro. Pero nada de eso importaba.

Tampoco importaba el campo de batalla en el que habíamos sido victoriosos. Los dedos rosados del amanecer teñían el cielo, pero incluso esa luz se sentía amarga en ausencia del latido del corazón de Tyler.

Mis sentidos de cambiante seguían intentando captarlo, pero había oído cómo se detenía. Mi loba comenzó un aullido lúgubre y obsesionante en mi interior como si... Tyler se hubiera ido.

La realización me golpeó como una avalancha. Sacudí la cabeza, aunque mi loba me decía la verdad. Pero no podía ser. Tyler siempre estaba a mi lado, protegiéndome, riendo conmigo... amándome.

Mi garganta se tensó mientras me inclinaba, apoyando mi frente contra la de Tyler. Las lágrimas que habían estado amenazando, se derramaron por mis mejillas, mezclándose con el polvo y la sangre de Tyler.

Alguien apretó mi hombro y luego se agachó para encontrarse con mi mirada llena de lágrimas: Logan. Su mirada marrón era sincera y compasiva.

—Seraphina —dijo suavemente—, necesitas salvarlo.

Negué con la cabeza, intensificándose el dolor en mi pecho.

—Se ha alejado de mí... No puedo...

—Puedes hacerlo con el vínculo de pareja —dijo Logan—. Podría traerlo de vuelta. Necesitas romper el vínculo que tienes conmigo. Ahora.

Las palabras quedaron suspendidas en el aire mientras la incredulidad me recorría.

—No lo estoy ofreciendo solo por un sentido del deber —añadió Logan rápidamente, con voz firme—. Por supuesto que Tyler lo merece, pero —bajó la mirada—, puedo ver cuánto se aman ustedes dos.

Un nudo se formó en mi garganta ante la magnitud de lo que Logan estaba ofreciendo sacrificar. Pero una chispa de esperanza se encendió en mi pecho.

Mi pulso se aceleró. Logan tenía razón, solo ese vínculo sagrado podría salvar la vida de Tyler. Y, después de todo, eso es lo que habíamos sido hasta hace poco: *pareja*. Eso es lo que siempre habíamos estado destinados a ser. Mi corazón golpeaba contra mi caja torácica, diciéndome que aún era posible. Si pudiera reconectarlo, podría volver a sentir su corazón latiendo al ritmo del mío.

—Hazlo —dijo Logan con firmeza—. Te mereces la felicidad, y él merece la oportunidad de luchar por su vida. Invoca a la diosa Luna, Seraphina. ¡Ahora!

Mi respiración se entrecortó cuando extendió su determinación. El peso de nuestro pasado pendía entre nosotros, pero su altruismo hizo que mi corazón se hinchara con un renovado sentimiento de afecto por Logan.

Con una última mirada a la forma demasiado quieta de Tyler, a regañadientes apoyé su cabeza en el suelo para poder dibujar las runas que necesitaba a mi alrededor en la nieve revuelta. La tierra compactada de la arena era como un lienzo.

Apenas había escrito la runa final, *pilak* -cortar a través-, cuando entoné: —*Amaruq pilak qiviut ilak*. —Solo tuve que decir el encantamiento una vez antes de que el vínculo entre Logan y yo se disolviera. Había sido algo frágil como un brote de primavera recién nacido, y con un tirón se había ido.

No tuve tiempo de pensar en ello antes de cerrar los ojos y sumergirme en mi trance. Conocía el lugar que buscaba de todas mis meditaciones, y llegar a un lugar donde pudiera comunicarme con Igaluk era tan simple como abrir una puerta. Invoqué mi magia y me concentré en el destello de luz plateada inmediatamente en mi mente: la luz de Igaluk. Me acerqué a la diosa Luna, abriendo mi corazón, derramando cada onza de amor y suplicando una segunda oportunidad.

—Igaluk —llamé al vacío—, por favor, ayúdame. Te pido tu misericordia. Cometí un error. Tantos errores. Debería haber dejado que tu sabiduría me guiara desde el principio. Por favor, restaura mi vínculo de pareja con Tyler. Mi amor por él es verdadero y no volverá a vacilar. Por

favor, ayúdalo a volver a mí.

La luz plateada se intensificó y el profundo estanque que había visto en mi sueño apareció ante mí. La superficie brillaba con mi reflejo, pero con el resplandor lechoso de la tez de la diosa. Sus ojos verdes luminosos surgían con los potentes brotes de primavera, recordando el vínculo revitalizante que acababa de sentir arrancado de mi pecho.

El aire crepitaba de energía, el viento arremolinándose a mi alrededor en una danza celestial. Sentí la presencia de la diosa Luna, poderosa pero gentil, envolviéndome en su abrazo etéreo. Parecía pensativa, escrutando mi rostro como si buscara la verdad de mis palabras.

—Tu vínculo es sagrado, forjado en el amor. Merece ser atesorado, y deben valorarse mutuamente. Solo entonces brillará su verdadero poder. —Mi corazón se aceleró, cada latido reverberando con la tensión de la incertidumbre, rogando por su misericordia. Finalmente, declaró—: Que renazca.

Mientras sus palabras resonaban profundamente en mi alma, una luz dorada me envolvió, extendiéndose hacia Tyler. Sentí la atracción del vínculo de pareja reavivándose, las dos mitades de nuestras almas reconectándose, y mi fuerza vital redirigiendo hacia Tyler.

Entonces, mis sentidos de cambiante lo captaron: su latido. La vida y el calor comenzaron a regresar al cuerpo de Tyler, la magia de nuestro vínculo otorgando parte de su energía a la herida en su costado.

Con un jadeo, la respiración de Tyler regresó y el aleteo de su latido se sincronizó con el mío, haciéndose más estable y fuerte con cada segundo que pasaba.

Incluso mientras aún estaba envuelta en la oscuridad, concentrándome en trabajar la magia de la diosa desde detrás de los ojos cerrados, escuché los jadeos y murmullos alegres de nuestros compañeros de manada y amigos a nuestro alrededor.

Cuando me atreví a abrir los ojos, observé el subir y bajar del pecho de Tyler, así como la herida en su costado cerrándose.

Me apresuré hacia adelante, una vez más pasando mi brazo por debajo de Tyler y atrayendo su cuerpo hacia mí.

—Por favor, Tyler, vuelve a mí —susurré, abrazándolo con fuerza, encontrando consuelo en el

vínculo que se estrechaba en mi pecho. Si yo sentía eso, él también podría. Le mostraría el camino de regreso a mí.

Finalmente, los ojos de Tyler se abrieron, su azul celeste luciendo más brillante que nunca.

—¿Seraphina? —murmuró él, su voz aún ronca por los restos del dolor, pero teñida de asombro. La nota de una pregunta allí.

—La diosa restauró nuestro vínculo de pareja, permitiéndome traerte de vuelta —susurré. Él me miró como si yo hubiera colgado la luna, una mezcla de reverencia y pasión asentándose en su rostro. Sentí la inundación de emociones crepitando en el aire a nuestro alrededor mientras nuestros compañeros de manada y amigos intercambiaban exclamaciones de alegría.

—Casi te pierdo —respiré, la devastación de momentos atrás aún no me había liberado de sus fauces, y acaricié su rostro, maravillándome ante la vida y el amor grabados en él—. Te amo, Tyler. Nunca quise romper nuestro vínculo. Solo tenía miedo de perderte —admití finalmente. Fijé mi mirada en la suya, permitiéndome ser tan libre con él como siempre había deseado.

Tyler se incorporó, incluso cuando intenté empujarlo de vuelta, preocupada por su cuerpo aún en proceso de curación. Pero sus fuertes brazos me rodearon, sosteniéndome como si fuera tan necesaria como el aliento que estaba inhalando con grandes y bienvenidos temblores. —Nunca me perderás, Seraphina —dijo—. Eres mi fuerza y mi hogar, siempre.

Mi respiración se detuvo en mi garganta mientras miraba profundamente a los ojos de Tyler y sentía esa verdad resonando en mi pecho, haciéndolo sentir lleno a punto de estallar. Mientras lo besaba, supe en lo profundo que todo lo que habíamos soportado nos había traído aquí por una razón, en el abrazo de la bendición de la Diosa Luna. Nuestra historia estaba lejos de terminar; esto era solo el comienzo.

Capítulo Veinticuatro

Seraphina

—Ha dejado de nevar —anunció Kelly desde su puesto en la ventana de la enfermería.

Habían pasado tres meses desde la batalla con las Lunas Negras, y Kelly había regresado para las vacaciones de Yule de la Universidad Luna Plateada, trabajando como una de las ayudantes de la enfermería como de costumbre. La enfermería, desde la muerte de Linda, se había convertido en mi dominio.

Tanto Kelly como Laura me estaban poniendo al día con los conocimientos médicos que me faltaban. Pero yo ya tenía bastantes conocimientos de hierbas y magia bajo mi cinturón, lo que me convertía en una sanadora capaz.

Aunque hoy no estábamos trabajando. Habíamos desalojado la casa de Tyler para prepararnos aquí.

—Aún hay tiempo para una poción más de prosecco —dijo Vivi, mientras rellenaba mi copa y las de mis amigas con el espumoso.

Vivian era una de las hembras de la Manada Luna Negra que había jurado lealtad a nuestra manada. Había muchas hembras y cachorros de la Luna Negra que habían jurado lealtad a nuestra manada o a una de las otras manadas. Mientras que las hembras y los cachorros de la Luna Negra se habían integrado, lamentablemente ninguno de los machos había mostrado remordimiento, y habían sido ejecutados un mes después de la batalla. Pero muchas como Vivi se habían integrado bien en nuestra manada, ansiosas por la nueva oportunidad de una vida feliz y estable, y era alentador verlo.

Tara estaba recostada en una de las camas, despeinando su cabello corto para que quedara irregular, resaltando sus delicadas pero angulosas facciones. Mis labios se crisparon. Parecía ajena a la forma en que estaba arrugando su vestido de dama de honor. Para ser justos, pensé que tendríamos que obligarla a ponerse el vestido. Era un testimonio de nuestra amistad que la guerrera hubiera accedido a ello.

Por otro lado, mi dama de honor, Selina, se veía impecable en su largo vestido color melocotón, con su cabello dorado cayendo en rizos por su espalda.

Tyler y yo habíamos decidido celebrar una ceremonia formal de vínculo de pareja, deseando finalmente celebrar nuestro vínculo con toda la manada. El invierno profundo se acercaba y probablemente Nahochoh pronto quedaría aislado del resto de las manadas. Yo quería celebrar nuestra ceremonia de emparejamiento mientras nuestros amigos aún pudieran unirse a nosotros.

Era tradición que las novias de Luna Plateada usaran los vestidos adornados con giak que supuestamente habían usado las doncellas de Igaluk. Pero, para mí, esos vestidos y túnicas oficiales demasiado recargados siempre me recordarían a Linda y al Anciano Darius. Así que opté por un vestido de marfil, cuyo color me recordaba a las prístinas nieves que cubrían nuestras hermosas tierras.

—Es hora —dijo Selina con una sonrisa—. ¿Estás lista?

Asentí, tomando una respiración profunda mientras me dirigía a la puerta. La nieve había sido retirada todo el camino hasta los jardines de la mansión y, mientras Tara y Selina sostenían mi cola, solo nos tomó unos minutos llegar a los jardines.

Durante nuestra planificación, Tyler había estado dispuesto a que se celebrara en otro lugar si yo lo deseaba. Lo último que quería era que los pensamientos del pasado, los recuerdos de verlo de pie en este césped con Linda, arruinaran mi felicidad. Pero yo quería que nuestra ceremonia de emparejamiento tuviera lugar en el sitio que durante mucho tiempo había sido el hogar de ambos.

Además, la forma en que la manada se volvía hacia mí, sus ojos centrándose en mí con alegría y sus rostros iluminándose mientras me veían caminar por el pasillo, no podía estar más lejos del pasado. Me sentía iluminada desde dentro, mientras nuestra manada compartía nuestra noche. Miré alrededor a los rostros y personas que había llegado a conocer no solo como compañeros de manada, sino como amigos y seres queridos. Quizás, nada era más claro que el hombre que estaba junto a Tyler. El guerrero de cabello oscuro y ojos serios, que una vez fue mi acosador, me miraba ahora con la más firme amistad, y recordé una promesa que Logan me había hecho. Que cuando los nombres de mis padres fueran limpiados, podría tener amigos aquí, que podría pertenecer, y sentí cuán cierto era eso.

Una vez que Logan y yo habíamos roto nuestro vínculo de pareja, lo que quedó fue una amistad por la que estaba agradecida cada día.

Justo ahora, Logan susurró algo al oído de Tyler, haciendo que mi pareja sonriera y sus brillantes ojos azules se iluminaran. Estaba aún más agradecida de que los dos hombres se hubieran acercado más por lo que había sucedido.

Cuando la música comenzó a sonar del cuarteto de cuerdas, Selina susurró:—Eso es, Mia, puedes comenzar. Despacio y con calma, cariño.

Mia, mi pequeña niña de las flores, caminó delante de mí, sonriendo mientras esparcía flores amarillas de pomenta, lirios rojos en espray y pétalos plateados de kiva a lo largo del pasillo, los colores conmemorando a todas nuestras manadas aliadas que nos habían ayudado a ganar la guerra contra las Lunas Negras.

Esta victoria había sido posible porque el Alfa y la Luna de Luna Sombra, junto con el Alfa de Luz de Luna, estaban asistiendo a una reunión en Matsuna, un pueblo que limita con nuestras tierras, la noche que las Lunas Negras atacaron. Tyler había alertado a nuestros aliados de la invasión, y el destino nos sonrió, posicionándolos cerca. Los Alfas y la Luna viajaban con grandes unidades de guerreros, lo que les permitió venir rápidamente en nuestra ayuda.

Mientras caminaba por el pasillo, sonreí a los amigos de nuestras manadas vecinas reunidos aquí también. Leah estaba de pie con el Alfa Kyle, sosteniendo a su hijo recién nacido, Jason, junto con su hija Lina. Alexis estaba junto a ellos, con una gran sonrisa en su rostro por una vez mientras miraba a la pequeña Mia delante de mí.

Mi corazón pareció dar un vuelco cuando miré hacia el estrado, enmarcado por la luz de las antorchas. El Alfa Tyler, luciendo autoritario pero relajado, me esperaba en su esmoquin, sin un pelo fuera de lugar. El Anciano Carl supervisaba nuestra ceremonia, viéndose bastante cómodo frente al gran libro ceremonial mientras yo subía al estrado para tomar mi lugar frente a Tyler.

El Anciano Carl comenzó la ceremonia, su voz rica en alegría y significado.

—El vínculo de pareja es un pacto sagrado en nuestra manada y en toda la sociedad de cambiaformas. Pero, desafío a cualquiera de ustedes a presentar una pareja que haya demostrado su santidad mejor que las dos personas aquí esta noche.

—Su amor ha demostrado que el vínculo de pareja es más fuerte incluso que la muerte misma.

Mis ojos brillaron con lágrimas mientras pensaba en cómo Tyler había vuelto a mí. La gratitud y el amor se hincharon en mi pecho mientras me envolvía la plena fortuna de cuánto nos había

bendecido la diosa Luna.

Tyler tomó mis manos, su calidez irradiando a través de mí mientras miraba profundamente en mis ojos.

—Seraphina, juro estar a tu lado, protegerte y quererte a través de cada prueba y tribulación, amarte con fiereza y apoyarte inquebrantablemente.

Habíamos decidido prescindir de demasiada ceremonia, y sonreí mientras Tyler terminaba sus votos cortos pero dulces, siguiendo con los míos: —Tyler, juro permanecer a tu lado como los grandes picos gemelos de Nuvuja. Ser tu fuerza en tiempos de luz y oscuridad.

El anciano Carl había prometido mantener la ceremonia breve también, y ahora dijo: —Por el poder que me otorga Igaluk, los declaro compañeros.

Toda la anticipación palpitante y sin aliento que me había llenado se desvaneció cuando mis labios se encontraron con los de Tyler en un beso, suave pero electrizante.

Más tarde, cuando llegamos a la puerta de la cocina, Tyler me tomó en sus brazos, y sentí una emoción recorrerme mientras me llevaba sobre el umbral. La vista de nuestra pintoresca cocina brillaba con luz, enviando una calidez familiar que me envolvía como el más dulce abrazo.

Me llevó sobre el umbral, al lugar que *siempre* había sido el corazón de nuestro hogar. Sonreí, mi corazón empezando a saltar al ver la mesa de la cocina. Habían habido muchas veces en los últimos meses que nos habíamos puesto cómodos aquí de nuevo. Para nosotros, siempre era nuestro lugar favorito para estar juntos. Las sesiones de repostería, al igual que en los primeros días que vivíamos juntos, se habían vuelto obligatorias los fines de semana.

—Y ahí está mi Luna pensando en chocolate como siempre —bromeó Tyler de nuevo mientras miraba mi sonrisa sugestiva.

—Solo si es Tyler cubierto de chocolate —me relamí los labios.

La garganta de Tyler se movió, y el oscuro deseo en sus ojos me dijo que estaba pensando en una de las muchas tardes en las que había derramado chocolate sobre él, lamiendo y besando todo su cuerpo.

Pero Tyler se quitó los zapatos con los dedos, luego me llevó por la cocina, subiendo las escaleras.

—Te quiero en nuestra cama —afirmó Tyler, la posesividad en su voz profunda y ronca haciendo que mis mejillas se sonrojaran y el calor se acumulara entre mis piernas instantáneamente.

Era *nuestro* dormitorio estos días. Habíamos convertido "mi" dormitorio en mi sala de magia. El altar, el espacio de preparación de cristales y hierbas era útil. A menudo experimentaba allí con nuevas hierbas y minerales antes de llevar cualquiera con propiedades medicinales útiles a la enfermería.

Mientras Tyler me llevaba a nuestra habitación, su aroma a cedro, que una vez fue la forma más tortuosa de tentación, ahora era el confort *y* la delicia que se le permitía ser.

Me quité las bailarinas que llevaba mientras Tyler me depositaba en nuestra cama king-size.

Sus ojos me recorrieron con una mezcla de hambre y asombro, mientras se quitaba la chaqueta del esmoquin. Respirando profundamente, lo miré, sintiendo algo diferente en sus brillantes ojos azules.

Se inclinó sobre mí, sus labios encontrándose con los míos en un beso exploratorio, casi interrogante.

—Seraphina —susurró contra mi boca, cubriendo la palabra de reverencia—. ¿Eres finalmente realmente mía? —preguntó, su mirada recorriéndome, como si aún no pudiera creerlo. Era la misma mirada que me había dado cuando me había mirado cuando la diosa Luna me lo había devuelto.

La embriagadora emoción de que Tyler realmente era mi compañero ahora, que nos habíamos parado y declarado nuestro amor ante nuestra manada, encendió algo profundo dentro de mí, la urgencia arremolinándose en mi estómago.

—Soy tuya y tú eres mío —respiré de vuelta, el peso del momento desplegándose a nuestro alrededor hasta que el calor en nuestra mirada se agitó como una olla hirviendo. Nuestras manos de repente estaban ávidas la una de la otra.

Tyler me levantó, bajando la cremallera de mi vestido. Había demasiada tela y mientras se acumulaba alrededor de mi cintura, sonreí, de repente complacida de no haber optado por el vestido con botones.

—¿Qué es gracioso? —preguntó, tan en sintonía con mi cuerpo estos días y los movimientos más sutiles.

—Casi elijo botones.

Sonrió contra mi cuello, sus grandes manos recorriendo mis hombros desnudos y trazando la piel hasta mi clavícula. Un escalofrío de anticipación me recorrió.

—Pequeña provocadora —murmuró, sus labios en la curva de mis senos.

Sus manos se deslizaron por mis curvas, quitando el vestido completamente, revelando el sujetador y las bragas de seda marfil para este preciso momento. Lo había imaginado tantas veces. Pero el fuego en los ojos azules de Tyler era algo a lo que ninguna de mis fantasías podía hacer justicia. Su cuerpo me presionó más profundamente en la cama, su dureza a través de sus pantalones haciendo que mis caderas se movieran con deseo e impaciencia.

Esa era la cosa. Yo no era la provocadora, Tyler lo era. De la misma manera que le gustaba saborear lo que horneábamos, le gustaba saborearme *a mí*. Con suaves caricias y roces de sus labios, encendía mi piel. El tiempo parecía ralentizarse mientras sus manos exploraban mi cuerpo, tocándome con familiaridad y aun así con ese mismo sentido de maravilla.

Pero me sorprendió de nuevo. —No puedo esperar más —murmuró, su voz espesa de deseo.

La forma en que lo estaba mirando debió haberlo estimulado mientras sus dedos volaban hábilmente sobre los botones de sus pantalones. Lo ayudé, mis manos desgarrando los botones de su camisa, necesitando el calor de su piel contra la mía. Pronto su pecho estaba desnudo, y pasé mis uñas por su pecho, bebiendo la vista de él, amando su músculo ondulante, la dureza sobre mí, tensa como la cuerda de un arco.

Ahora solo quedaban sus bóxers. Mi respiración se atascó en mi garganta, la anticipación enroscándose dentro de mí mientras arrancaba la tela. Solo la vista de él hizo que mi deseo retumbara más fuerte. Se acercó, su piel cálida contra la mía, el aroma a cedro de él embriagador. Podía ver el pulso en su cuello, un ritmo que coincidía con el salvaje ritmo palpitante de mi corazón. Cuando se presionó contra mí, la dureza de él anidada contra mi muslo, envió una sacudida de deseo a través de mi centro.

Sus labios recorrieron mi cuello, explorando el lugar tierno justo debajo de mi oreja, enviando oleadas de escalofríos en cascada por mi columna vertebral. Me recosté en la suave comodidad

de la cama, ofreciéndole mi piel, ansiando más de la suya. Su boca viajó más abajo, moviéndose con reverencia y urgencia, saboreando cada centímetro de mi piel desnuda.

La suavidad de mi sujetador de seda contrastaba con el calor de sus manos mientras trazaba sus delicados bordes. Se detuvo allí durante un latido agonizante, dejándome sin aliento de anticipación antes de finalmente desabrocharlo con un movimiento de sus dedos. Se deslizó y su boca se detuvo sobre mis senos, dejé escapar un suave gemido de aprobación cuando su lengua, luego sus dientes, saborearon mi pezón.

—Tyler... —La súplica quedó suspendida en el aire, flotando entre nosotros como una promesa y empujándolo hacia adelante. Quería su lengua y sus dientes allí abajo, algo que él sabía solo por la forma en que mis caderas se movían. Me encantaba que conociera tan bien mi cuerpo estos días.

Rozó con la nariz el borde de mis bragas, sus dedos deslizándose por debajo para extenderse posesivamente sobre mi vientre bajo. Sus movimientos enviaron escalofríos eléctricos a través de mí, aumentando mi anticipación mientras luchaba por bajar mis bragas.

Con un empuje de mis caderas, respondí a su toque, dando la bienvenida a sus dedos profundamente dentro de mí, persiguiendo nuestro ritmo. Pero Tyler se alejó, flotando sobre mí con un calor tentador que me dejó sin aliento mientras su respiración rozaba mi clavícula, sus colmillos rozando mi cuello.

—Sí —dije, anhelante, mi voz sonando ronca y llena de deseo.

Con cada calculado roce de su lengua contra mi piel, el deseo se desplegaba. Incliné el cuello, instándolo a cimentar para siempre la conexión que siempre habíamos estado destinados a compartir.

En el momento en que sus colmillos perforaron la superficie, una exquisita oleada me inundó. Fue como si el mundo estallara en llamas, crudo y eléctrico, acercándonos más el uno al otro.

Con esa mordida, una ola de dicha surgió dentro de mí, el éxtasis abrumando mis sentidos mientras el calor se extendía desde mi cuello, encendiendo un fuego que florecía en la boca de mi estómago. Tyler curvó un dedo y me tocó entre las piernas de nuevo, y la sensación creció. Grité, el placer me invadió como una marea, dejándome sin aliento mientras las olas de felicidad alcanzaban su punto máximo y se estrellaban, haciendo eco de la fuerza de nuestro vínculo.

Tyler me sostuvo mientras mi cuerpo era sacudido por el placer, y luego, mientras lamía mi cuello, separó mis muslos, hundiéndose en mí. Cada vez que embestía, yo me elevaba para encontrarlo, nuestra necesidad creciendo mientras perseguíamos nuestra dicha, luego la encontramos juntos.

Esa noche encontramos nuestra dicha muchas veces, y habiendo despertado el apetito, algunas de esas veces fueron en la cocina. Fue en un sueño nebuloso de placer que finalmente nos quedamos dormidos en los brazos del otro. Pero la diosa Luna tenía un último regalo para mí.

Cinco años después, contemplé los extensos terrenos de Nahochoh en verano. La luz dorada del sol se derramaba sobre el horizonte, bañando la hierba cubierta de rocío e iluminando las brillantes manzanas cubiertas de nieve que colgaban pesadamente de las ramas. Mientras tanto, la risa de nuestros hijos llenaba el aire, mezclándose con el calor del sol de verano y la dulce fragancia de las flores en flor.

La piscina de la diosa me mostró a nuestros dos hijos: gemelos como los picos gemelos de las Montañas Nuvuja, un símbolo y bendición de la profunda devoción y amor que Tyler y yo nos teníamos el uno al otro.

Nuestro niño con mis ojos verdes y una niña con el cabello oscuro y despeinado de Tyler se perseguían mutuamente. La niña llevaba una corona de flores, sus ojos brillando con determinación, un reflejo del espíritu de su padre, mientras que los del niño estaban abiertos de asombro como si estuviera mirando más allá del mundo despierto.

Sus risas llenaron nuestro hogar cuando cruzaron el umbral. Vi a un Tyler un poco mayor lanzarse a una pose de lucha, una sonrisa bordeando sus labios mientras imitaba a nuestra hija que copiaba una de las poses de entrenamiento de los guerreros de la Luna Plateada.

Sentí que mi corazón se hinchaba de orgullo mientras observaba a nuestros pequeños, sabiendo que los criaríamos para liderar nuestra manada hacia un futuro fortalecido por la fuerza y la compasión y para mantenerse unidos tal como Tyler y yo lo hacíamos, compañeros y líderes en todo lo que hacíamos. Mientras me sumergía más profundamente en el sueño, los sueños se asentaron como brasas cálidas de un fuego, iluminando el futuro con plenitud y certeza.